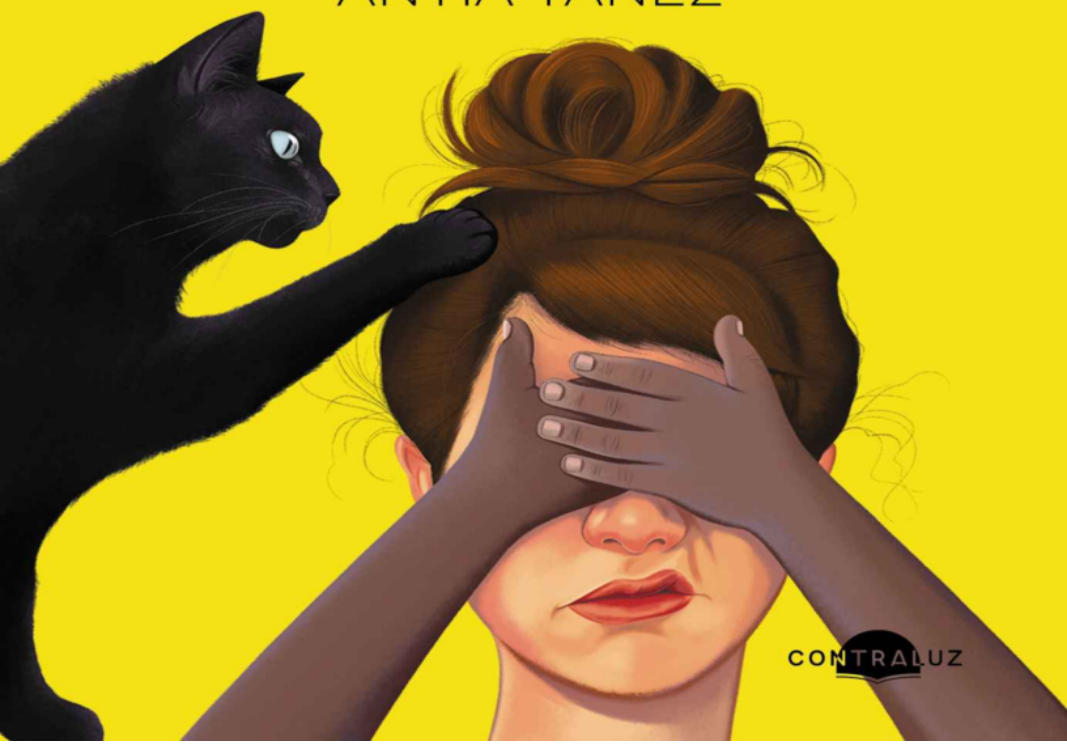
NO PIENSES EN UN ELEFANTE ROSA
NO PIENSES EN UN ELEFANTE ROSA
NO PIENSES EN UN ELEFANTE ROSA

NO PIENSES EN UN ELEFANTE ROSA

ANTÍA YÁÑEZ



CONTRALUZ

ANTÍA
YÁÑEZ

No pienses en un elefante rosa

CONTRALUZ

A mi abuela, Consuelo,
que se fue antes de tener este libro en las manos

Yo,
quiero volver a ser yo.

René Pérez Joglar [Residente]

—Médico, doille a cabeza…
Zuruxán, doille unha man…
Mais se é que o esprito lle doi
¿qué menciña lle darás?

Rosalía de Castro, *Follas novas*

No quiero ir
nada más
que hasta el fondo.

Alejandra Pizarnik

ELEMENTO PRIMERO:
Situación disparadora

Situación física observable que hace que aparezca el malestar. También pueden ser pensamientos o incluso sensaciones corporales. La propia actitud de no querer pensar en eso puede ser un disparador.

Cierra los ojos y concéntrate. No pienses en un elefante rosa.

He dicho «no pienses». Pero ahí está, ¿verdad?

Viernes, 28 de junio, 2019

El sol me golpea con fuerza al salir del garaje a pesar de que ya son las siete y pico de la tarde. Los rayos ultravioletas todavía queman a esta hora del verano. Y solo estamos en la primera semana, no quiero ni pensar en cómo vendrán julio y agosto. Puto cambio climático. Noto las axilas pegajosas del sudor. Puto asco. Por no hablar de lo que se cuece en mi ropa interior. Cocer, nunca mejor dicho. Lo primero que haré al llegar a casa será ducharme, me da igual haberlo hecho ya por la mañana, antes de irme a la oficina. En esta época paso más tiempo mojada que seca. Y eso no va con segundas. En fin, por lo del sudor sí, pero… Lo que intentaba era no pensar en Xoán, vaya. *Algo tarde, ¿no, Aurora?* Encima es una tontería: nuestra relación no era de esas. De esas de sexo desenfrenado, digo. Por lo menos en los últimos tiempos. Al principio, nosotros…

Ya no hay ningún «nosotros», tengo que acordarme. *Aurora, ya no hay ningún nosotros.* No tiene sentido darle vueltas. Llevo un tiempo sin pensar en él, no voy a cagarla ahora. La vida sigue. Y yo nunca he sido de llorar por las esquinas.

El portal no queda lejos, apuro el paso. Es lo que tiene comprar un piso antiguo para reformar, que en el edificio no hay garaje. En el jodido centro sí, pero sin un mísero sitio donde aparcar. Por eso decidim… ¡decidí! —*céntrate, Aurora*— comprar una plaza en otro bloque, a unos cien metros. Una idea cojonuda, excepto cuando llueve, cuando hace viento, cuando llevas maletas, cuando vas con la compra, cuando hace un sol abrasador… O cuando hace un sol abrasador y vas con la compra, todo a la vez, como ahora.

Mi radar interno se activa y me pongo en guardia. PELIGRO. Tengo un cartel de neón encendiéndose y apagándose de forma intermitente en la cabeza. Un hombre con una sillita de bebé se acerca en sentido contrario. En escasos segundos nos cruzaremos. El ser amorfo que va dentro lleva un chupachús en la mano. Con el brazo estirado casi medio metro por fuera de la barra de contención del asiento.

Peligro. Peligro. Peligro.

¡Hay que joderse! Esa cosa es todo azúcar, ¿qué clase de padre es el señor este? «Señor»… En fin. Tendrá la misma edad que yo, más o menos. *No te pases, Aurora.* Discrepo. Rotundamente. Cuando se tiene descendencia, los bebés vienen con el cartel de «señor» o «señora» incorporado. Eso lo sabe todo el mundo. Yo no dicto las reglas.

Peligro. Peligro. Peligro. Peligro. Peligro. Peligro.

La acera mide poco más de un metro, así que considero la posibilidad de cruzar la calle y cambiar de lado. *¿Cambiar de acera, Aurora? ¿A «esa otra» acera?* Otra cosa que no iba con segundas, cerebro, ¡mira que eres carca! *Ya, ya, lo que tú digas. Pero deberías volver a comprobar si te gustan las mujeres.* No puedo evitar que el pensamiento aparezca en mi mente, si es que el cartel de PELIGRO deja algo de espacio ahí arriba. En vez de Xoán, son mis últimas noches de sábado las que me vienen a la mente, y suspiro, y olvido por un momento el carrito con el foco de infección de su interior, y me cruzo con él, y ya es demasiado tarde, el chupachús pasa demasiado cerca de mi muslo. Noto como la ansiedad sube. ¿Demasiado cerca es que me ha tocado? ¿Rozado? No lo sé, ¡NO-LO-SÉ! Tengo ganas de gritarle al padre, y a su bicho, y al mundo en general. La quemazón en la piel, justo en la zona que pudo haber recibido (digo «pudo», pero estoy casi segura de que SÍ ha hecho contacto, sin ninguna duda) las babas del bebé, es insoportable.

Muslo. Muslo. Muslo.

La culpa es mía por ponerme un vestido tan corto. ¡Con lo sencillo que es llevar algo hasta los pies que te proteja de las babas de terceros! *Eres imbécil, Aurora.* No paro de pensar en ese trozo de carne contaminada hasta que llego al portal. Deberían dar un puto manual de instrucciones a todos los padres y madres del mundo. O hacer un examen para poder tener descendencia. Apoyo en el suelo las dos bolsas cargadas hasta arriba y busco la llave en el bolso. La mayoría no lo pasaría, desde luego. *¿Como tú, Aurora?* Sí, cerebro, como yo, si quisiese serlo, pero va a ser que no. ¿Madre, yo? No, gracias. No le legaría a nadie mis genes defectuosos.

Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo.

Escucho el ¡clic! familiar de la cerradura y empujo la puerta con el hombro. Intento evitar los picaportes dentro de mis posibilidades. Cojo las bolsas y entro. Deberían prohibir los chupachús por la calle. Y los picaportes. Aunque eso ya lo veo más complicado, por mucho foco de infección que sean. Pienso en las manos pegajosas de los bebés, en esos labios llenos de babas, a veces incluso con burbujas incluidas. ¿De qué estará hecha la saliva de bebé? Deberían prohibir los chupachús, en general. Y en todos lados. Recuerdo que a su inventor se le ocurrió la maravillosa idea al ver lo que se ensuciaban los niños y las niñas con los caramelos, por eso les puso un palo. ¡Un puto palo! Un iluminado el hombre, vamos.

Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo.

Me paro en los buzones y apoyo de nuevo la compra en el suelo. Sé

de sobra que el mío es el tercero derecha, para nada necesito leer el cartelito que coloqué hace ya más de cuatro meses, cuando terminam… ¡terminé!, cuando terminé la reforma del piso. Aun así, lo miro, no vaya a ser. Nunca está de más confirmar. Aurora Comesaña Rei. El nombre no se ve recto. Aurora Comesaña Rei. Sí, claro que es este. No pasa nada por comprobarlo dos veces. El papelito blanco está desnivelado. Cae más del lado derecho que del izquierdo. Me dan igual las cartas que hay en el interior; intento enderezar mi nombre metiendo la uña por la ranura sin éxito. Pero yo no me doy por vencida tan fácilmente.

Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Cartel. Cartel. Cartel.

Tengo que ponerlo bien, no puede quedar así. *Venga, Aurora, que casi lo tienes.*

—¿Qué haces?

La voz me asusta y pego un salto. Engancho la uña con algo, la rompo, me hago daño, grito y mecagoendiós y en el santoral entero. Todo a la vez.

—No deberías ser tan malhablada. Mi madre siempre dice que no se pueden decir palabrotas.

En un impulso, acerco el dedo a la lengua. Me detengo cuando me rozo la boca. ¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! Pero ¡¿cómo voy a chupar esto, hostiaputa?! ¿Cuánto hace que no me lavo las manos? ¡¿Y ahora qué?! ¡¿Y los labios?!

Muslo. Muslo. Muslo. Labios. Labios. Labios.

—¿Te ibas a meter el dedo en la boca?

No tengo ni idea de quién me está hablando. ¿Me lo estaré inventando? *Hombre, vistos los antecedentes, Aurora…* La voz suena demasiado parecida a mi cerebro. Escucho unos pasos subiendo escalones y un niño aparece por el lado derecho del ascensor. Debía de estar escondido en el descansillo de la antigua portería. Lleva cerrada ya varios años, desde que se jubiló el último usuario, mucho antes de que nosot… YO, ¡joder!, llegase al edificio. Tener portero en estos tiempos no se estila. Un gasto menos para la comunidad.

—Lo digo porque la saliva de los seres humanos tiene propiedades antibacterianas y cicatrizantes, y podría ser una buena idea. Pero no te creas, en la boca también hay un montón de bacterias que provocan infecciones, así que yo le echaría algo al llegar a casa.

Observo al niño de reojo, intentando pasar de él. A ver si coge la indirecta. Se detiene a un par de metros. ¿Qué tendrá? ¿Ocho? ¿Diez? ¿Doce? Soy malísima para esto de las edades. Es todo lo mismo, al fin y al cabo. Tiene el cabello negro y denso, muy corto. Al uno o al dos.

Tampoco soy experta en pelos. Le veo cara de ángel, uno de esos semblantes inocentes que provocan que la gente adulta acepte ser ensuciada y llenada de babas por un ser celestial como este. Su piel del color del café me recuerda al que me gusta tomar por las mañanas. Solo, sin azúcar ni nada. Ni el café ni el niño. No le veo chupachús ni otras armas de destrucción masiva en las manos. Sin embargo, no soy tan ilusa como para creer que están limpias: ninguna lo está. Nunca.

Veo cómo se me acerca y retrocedo de forma instintiva.

Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo.

Labios. Labios. Labios. Labios. Labios. Labios.

NIÑO. NIÑO. NIÑO.

Me doy con la espalda en los buzones después de casi romperme la crisma al tropezar con las bolsas de la compra del suelo. Estoy atrapada. Miro hacia las escaleras que llevan a la salvación de mi piso. El ascensor no es viable, tardaría mucho en bajar, abrirse y cerrarse. ¿Cuánta gente se muere en las pelis de miedo por querer huir en ascensor? Si echo a correr, a lo mejor ni me toca. *Venga, Aurora, decídete, pero hazlo ya.*

—¿Qué pasa? ¿Me tienes miedo? —pregunta el niño, no sé si divertido o extrañado.

¿Miedo? ¿Yo? Lo miro a los ojos e intento sonar amenazante, a ver si así me deja en paz de una vez:

—Pero ¿qué dices? ¿Qué tal si te vas y dejas de molestarme?

Me giro y abro el buzón, disimulando. Intento no pensar en el mocoso y hago como que esto es lo más interesante del mundo. Hay varios sobres. Los cojo. Facturas, seguro. Cierro deprisa, dispuesta a irme, pero cuando me doy la vuelta está demasiado cerca.

Muslo. Labios. Niño. Muslo. Labios. Niño. Muslo. Labios. Niño. MANOS. MANOS. MANOS. PELIGROPELIGROPELIGRO.

—¡Yo NUNCA molesto! —afirma el niño, mirándome todo alterado.

Hace hincapié en el «nunca». Me sorprende ese tono en alguien tan pequeño. No me conoce de nada, ¿a qué viene tanta hostilidad? *Tú a él tampoco y no has sido precisamente Miss Simpatía, Aurora.*

Muslo. Labios. Niño. PELIGRO. Muslo. Labios. Niño. PELIGRO. Muslo. Labios. Niño. PELIGRO.

Se acerca un poco más y el nerviosismo me puede:

—¡Quieto ahí! ¡Ni se te ocurra dar un paso más!

—¿Ves? Me tienes miedo.

—¡Que no es miedo, jod…!

Me callo a tiempo. Tiene razón en algo: no debería usar ese vocabulario delante de él. Estoy, a todas luces, delante de un menor. O de un adulto con un retraso madurativo importante. Sea cual sea la

opción correcta, nunca se me ha dado bien dar explicaciones, no voy a empezar ahora. Mejor ser una borde de mierda que la tarada del tercero. *Tarada estás igual, Aurora.*

—Entonces, ¿qué es? —dice, mirándome con la cabeza ladeada.

La pregunta del millón.

—No es nada —la respuesta típica.

—¿Puedo comprobarlo? —pregunta con inocencia, pero en ese pequeño cuerpo hay de todo menos eso. Antes de que pueda contestar, ya tiene el dedo levantado como E.T. en busca de su casa o del teléfono o de lo que coño fuese, y me lo acerca, apuntándome a la cara. Entro en pánico. Creo ver un moco pegado a ese dedo índice. *Pero ¡si con ese color de piel no se puede diferenciar nada, Aurora!* Hostia, pero ¿¡qué barbaridad acabo de pensar!?

Muslo. Labios. Niño. MOCO. MOCO. MOCO. ¡¡¡MOCOMOCOMOCO!!!

La respiración se me acelera, pero el oxígeno no llega al cerebro. Me duele el pecho. El corazón lo golpea por dentro con fuerza. PUM. PUM. PUM. Se me va a romper la caja torácica. Noto los latidos en los oídos. La boca se me reseca y las palmas de las manos se humedecen. Frío, pero calor. Sin querer, las cartas se me caen al suelo. Se esparcen por el portal en todas direcciones. Por lo menos el niño detiene su avance y observa el desastre. Aprovecho para tomar aire y no morir ahogada.

—Deja que te ayude —dice amable.

—¡¡¡No!!!

El grito me sale sin querer. Me imagino ya mocos verdes en los sobres blancos, y yo recogiendo y tocando todo. Debo de parecer una loca. *ERES una loca, Aurora.* Corpúsculos gelatinosos de color verde oscuro sobre un fondo blanco impoluto transfiriéndose a la piel de mis manos, no puedo dejar de visualizarlo. Una, y otra, y otra vez.

El niño baja el dedo. Esta vez es él el que parece asustado. Después, su expresión cambia en una milésima de segundo y me mira enfadado. Todo lo enfadado que puede estar un niño pequeño con cara de ángel —y posibles mocos en las manos—. Y lo suelta. Así, sin más:

—¿Es porque soy negro?

—¡¿Qué?! —lo miro, sorprendida. Abro la boca y no sé qué decir. Boqueo como un pez—. Ah… Yo… Pues… ¡Pues claro que no!

No me cree. No me extraña. *Para eso era mejor que le hubieses dicho que sí directamente, Aurora.*

Ha sonado a excusa. A «no te voy a decir que sí, pero en realidad soy una racista de mierda». Veo que se le inflan las mejillas. Pfff, merezco que me escupa en la cara. Penitencia máxima.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Yo solo quiero una puta ducha… Por lo menos mi respuesta de mierda sirve para que no se me acerque más. La ansiedad baja. Lo sé porque la RAM cerebral parece estar algo más libre para dedicarse a otras tareas. Chiiin. El ascensor se abre y sale la señora Paquita, la del segundo, a paso de tortuga. La conocí cuando acababa de empezar la reforma del piso y ella subió a avisar de que como tuviese una sola humedad nos denunciaba a la comunidad. Vive sola, a pesar de tener unos ciento cincuenta años, así a ojo. Tres veces por semana la visita una sobrina segunda de no sé dónde, supongo que para comprobar que, efectivamente, todavía no se ha muerto.

—¡Cuánto tiempo sin verte, guapa! Y dime, ¿por dónde anda tu Xoán?

Sabe de sobra que ya no es «mi» Xoán. Lo vio durante las obras, pero él nunca llegó a vivir aquí. Lo sabe y, aun así, se hace la tonta. ¡Hay que ver cómo le gusta hurgar en la herida! Sonrío falsamente y pienso en qué narices decirle, pero se me adelantan:

—¿Y a usted qué le importa? —le suelta el niño.

Un espasmo me sube desde la garganta y no puedo evitar que se me escape una carcajada que pretendo disimular con un bufido. No funciona, por supuesto. Me tapo la boca, sin resultado. La vieja me mira mal:

—Pero ¡qué desvergüenza! ¡La juventud de hoy en día no tiene ninguna educación!

Afirma eso, toda ofendida, mientras se aleja a medio metro por minuto, y eso que se ayuda del bastón. Se nota que tiene ganas de salir de allí, pero no avanza a la velocidad adecuada. El niño intenta aguantar la risa también, sin éxito. Cuando la señora por fin sale a la calle, una eternidad después, dejamos de disimular —t*ampoco es que hayas disimulado mucho, Aurora*— y rompemos a reír en estruendosas carcajadas. Ya no recuerdo la última vez que me reí tanto. Por lo menos a la luz del día. *Por lo menos estando sobria, querrás decir, Aurora.*

Cuando nos tranquilizamos un poco, nos miramos unos segundos sin pronunciar palabra. ¿De dónde habrá salido este niño? ¿Y qué estará pensando de mí? Que soy de la delegación del Ku Klux Klan en Galicia, como mínimo. ¿Sabrá al menos lo que es el Ku Klux Klan?

—Ya sé que no eres una racista —suelta.

¡Mecagoen…! Pero ¡¿qué…?! Este niño me lee la mente. Sin que yo diga nada, añade:

—Si fueses racista… —parece dudar un instante, pero al final continúa—, si lo fueses, no te habrías follado a un negro como el del sábado pasado.

Abro tanto la boca que se me va a desencajar. ¿Cómo sabe que…? ¿Que yo…? Intento recordar al tipo de la semana pasada. ¿Jason, era? No lo recuerdo bien. Pero ¡¿«follar»?! ¿En serio? Que sí, que técnicamente el término es correcto, pero que un niño como este diga «follar» es mucho peor que cualquier exabrupto mío, que por lo menos levanto metro y medio del suelo. Y luego está lo otro, además: lo de saber lo que hago o dejo de hacer dentro de mi propia casa. Ambas cosas son perturbadoras.

—Pero… pero… —p*areces imbécil, Aurora*—, pero ¿tú cuántos años tienes?

—Diez años y cuatro meses. ¿Por?

Al final me centro en el uso de términos sexuales inadecuados para su edad. Mucho mejor eso que creer que alguien te espía.

—¡¿Y te parece que con diez años y cuatro meses ese vocabulario es adecuado para alguien de tu edad?!

Le estoy gritando de nuevo. Él solamente se encoge de hombros:

—En mi clase lo dicen a todas horas.

Hace mucho que no piso un colegio, así que me resulta del todo imposible comprobar si las nuevas generaciones se están descarriando de esa forma. Va a tener razón la señora Paquita. El niño continúa:

—No es para tanto. Follar folla todo el mundo, que así es como nacemos.

No tengo claro a qué edad enseñan eso en la escuela, pero seguro que no usan la palabra «follar».

—¿Ah, sí?

No tengo ni idea de qué decir. Aprovecho para agacharme y recoger las cartas a toda velocidad. No ha llegado a tocarlas, ¿verdad? No tienen ningún moco, ¡¿VERDAD?! Él vuelve a encogerse de hombros:

—Lo pone en Internet, por si quieres buscarlo.

Puto Google. Meto los sobres dentro de una de las bolsas de la compra y cojo todo. El bolso, que ha estado en su sitio hasta ahora, decide escurrirse por mi hombro. ¡Mierda! No tengo ninguna mano libre para subirlo. El niño me mira fijamente sin pestañear ni una sola vez. Si echo a correr, creo que llego a las escaleras antes que él.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Compórtate como la adulta que aparentas ser, Aurora. Descarto el plan de escape. Más que nada, porque seguro que corre más que yo.

—Mira, chaval, me alegra saber que no me consideras una racista, pero me tengo que ir —le digo.

Paso lo más lejos de él que puedo y llamo al ascensor. La gente

adulta va en ascensor. Chiiin. La gente adulta que no quiere huir de un mocoso de diez años. Rezo para que el bolso aguante sobre la bolsa de judías planas congeladas sin caerse del todo, porque no tengo pensado soltar las putas bolsas. A lo mejor me quiere ayudar a llevarlas o algo.

—¿Sabes? —dice el niño mientras entro en el ascensor—. Me gustas.

La palabra «pederasta» cruza mi cerebro de punta a punta.

—Pero en plan amigos, ¿eh? —añade. Anda que no me han contado a mí esa trola miles de veces—. No te confundas.

—¿Y si yo no quiero ser tu amiga?

La pregunta me sale sola, no puedo evitarlo. Por lo menos no se lo he dicho gritando. Intento llamar al tercero sin soltar las bolsas. Está difícil, los tres litros de leche hacen un contrapeso considerable, pero por fin consigo pulsarlo.

—¿Quieres saber por qué me gustas? —el niño pasa de mí claramente.

NO, NO QUIERO. Parpadeo rápidamente sin saber qué responder, pero es que ni me deja tiempo:

—Primero, porque me tratas como tratarías a un adulto. Por ejemplo, no te importa decir palabrotas delante de mí. Sí, ya sé que mi madre cree que no se pueden decir, pero, entre tú y yo —se acerca y coloca la mano en las puertas del ascensor para que no se cierren. Enderezo la espalda y me pongo a la defensiva sin querer. Es intuitivo, no puedo evitarlo. El niño lleva pintado en la frente un «ALERTA. CONTAGIO» de manual. No parece darse cuenta—, a las madres no hay que hacerles caso siempre.

Por lo menos ahí coincidimos, pero ha dicho «primero», y eso significa que tiene que haber un «segundo». Una segunda causa que no me deja irme a mi casa todavía. Además, esta no me deja quedar muy bien. *Y a ti qué te importa, Aurora*. Le gusto por ser una malhablada. Pienso que es el primer hombre que me dice eso sin estar desnudo. Y encima, fomento la desobediencia maternal. Todo maravilloso.

—Y segundo —continúa, ajeno a mis elucubraciones—, porque eres rara. Y eso significa que eres una persona interesante. Que ya es mucho decir en un edificio como el nuestro, lleno de gente aburrida.

Como para darle la razón, se oye una voz por el hueco de las escaleras que grita: «¡¡¡El ascensoooor!!!». Enarco las cejas, a ver si lo pilla y me deja en paz. *Le gustas porque eres un misterio, Aurora*. Genial, también. *¿Sabes? Si esto fuese la historia porno que te estás montando, el camino hasta su bragueta estaría más que despejado.* ¡¿Qué?! Pero ¡si es un niño! No quiero pensar en eso, no quiero, no quiero, no quiero…

—¿Y yo te gusto? —me pregunta, sin soltar el ascensor.

Pero ¡¿qué me estás contando?! No sabrá leerme la mente, ¿no? ¡¿Y si esa pregunta va con segundas?! La respiración sube de nuevo hasta el nivel locomotora de tren y me imagino la chimenea, las ruedas, las vías… Lo que haga falta para dejar de pensar en menores desnud… *¡¡¡NO PIENSES!!!* ¡¡¡CLARO QUE NO QUIERO PENSAR, PERO TÚ NO ME DEJAS EN PAZ!!!

—¡Mira, hay un vecino esperando por el ascensor, es mejor que lo sueltes! —digo para que me dejen en paz, el niño y el cerebro.

¿Grito otra vez? Me da igual, estoy a otras cosas más importantes y que ocupan toda mi RAM.

El niño suelta las puertas del ascensor por fin, pero antes de que se cierren del todo, todavía le escucho decir:

—Terminaré por gustarte, ¿cuánto te apuestas?

Cierro la puerta del piso detrás de mí, con rapidez. Por si acaso el niño-espía del vestíbulo me ha seguido por las escaleras. Observo por la mirilla para comprobarlo. Suspiro aliviada. Estoy sola. O eso creo.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

No, nunca estoy sola. Mi mente tiene ya suficientes preocupaciones para que encima me acose un mocoso desconocido con preguntas estúpidas. Cierro por dentro, dos vueltas de llave. Sobre todo si no tengo respuestas. O no quiero tenerlas.

O no puedo.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Dejo el bolso en el mueble de la entrada y voy directa a la cocina. Meto lo del congelador en el congelador, lo de la nevera en la nevera y el resto lo dejo encima de la mesa. No voy a colocarlo todo ahora, cuando tengo tantos fuegos que apagar en la cabeza. Después me saco los zapatos de camino al baño. Los calcetines también. Son de esos transparentes, bajos, que no se ven y que tampoco transpiran. Cómo lo van a hacer, si esto es como llevar una bolsa de plástico. Están empapados. Normal. Por fortuna, no soy olorosa de pies. De otras cosas sí. Levanto el brazo izquierdo y acerco la cara al sobaco. ¡Uf! Necesito esa ducha urgentemente.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Pocas veces me pongo sandalias. Casi nunca, más bien. Dejan demasiada piel a la vista, lo que implica impactos innecesarios. Escupitajos, meadas, basura, tierra, polvo, chicles todavía frescos y no frescos… Demasiado cerca del suelo, demasiado cerca del peligro. Cuando las llevo, lo primero que hago al llegar a casa es descalzarme

y lavarme los pies en el bidé, para no contaminar las zapatillas al ponérmelas. Bendito bidé, no sería capaz de vivir sin él. Fue lo único que exigí en el proyecto de reforma del piso, un bidé en cada baño. No sé cómo narices hace la gente que no lo tiene. Se lavan poco, eso seguro.

MUSLO. LABIOS. MUSLO. LABIOS. MUSLO. LABIOS.

Escucho el latido de mi corazón contra el pecho. El cerebro me pesa. Literalmente, puedo notarlo. Necesito un descanso. Avanzo descalza hasta el baño de mi habitación y allí me desnudo entera, haciendo un burruño con las prendas. Con urgencia. Las echo todas al cubo de la ropa sucia, que, como su nombre indica, también está sucio. Solo hay que seguir el camino: la ropa está sucia, la cojo con la mano; la mano ahora está igual de sucia y con ella abro la tapa del cubo, que termina sucia también. ¿Cómo llaman a eso en la comunidad científica? ¿Cadena de contagio? ¿Zona contaminada? Que tiene fundamento, vamos, que no estoy loca. *¿Que no qué, Aurora?* Cada vez que toco el puto cubo tengo que lavarme las manos, excepto cuando después me meto en la bañera. Una buena ducha lo limpia todo. Es mi botón de reset particular. Levanto y bajo la tapa del cubo sin sentir ningún tipo de contaminación, pues ya me estoy imaginando el agua cayéndome por encima y limpiándome por completo. No tengo nada que añadir a la lista mental. ¡Qué liberación! Me relajo algo, un poquito solo.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Es imposible olvidarlo. Las zonas arden como si me hubiese ortigado, con un continuo hormigueo. A pesar de todo, la ansiedad baja y los carteles parpadeantes de mi cabeza disminuyen su intensidad. Además, el cerebro permanece —casi— en silencio. Acaricio la salvación con la punta de los dedos. Pero antes tengo pis. Levanto la tapa del váter y me siento, con cuidado de que la posible-probable-fijo-que-sí zona contaminada de baba de bebé con chupachús no toque la porcelana, no me apetece ponerme a desinfectarla ahora. Después de limpiarme —dos veces, por si acaso— voy al lavabo directa. Me echo jabón en las manos y froto con ganas. Me da igual que después vaya a meterme en la ducha: eso sí que no puedo obviarlo. Es obligatorio, ley: después de mear, lavarse las manos. Punto. Aclaro y aprieto el dispensador de jabón de nuevo. Mejor dos veces que una. Más seguridad. Nunca está de más confirmar. Pis cero, Aurora uno.

Me acerco a la bañera y abro el grifo. En el otro cuarto de baño hay plato de ducha, pero nosotros siempre hemos sid… ¡Mierda! YO (¡yo!), yo siempre he sido de darme baños relajantes. En fin, que bidé

y bañera son dos elementos indispensables en la vida de toda ciudadana limpia de verdad. Mientras espero a que el agua caliente haga acto de presencia, mi mente viaja hasta la cerda de mi jefa. La Tere. Creo que nunca la he visto lavarse las manos después de ir al baño. Nunca la he visto lavarse las manos, a secas. Manda narices, Tere, que no cuesta tanto. Luego me mira mal si me contorsiono —disimuladamente, por supuesto— para evitar que me toque cuando hablamos. Puta manía de tocar a la gente cuando le diriges la palabra. Alguien debería hacer un estudio sobre eso. Dictaminar que invadir el espacio ajeno, aire incluido, es de mala educación. Que si esto fuese la Edad Media estaría tododiós muerto, como en la pandemia de la peste. Menos mal que esas cosas ya no pasan, que si no la puta Tere sería una asesina en potencia.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Me meto en la bañera. Ya debe de estar el agua bien caliente. No he puesto el tapón, así que varios litros se han ido por el desagüe abajo. Solo quería darme una ducha rápida, pero, claro, soy de fácil dispersión. Sobre todo cuando tengo la RAM cerebral al noventa y cinco por ciento. Menos mal que las campañas por el uso responsable de los recursos me la traen al pairo. No puedo hacer un uso responsable de algo que es pura supervivencia mental. Cierro la mampara, me siento en la bañera y mi piel se moja. Dejo el grifo abierto mientras me enjabono. Me gusta el vapor del agua caliente. Si me viesen los de Greenpeace, ya estaría denunciada. Froto el muslo con fuerza, donde hay más posibilidades de que el chupachús me haya rozado. Rasco un poco, por si está bien incrustado. Eso dicen en las pelis y series de polis, que las uñas de las víctimas pueden arrancar trozos de piel. Restos de mierda es lo que no quiero yo que queden en mi pierna, así que, si para esto tengo que sacarme la capa superficial de la epidermis, por mí bien. Después aclaro y repito el proceso. Dos veces, para asegurarme. Tampoco es que me dé tanto trabajo.

Labios. Labios. Labios.

Una cosa menos. Me echo agua por la pierna y cojo jabón de nuevo. Miro la mano llena de gel pH neutro. Ojalá fuese gel con alcohol. ¿Eso existe? Lo pienso durante una milésima de segundo. Luego, aprieto los labios bien fuerte y también me los froto. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha. Limpia, limpia, limpia. ¡¡¡Puag!!! Enchufo el cabezal de la ducha directamente a la boca e intento deshacerme del sabor horrible que me queda dentro, por mucho que haya apretado los labios. Flor de azahar. Una mierda flor de azahar. Colonia pura. Eso significa que, por lo menos, lleva alcohol, ¿no? Dejo pasar los segundos con el chorro de agua templada dirigida

a la lengua. Cuando termine aquí me echaré colutorio. Del antiséptico, nada de chuminadas con flúor. Yo lo que quiero es desinfectar. Dos veces, para asegurarme.

Después de tres cuartos de hora, salgo del baño. Voy desnuda hasta el dormitorio y me echo crema hidratante y anticelulítica —no vaya a ser que por un casual funcione, que no se diga que no lo intento—. ¿Y el móvil? Estaba tan concentrada que ni cuenta me he dado de llevarlo al baño para poner música o la radio, algo que suelo hacer a menudo. Cualquier cosa antes que escucharme a mí misma. Como si algún ser superior pudiese oír mis pensamientos —espero que no se haya tomado en serio lo de cagarme en él y en su santoral—, escucho cómo el aparato suena en la entrada. Avanzo desnuda por el pasillo, a ver si la crema absorbe de una vez. Cojo el teléfono del bolso. Cinco wasaps de «Las 4 Fantásticas». Nunca hemos destacado por nuestra originalidad.

SABELA
Este finde bajo a casa. Hacemos algo?
21:02

MARÍA
Dan bueno para mañana.
Playa? Q sé q la echas de menos.
21:05

Soy la única que no la llama «casa» desde que nos fuimos a estudiar fuera a los dieciocho. Para mí es la casa de mis padres. Mi casa es el lugar donde puedo lavar las manos siete veces seguidas y ducharme tres veces al día sin que nadie me juzgue. Supongo que por eso Xoán y yo… No, no quiero ir por ahí. Regreso a mi habitación y me tumbo en la cama mientras sigo leyendo.

SABELA
Cómo me conoces.

21:05

AZUCENA
Lo q queráis, a mí me da igual.
21:06

MARÍA
Podemos hacer un churrasco para inaugurar el verano.
21:07

María y sus churrascos. Igual de ilusionada que cuando teníamos quince o dieciséis. No puedo evitar sonreír. Intento recordar la última vez que fui por allí. Creo que hace unos meses, antes de la mudanza. La mudanza: una excusa buenísima para no hacer las dos horas de viaje que me separan de mis amigas de la infancia, tan felices ellas, tan normales. Y también para no ver a mamá, a papá, a Roberto. Las reuniones familiares nunca han sido lo mío, menos ahora. Sería imposible evitar las preguntas sobre qué tal Xoán, por qué no viene Xoán, cómo le va el doctorado a Xoán. Paso. No me apetece dar explicaciones.

SABELA
Mi verano van a ser estos 2 días solo, ya sabéis cómo van los turnos en el hospital en vacaciones.
21:08

MARÍA
Es una vergüenza. Cuántos contratos llevas este año ya?
21:08

AZUCENA
Lo q teníais q hacer era organizaros todas y denunciar.
21:09

Ya está Azucena. ¿Cómo va a saber lo que le conviene a Sabe mejor que ella misma? Lee dos o tres noticias sobre enfermeras eventuales y ya se cree en posesión de la verdad absoluta, con derecho a opinar de todo. A veces es insufrible. La conozco desde hace casi veinte años y sigue igual.

MARÍA
Ya sabrán ellas lo q tienen q hacer, no, Azu?
21:10

Sonrío. Menos mal que está María. Su voz suave aparece en mi mente. Creo que nunca la he visto enfadada, pero es la única que sabe manejar a Azucena. Con cariño, con diplomacia, con tacto, con educación, sí, pero que no. Que no está de acuerdo. Y además Azu solo admite algún fallo cuando ella se lo hace ver, así que entre ellas deben de entenderse bien. Siempre hemos sido un cuarteto de binomios, María-Azucena y Sabe-Aurora. Por lo menos hasta que me marché a estudiar a una ciudad diferente de la de María y Sabe, que terminaron compartiendo piso. Y ahora María ha vuelto al pueblo y es profe en la escuela de nuestra infancia y vive con Azucena, que hizo

una FP y nunca se fue de allí; y Sabe regresa a casa, como ella la llama, siempre que su trabajo de enfermera se lo permite. Y yo…, ¿qué pinto yo?

> Lo siento chicas pero este finde
> me resulta imposible ir. Pasadlo bien!
> 21:11

Dudo un momento antes de darle a enviar, pero sé que no hay más opciones. Es por Xoán: no me apetece que pregunten, no me apetece contarlo todavía, me digo. Pero pienso que hace ya mucho tiempo que no me apetece ir. Quizás años. ¿Cómo se vuelve a un lugar en el que todo sigue igual, todas siguen igual, excepto yo? Puedo intentar mentirme, decir que esto es madurar. Pero no. *Sabes que no, Aurora*. Ya no soy la que ellas recuerdan, la primera que decía que sí a los churrascos de María, la que escuchaba los problemas de Sabe con los chicos, la que se exasperaba con los comentarios estúpidos de Azu. Vale, quizás eso sí, pero ni eso, que sigue igual, es igual ya. Ellas siguen siendo las chicas que sonríen a la cámara, contentas de estar juntas, y yo soy la que sale borrosa, la que se mueve porque tiene miedo de que sus carcajadas me salpiquen de saliva.

No sé cómo se hace para volver a un lugar en el que, hace un tiempo, hubo una Aurora que ya no existe. Tengo miedo de que descubran que soy una farsante. O tal vez la farsante siempre ha sido la otra.

Espero unos minutos más mirando la pantalla, pero nadie responde a mi mensaje. Están acostumbradas, supongo, a mis excusas. Se ponen a hablar de comprar la carne, el carbón, de la hora a la que deberían quedar para tener el fuego listo. No sé si prefiero esto a que me hagan preguntas para las que no tengo respuesta. ¿Qué pinto yo? Tengo que cenar, pero permanezco tumbada un poco más, encima de la colcha. Estoy agotada y hace calor, demasiado. Me quedo dormida casi al momento. El último pensamiento que cruza por mi cabeza nada tiene que ver con Xoán, Azucena, María, Sabe o el estúpido niño que me acosó en el portal. Lo último que aparece en mi mente es que menos mal que no tengo la regla. *Esos cuarenta y cinco minutos en el baño no te habrían llegado a nada, Aurora.*

2015

—Estas sesiones están encaminadas a mejorar tu situación, y eso empieza por entender cuál es. Los estudios dicen que cerca del noventa por ciento de la población tiene ideas intrusivas de vez en cuando. Eso no es malo. El problema aparece cuando las obsesiones de una persona le impiden un normal desarrollo de su vida.

—(…)

—Yo he dicho «normal desarrollo». ¿Qué es para ti ser una persona «normal»?

—(…)

—No le puedes conceder a esas ideas más importancia de la que tienen. No son ellas las que definen lo que eres, sino tus actos. ¿Hay que condenar a alguien por pensar en cometer un asesinato o por realmente llevarlo a cabo?

—(…)

—¿Crees que tus pensamientos son comparables con un crimen? ¿Te sientes culpable por tenerlos?

—(…)

—Por muy abominables que puedan ser los pensamientos de una persona, son solo eso, pensamientos. Nadie puede entrar en tu cabeza. Nadie puede saber lo que piensas, sientes o crees si tú no lo verbalizas o lo demuestras.

—(…)

—¿Y qué pasa por que pienses eso? ¿Eres mala persona? ¿De verdad crees que esos pensamientos execrables son tu «yo» verdadero?

—(…)

—Así que, según tú, todo lo que pase por nuestra cabeza revela, de una forma subconsciente, nuestra verdadera naturaleza.

—(…)

—Es decir, que un pensamiento tiene tanta importancia como un acto. Pensar en algo es moralmente equivalente a hacerlo. Desearle la muerte a tu madre o a tu padre en un momento en el que estás muy enfadada es lo mismo que matarlos. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—¡¡¡(…)!!!

—No, para nada me estoy riendo de ti, solo intento aplicar tu mismo razonamiento: ¿son los pensamientos que tenemos los que revelan nuestra auténtica naturaleza? ¿Pensamos siempre cosas que de verdad sentimos?

—(…)

—Sí, sé que el dolor emocional que todo esto provoca en ti es mucho. Por eso estás aquí. Para eliminar el malestar tan grande que sientes. No para suprimir esos pensamientos, no te confundas. Eso es imposible. Seguirán apareciendo en tu mente, pero cada vez tendrán menos importancia. Ahora puede parecer una quimera, pero para eso está la terapia. Sé que te gustaría que esto fuese un diagnóstico, un medicamento y listo, pero no funciona así. Es una carrera de fondo. Estar aquí ya es un logro, pero queda mucho por hacer.

—(…)

—No hay fórmulas mágicas. Ni la medicación puede hacer eso. La medicación es una ayuda para bajar el nivel de ansiedad y el malestar que provocan las obsesiones. Es muy difícil conseguir enfrentarse a los pensamientos intrusivos si el ánimo de la persona está tan bajo como el tuyo. Y está bajo porque estas obsesiones provocan en ti un malestar muy grande, con lo cual entramos en un círculo vicioso que hay que conseguir romper por algún lado. Pero una pastilla nunca es una solución milagrosa. Sí que son una ayuda muy grande, eso sí. Tampoco hay que estigmatizarlas. Para nada.

—(…)

—Conseguir que las ideas intrusivas no se conviertan en obsesiones incapacitantes es nuestro objetivo. El único. Eliminarlas no es una opción, y no lo es porque absolutamente todo el mundo, repito, todo el mundo, alguna vez ha pensado cosas que realmente no sentía, y eso no tiene nada de malo.

—(…)

—Eso no puedo decírtelo yo.

—(…)

—Porque yo no puedo responder a eso. Tienes que saberlo tú.

—(…)

—¿Y qué pasaría si fuese verdad? ¿Tan malo te resultaría?

Sábado, 29 de junio 2019

Llevo tanto maquillaje en la cara que más que brocha parece que he usado espátula y paleta. Miro mi reflejo en la pared de espejo de detrás de la barra del bar. Si hubiese sido Halloween no me quedaría mal la calabaza que llevo encima de los hombros. ¿Qué clase de empresa vende productos de ese color? ¿Acaso el tono zanahoria en la piel tiene tanta demanda?

Bebo un trago del vodka con lima, el último. El trago, no el cubata. Levanto la mano y llamo la atención de la camarera para que me ponga otro. Estoy sola, pero un vaso siempre es buena compañía. *Eso es lo que quieres creer, Aurora.*

La chica se me acerca con la botella de alcohol —rellenada, seguramente— y un vaso hasta arriba de hielos. Tengo las encías sensibles, nunca me ha gustado el hielo, pero no le digo nada para que no piense que quiero que me los quite solo para poner más vodka en su lugar. *Eres una puta alcohólica, Aurora.* Mientras me sirve, observo su cara. Es guapa. Debe de ser un requisito indispensable para trabajar de camarera por la noche. Cabello rojo, liso y corto, peinado de forma moderna. Toco el mío, castaño, de forma inconsciente. Su pelo grita «único e inigualable» por todas las fibras capilares, mientras que el mío solo murmura un «anodino y aburrido». No está mal para el día a día, cuando quiero pasar desapercibida. Pero no me he puesto esta capa de chapa y pintura para pasar inadvertida ahora.

Le doy las gracias con una sonrisa cuando termina de servirme. Me guiña un ojo. No sé cómo reaccionar. *¿Te gusta, Aurora? ¿Quieres follártela?* Nunca me he acostado con una mujer. Mientras bebo un sorbo, pienso en el porqué. ¿Hay un porqué? Últimamente pienso mucho en esto, en acostarme con mujeres. ¿Y si soy lesbiana y no lo sabía? Puede ser. *Tú eres de las que se dejan llevar por la presión de grupo y los penes hacen una presión de grupo considerable.* ¿Me gustaría? *Sí, seguro que sí, Aurora.* ¿Sí? *Cuando ves o lees una escena de sexo, ¿en quién te fijas?* En ellas. *En ellas, claro, Aurora.* Es que son perfectas. ¿Quién va a querer centrarse en ellos con esas caras preciosas al lado, esas pestañas de infarto, esas tetas que yo no tengo ni tendré jamás, ese culo sin un gramo de celulitis…? Perfectas. Son perfectas.

Yo también quiero ser así.

Sí, puede que sea lesbiana y no tuviese ni idea. Otro sorbo. *Pero Xoán no encaja en esa ecuación, Aurora.* ¡Lo que me faltaba! No me

metas ahora a Xoán, ¿eh? *Mejor sigue mirando a la camarera, entonces.* Tiene buen cuerpo, atlético, proporcionado. Es guapa. Eso ya lo he dicho, ¿no? Supongo que también simpática, porque siempre lleva una sonrisa en la cara, aunque no hablamos mucho. La música está demasiado alta. *Es un pub, ¿qué esperabas, Aurora?* Creo que sí, que puede que sea, a lo mejor, quizá, lesbiana. O bi. *Imagínate en la cama con ella, así podrás comprobarlo. Desnuda, bajándole las bragas, metiendo la nariz entre…*

No sé cuánto tiempo paso así, imaginando mi cara entre las piernas de la camarera, pero termino el cubata que me acaba de poner. A veces me pasa. Me atasco. Con un pensamiento, una idea, una imagen. Imaginarme a mí misma frotándome contra la camarera pelirroja —¿llevará los pelos del pubis a juego?—, una y mil veces, no me quita la duda. Solo hace que entre en un bucle infinito, pero ya empiezo a notar los efectos del alcohol, así que esto no durará mucho. *A ver, Aurora, tampoco hay que darle tanta importancia. Un sábado noche te gusta cualquier cosa. No vas a ir ahora de exigente.* Eso es. No voy a darle importancia. Pido otro vaso de lo mismo. La camarera me mira raro, su sonrisa flaquea. ¿O me lo imagino? Da igual. ¿Importancia? Ninguna. Cero.

Eres… una puta… alcohólica, Auro… ra. ¿Alcohólica, yo? No, perdona. Supervivencia mental. *Creo que…* Que me da igual, cerebro. Te queda poco. La niebla está a punto de ahogarte.

Un chico de hombros anchos y pelo que de tan rubio es casi blanco se pone a mi lado para pedir bebida. Me observa con una sonrisa en los labios. Lo analizo: orejas demasiado salidas, un poco más bajo que yo. Algo de barriga, quizá por el exceso de cerveza, pero brazos fuertes, musculados. Me gustan esos brazos. Ahí no hay ninguna duda, no como con la camarera. De hecho, no necesito ponerme a imaginármelo, tengo el cerebro apagado. Le devuelvo la sonrisa. Todavía no es medianoche, pero beber cubatas en un local tan pronto sirve de criba para no encontrar en el mercado a toda la chavalada, que está de botellón. Este parece mayor de edad, por lo menos. Va vestido con polo y pantalón chino. Odio los polos. En Derecho llevaban polo los tíos más insufribles, supongo que tengo un trauma o algo. Por lo menos este no parece de marca. El chico tiene la barba demasiado bien recortada, la raya del pelo demasiado perfecta. Me pregunto si vestirá así en su día a día o si le gusta, como a mí, disfrazarse en determinadas ocasiones, como un sábado noche. Le sonrío y le doy un sorbo a mi vaso olvidando que vuelve a estar vacío. Debo de parecer una imbécil, espero que no se haya dado cuenta.

—Hi! Are you Spanish?

El chico se acerca a mi oreja para preguntarme eso y me pongo en tensión. No he notado ninguna gotita de saliva regándome la piel a priori, pero la falta de luz y la música alta dificultan la percepción de los sentidos. De todos. *Creo que te ha escupido en el lóbulo, Aurora*. Sí, quizás en ese pequeño hueco que queda entre el pendiente que me hicieron por ser mujer y el que me hice yo porque me salió del coño. Sí, noto el hormigueo justo ahí. En ese lugar exacto.

Lóbulo. Lóbulo. Lóbulo.

—Don't you understand me?

Que sí, que sí que te entiendo, pesado. Es que no sé si tus babas han terminado en mi oreja y así una no puede pensar. Todavía no tengo suficiente alcohol en vena. Levanto la vista, dispuesta a mandarlo a la mierda para escapar corriendo al baño a lavarme, y entonces sonríe aún más. A mí. Me sonríe. No una sonrisa condescendiente del tipo «pobrecita, seguro que no tiene ni puta idea de inglés», no, sino un «hola, me interesas. ¿Qué te parece si charlamos un poco?». Cuando llevas tantos meses soltera y saliendo casi todos los fines de semana, empiezas a hablar lenguajes que antes no dominabas. Vuelvo a mirarlo de arriba abajo. No es mi hombre ideal. Va demasiado emperifollado, demasiado conjuntado. *No te vas a casar con él, Aurora.* Tiene los dientes blancos y perfectos, parece oler bien y se le ve aseadito. ¿Qué más quiero?

Lóbulo. Lóbulo. Lóbulo.

Sirve de sobra. Además, no hay nada que el alcohol no arregle. Esta vez soy yo la que sonríe:

—Yeah, I understand you.

Mi madre estaría contenta de ver lo bien que he aprovechado la academia de inglés.

Son casi las dos. He perdido la cuenta de los cubatas. Chupitos, tres: por él, por mí y por el programa Erasmus. En este tiempo, que yo recuerde, mi nuevo amigo, Luca, ha intentado enseñarme algo de alemán, me ha dicho que tiene veintidós —a tomar por culo la táctica del botellón, ¡el tipo es un bebé!—, le he mentido al responder que yo veintiséis, me ha hablado de la carrera que está estudiando, no recuerdo cuál ni me interesa especialmente, y conversamos de otras muchas cosas. Familia, amistades, expectativas vitales. Avanzo por terreno seguro, repitiendo lo mismo de siempre. Las preguntas no son nada originales, las típicas. Las respuestas igual. A nadie le gusta que la persona a la que quieres follarte te suelte un «mal» cuando la saludas con un educado «qué tal». Nadie quiere que le respondan «mal» cuando hace esa pregunta.

Tengo ganas de mear. Me disculpo en un ininteligible inglés —a

estas horas mi dicción no es la mejor— y me voy al baño. Estoy lo suficientemente borracha como para que no me importe entrar por esa puerta. En otras circunstancias ni se me ocurriría. Los baños públicos son una sentencia a muerte, hay que salir siempre bien meadita de casa.

Entro en el cubículo. Pongo el pestillo y levanto la falda del vestido. Con él arremangado, me bajo las bragas mientras pienso en que tampoco huele tan mal el sitio. No recuerdo dónde he leído que los cepillos de dientes que guardamos en los baños personales tienen no sé qué porcentaje de bacterias fecales. Da igual que bajemos la tapa del váter, eso vuela que da gusto. Me pregunto si el pis también tendrá *E. coli*. Como las albóndigas del Ikea. Joder, es que ya ni sabemos lo que comemos. Mierda. MIERDA. Eso comemos. Literalmente.

Creo que me estoy dispersando.

Con las bragas por los tobillos, se me ocurre la genial idea de echar una ojeada a la supuesta superficie del váter donde debería poner el culo. Veo miles de gotitas de color amarillento sobre la superficie de porcelana blanca.

PIS DESCONOCIDO. PIS… DESCONOCIDO. PIS… Cuidado… Cuida… Cui…

No tenía pensado sentarme, gracias, cerebro. Jamás en un baño público. Es una reacción automática. Como pestañear, respirar o el latido del corazón. No lo hago ni en casa de la gente que conozco, que de nadie sé tanto como para determinar si su grado de limpieza es el óptimo. Doblo las rodillas y acerco las cachas a una distancia prudencial, con cuidado de no irme para los lados. ¿Por qué el mundo entero da vueltas? El momento de mear fuera de casa haciendo sentadillas es el único ejercicio que practico con regularidad, a pesar de que pago el gimnasio religiosamente cada mes para no pisarlo nunca. Intento no apoyarme en ningún lado, pero termino poniendo la mano en la pared. Era eso o caerme de narices. Si hay mierda en los cepillos de dientes de las casas, ¿cuánta habrá en las paredes de un baño público?

Lavar… manos… Lo apunto en la lista cerebral de tareas.

Cuando veo que más o menos estoy en la posición correcta, distiendo los músculos de la uretra y dejo salir el chorrito. Con demasiada fuerza, porque tengo mucho pis. No debería esperar tanto para vaciar. Pero, claro, si aumento la frecuencia de la micción, aumento también las posibilidades de contaminarme, porque tengo que ir más veces al baño. Ji, ji, ji. No tengo ni puta idea de por qué río.

Mierda. MIERDA. ¡¡¡MIERDA!!! La risa se me corta de golpe. ¡Me he

salpicado!

Empiezo a respirar más rápido. No es que tenga una meada mía en las piernas, que ya de por sí es horrible, sino que el pis ha rebotado contra la puta porcelana blanca LLENA DE GOTAS AMARILLAS DE OTRA GENTE.

Espero el ardor en el muslo, justo donde he notado la salpicadura. También el permanente recordatorio mental de que estoy contaminada en esa zona. Una tarea más que añadir a la lista. Porque yo tenía una lista… en algún lado. Y tenía que limpiar alguna otra parte… ¿O más de una? Pero… ¿cuál?, ¿cuáles?

Entonces una carcajada histérica escapa de mis labios. Estoy borracha. Estoy tan borracha que ya ni recordaba que estaba borracha. Con el alcohol, la voz del cerebro pierde fuerza. Recuerdo que, en algún momento de la noche que no identifico, olvidé el punto exacto del lóbulo en donde había babas de Luca. Pues mira, si he estado dos horas tan tranquila, no voy a preocuparme ahora. Si he sido capaz de olvidarlo, tan importante no sería. En circunstancias «normales» estaría hiperventilando, pensando en cómo amputarme la pierna salpicada de orina ajena como mínimo. Sin embargo, ahora mismo lo único que aparece en mi mente es que, si me he manchado, pues vale. Que da igual. Que a mí no me importa si a la voz no le importa.

Todavía me río cuando me subo las bragas. Y cuando abro la puerta para lavarme las manos, porque eso sí que lo hago siempre, sin importar el nivel de alcohol en sangre. Son cosas que tienes interiorizadas porque las has repetido tantas veces que es imposible olvidarlas. Como el padrenuestro. Grabado a fuego en el cerebro. ¡Con lo que necesito yo todo el espacio posible en la mente!

Luca también sonríe, ahí plantado delante del cubículo del que acabo de salir. ¿Es esto acoso? Tiene los dientes blancos y perfectamente alineados. Es algo en lo que, creo, he pensado mucho mientras hablábamos, mientras me sonreía. ME sonreía. A mí. Eso también me pone mucho. Eso y los brazos tremendos. No sé qué jodido efecto producen esos brazos en las zonas erótico-festivas de mi cerebro, pero funciona. Lo de los dientes supongo que es más normal: todas las que hemos llevado brackets en la adolescencia nos fijamos en la alineación bucodental, pero esos brazos… Tiene uno apoyado en el marco de la puerta marcando músculo, como en una portada del *Men's Health*. Pfff, noto las bragas húmed… Un momento: ¿me he limpiado después de mear? No lo recuerdo, no lo recuerd…

Mira, me da igual.

Lo agarro por su polo conservador-pero-liberal-moderno y lo

atraigo hacia mí. Abro los labios y los junto con los suyos. Me hago algo de daño con el ansia, diente con diente, pero qué más da. Solo espero no haberme jodido la dentadura perfecta que me dejó la ortodoncia, que ya bastante he sufrido. Noto que me empuja hacia el baño y camino de espaldas, sin soltarlo. Cierro la puerta de una patada, pero nos detenemos un momento para poner el pestillo, que follar en un baño público está bien, pero con sus límites. La música sigue alta, todo da vueltas, Luca sabe a alcohol. Sé que en otro momento eso me alegraría, una boca bien desinfectadita, pero ahora me da igual. Me topo con la espalda en la pared en la que minutos antes he apoyado la mano, pero la sensación de contaminación no aparece. No me fijo en eso, ni tampoco en que no me he lavado las manos porque había un Luca salvaje esperándome en la puerta. Tampoco me importa su saliva en el lóbulo, olvidada ya. Menos mal, porque en breve tendré babas de él en todos los poros de la piel. Me da igual todo porque la voz permanece en silencio. Y eso es precisamente lo que busco cuando vengo a estos sitios, a estas horas y me acuesto con estos tíos. Silencio.

Le meto las manos por debajo del maldito polo. La verdad es que prefería quitárselo y verle bien los brazos, pero la logística de follar en un cubículo de un metro por dos es ya bastante complicada como para encima ponernos exquisitos con el tema ropa. Noto sus manos por debajo de la falda, buscando el camino a mis bragas. Pienso en ponerle el Google Maps, pero por fin encuentra el sitio correcto y noto su dedo dentro. Suspiro. No porque me guste especialmente, sino porque es lo que se espera de mí. Son muchos años de práctica. Nunca me han hecho especial ilusión las caricias de ese tipo, pero a ellos sí y la creación de ambiente es un factor importante.

Minutos después, decido que ya está bien del estúpido mete-saca del dedito. Un poco no pasa nada, pero esto es pasarse. Le aparto la mano de entre las piernas y empiezo a desabotonarle el pantalón, mientras él se afana con la lengua en mi cuello. Río. ¿Quién no tiene cosquillas ahí? Es urgente elaborar un manual de zonas erógenas femeninas de verdad, algo que explique que los cuerpos de las mujeres no son mapas del tesoro donde la equis está siempre en el mismo sitio.

Le meto la mano en los calzoncillos y Luca empieza a hacer movimientos inequívocos para intentar metérmela. Tengo que apartarlo con la mano izquierda y con la otra sacar un condón del bolso apoyado en el lavabo.

—Sorry, I didn't think about it. You're so damn hot!

Ya. No le respondo nada, solo le doy el condón. ¿Espera que le diga que él también está muy bueno? Lo que más me excita de él es que yo

lo excito, sinceridad ante todo. Y quizás un poco por los brazos y los dientes, pero sobre todo lo otro. Mientras coloca el preservativo, me llevo la mano a la entrepierna. Si el chico no tiene ni idea de cómo funciona el asunto, no es momento de explicárselo. No es la primera vez que tengo que arreglarme yo solita ni, por desgracia, será la última. Cuando Luca tiene puesto el condón, me pasa el brazo derecho por debajo del culo y me levanta en el aire, mientras apoya la mano izquierda en la pared para mantener el equilibrio. El puto Hulk vestido de comunión, el tipo. Me sujeto a su cuello mientras intento seguir acariciándome a mí misma. En las pelis nunca parece tan difícil, ni que fuese esto un jodido festival de contorsionismo. Estoy más concentrada en no caerme que en lo que hay que estar. Cuando por fin me encuentro en una posición libre de peligro, me centro de nuevo en mi mano y en los movimientos rítmicos de Luca y… y entonces se detiene. Fin. The end.

Ya está, se acabó. Dos minutos contados. Mecagoendiós.

El momento «despegarse» es más bien violento. «¿Ya?», estoy a punto de preguntarle, porque el alcohol hace que se apague la voz y que pierda toda la vergüenza. Me detengo a tiempo al ver su cara de ilusión, con los ojos iluminados y las mejillas rojas:

—It was OK?

Pfff… Si la culpa es mía por hacerlo con un pipiolo diez años más joven. No voy a romper ahora sus ilusiones de machomán. Eso que lo haga otra, que bastantes problemas tengo yo ya.

—Yeah, perfect —le respondo, mientras me esmero con el papel higiénico entre las piernas y me subo las bragas.

Eso tampoco sale en las pelis. Que el mete-saca es mejor con lubricación, y que el cuerpo humano es sabio y autosuficiente, pero que después esa lubricación no desaparece como por arte de magia por subirte las bragas porno de encaje. En mi caso de algodón, que a mi lavadora no le gustan las otras. Y en esas estoy cuando siento sus manos en las caderas. Me besa la oreja, cariñoso. Qué será lo siguiente, ¿pedirme matrimonio?

—Do you want another drink?

Sí, pero no contigo. De ti no necesito nada más. Le pongo una excusa estúpida y me marcho corriendo, casi literalmente, antes de que se le encienda la bombilla del cerebro y me pida el número de teléfono.

Pasan de las tres de la mañana cuando llego a casa. Abro el portal con no demasiada rapidez y mientras espero al ascensor casi me quedo dormida allí mismo. El puto chiiin hace que vuelva en mí. Entro y pulso el tercero, intentando mantener los ojos abiertos en lo que dura

el camino. La puerta de casa ya se me resiste más. Las llaves se me caen al suelo tres veces antes de poder meterlas en la cerradura y girarlas.

Entro en el piso y cierro detrás de mí. Dos vueltas a la llave. Voy directa al baño de mi habitación, pongo el tapón de la bañera y abro el grifo. Luego, me desnudo. O lo intento, que aún no estoy muy ágil. Mientras lucho contra mi falta de equilibrio, recuerdo el sexo en el baño. No por Luca, a mí Luca me da igual; podía ser Luca, Pepe u Otilio. Es por la sensación de libertad. Olvidar la contaminación, tocar sin pensar qué ni cómo estará. No voz, no ansiedad, no preocupaciones, no RAM a punto de colapsar con una lista interminable de cosas que limpiar. Recuerdo el tipo del sábado pasado, el que terminó en mi cama. El negro al que se refirió el niño-espía del portal —¡¿cómo coño lo sabría?!—. Jason, era. O Jackson. No sé si los busco extranjeros para practicar inglés o para que me hablen lo menos posible. Compartía cuarto de hotel con un compañero de trabajo, así que imposible ir allí. En aquel momento traerlo a casa me pareció una buena idea, no me di cuenta de que al día siguiente todo volvería a su sitio. Estuve hora y media para decidir qué hacía con las sábanas, si con lavarlas a noventa grados bastaba o mejor tirarlas a la basura directamente. Mucho mejor un baño lleno de orina ajena, ¡dónde va a parar!

Cuando el agua tiene la altura que necesito, cierro el grifo y me tumbo en la bañera. No llega a cubrirme el cuerpo entero. Perfecto. Cojo el gel líquido y me echo un poco en la mano. Froto los dedos, para que se impregnen bien y no rocen —puedo hacer fuego con esto —. Los llevo a la entrepierna, sin sumergir. Nunca he sido yo de chorritos de ducha, ¿qué presión de agua tendrán esas mujeres en su casa? Tampoco de juguetes. La industria I+D+I en el tema masturbatorio femenino está bien ahora, pero antes… Si tengo que correrme metiendo uno de esos cacharros por ahí, en la puta vida. Mi animal mitológico favorito es la mujer que consigue tener un orgasmo solo con el mete-saca. Muevo los dedos rítmicamente mientras pienso en Luca, en el baño, en la noche…

NIÑO-ESPÍA DEL PORTAL.

¡Hostiaputa! Me paro. La borrachera se me está pasando. No puedo continuar con eso en la mente, no puedo. Intento relajarme y pensar de nuevo en los brazos de Luca, en el polo, en su sonrisa, en la cara que ponía mientras me la metí…

NIÑO-ESP…

¡¡¡NO!!!

Me siento en la bañera. ¡Joder, es que una ya no puede ni

autogestionarse en paz! Pues no concibo quedarme así, a medias, un sábado, domingo ya, a las cuatro de la mañana. Puto Luca. ¿No pueden venir bien enseñados de casa o qué? Puta mierda. Agarro la toalla y salgo de la bañera, sin lavar ni nada. Voy hasta el despacho, descalza y recogiendo toda la mierda del suelo con los pies húmedos. Me da igual, porque después me vuelvo a la ducha. Enciendo la luz. Ahí están, en el suelo, todas las cajas con los libros sin desempaquetar. Habrá unas catorce o quince, muchas. Demasiadas. Las estanterías, que cubren la pared de la derecha de arriba abajo, hechas a medida por un carpintero, siguen vacías. Avanzo hasta la mesa del ordenador y cojo la tablet. Luego, apago todo y regreso al baño. Echo la toalla que llevo encima en el cubo de lavar —si todavía no me he bañado, estoy sucia, y si estoy sucia, he ensuciado la toalla— y pongo otra limpia en su sitio. Después, por fin, me sumerjo en el agua de nuevo y abro el archivo pdf que buscaba. *Siempre tuya, vaquero.* El porno nunca ha sido lo mío. Demasiado basto. Cuando era niña no era tan accesible y una es animal de costumbres. Busco un pasaje que me sirva. ¡Ah, este! Clayton Robbins, con su gorro de vaquero, pero desnudo de cintura para arriba. Musculado. Puedo obviar lo del puto gorrito. Y Lady Margaret, tan rubia, tan pálida, tan voluptuosa. Él, que la detesta por pija, pero que quiere follársela porque es sumamente perfecta. Ella, que no tiene ni puta idea de lo que quiere o se le pasa por la cabeza —ni por la entrepierna—, porque si no fuese cándida e inocente no tendría ni la mitad de gracia. Necesito algo más de acción. A ver… ¡aquí! Una caricia, un beso… Bien, bien. Coloco la tablet encima del váter —luego ya la desinfectaré— y sigo leyendo mientras me echo gel en las manos de nuevo y me coloco en posición. Un par de párrafos más y terminan los dos sudando, jadeando, temblando. En estas novelas ellas siempre lo pasan bien, no hay ningún Luca. Ya me gustaría a mí ser como la tal Lady Margaret, provocar en alguien lo que ella provoca en ese vaquero rudo y musculado que siempre ha tenido a toda cuanta mujer ha querido, pero que por fin encuentra a LA MUJER, en mayúsculas. Él, que siempre lo ha sabido todo sobre los placeres del amor carnal, nunca ha sentido eso que siente ahora, porque ella es especial, es única, es la indicada, es…

¡Ah! Ahí está. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! La tensión de las piernas y la contracción de los músculos me transportan al paraíso por uno, dos, tres, cuatro segundos… ¡Uf…! Después, permanezco relajada en lo que creo que van a ser, por lo menos, un par de minutos de auténtica paz, hasta que me doy cuenta. *Lo último en lo que has pensado antes de correrte ha sido en Lady Margaret, Aurora.* Cierro los ojos con fuerza. Ojalá estar como una cuba de nuevo. *¿Seguro que no eres lesbiana?*

¿Fijo? ¿Fijísimo?

Quito el tapón de la bañera, me levanto y me echo gel. Mientras me enjabono, imagino que YO soy el puto vaquero con gorro. En femenino, claro. Y sin gorro. Le chupo las tetas a Lady Margaret, bajo por el estómago, le meto las manos entre las piernas… un momento, ¿qué es eso que he sentido? ¡¿Ha sido por echarme jabón en los muslos o porque realmente me gustan las mujeres?! *Tienes que imaginártelo de nuevo, Aurora, para comprobarlo*.

Cuando miro la hora antes de meterme en la cama, pasan de las cinco y media de la mañana.

Verano 2001

Hace calor en la aldea de los abuelos. Mucho. Odio el calor. Sudo, y estoy pegajosa, y me da asco. Por lo menos dentro de la casa de piedra se está bastante fresca. Los abuelos duermen la siesta, Roberto está fuera. Cuanto más lejos, mejor. No fue elección mía tener un hermano mayor. Lleva toda la vida metiéndose conmigo diciendo que soy adoptada, pero no tiene ni idea de cuánto deseo que eso sea verdad. Que soy un bicho raro, dice. El raro es él. Ellos. O por lo menos aburridos. Mamá, todo el día en casa, limpiando, cocinando, ordenando. Y cuando sale es para limpiar las casas de los demás. Papá y el taller, que creo que nunca le he visto las uñas sin roña. Y Roberto, en fin. Este año va a repetir cuarto de la ESO. Hay que ser tonto. Fue un milagro que no lo hubiese hecho mucho antes. Es un milagro, también, que aspire a sacarse la ESO. Mamá dice que no sea cruel, que yo tengo un don, que nunca paso más de media hora delante de un libro y luego siempre saco sobresalientes, y que tengo que ser comprensiva.

A lo mejor el problema de mi hermano es que es tan idiota que ni leer sabe. ¡¿Quién puede suspender Religión?! Luego, claro, llego yo con mi ocho en Educación Física y mamá me mira con esa cara. No dice nada, tampoco le hace caso al resto de nueves y dieces, solo me mira como ella sabe, como diciendo: «Tienes que mejorar, esto no es perfecto. Esfuérzate. Tú puedes hacerlo perfecto». Roberto no, claro, qué le va a pedir a él, si saca un cinco y ya casi llora de la emoción. Pero a mí me apuntó a baloncesto por mi puto ocho, igual que llevo en la academia de inglés desde que tengo uso de razón, mientras que Roberto dejó de ir hace años.

«Hay que hacer deporte, Aurora, que es sano.» Ya. Como si ella moviese el culo para otra cosa que no fuese coger la fregona o limpiar el polvo, y como si mi padre no tuviese esa barriga cervecera y sedentaria. Roberto sí, claro; él va a fútbol tres veces por semana, pero nadie le exige sacar mis notas.

Estoy cabreada, por supuesto. Por eso, que ya es de siempre, y por estar aquí, en el culo del mundo. Menos mal que Sabe decidió apuntarse conmigo a baloncesto. Solo hemos ido en abril, mayo y junio, que ahora paramos por las vacaciones, pero no me lo pasé mal, la verdad. Eso no se lo voy a decir a mamá, claro. Sigo cabreada. Quince días aquí, en medio del monte, en casa de los abuelos. Que no

sé para qué narices quieren mis padres estar solos en el piso dos semanas, que no creo yo que hagan nada del otro mundo. Visto que, por desgracia, adoptada no soy —el álbum rosa con un bebé en la portada no deja lugar a dudas, todavía tengo un trauma por las fotos de mamá recién parida—, estoy segura de que Roberto y yo fuimos concebidos por esporas.

A lo mejor solo quieren descansar de nosotros y por eso nos destierran. No puedo culparlos, porque aguantar a Roberto es un infierno, pero ¿a mí? Yo no molesto, ¡qué voy a molestar! A mí me dan un libro y listo, no molesto a nadie. Mi madre no se cansa de recordarme que de pequeña era muy mala comedora y que la única forma de que terminase la comida era poniéndome un libro delante de las narices, nada de la Game Boy, como Roberto. «He gastado más en libros que en juegos de la consola», dice siempre, con ese tono que odio. Y papá le da la razón, que para una vez que está de acuerdo con ella es para reprocharme lo mal que se lo hice pasar, muy mal, a mamá, con lo mal que comía.

Mis abuelos no me dejan comer con el libro, que es de mala educación. De mala educación es masticar con la boca abierta como hace Roberto, pero a él no le dicen nada. En nuestra casa, de toda la vida se ha comido así, yo con el libro, papá con la tele de la cocina sintonizada en los deportes a perpetuidad, y Roberto y mamá hablando de cualquier tontería o discutiendo, que es lo más normal últimamente.

Yo no molesto, claro que no; el insufrible es él. Yo, con un libro por la mañana y dejándome salir por las tardes con mis amigas, no molesto a nadie. Que eso es lo que más me fastidia de venir para aquí: no estar con Sabe, Azucena y María, que luego me cuesta ponerme al día una barbaridad cuando vuelvo al pueblo y resulta que ha pasado esto y ha pasado lo otro, siempre sucede todo lo importante cuando no estoy.

Mamá le dijo a Roberto que tenía que dejarme el Nokia de vez en cuando para mandarles algún SMS, pero él no le hace ni caso, claro. A ver cuándo me compran un móvil a mí, que ya lo tienen casi todas. Hasta le dio dinero para que yo no gastase de su saldo, pero él se pasa todo el día jugando al Snake y hablando con la nueva novia esa que tiene, Patri Teixo. No sé si salen oficialmente o solo es un lío, pero a mí me da que para Roberto no es como las otras que ha tenido. ¡Ayer hablaron hora y media! ¿Quién tiene tanto que contar para pasarse hora y media de charla? En el fondo son tal para cual, juntos no dan ni para una neurona entera, pero ella por lo menos ha terminado la ESO sin repetir.

Así que aquí estoy. Miro la cama de mi habitación y cuento los libros que metí en la maleta —tuve que sacar un par de tenis porque todo no cabía—. Uno, dos, tres, cuatro… siete. Siete libros para quince días. Calculé dos días para cada uno, pero ya los he terminado. Todos. Queda todavía una semana y ya no hay nada que leer. ¿Qué hago ahora? La única forma que tengo de aguantar estar aquí sola, o con mi hermano, que es peor, es leer. Abstraerme de la realidad hasta que vuelva al pueblo y pueda estar con mis amigas. Puedo releer alguno, claro, pero están todos tan recientes que no tengo ganas. ¿Y si busco por casa de los abuelos? Ellos casi ni fueron a la escuela, no creo que lean mucho, pero aquí vivieron mi madre y mi tío muchos años. Algo habrá. Sí, seguro que sí. Pero ¿dónde?

Decidida —y desesperada—, voy a la planta baja y empiezo por el salón. Hay un aparador grande de madera que debe de tener doscientos años. Es donde guardan la vajilla de las fiestas, la de Sargadelos, aunque nunca he visto que se usase porque las fiestas con los de casa no son fiestas de verdad. Puede ser que haya algún libro dentro, ¿no? Escondido. ¿Quién escondería libros? Pienso en dónde los metería yo si no tuviese estanterías. En esta casa no hay una sola. Abro las puertas del mueble y el olor a cerrado me golpea en toda la cara. Busco detrás de los platos hondos, los llanos, las fuentes. ¿Esas cajas pueden…? Falsa alarma: los cubiertos. Deben de estar sin estrenar. Cierro todo. Reviso los estantes y cajones de la cocina, de los baños, de la salita. Solo encuentro tickets de compra y revistas antiguas, del corazón y de costura, incluso de antes de nacer yo. Mi abuela cosía muy bien. Ahora ya no lo hace casi nunca por la artrosis. Yo no he cogido una aguja en mi vida, no sé qué opinará al respecto. Bueno, Roberto tampoco cose, ¡qué narices!

Estoy desesperada. No sé cómo voy a aguantar una semana más aquí, así. Decido buscar en los armarios, de perdidos al río. Cuando venimos a casa de los abuelos nunca metemos nada en ellos: siempre quedan las maletas sin deshacer porque los armarios están llenos, así que no tengo ni idea de lo que voy a encontrar dentro. Ropa vieja, supongo. Empiezo por el de mi habitación, uno de tres puertas. Huele a viejo cuando abro la parte principal, de dos hojas, como el aparador. No sé describir cómo es el olor a viejo, pero huele a viejo. Solo veo vestidos, chaquetas y pantalones colgados, y ropa doblada. No creo que nadie haya escondido un libro entre todo esto, la verdad. Abro la última puerta por no dejar una parte sin revisar. No sé por qué eso me molesta, dejar algo a medias, pero no tengo esperanzas. Más ropa doblada. Ya me voy a dar por vencida cuando me fijo en unos cajones del fondo. Agarro el tirador y por fin, ¡por fin! ¡¡¡Sí!!! Entre el cajón de

arriba y el de abajo debe de haber por lo menos unas veinte o treinta novelitas amarilleadas de tapas blandas y esquinas dobladas. Me siento en el suelo y las voy sacando, una a una, emocionada. Las portadas me llaman la atención. Siempre hay una mujer, o una mujer y un hombre, pero ella parece ser siempre la protagonista. 195 pesetas, 215 pesetas… «¡Menos de dos euros!», pienso de forma automática. Han estado preparándonos en el instituto durante todo el curso y ahora me sale sola la conversión. Los abuelos, los pobres, tienen un cristo montado con el cambio… y no es cosa de la edad, papá echa humo porque le van a poner los repuestos del taller más caros, pero estos precios yo nunca los había visto. ¿Un libro doscientas pesetas? ¿Dónde hay que firmar? Me pregunto de quién serán, quién dejaría todas estas novelitas en el armario de la habitación de invitados, escondidas. ¿De mamá? Ella siempre dice que he sacado de ella lo de leer tanto, aunque creo que nunca la he visto con un libro en las manos. Revistas sí, del corazón. ¿Cómo puede decir que le gusta leer y comprar esa mierda?

Cojo el libro que tengo más cerca del muslo derecho. *Mujer audaz*. Tiene buena pinta. Lo hojeo. No está mal. Empiezo a leerlo por el principio. Elizabeth de Pagnell no se quiere casar con el hombre que le imponen. Tiene casi dieciocho años y eso para la época es demasiado, su padre está preocupado por si se queda para vestir santos, pero a ella le da igual todo eso y decide escaparse al bosque disfrazada de hombre. Allí se convierte en el escudero de Gavin Montgomery, una especie de Robin Hood de origen noble venido a menos y que actúa al margen de la ley. Voy por la página sesenta cuando me veo obligada a cerrar el libro con un gesto rápido, casi inmediato. Pero ¡¿qué…?! Miro a mi alrededor y confirmo que estoy sola, menos mal. La respiración me va demasiado rápido. Creo que escucho los latidos de mi propio corazón en los oídos. PUM, PUM, PUM. Yo…, puf…, ¿qué hago ahora? Continúo unos segundos inmóvil en medio de todas estas novelitas, hasta que me decido. Miro mi reflejo en el espejo del armario, uno de esos que empiezan en el suelo y miden casi dos metros. Me levanto y voy hasta la puerta de la habitación, que ha permanecido abierta durante todo este tiempo. La cierro. No tiene pestillo, así que cojo una silla y la pongo bajo el picaporte, para que nadie abra por sorpresa. Lo hago todo como una autómata, sin pensar, aunque en realidad lo pienso muy bien. Me siento de nuevo en el mismo sitio y continúo leyendo:

> Elizabeth jadeó con el mero contacto de la piel de Gavin. Un gruñido sensual surgió de la garganta del hombre cuando apretó el pezón de su pequeño pecho con fuerza, pero el dolor produjo en Elizabeth una sensación de placer que

recorrió todo su cuerpo.

¡¡¡Huala…!!!

Ella se abrió toda a él. Cuando Gavin apartó la mano, Elizabeth protestó, pero él la acalló con un beso y dejó que su virilidad entrase en territorio jamás explorado.

¡Joder!

Él permaneció quieto, llenándola, siendo ambos uno, hasta que Elizabeth, ansiosa e inexperta, no pudo aguantarlo más e hizo ademán de moverse. Iba a volverse loca de placer. Gavin se rio y la inmovilizó, tras lo cual empezó a embestirla de tal forma que su magnífico y glorioso galope la transportó hasta lugares que ella jamás creyó que existiesen.

Levanto la vista y dejo de leer. Trago saliva, tengo la garganta seca. Noto algo extraño en la ropa interior. Humedad. ¿Pis? ¿Me he meado como una niña pequeña? No, no es la misma sensación. Noto también un hormigueo, justo ahí, que no es desagradable. Sigo con la respiración a toda velocidad. Yo… Lo único en lo que pienso es que ojalá yo pudiese provocar en alguien lo que provoca Elizabeth en Gavin. Ser tan… ¿poderosa? ¿Por qué no? Si me esfuerzo lo suficiente… Pero no, qué ilusa. Pienso en Aitor, el amigo de Roberto. A pesar de las malas compañías, siempre me ha parecido guapo. Muy guapo. Pero después pasó lo del parque, hará un mes. No creo que lo olvide jamás. Mientras esperaba por Sabe, practicaba los tiros libres en la canasta de la pista. Ya que me habían apuntado a baloncesto, quería hacerlo bien y ser de las mejores, como en todo lo que hacía, pero la puntería no era lo mío. Había tirado varias veces y se habían ido todas fuera, y después de la última escuché el grito:

—¡Manda huevos, Roberto, dile a tu hermana que deje el balón, que mira que es mala! ¡Si por lo menos fuese guapa!

Miré a las gradas del lateral y allí estaban, mi hermano y toda su cuadrilla, que ni cuenta me había dado. Riendo, Roberto el primero, pero lo que a mí me había dolido había sido lo de Aitor. «¿Por qué no soy guapa, a ver, puedes explicármelo?», era lo que realmente quería preguntarle. Pero lo único que hice fue tragarme la vergüenza y esperar a Sabe sentada en la pista, con el balón a mis pies. Por suerte, se cansaron y se fueron pronto.

Me miro en el espejo del armario. Está claro que la Elizabeth esta es guapa, como todas las mujeres de las portadas, ¿pero yo? «Si por lo menos fuese guapa…» No sé, tampoco me veo tan fea, pero eso no es lo mismo que ser guapa, claro. ¿Y si me pasa algo que yo no soy capaz de ver? ¿La gente fea sabe que es fea? ¿Cómo se puede saber eso? ¿Cómo se puede saber si eres guapa? Me imagino dándole un beso a

alguien, pongo una pose seductora —o lo intento—, una mirada interesante. ¿Cómo se puede ser guapa? ¿Quién da los carnés de belleza en este mundo? Aitor no, desde luego. La culpa fue mía, por quedarme callada en una esquina y no responderle como merecía. Fantaseo con la posibilidad de volver atrás en el tiempo y soltarle la respuesta que he pensado una y mil veces: «Sí, puedo ser fea, pero eso se arregla. La subnormalidad no, así que mi más sincero pésame». Me imagino a Aitor, y también a Roberto, poniendo cara de imbéciles intentando entender si lo que acabo de soltar es realmente un insulto, y yo marchándome con una sonrisa en la cara. Sí, ojalá…

Me decido. Me bajo el pantalón y las bragas como puedo, puesto que sigo sentada en el suelo. Aunque estoy sola, noto que la cara me arde. No sé por qué tengo vergüenza. Me abrazo las piernas. Me siento indefensa, pero suspiro y las abro, poco a poco. Lo más cerca que he estado de mirarme ahí fue el verano pasado, cando empezaron a salirme los pelos por fuera del bikini. Terminé por cogerle la cuchilla de afeitar a papá a escondidas porque mamá decía que era demasiado pequeña para depilarme. Qué pretendía, ¿que fuese así a la playa? ¿Para que me viese alguien y se riese de la peluda Aurora? Imagino lo que diría Aitor si hubiese visto aquello. Antes muerta. Mamá me descubrió un par de meses después, cuando se me ocurrió cogerle la Silk-épil a escondidas, también. Pensé que era indolora, ¡ella no ponía ninguna cara rara cuando la usaba! Vino a mi habitación asustada por el grito y me pilló con las manos en la masa. Me eché a llorar, no sé si por miedo a su enfado, por el dolor o porque aquello no tenía solución: iba a ser una peluda asquerosa toda la vida. El único pelo que tenían las mujeres de los *Interviú* que escondía mi hermano en su habitación era el de la cabeza, y, por el contrario, yo era un monstruo. Una jodida Chewbacca adolescente. Porque los pelos de la línea del bikini eran los más problemáticos, sí, pero también los había en las piernas, en las axilas, en el bigote. ¿A quién le iba a gustar una chica así? A nadie. Las chicas guapas solo tienen pelos en la cabeza, eso sí que lo sabía. Pero mamá no me echó la bronca, al contrario: me abrazó y al día siguiente pidió cita en la esteticista para que me hiciese la cera. Ahora siempre que necesito depilarme voy allí, pero veo que sirve de poco. Sigo siendo una peluda, aunque por lo menos ahora el bikini lo tapa todo. ¿Las modelos se harán la cera ahí? Eso tiene que doler…

Empiezo a explorar. Separo lo que puedo con los dedos para llegar al interior. A «mi» interior. ¿Es normal que esto sea tan grande? ¿Y esto de aquí? No se parece en nada a lo que mostraba el libro de Naturales, la verdad. Pensar en eso me lleva, inevitablemente, a aquel

rumor de principios de curso, cuando pusimos un pie en el instituto por vez primera: la tipa aquella de tercero de la ESO —¿o era cuarto? —. Nunca llegué a saber de quién hablaban ni qué se había metido. Unas versiones decían que un plátano, otras una zanahoria, otras incluso una botella. «Tonta» era lo más bonito que le habían llamado. Y ahora… Me miro al espejo. ¿Y si…? Pienso en las guarradas que dicen algunos de mis compañeros de clase, en las cosas que cuentan, entre ellos y a nosotras, a las chicas, para provocarnos, como si fuese una competición. Hacerse una paja, cascársela, darle al manubrio, a la zambomba, hacerse un solitario, hacer vomitar al calvo. Incluso mi hermano ha inventado una nueva: peinarse. «¡Voy a peinarme!», y se encierra en el baño con el pestillo durante media hora, y cuando sale tienes claro a qué pelos les ha pasado el cepillo. Lo suyo nunca ha sido disimular. Luego está lo otro, lo «nuestro». Hacerse un dedo. Descriptivo, pero no lo suficiente. Quiero probarlo, claro que quiero, tengo curiosidad, pero siempre me ha dado miedo que alguien pudiese enterarse y terminar como la de la zanahoria, en boca de todo el mundo. ¿Quién era esa chica? Ni idea…

Respiro hondo. Estoy sola, no tengo por qué sentirme mal. Los abuelos duermen la siesta, papá y mamá no están, Roberto anda desaparecido. Es ahora o nunca. Empiezo con el dedo índice. Es incómodo, pero nada más. Lo meto hasta que ya no puedo seguir. Lo muevo. ¿Así soy yo por dentro? Es… grumoso. No puedo evitar que el ColaCao aparezca en mi mente. Pruebo también con el corazón, los dos juntos. Vale… ¿Lo estaré haciendo bien? No siento nada. O por lo menos no creo estar sintiendo lo que debería sentir.

Pienso que mis dedos son de grosor como un tampón, más o menos. La regla me vino el año pasado, y este verano me los puse por primera vez porque no estaba dispuesta a quedarme una semana entera sin ir a la playa. Si no me da placer ponerme uno cuando tengo la regla, ¿cómo me va a gustar esto? No tiene sentido. Pienso en que mi madre estuvo a punto de hacerme una demostración en vivo y en directo cuando le dije que no sabía colocármelo, y doy gracias mentalmente por las instrucciones del paquete. Luego pienso en si Roberto le hará esto a su nueva novia, y si le gustará, a él, a ella. Lo que faltaba. Intento quitarme ambas imágenes de la cabeza.

En mi clase, aunque solo vayamos para segundo de la ESO, ya hay alguna persona que ha perdido la virginidad. Repetidores, sobre todo. Dicen que duele, por lo menos a las chicas. Cuando tenemos estas conversaciones, no es raro que uno de ellos se meta para decir que a los chicos también les puede doler por no sé qué pellejo. Lo que les pasa es que quieren ser siempre los protagonistas. A mí esto no me

duele, pero tampoco me gusta especialmente. No siento… nada. Seré una de esas mujeres que… ¿cómo las llaman? ¿Frígidas? Esas que no sienten ningún tipo de placer. Fea y frígida, genial. No creo que Aitor quisiese acostarse conmigo nunca. Pero, si por un casual quisiese… significaría que, en el fondo, sí le gustaría un poco, ¿no? ¿Se puede ser fea y, aun así, gustar a alguien?

Sabela seguro que no le habría parecido fea. Tengo una amiga perfecta: guapa, simpática, estudiosa… Y no me da envidia. Estoy muy orgullosa de tener una amiga como ella. Simplemente, yo también debería ser así. Porque si ella puede, yo también. En lo único en lo que la supero es en las notas, pero las suyas no son malas, simplemente las mías son algo mejores. Aunque a nadie le gusta una chica solo porque saque sobresalientes en todo —menos en Educación Física—. Ojalá fuera más como Sabe. No sé cómo hacer eso, pero seguro que hay una forma. La culpa es mía…

¡Ah! No sé qué pasa, pero toco algo ahí abajo con el lateral de la mano y siento un pequeño calambre. Saco todo. ¿Hacerse un dedo? Una puta mierda. No creo que ninguna tipa, por muy estúpida que fuese, quisiera meterse nada por ahí. Levanto la mano y miro los restos blanquecinos que hay en ella, como gelatina. Me los acerco a la nariz. Huelen… no sé a qué huelen. Sin pensarlo, me meto un dedo en la boca. El tal Gavin hacía eso después de meterle los dedos a Elizabeth y se volvía loco. ¿Por qué? Y entonces, justo en ese momento, alguien intenta abrir la puerta y casi me da un ataque:

—¡Ey!… ¡Ey! ¡Aurora! ¡Qué haces! ¡Abre esto!

Roberto gira el picaporte con fuerza mientras me visto a toda prisa y me levanto del suelo. Me acerco a la puerta, pero no le abro. Me siento culpable, como si hubiese hecho algo malo:

—¿Qué quieres, Roberto?

—¡¿Por qué te encierras?!

—¡Porque me da la gana!

Empuja la puerta con fuerza, creo que va a acabar rompiendo la silla, pero tras unos golpes, desiste.

—Pues nada, ya le digo a mamá que te has encerrado y que ahora no puedes hablar con ella.

—¿A mamá?

—Está al teléfono, ¿por qué te crees que he venido hasta aquí? ¿Porque te echo de menos?

¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! Escucho sus pasos bajando por la escalera mientras recojo a todo correr las novelas. Las meto en el armario, a voleo. Luego abro la puerta y bajo hasta la entrada de la casa, donde los abuelos tienen el teléfono fijo. Mi hermano sigue allí:

—Sí… sí… sí, mamá. Ah, mira, aquí está, sabe Dios qué hacía en la habitación encerrada.

Quiero mirarlo con cara de asesina mientras me pasa el teléfono, pero solo estoy colorada. Puto chivato. Se marcha con la sonrisa en la cara.

—Hola, mamá.

—Hola, Aurora, ¿qué hacías? Que no sé qué dice tu hermano de que te has encerrado.

—Bah, es tonto —invento sobre la marcha—. La puerta ha debido de atascarse y como es idiota, pues no consiguió abrirla y me echa a mí las culpas.

—En fin… —supongo que me cree, no es tan difícil imaginar a mi hermano siendo un imbécil—. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Te alimentas bien?

Le digo que sí, que claro. Lo único bueno de venir a casa de los abuelos es que me dejan comer lo que me da la gana mientras no sea con el libro. Dicen que si en ese momento no quiero, ya lo haré cuando tenga hambre, que el hambre cura todas las tonterías y que de eso ellos saben mucho, del hambre. Respondo con monosílabos a las preguntas de mi madre e intento terminar rápido la conversación. Quiero regresar cuanto antes a mi cuarto.

—Pues nada más. ¿Quieres hablar con tu padre?

—No hace falta, ya le cuentas tú.

Cinco minutos después, vuelvo a estar encerrada con la silla en mi habitación y tengo el libro entre las piernas. Esta vez me siento en la cama.

> Eres mía, sentenció él mientras ambos yacían exhaustos en el catre. Gavin se durmió de inmediato y Elizabeth se quedó observando su masculina cara, la línea perfecta de su mandíbula. Lo amaba. Lo amaba de verdad. Desde el primer momento en que lo había visto, aunque sabía que debía odiarlo. Creyó ya haber nacido amándolo, como si sus destinos estuviesen escritos en las estrellas y el deseo entre ambos, predestinado. Amor verdadero.

Domingo, 30 de junio 2019

Sobre las once de la mañana suena el móvil. Los domingos no pongo la alarma, es mi día de relax. ¿Qué pasa ahora? He debido de dormir cinco horas como mucho… Cojo el teléfono de la mesita de noche como buenamente puedo y abro un ojo para mirar la pantalla. MAMÁ. Puta mierda. Respondo al noveno tono:

—¿Sí?

—¡Por fin, mujer! ¿Qué, andas muy ocupada, que ni llamar a tu madre puedes?

—Sí, mamá.

—¿Cómo que «sí, mamá»?

Darle la razón casi siempre funciona. Casi siempre. No puedo evitar un bostezo. Ella lo nota:

—¿Pasan de las once y todavía estamos así?

—Mamá, es domingo. Déjame dormir lo que me dé la gana.

Siempre es igual. Desde la distancia, puedo imaginármela arrugando el labio inferior sobre el de arriba, con ese gesto inconfundible de reproche de no-digo-nada-pero-te-lo-digo-todo.

—Te mandé un wasap, ¿no lo viste?

—Sí, pero después se me pasó. Tengo mucho trabajo. Final de trimestre, ya sabes.

—Pero ¿trabajaste ayer también? ¿Un sábado?

No quiero discutir. Las once de un domingo son como las siete de la mañana de un lunes. Bastante esfuerzo estoy haciendo ya cogiéndole la llamada.

—No fui a la oficina, claro, pero al tener tantas cosas en la cabeza me olvidé de que tenía que llamarte.

—Claro, te olvidaste…

—¿Qué tal por ahí? ¿Qué tal papá?

Solo quiero cambiar de tema.

—Papá bien, como siempre. Mucho trabajo en el taller. Ya sabes, la gente compra menos coches nuevos y cada vez hay que arreglar más los viejos.

—Ya.

Ha debido de explicarme la no renovación del parque automovilístico español como mínimo doscientas veces.

—¿Tú qué tal? —pregunta.

—Bien, como siempre.

—¿Y ya está? ¿No cuentas nada más?

—¿Y qué quieres que cuente?

—No lo sé: qué has hecho este finde, qué tal Xoán, cuando nos vas a invitar a ver el piso nuevo… Recuerda que tu padre este año no sabe cuándo va a coger las vacaciones, estamos esperando a que nos digas algo.

Mecagoendiós.

—Es que Xoán está muy liado con el doctorado, mamá, ya lo sabes.

—Vaya, pues sí que sois una pareja muy ocupada, sí. Tampoco lo molestaremos tanto si vamos solo un día, ¿no?

De hecho, no lo vais a molestar nada de nada, nunca ha vivido aquí, pero ese no es el tema:

—Anda a mil. Ahora le tocan los exámenes finales de julio, tiene que hacerlos y corregirlos, atender las tutorías con el alumnado… Además, aún no tenemos el piso bien colocado, no está para ver.

Pienso en las cajas de libros sin desempaquetar, así que no es del todo mentira.

—Pues tiempo has tenido, ¿eh? Cuánto lleváis ahí ya, ¿cuatro?, ¿cinco meses?

Es un reproche. Cómo no, viniendo de ella, una mujer que cada vez que invitaba a alguien a casa tenía que tenerla como si fuese un quirófano. Limpiaba hasta el polvo de las persianas, ¿quién coño limpia el polvo de una persiana?

—Sí, han sido unos meses complicados —y *tanto, Aurora*—. En fin, mamá, tengo que dejarte.

—¿Ya? ¡Si no hemos hablado nada!

—Tengo cosas que hacer.

—¿En domingo?

—Sí, mamá. Algún papeleo pendiente de la oficina —m*entira*—, y ya sabes que los domingos aprovecho para limpiar la casa.

Los domingos hago limpieza general y consigo los niveles de RAM cerebral más bajos de toda la semana. Cómo no, si todo a mi alrededor está desinfectado. Pero las persianas no las limpio, no estoy tan mal de la cabeza como mi madre. Adoro los domingos.

—Todavía no entiendo cómo con vuestros sueldos no tenéis una persona que os ayude con la casa, la verdad. Que además tú nunca te has dado mucha maña con eso, cuando eras pequeña no arreglabas tu cuarto ni a la de tres.

—Eso era porque tú pretendías que limpiase el polvo cada semana. ¿Qué cantidad minúscula de polvo puede acumularse en solo siete días? —de hecho, muchas veces no lo limpiaba y decía que sí, y ella ni se enteraba. ¿Qué más prueba que esa?—. Pero sigo haciendo la cama

a diario, si te sirve de consuelo.

Pretendía hacer un chiste, pero no sale como esperaba:

—¡Hombre, solo faltaba! ¿O acaso pretendías coger a una persona solo para que te hiciese la cama todos los días?

Suspiro, desesperada. Yo no quiero coger a ninguna puta persona. ¿Cómo ha llegado la conversación hasta este punto? No voy a meter a una mujer como mi madre a limpiar la mierda de mi casa. No, gracias.

—Lo que tú digas, mamá.

—¿Cómo que lo que yo diga?

Ese tono de fingida inocencia acaba con mi paciencia. No dormir no ayuda, así que exploto:

—¡Que siempre estás igual! ¡Que no voy a meter a ninguna puta persona…

—¡Esa lengua!

—… para que toquetee todo lo que tengo en casa! ¡Que no me da la puta gana!

—¡¡¡Aurora!!!

—¿Qué? ¿Tampoco me dejas decir palabrotas con treinta y un años? ¿Me vas a decir que así no hablan las señoritas? ¡¡¡Pues no quiero ser una puta señorita!!!

Triplete. Se hace el silencio y suspiro. Quizá me he pasado, no lo sé, pero es que no tengo paciencia, no soporto estas tonterías. Escucho un sollozo del otro lado. ¡No, por favor! Durante los últimos meses, nada que le digas a mamá provoca en ella esta reacción. Llora por todo. Hasta discutiendo con papá llora, cuando ella siempre ha sido de gritar, y mucho. La rabia me sube por la garganta. ¿Qué va?, ¿de víctima, encima?

—Mamá…

No dice nada.

—No es para llorar tampoco, ¿eh?

Me siento como una mierda, aunque sé que no tengo la culpa. Siempre he sido así. No puedo vivir tranquila si sé que alguien está enfadado conmigo, sin importar quién tenga la razón. Por defecto, la que siempre se siente mal soy yo. Pienso en las veces que he pedido perdón sin saber realmente por qué, solo por evitar darle vueltas a la cabeza tras el conflicto. Han sido muchas, la mayoría en la adolescencia y sobre todo con mis amigas. Sobre todo con Azucena, más bien, con esa puta manía de tener la verdad absoluta y opinar de cosas sobre las que no sabía nada, pero también con mis padres, claro. Porque nunca he sido capaz de actuar como Roberto: decir que sí a todo y luego hacer lo que me diese la gana por detrás. No, yo siempre por delante, con la cabeza bien alta, para recibir las hostias de lleno.

Luego, si había que disculparse, pues se hacía. Como ahora:

—Venga, mamá, por favor…

Solloza antes de decir:

—Yo solo me preocupo por ti.

—Ya lo sé, mamá. Ya lo sé.

—No es un pecado, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

Venga, échame más mierda encima, que no tengo suficiente todavía. Por lo menos se sorbe los mocos y su voz coge fuerza:

—Que para algo soy tu madre.

Respiro profundamente. Noto el estómago pesado, la culpa siempre pesa. En eso se parece a la ansiedad.

—Perdona, mamá…

La escucho sonarse.

—No pasa nada… —dice.

Así, tan sencillo. Ni un «no tienes por qué disculparte», o un «no hace falta que pidas perdón». No, mejor aceptar las disculpas, que eso significa que ella no ha hecho nada malo. Soy yo la que tiene la culpa. *Siempre cagándola, Aurora.*

—¿Quieres hablar con papá?

Cambia de tema como si tal cosa, pero todavía se sorbe los mocos de vez en cuando. ¿Con papá? De qué, ¿del tiempo?

—No, ya le dices tú que estoy bien.

—¿Y Xoán?

—¿Qué? —¿a qué viene esto ahora?

—¿Él no está bien?

—Ah, sí, sí, claro. Dile que estamos bien. Los dos.

Siempre fue el yerno perfecto.

—¿Y con Roberto quieres hablar? Justo está aquí hoy, con Patri. Han venido a comer.

No recuerdo la última vez que hablé por teléfono con mi hermano. ¿Por qué no cuelga y ya?

—Mamá, Roberto y yo hablamos siempre por WhatsApp, no necesitamos llamarnos.

—¿Te parece mal que tu madre te llame, entonces, eso me quieres decir?

Allá vamos de nuevo. Está de un susceptible…

—Yo no he dicho eso, mamá…

—A mí me gusta escuchar las voces de las personas con las que hablo, eso de los mensajes es tan impersonal…

—Roberto y yo somos de una generación diferente, nos entendemos así.

En la puta vida me he entendido yo con Roberto, pero, en fin.

—Ya… Bueno, entonces hablamos dentro de un par de días, ¿vale?

—Sí, mamá, perfecto.

—Un beso.

—Otro.

A ver quién duerme ahora. Salgo de debajo de las sábanas, coloco el móvil de nuevo en la mesita de noche y abro el cajón. Cojo los blísteres y saco las pastillas. Me meto las dos, la de los hijos y la de los locos, en la boca, y bebo un sorbo del vaso de agua que siempre dejo al lado de la cama antes de irme a dormir. Listo.

Me pongo las zapatillas y voy hasta la cocina. Enciendo la cafetera y observo cómo parpadea la luz que indica que se está calentando. Desde que Xoán se march… desde que vivo sola, ya no pongo cafeteras al fuego. A él le gustaba el olor del café por la mañana. Yo solo quiero fregar lo menos posible. *Y no recordarlo, también, Aurora*. Con la máquina esta, una cápsula y listo. Más cómodo, más rápido y más contaminante, también. *Entre esto y la afición que tienes por las duchas y los baños, Greenpeace no te va a nombrar ciudadana del año*. Mientras la cafetera se calienta, voy hasta la nevera y cojo un yogur natural. Nunca he sido de meterle cosas sólidas al cuerpo de buena mañana. *A no ser que sean órganos masculinos, ¿no, Aurora?* Por favor… ¿Esto es necesario, en serio? Me centro en coger una cuchara, abrir la tapa del yogur, meter la cuchara, agarrar una taza, colocarla en la cafetera, meter la cápsula, darle al botón, escuchar el ruidito del motor, meter una cucharada de yogur en la boca, comprobar que la taza está llena, apagar la cafetera, meter otra cucharada de yogur en la boca. ¿Órganos masculinos de buena mañana? ¿En serio? ¿Cómo puedo pensar esas cosas?

Mientras el café se enfría un poco, me acerco al frutero, en la mesa central. Solo hay plátanos y kiwis. Odio la fruta, pero me estoy obligando a mí misma a comer una pieza en el desayuno como mínimo. *¿Ahora eres healthy, Aurora?* Hay que ir de menos a más. *¿Y el gimnasio para cuándo?* De momento solo soporto los plátanos, que es la fruta que menos se parece a la fruta, y los kiwis, que por lo menos ayudan a ir de vientre y pueden comerse con cuchara. Odio mancharme los dedos. Odio mancharme en general, también es verdad, pero lo de tener que pelar la fruta es superior a mí. Cucharada de yogur. Así quién narices se va a comer las —¿cuántas son?, ¿cinco? — cinco piezas diarias que recomiendan. De verdad que no sé quién hace las equivalencias estas. Cucharada de yogur. ¿Acaso es lo mismo tomar cinco cerezas que cinco sandías? *Ese chiste malo ya lo has visto en algún lado, Aurora, por lo menos sé original*. Creo que ya venden

fruta pelada en el súper, pero paso. ¿Qué diría mi madre si la comprase? Cucharada de yogur. Tengo que decidir si hoy toca kiwi o plátano.

Tras el desayuno —a final ha caído plátano—, me lavo los dientes y me visto. Mallas y camiseta de publicidad, look de domingo, de zafarrancho. Es mi día. Hoy, limpieza integral, casa y cuerpo. Los domingos se permiten concesiones, pues al final de la jornada estaré perfectamente reseteada, reiniciada, a estrenar. Puedo salir de casa sin ducharme, sin que me importe lo más mínimo el sudor acumulado de la noche, por ejemplo. *Tampoco has dormido tantas horas, Aurora, y te duchaste de madrugada*. Pero calor hacía bastante. Mira. Paso el dorso de la mano derecha por la axila izquierda y luego me la acerco a la nariz. Es una técnica que he desarrollado a lo largo de los años para poder comprobar mi grado de olor corporal en público de forma disimulada. El dorso, no la palma. Si todo el mundo lo comprobase de vez en cuando, se viajaría muchísimo mejor en transporte público. Creo notar un olor rancio entre las notas a flores del desodorante. ¿Ves? Sudor siempre hay. Hago el mismo gesto con la mano izquierda y la axila derecha y me la acerco de nuevo a la nariz. Nada de llevar un lado desequilibrado.

Voy hasta la entrada y cojo unos tenis del zapatero. Me miro en el espejo y confirmo que tengo el pelo sucio, pero no demasiado, no para un domingo por lo menos. Me hago una coleta con una de las cuatrocientas gomas que tengo por casa perdidas, y antes de agarrar las llaves y la cartera, la duda me asalta. ¿Seguro que huelo aceptablemente? No quiero que la gente se gire a mi paso por la calle. *A ver, compruébalo*. Repito el proceso de verificación axilar, mientras cojo lo que necesito para largarme. Llaves, sobaco izquierdo. Cartera, nariz. Necesito tener la certeza de que no soy una cerda andante. Sobaco derecho. Siempre es la última vez la que sirve y confirma que no es así, pero no. Nariz. Nunca es la última, nunca tengo la confirmación final. *Nunca está de más comprobar, ¿no, Aurora?* Mira, vete a tomar por culo. Voy hasta el baño del pasillo, que me queda más cerca que el de la habitación, y me lavo las manos. Comprobación axilar sí; llevar «eso» en los nudillos, no. Intento no pensar en nada —i*mposible, Aurora*—, por si se me ocurre volver a las andadas ahora que tengo las manos limpias. *¿Seguro que no quieres hacer una última comprobación? Hueles a sudado, hueles a sudado, hueles a sudado*. Regreso a la entrada del piso, ahora-ya-esta-vez-sí, miro si tengo las llaves en el bolsillo y, por fin, abro la puerta con ansia. Casi me llevo por delante a la persona sentada justo delante de mi piso:

—¡Host…! Perdo… —empiezo a disculparme antes de darme

cuenta de quién es: el niño del portal—. Pero ¡¿tú qué coño haces aquí?!

Parece casi automático, verlo y gritar. Recuerdo que me dijo que le gustaba. *Tranquila, cambiará pronto de opinión, Aurora.*

—Perdona, pero este pasillo es de los dos pisos —dice, con gesto ofendido.

¿De los dos…? Un momento, ¿me está diciendo que vive enfrente? ¿Que llevamos más de cuatro meses, o cinco, ya no sé, viviendo puerta con puerta y la primera vez que lo vi fue anteayer? Pongo cara de circunstancias.

—Tranquila —dice él—, el colegio terminó la semana pasada, así que es normal que no me vieses mucho.

Pero ¡¿qué…?! ¡¿El mocoso este me lee la mente?!

—Y tampoco llevamos tanto en el edificio, un par de meses solo —sigue.

Pues yo no me enteré de que hubiese ninguna mudanza desde que estoy aquí. Pienso en la mía, en los días de trabajo infinito.

—Entre eso, inglés, baloncesto, judo y piscina… —continúa el niño, contando con los dedos las actividades extraescolares; debe de tener una jornada laboral más larga que la mía—. Y ahora, encima, va mi madre y me apunta a un campamento de esos de verano para tener a los niños aparcados todo el día. Pero ¡¿de qué va?!

Permanezco en silencio, porque no tengo ni idea de qué decir. ¿Aparcados? No sé si hablo con un niño o con un adulto. ¿Qué conversaciones son las adecuadas para tener con un niño así?

—En fin —continúa él, suspirando—, que no te rayes si todavía no me conocías, porque es normal. Que tú también estarías con tu trabajo, digo yo. Aunque mamá siempre dice que los funcionarios curráis poco y que ella también va a prepararse unas oposiciones a cualquier cosa para vivir bien.

Tengo que centrarme para asimilar toda la información. Abro la boca y la cierro, varias veces. ¡¿Qué acaba de pasar?! Primero: creo firmemente que el niño este sí que es un niño-espía. Lo estarán entrenando para el ejército a escondidas o algo, porque si no a ver cómo narices sabe de qué trabajo. Esa es una opción. La otra es que de verdad sepa leer mentes. Creo que empieza a darme miedo. Y segundo, pero no menos importante: su madre es imbécil. ¿Cuántos funcionarios conocerá la señora esa? Me cae mal. Fatal. *Pues como su hijo, ¿no, Aurora?*

No quiero seguir con esta conversación. Cierro la puerta del piso —dos vueltas de llave, a ver si va a saber también abrir cerraduras—, paso por su lado sin mirarlo y llamo al ascensor. *¡¿Eres*

imbécil, Aurora?! ¡Ahora tienes que esperar aquí con él a que llegue! ¿Qué vas a hacer mientras tanto? ¡Mierda, mierda, mierda! Puedo bajar por las escaleras… *Sí, claro, ahora que has llamado. ¡Imbécil!*

—No llegaste muy tarde ayer, para lo que me tienes acostumbrado.

Pero ¡¿de dónde sale este mocoso?! No lo soporto más. Me giro y le miro a los ojos:

—¡¿Perdona?! ¡¿Cómo sabes tú a qué hora llego o dejo de llegar?!

—Y que vienes con negros. Olvidas que eso también lo sé.

Necesito escapar de aquí cuanto antes. Pulso de nuevo el botón del ascensor, una, dos, tres, cuatro veces.

—No va a llegar antes porque hagas eso —dice él.

¡Socorro!

—Las paredes son de papel —¿Qué? Lo miro, extrañada. Él se encoge de hombros—. Has preguntado que cómo sé a qué hora llegas. Pues el primer aviso es el ascensor. El ascensor hace un ruido del demonio.

Deja de hablar y me sonríe. No entiendo por qué me mira así.

—Del demonio. ¿Ves? —ensancha la sonrisa—. Yo también sé decir palabrotas.

Chiiin. El ascensor llega, a buenas horas. Mientras entro, él sigue hablando como si tal cosa:

—Y luego están las paredes que comparten nuestros pisos. Puedo escuchar hasta cuando tiras de la cisterna.

Pulso el cero. Contengo las ganas de darle varias veces más. *No va a llegar antes porque hagas eso, Aurora*. Yo nunca he escuchado ruidos en el piso de al lado, creo, pero parece una explicación plausible. Queda sin solucionar el pequeño tema de cómo sabe qué compañeros de cama me gasto, si son negros, verdes o fosforitos. Eso no se aprecia por la voz. *Pregúntale*. No, ni de broma. Quiero largarme de aquí cuanto antes. *Pero no puedes quedarte así, Aurora, sin saberlo*. Empieza el hormigueo en el estómago, la respiración se acelera, abro y cierro la mano. *Hazlo, hazlo, hazlo*. Por fortuna, las puertas del ascensor se mueven. Antes de que se cierren del todo, todavía le escucho decir:

—¿Puedo ir…?

Chiiin. Por fin. Silencio. El ascensor se pone en movimiento y yo me relajo algo a medida que desciendo. Chiiin. Llego a la planta baja y cuando se abre el ascensor allí está él de nuevo, respirando como si acabase de correr una maratón:

—¿Puedo… ir… contigo?

Tengo la tentación de mirar a todos lados por si esto es una cámara oculta, pero lo único que hago es acercarme a toda prisa a la puerta de salida, mientras digo:

—No. Ni de broma. Ni de puta broma.

Quizá no hacía falta que fueses tan tajante, Aurora. ¿No decía que le gustaba que dijese palabrotas? Pues toma dos tazas.

—Porfa, porfa, porfa…

Me sigue sin atender a razones y yo ya he gastado hoy toda la paciencia. Cuando pongo la mano en la puerta y veo que hace ademán de ir detrás de mí, lo suelto:

—Pero ¡¿qué te pasa?!, ¡¿que no tienes amigos o qué?!

Sé que la he cagado antes de terminar de pronunciar las palabras. Veo cómo se le marchita la cara. Hasta este momento no me había fijado que el niño siempre tiene una sonrisa en los labios, pero ahora que ha desaparecido noto que falta algo. Me mira con unos ojos grandes —¿desde cuándo tiene esos ojos tan grandes?— y siento piedras en el estómago, piedras que me arrastran hasta el fondo. Mierda, joder. ¿No irá a ponerse a llorar, verdad? Pero no dice nada. Solo me mira, y me mira, y me sigue mirando. El que dijo que las miradas no mataban era imbécil.

—Escucha, yo… —¿tengo que pedirle disculpas a un niño de diez años? *Sí, tienes que pedirle disculpas a un niño de diez años, Aurora*—, perdona, no sabía que no tenías ningún amig…

Cojonuda la disculpa, sí señor. Menos mal que me mira extrañado y luego, cuando se da cuenta de lo que iba a decir, parece enfadarse. Mil veces mejor tenerlo enfadado que triste:

—¡¿Cómo que no tengo amigos?! Sí que tengo, lo que pasa es que con esto de la mudanza ahora viven lejos, ¿vale? ¡Y mi madre trabaja todo el día y no puede llevarme a verlos, así que me apunta a campamentos gratis para conocer gente y para que haga trabajos manuales con los rollos del papel higiénico!

Lo dice de carrerilla, enfadado. Por lo menos no ha llorado.

—Vale, me alegra saberlo —solo se me ocurre decir.

—¿Saber qué? ¿Que me voy a dedicar a recortar rollos de papel higiénico durante las próximas cuatro semanas?

No puedo evitar sonreír:

—Eso no. Lo de que sí tienes amigos.

—Nosotros también podemos ser amigos, aunque tú no quieras; si quieres, vamos, si cambias de opinión.

No sé cuándo soy consciente de que voy a aceptar su petición. El ancla del estómago se va levantando, así que por lo menos saco una cosa buena de todo esto.

—Mira… Si quieres venir…

No las tengo todas conmigo, pero así por lo menos dejaré de sentirme culpable. Sin embargo, antes quiero asegurarme de que no

me van a acusar de secuestro, o algo peor:

—Pero ¿dónde está tu madre? ¿Seguro que te deja salir de casa solo? ¿Con una desconocida?

—Mi madre está trabajando. ¡Y claro que me deja salir solo! ¡Que tengo diez años y cuatro meses! —me mira, ofendido—. Y, además, tú no eres una desconocida. Eres la vecina.

¿Trabajando un domingo? Por un momento, la compadezco. Luego recuerdo lo que ha dicho de los funcionarios y se me pasa.

—Sí, soy la vecina que hasta hace dos días no sabía de tu existencia…

—Que tú no supieses de mí no quiere decir que yo no supiese de ti.

Suspiro. Por lo menos, con todo este lío, me he olvidado de lo del tal Jason. Ya no siento esa fuerza interior que me obligaba a preguntarle. Ahora solo quiero que la culpa vuelva a su nivel de peso-pluma.

—A ver, ¿quieres venir o no?

Diez minutos más tarde llegamos al parque. El niño no se ha callado ni una sola vez, no creo que sea capaz de estar en silencio más de cinco segundos seguidos. Es superior a él. Que dónde he nacido, que cuántos años tengo, que cuál es mi comida favorita. Son los diez minutos más largos de la Historia. Le respondo con monosílabos cuando es de sí o de no, pero enseguida empieza con las preguntas estúpidas que necesitan de una respuesta compleja, como la que me acaba de hacer:

—Si alguien te preguntase si soy tu hijo, ¿qué le dirías?

—Nadie va a pensar que somos madre e hijo…

—¿Y por qué no?

Me detengo un momento y me giro hacia él. Abro mucho los ojos y lo miro de arriba abajo:

—¿Tú que crees?

—¡Bah! —dice cuando se da cuenta—. ¡Puedes decir que soy adoptado!

Suspiro y echo a andar otra vez. Ya veo el quiosco al fondo, negro, aunque con el color desvaído por el sol. Y Adrián dentro, como siempre. Creo que nunca lo he visto en otro lugar. Espero que tenga piernas.

—¡Hola, Aurora! —su sonrisa me recibe dos metros antes—. ¿Qué tal andas?

—Pues por aquí, como siempre. ¿Qué tal tu semana?

Vengo todos los domingos a comprar el periódico. El resto de los días tengo doscientos diferentes en la oficina. *Y en realidad no vienes a por el puto periódico, Aurora*. Bueno, ya, pero me gusta pensar que con

este pequeño gesto ayudo a Adrián a llegar a fin de mes, a la vida de su quiosco, a la de los quioscos en general, a la de toda la prensa. *Aurora, la Teresa de Calcuta de los quioscos. Eres patética.*

—¿Lo de siempre? —pregunta.

—Sí.

Mientras Adrián coge el periódico e intenta doblar los diecisiete suplementos dominicales que trae, fijo la mirada en el expositor rojo de la izquierda: «Novelas con corazón». Siempre que lo veo pienso que lo más adecuado sería: «Novelas con pollón». *En tierra ardiente* es nueva y tiene buena pinta, con ese tío moreno y musculado en la portada. ¿Y esa tiene una tía preñada? *De la vergüenza al amor*. En fin, sin comentarios. *Seguro que esa te gusta, Aurora.* Y *Corazón perdido, El peligro acecha, Amor traicionado*… No, yo soy más de *Viajar* y de *Historia*. Anda, mira, *La esclava del harén* no tiene mala pinta. ¿Ya estaba la semana pasada?

—Aquí tienes, dos cincuenta —dice Adrián, sonriéndome mucho.

Siempre dudo sobre si devolverle el gesto, por si lo malinterpreta. Sin alcohol en vena es difícil saber si alguien está siendo amable o si quiere empotrarte contra el fondo de un quiosco, pero es cierto que Adrián siempre me sonríe demasiado. *Puta creída, Aurora.* Decido disimular buscando el dinero en el bolsillo más tiempo del necesario.

—¿Me compras un helado? —oigo una voz a mis espaldas.

Me giro y veo que mi vecino-espía está delante del cartel que Adrián pone siempre un par de metros alejado del quiosco, para que los niños y niñas lo vean bien y sus progenitores no puedan negarles la golosina. La diferencia es que aquí yo no soy la madre de nadie. Levanto una ceja y niego con la cabeza. Pero ¿este quién se ha creído?

—¡Porfa! ¡El Frigopié es mi favorito!

Pero ¿todavía existe eso? *No, Aurora, no, que le das una mano y quiere el brazo entero. Que le compre el puto helado su madre.* Tienes razón. Me giro y le doy el dinero a Adrián. Mientras busca la vuelta, como si tuviese que justificar algo, le digo:

—Es adoptado.

—¿Perdona? —me mira, extrañado, mientras me devuelve el cambio.

—Nada, olvídalo. En realidad, es…

Y entonces caigo. No tengo ni idea de cómo se llama el niño. Lo miro. Sigue al pie del cartel de los helados, mirándome con esos ojos tan grandes. Suspiro. Los helados son inofensivos, y tampoco suponen un agujero muy grande en mi cartera. Me giro de nuevo hacia Adrián:

—Venga, dame también dos Frigopies —le digo, suspirando.

Pago todo, le doy las gracias y voy con los helados junto al niño,

que coge el suyo como si nada en la vida le hiciese más ilusión. Avanzamos por el parque hasta un banco libre que hay no muy lejos y nos sentamos. Cuando meto el Frigopie en la boca, recuerdo que de pequeña también era mi favorito. Un señor pasa por delante del banco y me mira… Me ha mirado raro, ¿no? *Te ha mirado raro fijo, Aurora*. La gente adulta también tiene derecho a comer Frigopies, ¿vale?

—Mmmmm… ¡Está riquísimo! —dice el niño a mi lado.

Le sonrío y me olvido del señor. Miro cómo come el helado con ansia. Parece que no ha tomado uno nunca, de las ganas que le pone y lo mucho que parece disfrutar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, pasando la lengua por el mío.

—¿Qué? —dice él, con los labios todos rosas.

—Que cómo te llamas.

—¡Pensé que ya lo sabías!

—¡Y cómo iba a saberlo! ¡No soy adivina!

Pero él sí, Aurora, y piensa el ladrón…

—Pues lo pone en el buzón —se encoge de hombros, como si fuese algo obvio—. Me llamo Brais.

Yo solo muevo la cabeza, asintiendo. No parece un nombre muy… ¡No! ¡No está bien pensar eso! *¿Un nombre muy qué, Aurora? ¿Muy de negro?*

—¿Eres hija única? —pregunta entonces, entre lametazos.

Ahí vuelve el interrogatorio.

—No.

—¿Y cuántos hermanos tienes? O hermanas, vaya.

—Uno. Chico.

—¿Más grande o más pequeño?

—Más grande.

—¿Y cómo es tener un hermano? —pregunta, con los labios ahora pegajosos.

Sus babas no tienen capacidad de alcance, Aurora, tranquila. Intento que la respiración no se dispare. *Contesta, venga.*

—Pues… no lo sé. Yo soy la pequeña, así que nunca he vivido sin él, no sé cómo sería mi vida en ese caso.

Mejor, eso desde luego.

—A mí me gustaría tener un hermano. O hermana, me da igual. Creo que nos llevaríamos bien.

Tú lo que necesitas es que te hagan caso, que todo dios pasa de ti. Joder, cerebro, ahí te has pasado. *Pero lo has pensado, Aurora. Ya no puedes cambiarlo.*

Discúlpate. Discúlpate. Discúlpate.

No. No vamos a empezar con estas mierdas otra vez.

Discúlpate, discúlpate, discúlpate, discúlpate, discúlpate, discúlpate.

Lamo el helado. No me calma. Respiro rápido, empiezo a mover la pierna, arribabajo, arribabajo, arribabajo. El corazón, PUM. PUM. PUM. ¿Por qué está el niño en silencio justo ahora? ¿Cuando más lo necesito? Pues hablo yo:

—Pídele un hermano a tu madre.

Qué tontería, Aurora. ¿Desde cuándo eso funciona? Recuerdo que Roberto y yo siempre pedíamos un hermano más a mis padres, porque el que ya teníamos era imbécil. Menos mal que nunca nos hicieron caso. No me imagino cómo sería mi vida con dos Robertos.

—Mi madre trabaja mucho y no tendría tiempo —*Sí, ya se ve la atención que te dedica a ti, sí.* ¡¡¡Cerebro!!! *Hala, otra cosa que añadir a la lista de disculpas*—. Además, para eso se necesita un padre y los dos estamos muy bien solos. Mejor que bien.

Discúlpate, dile lo que has pensado. Discúlpate, dile lo que has pensado. Discúlpate, dile lo que has pensado.

Encima, va y se queda en silencio otra vez, como pensativo. Eso no ayuda, no ayuda nada.

—Entonces… —trago saliva e intento que la respiración no se me dispare. Sé que cuando le diga lo que he pensado, la ansiedad bajará. *Si lo has pensado, tienes que ser valiente para decirlo también, Aurora.* Hago un ruido raro con la garganta, mitad tos, mitad gruñido. *Tienes que decirlo, Aurora*—. Entonces, ¿tu madre pasa de ti?

Eso no es exactamente lo que he pensado, pero más o menos. Es un niño, tengo que traducirlo un poco para que resulte más… suave. La velocidad de la respiración, del corazón, baja. Mi cerebro acepta que con los niños tengo que tener algún filtro. Por fin hay sitio en la RAM para fijarme en lo poco que queda de mi helado, que he estado lamiendo con ganas a ver si así dejaba de autoatormentarme.

—¡No es que pase de mí! —dice Brais, elevando la voz—. Es que siempre está fuera, ganando dinero para cuidarme, ¿vale?

Parece ofendido. *No es para menos, Aurora.* ¿Perdona? ¡Fuiste tú quien me obligó a decirlo! *¡¿Yo?!* Mira, esta discusión es estúpida.

—¡Todo es culpa del capitalismo! —suelta entonces el mocoso, y a mí se me olvidan todas las tonterías que estoy discutiendo en silencio conmigo misma.

Casi se me desencaja la mandíbula de lo mucho que la abro. ¿De verdad no hay ninguna cámara oculta?

—Pero ¿tú cómo conoces esa palabra? —le pregunto antes de que pueda añadir nada. ¡Si yo a su edad aprendí a decir esternocleidomastoideo y ya me creía la puta ama!

—¿Es que tú no la conoces?

—¡Pues claro que YO la conozco, pero YO soy adulta! —le digo, haciendo especial hincapié en el YO, no sé por qué—. ¿Sabes lo que significa, acaso?

—¡Pues claro que lo sé! —da los últimos lametones al palo del helado y adopta tono de defensa de oposición—. Capitalismo: sistema económico y social en el que los medios de producción más importantes no pertenecen a quien los usa, sino a personas privadas.

No creo que haya entendido una mierda de lo que acaba de decir, pero no tengo ganas de debatir con Mr. Wikipedia sobre los vicios y virtudes del capitalismo.

—No te voy a preguntar dónde has aprendido eso porque tengo miedo de la respuesta.

—Tampoco te lo iba a decir —sonríe, mientras envuelve el palo del helado, que ya ha terminado, en el plástico. Luego me mira y me guiña un ojo—. Todo el mundo tiene sus secretos.

Se levanta y tira todo en una papelera que tenemos cerca, mientras me deja sin palabras en el banco. Segundos después, lo imito. Tengo las manos pegajosas, qué asco. ¿De verdad alguien es capaz de comer un helado sin que pase esto? Intento agarrar el periódico con los dedos limpios.

—Será mejor que volvamos —le digo.

El chico me mira, pero no dice nada. Empezamos a caminar de vuelta a casa. Voy pensando ya en la limpieza, en lo descansada y relajada que voy a quedarme después, en la ducha, pero con este chaval es imposible:

—Entonces no quieres a tu hermano, ¿no? —suelta, así, como si tal cosa.

—Yo no he dicho eso.

Pero lo has pensado, seguro, y este niño lee la mente.

—Es que antes no hablaste de él con mucha ilusión.

—A ver… Somos muy diferentes. Si no fuese mi hermano, no creo que pudiese ser amiga suya.

—¿Lo quieres por obligación, entonces?

Manda narices, el niño.

—¿Quieres tú a tu madre por obligación? —le respondo, harta ya.

—No es lo mismo. Una madre es una madre y un hermano un hermano.

A ver qué respondo yo ante esa lógica aplastante. Nada. Apuro el paso.

—¿Tienes novio?

—¿Y a ti qué te importa? —le suelto de inmediato.

Me concentro para que Xoán no aparez… Ah, ahí está, demasiado

tarde. Puto mocoso.

—Perdona, perdona, si ya me lo dice mi madre siempre, que no puedo andar preguntando por ahí todo lo que se me pase por la cabeza, pero ¡es que entonces no sé cómo hacéis la gente adulta para saber las cosas que no sabéis si no se puede preguntar!

Joder. Sigo andando, porque está claro que la única forma que hay de que esta conversación termine es ir cada uno a su casa. Lo miro de reojo. ¿Vuelve a estar triste? No soporto verlo triste.

—No —termino diciéndole.

—¿No qué? —responde él sin entender.

—Que no, no tengo novio. Y que tienes razón, no sé cómo hace la gente adulta para saber las cosas que no sabe sin preguntar.

—Vaya… —responde, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa ahora?

—Es que según mi madre no tengo razón nunca, así que estoy sorprendido.

Se me escapa una carcajada pequeña. Lo miro a la cara. ¡Está sonriendo! Sonrío yo también. Hacía tiempo que no me pasaba esto, tener una conversación despreocupada y pasármelo bien. *Reír es como montar en bicicleta, Aurora.*

—¿Y por qué no tienes novio?

Ahí ya ni carcajada, ni sonrisa, ni mierdas. *Culpa tuya, Aurora, por seguirle el juego.*

—Porque no me da la gana —le digo a la defensiva.

—¿No estás enamorada de nadie?

Esto mejora por momentos. *¿Estás enamorada, Aurora? ¿Lo has estado alguna vez?*

—¿Y tu madre qué? —le suelto. La táctica de la repregunta siempre funciona—. Antes has dicho que ella tampoco tenía novio, que solo erais vosotros dos.

—Mi madre pasa todo el día trabajando. Dice que no tiene tiempo para esas tonterías, que no quiere complicarse la vida. Pero, ¿sabes?, yo creo que, aunque quisiese, el problema de verdad es que es inmigrante.

Genial, Aurora. Sales de una para meterte en otra peor. Lo miro de reojo.

—¿Qué? —pregunta al ver a mi cara.

—Nada, no… no sabía que tuvieseis problemas por ser… —*Joder, Aurora, que no es un insulto, eso, ¿eh? Además, si lo fuese, ¿desde cuándo tienes tú problemas con esas cosas?*—, por ser inmigrantes, me refiero.

El niño usa la palabra como si tal cosa y soy yo la que tiene dudas. El mundo al revés.

—¡Eh! ¡Que yo no soy inmigrante, que yo he nacido aquí!

Parece ofendido. De nuevo. Creo que no vamos a hacernos amigos. Recuerdo aquel «terminaré por gustarte» de hace dos días. La que al final dejará de gustarle seré yo.

—Una cosa es tener a los inmigrantes en las calles haciendo los trabajos que nadie quiere y otra muy diferente meterlos en tu cama —suelta.

Inmigrante o no, desde luego el niño no es de este mundo.

—Eso es lo que dice siempre mi madre —añade.

—Mmm… —digo por toda respuesta.

¿Todo esto del capitalismo y de que hable como un adulto será cosa de la madre también?

—El amor es un lío, ¿eh? —dice.

Por fin una pregunta que puedo responder sin problema.

—Totalmente —y le sonrío.

—Por ejemplo —levanta la cara y me mira a los ojos. Tiene unos ojos muy bonitos, grandes y oscuros—, ¿cómo se puede estar seguro de que quieres a alguien de verdad? ¿Que no es por obligación, como lo de tu hermano? ¿Que no confundes los sentimientos?

Puto helado inofensivo de los cojones. Menos mal que acabamos de llegar al portal.

Abro la puerta del piso. Cierro. Dejo las llaves en su sitio, me pongo las zapatillas y con el periódico en la mano voy hasta el despacho. Esquivo las cajas del suelo y me acerco al escritorio que coloqué en medio de la sala, como si fuese a necesitar alguna vez ambos lados de la mesa para recibir a gente importante. Dejo el periódico y enciendo el ordenador. Debería colocar todo contra la pared y dejarme de tonterías. Mientras enciende, voy a la cocina y me hago un café. Regreso al despacho con la taza y entro en Google. Me salen casi 30.000 resultados para *La esclava del harén*. Los primeros enlaces son virus casi siempre, así que en el cuarto o quinto encuentro lo que busco. Envío los pdf a mi propio correo electrónico y apago el ordenador. Es una pena, no parece ser una de esas sagas con hombres en taparrabos con seis o siete entregas. Eso agiliza mucho el proceso de buscar más opciones que leer durante la semana. Por fortuna, en el mismo sitio he encontrado *El jeque*, *Amor en el desierto* y *Una boda concertada*. Pizarnik me mira acusadora desde una de las cajas roñosas del suelo mientras cojo la tablet y me descargo todos estos tíos semidesnudos. Antes la gente de las portadas llevaba más ropa, por lo menos en aquellas novelitas que encontré en casa de mis abuelos. Pizarnik sigue mirándome. *Y tú antes creías que era Pizaaaaarnik, Aurora, con acento en la a, en vez de Pizarniiiiiik. Que ni pronunciar un*

nombre sabes, tonta. Sí, soy tonta, ¿y qué? Me da igual todo ya, siempre queriendo abarcar más de lo que puedo, de lo que doy. *Te da igual todo ya no, Aurora. Si fuese así comprarías esa mierda de libros a la luz del día, en vez de volver a casa y descargártelos en la clandestinidad. Que eso es delito.* Mira, aunque lea novelitas de mierda, sigo estando licenciada en Derecho, ¿vale? Así que déjame en paz.

Apoyo la tablet en la mesa y me levanto de la silla con la taza del café en la mano. Cuando termine de hacer la limpieza de la casa y de ducharme, volveré y la cogeré y me pasaré el resto del día en el sofá leyendo y olvidándome de todo. Sí, los domingos son mi día. Quizá también vea una peli de miedo, mis favoritas. Paso por el lado de la caja de Pizarniiiiiik y dudo un segundo. El libro me lo prestó hace un par de años Tamara, cuando me dijo que tenía que probar a leer poesía y me apunté a un club. Luego se marchó por el mundo con la ONG y nunca me acordé de devolvérselo. Me pongo de cuclillas y apoyo la taza en el suelo. No sé quién me dijo una vez que, al final, las verdaderas amigas no son las de la infancia. Que esas son como la familia, no las escoges, por mucha frase de Mr. Wonderful sobre la amistad que veas. Al fin y al cabo, es la letra del apellido la que determina con quién vas a pasar la mayor parte de tu tiempo en clase y, por lo tanto, fuera de ella. Por lo menos la gente que conoces en la carrera debería tener unos intereses más afines a los tuyos, que para algo habéis hecho la-misma-gran-elección-de-vuestras-vidas-que-lo-definirá-todo. Pero no, tampoco. Pienso en Tamara. Y en Carlos. De la carrera, solo mantengo contacto habitual con ellos, y porque hablar con Tamara supone también saber de Carlos, que la sigue allí donde va. ¿Los he escogido? ¿Me han escogido ellos a mí?

Supongo que en eso consiste crecer: en darte cuenta de que todo lo que te han contado sobre la vida es mentira.

Cojo el libro. Un tocho enorme con la obra completa de la autora, más de quinientas páginas. Y menos mal que se suicidó con treinta y seis; si no, tendría dos mil. *Y mírate tú, Aurora, con treinta y uno y todavía no has hecho nada de tu vida. Pizarniiiik, con acento en la i, ya era una estrella. ¿Y tú? Una puta fracasada. Eso es lo que eres.* Lo abro por una página cualquiera:

no quiero ir
nada más
que hasta el fondo

Lo cierro de inmediato, como si me quemase, y lo meto de mala manera en la caja. Cojo la taza, me levanto, voy a la cocina, la dejo en el fregadero y voy a por la aspiradora. Poesía, ¿en qué narices estaría

pensando?

2015

—¿Podrías decirme con qué frecuencia aparecen en tu cabeza esas ideas que te preocupan tanto?

—(…)

—¿Y cuándo aparecen? ¿Hay algo en especial que las motive?

—(…)

—¿Qué significa para ti tener esos pensamientos? ¿Crees que dicen algo de ti como persona?

—(…)

—¿Y qué sientes cuando los pensamientos ya están en tu cabeza?

—(…)

—¿Y después de tenerlos? ¿Cómo te sientes?

—(…)

—Es muy importante hablar de cómo te sientes, sí. Es lo más importante de todo, porque los pensamientos no son el problema.

—(…)

—No, por supuesto que tú tampoco eres el problema. Aquí el único problema que hay es cómo vives la aparición de esas ideas, el simple hecho de tenerlas. Como ya te he dicho, el noventa por ciento de la población tiene pensamientos intrusivos, pero no todo el mundo los vive así, con ese malestar tan profundo. Ahí es donde debemos actuar.

—(…)

—¿Tú crees que las parejas nunca tienen dudas sobre sus relaciones?

—(…)

—¿Y qué haces para aliviar ese malestar una vez aparece?

—(…)

—Pues, por ejemplo, ¿intentas detener los pensamientos, esas dudas? ¿Intentas distraerte y pensar en otra cosa? ¿Tienes un debate interno para convencerte de que esas obsesiones son absurdas? ¿O simplemente te dejas llevar?

—(…)

—Es decir, que a ti lo que principalmente te preocupa es que haya algo de verdad en las ideas que aparecen en tu mente.

—(…)

—¿Nunca te permites a ti misma fallar?

—(…)

—Quiero decir que, si tienes un alto sentido de la responsabilidad,

si sientes que tienes que hacerlo todo bien, todo perfecto.

—(…)

—¿Tienes miedo a cometer errores?

—(…)

—¿Y te das permiso para cometer esos errores?

—(…)

—Claro que todo el mundo comete errores, por supuesto. Solo quiero saber si tú te permites ser indulgente contigo misma.

—(…)

—No, no todo el mundo quiere ser perfecto. Hay gente que se conforma con hacerlo lo mejor que sabe y aceptar que no puede conseguir la perfección.

—(…)

—Eres tú la que tiene que saber cuáles son sus propias limitaciones.

—(…)

—Eso de la cultura del esfuerzo hay que cogerlo con pinzas. Sobre todo ahora, que está tan de moda. Esforzarse no significa que vayas a tener éxito. Imagina que quieres ser famosa y cantar como Lady Gaga. Es decir, tu meta no es cantar bien, poder llegar a vivir de eso, no: lo que tú quieres es ser la mejor. Esa es tu meta. Y por mucho que vayas a clases de canto desde niña, te esfuerces y lo intentes, ¿de verdad crees que podrás llegar a ser como ella? ¿Una persona de entre cuántos millones? ¿Cómo te sentirás cuando, casi seguro, te quedes a medio camino? ¿Será que no te has esforzado lo suficiente o que, por el contrario, llegar a ser como Lady Gaga es prácticamente imposible?

—(…)

—Sí, por supuesto. Está claro que, sin intentarlo, es muy difícil que el éxito caiga del cielo, sin hacer nada, aunque tienes que ser consciente de que eso, a veces, pasa. La vida no es justa o injusta: simplemente es. La cuestión sería: ¿hasta dónde esforzarse? ¿Hasta dónde te esfuerzas tú? ¿Dónde ponemos el límite? Y otra cosa quizás aún más importante: ¿qué es el éxito, según tú?

—(…)

—Para mí tener éxito puede ser regentar mi clínica privada de psicología. Para ti sería ser la mejor psicóloga del mundo. ¿Cómo se mide eso? ¿Quién dictamina quién es la mejor en algo? ¿Lady Gaga es la mejor cantante para todo el mundo?

—(…)

—Aun teniendo metas realistas, solo con esforzarse no llega, pero por lo menos es mucho más probable conseguirlas que si nos ponemos metas irreales.

—(…)

—No, no nos estamos desviando del tema. El tema eres tú, siempre has sido tú.

—(…)

—Tus obsesiones forman parte de ti, quieras o no. Y cuanto antes lo aceptes, antes podremos solucionar el verdadero problema: lo que te hacen sentir, ese malestar tan grande. Eso es lo verdaderamente terrible, no tus ideas.

ELEMENTO SEGUNDO:
Obsesión

La situación disparadora provoca la aparición de la obsesión. Es un proceso automático e involuntario. La persona no elige tener ese pensamiento, sino que este aparece en contra de su voluntad.

¿Eres capaz de que el elefante rosa no aparezca en tu cabeza? ¿Puedes controlarlo?

A continuación, es común que aparezca un segundo bloque de pensamientos que sí proceden del «yo» real: la evaluación del contenido de la obsesión.

Si piensas en el elefante rosa, algo malo pasará.

Viernes, 5 de julio 2019

Hoy hace calor. Después de un inicio de semana lluvioso, es normal cruzarse con algún que otro catarro de verano. Por suerte, se ven a kilómetros. Nariz roja, pañuelo de papel en la mano, ojos llorosos. Como la alergia de primavera, pero en camiseta de tirantes. Me alejo de todas las personas portavirus antes de que la circunferencia invisible que las rodea y que avisa de la zona de peligro llegue a rozarme siquiera. No hay perros que salpiquen al mear contra las farolas, ni bebés, ni gente esparciendo saliva al hablar. *Un buen día, Aurora.*

Llego al portal y abro. Empujo la puerta con el culo. Mis manos permanecen limpias. Sonrío. Un buen día. Mientras me acerco a los buzones, escucho sus pasos desde el lado derecho del ascensor.

—¡Hola, Aurora!

—Hola, Brais.

—¿Qué tal hoy en el trabajo?

En los últimos cuatro días, hemos instaurado un ritual. Contra mi voluntad, por supuesto. Entro en el portal y en medio segundo ya ha aparecido él por el lado derecho del ascensor para preguntarme qué tal el día. No sé qué hará allí abajo, pero tengo miedo de descubrirlo. Resulta que la mierda de campamento ese es solo hasta el mediodía. Luego, cada niño a su casa y que se apañen como puedan con la conciliación. Y como este, al parecer, no tiene nadie que lo vigile, pues todas las tardes cuando llego me está esperando para darle a la lengua con cualquier excusa. ¡Con cualquiera! Hace dos días, por ejemplo, me preguntó que cómo me hacía el eyeliner. Ya tenía que estar bien aburrido.

Se me fue el santo al cielo. ¿Qué me había preguntado? *Qué tal el trabajo, Aurora.* ¡Ah, sí!

—Bah, hoy no tengo queja —respondo.

Hoy por lo menos nadie te ha cogido un boli, Aurora. Sí, hoy ha sido un buen día, no como ayer, que a Tere le dio por venir hasta mi mesa para explicarme no sé qué y agarró uno, así, sin más, sin pedírmelo, sin preguntar. Hasta que no fui al baño a lavar tres veces con jabón el dichoso bolígrafo, no conseguí que la respiración me fuese a un ritmo normal. Después, por si acaso, también lo desinfecté con el gel que llevo siempre en el bolso. Cada vez que algún compañero o compañera se acerca a mi mesa, tiemblo. Pienso en los miles de gotitas de saliva

que diseminarán al hablar y quiero gritar, pero lo de Tere ya es pasarse. Aparte de no lavarse las manos nunca, tiene la puta manía de tocarlo todo, y, claro, siendo jefa de departamento, pues qué le voy a decir. *Aunque no lo fuese, Aurora. Nadie lo entendería. La gente es feliz compartiendo babas.* Cuando aprobé la opo, ya hace más de cinco años, lo primero que hice fue traer todo nuevo de casa. Bolis, lápices, clips, afilalápices, goma. No soportaba imaginar en qué manos habrían estado los que habían puesto. Y cuando me voy, lo guardo todo en un cajón. Bajo llave.

—¿Aurora?

La voz del niño me devuelve a la realidad. Levanto la cabeza y lo miro.

—¿Qué?

—Pues que te estaba contando qué tal en el campamento y tú pasabas de mí.

Sigo delante del buzón, pero los sobres todavía esperan a que los saque.

—Sí, perdona, Brais.

No es la primera vez que pronuncio su nombre, pero aún me sigo sintiendo rara. Tiene algo de íntimo llamar a alguien por su nombre. Y no quiero intimar con él de esa forma. *¿Seguro? ¿Seguro, seguro, seguro? ¿No tendrás que comprobarlo? ¿Imaginarte hac…?*

Respiración. No, no voy a ir por ahí. No quiero ir por ahí. Tengo que no pensar en eso, no pensar, no pensar… Pero, claro, pienso. *¡PEDERAST…!*

—Escucha…

El niño dice eso y permanece en silencio un momento. ¿Brais callado? Lo miro. Una situación tan rara hace que, sin darme cuenta, fije en él toda mi atención. Ya ni recuerdo a qué andaba mi RAM antes:

—¿Pasa algo? —digo.

—No, nada, pero… ¿puedo hacerte una pregunta?

Brais callado y pidiendo permiso para preguntar algo. *Vamos a morir todos, Aurora.*

—¿Desde cuándo tienes que preguntar si puedes preguntar?

No responde, solo me mira en silencio. Me está poniendo nerviosa.

—¿Brais?

—A ver, ¿puedo o no puedo?

—¡Claro que sí!

—Vale, bien. Pues mira… tú que sabes tantas palabrotas, ¿te has dado cuenta de esto? —hace una pausa dramática y luego se pone a enumerar—. Loba. Zorra. Pájara. Un momento, ¿pájara es un insulto?

Vaca. Sí, vaca. Ser una vaca es malo. Rata. ¿Ves por dónde voy?

—¿Que nos gusta insultar con nombres de animales?

—¡No! ¡Que todos son de mujer!

—Eso es mentira. Tienes cerdo, burro…

—No, pero… —parece contrariado porque no le dé la razón—. En el fondo, lo de los animales no es lo más grave. Yo quería hablar del más grave de todos.

—No te sigo.

—Sí… —mira a los lados, como si quisiese asegurarse de que nadie lo oye—: hijo de puta.

—Ah… —no entiendo nada.

—¿Qué tiene de malo ser hijo de esa señora? ¿A quién insultas realmente con eso?

—Es una frase hecha, Brais, no hay que darle tanta import…

Y entonces caigo. La madre, que nunca está, siempre trabajando, incluso los domingos. El campamento gratuito, que supongo que no será gratuito para todo el mundo, porque si no vaya negocio. Aquí, solo, sin amigos. ¿Qué padres dejarían que su hijo fuese amigo del hijo de una…?

—¡Pues claro que hay que darle importancia! —salta él todo enfadado, lo que no hace más que confirmar mis sospechas.

Me revuelvo, incómoda. ¿Y qué le digo yo ahora?

—¿Nunca te habías dado cuenta? —pregunta Brais, mirándome con los ojos muy abiertos.

En otro momento estaría encantada de tener un debate dialéctico sobre los usos y formas del insulto, pero ahora no. ¿Tiene razón? Puede. *Tiene razón, Aurora*. Vale, pues tiene razón. Lo observo en silencio. Cagoendiós. En ese todavía sí puedo cagarme, ¿no? El niño este aún va a conseguir lo que no han hecho mis padres en treinta y un años.

—Supongo que no… —le digo.

La sonrisa le vuelve a la cara de inmediato:

—¿Entonces vas a dejar de decirlo?

Me asusto:

—¿Dejar de decir palabrotas? Pero ¡¿a ti no te gustaba?!

—Sí, no, digo… A ver, que sí que me gusta, solo me refiero a que no digas las feas, ya sabes… Ser un gallo es bueno, un gallina malo… —extiende los brazos, como si estuviese claro a qué se refiere —. Sobre todo la más grave de todas.

—¿Hijo de puta o puta?

—¡¡¡Auroraaaaa!!! —alarga la «a» con reproche—. ¡Ninguna de las dos!

Me mira con mala cara. *Tienes la sensibilidad de una piedra, Aurora*. Suspiro.

—En fin, supongo que puedo intentarlo.

Chiiin. Se abre el ascensor y sale la señora Paquita, la que faltaba.

—Buenas tardes —saludo.

—Hola —dice el niño.

Avanza con su bastón, despacio, a su ritmo. Desde la semana pasada, cuando Brais le dijo aquello, no la había vuelto a ver. ¿Seguirá ofendida?

—¿Qué vienes?, ¿del trabajo, niña?

—Sí, justo acabo de llegar —intento ser graciosa, no sé por qué siento la necesidad de congraciarme con alguien así—. Habrá que levantar el país, ¿no?

—Bastante lo levanté yo en mi época para que ahora vosotros podáis mandarlo todo a la mierda —dice, ya casi en la puerta de la calle.

Sí, debe de seguir ofendida. Cuando sale, cojo las cartas, cierro el buzón y llamo al ascensor. Chiiin.

—Venga, Brais, nos vemos mañana.

Me sale así, sin más, mientras marco el tercero. *¿Vas a quedar con él mañana, Aurora, sábado? ¿Una cita o qué? ¿Ahora sois amigos? Te gustaría ser algo má…* ¡DÉJAME EN PAZ! ¡Fue un decir!

Brais se queda sorprendido, pero se repone rápidamente y su cara muestra… ¿Ilusión? *Él tampoco lo ha entendido bien.*

—¡Hasta mañana, Aurora!

Entro en casa y las veo. Es como si todo fundiese a negro, o gris, y los focos solo se centrasen en ellas. Esas pisadas en el corredor. Deben ser de los últimos días, por las suelas húmedas de la calle. No sé cómo ha podido pasar, si siempre me pongo las zapatillas nada más entrar, pero no puedo pensar en otra cosa. *Por lo menos así no le das vueltas a esas cochinadas de índole sexual del portal, Aurora. Con un menor, qué asco das.* Intento respirar profundamente. Me calzo las zapatillas, dejo el bolso en el mueble de la entrada y voy a por la fregona. Será un momentito solo. Después me daré una ducha rápida y por fin podré retomar *Y entonces él me la metió,* que lo he dejado por la mitad. Cojo el cubo de la fregona y voy al baño pequeño del pasillo para llenarlo. *Y entonces él me besó* es un título mucho menos adecuado, la verdad. Aunque esa mujer con un bombo de ocho meses en la portada me perturba un poco para hablar de meter nada, pero en fin… De algún lado viene el niño. Cuando el agua es suficiente, cierro el grifo de la ducha. ¡Un momento! ¿Acaba de tocar el cubo? *Sí, el mango del grifo, el tubo, Aurora*. Mierda. ¡¡¡Mierda, mierda, mierda!!! Abro el mueble

del lavabo y saco la botella de alcohol. Está en las últimas. Compruebo que solo hay dos de repuesto. Tengo que comprar más. Cojo también un disco de algodón del recipiente situado estratégicamente al lado del desinfectante. Lo empapo bien. Después, lo paso por el grifo de la ducha. Arriba y abajo, arriba y abajo. El cubo está lleno, llenísimo, de mierda. ¿Cuántas veces le he dado con la fregona al ir a meterla dentro? Incontables. Pienso en la mierda del suelo pasando a la fregona, pasando al cubo, pasando al grifo de la ducha, pasando a mi mano al bañarme. ¡Ufff…! Y eso que pocas veces uso esta ducha, pero nunca se sabe. Voy hasta el armario de los productos de limpieza. Limpiador con bioalcohol. Perfecto. Todo lo que lleva alcohol me gusta. *Sí, sobre todo si se puede ingerir, Aurora.* Lo echo en el cubo y friego el pasillo. La respiración se relaja algo, pero aún me queda vaciar el cubo, lavarme las manos —la fregona está sucia, las manos también—, ducharme… y, por fin, sofá y leer. No creo que salga, prefiero los sábados. Los viernes estoy agotada de los madrugones de toda la semana.

Estoy guardando todo en el armario de la limpieza cuando escucho sonar el móvil en la entrada. Entro en crisis. Tengo las manos sucias. Así no puedo coger el teléfono. Y no creo que quien llame vaya a esperar tanto como para que me dé tiempo a lavarlas. Meto mal la fregona en el armario y termina cayéndome en la cabeza. ¡¡¡Cagoendiós!!! Y ahora qué, ¿tengo que lavarme el pelo? ¡Hoy no me tocaba! Le doy una patada al cubo, enfadada, y varias gotas terminan sobre las zapatillas. Put… —¡*que no digas «puta», joder!*—. ZAPATILLAS, ZAPATILLAS, ZAPATILLAS. A tomar por culo el buen día. Dejo todo entre el armario y el pasillo y me acerco a toda prisa al móvil. Menos mal que está fuera del bolso, que si no sí que no tocaba nada. El móvil puede limpiarse con alcohol, el interior del bolso ya es más difícil. Cojo la llamada de inmediato, de un número que no conozco:

—¿Sí?

—¡Aurora! Estaba a punto de colgar, pensé que andabas ocupada.

—Perdona, pero ¿quién eres?

Silencio del otro lado, un par de segundos:

—Tampoco me fui hace tanto tiempo, ¿eh?

Y entonces caigo. Hace un año por lo menos que no escucho su voz, que solo la imagino en mi cabeza al leer sus mensajes y mails:

—¡¡¡Tamara!!!

—¡Síií! ¿Qué tal va todo?

—¿Y cómo es que me llamas? ¿No andas por Brasil?

—Ya ves, la hija pródiga regresa por el verano —le escucho reírse

del otro lado—. Es que me han dado vacaciones. Me obligaron a cogérmelas, más bien. Así que aquí estoy, con el móvil de mi hermana, que para quince días no me voy a comprar una SIM española. Por eso no conocías el número.

—¿Y qué? ¿Contenta de volver a casa?

—Pues no te creas… —noto que se pone seria—. No tengo muy claro cuál es mi casa ya.

No sé qué responder a eso, aunque sé de lo que habla. Tamara siempre ha sido muy filosófica, sí, pero hay algo más en ese tono que no consigo descifrar. Ella siempre ha sido de las personas a las que no se les gastan las pilas, con esas ganas de pelea continua. Solo por las cosas que considera justas, eso sí, pero anda que no tiene causas perdidas que defender, dios mío. «Por eso escogí Derecho», me dijo cuando nos sentamos juntas de casualidad en la presentación de la carrera. Genial, una ilusa idealista, pensé en aquel momento. Una inconformista, pienso ahora. Y luchadora, y valiente, y… *Y mírate tú, Aurora, aquí muerta del asco con tu piso con hipoteca y tu trabajo para toda la vida, el mismo día tras día.*

—¿Y qué tal Carlos? —pregunto por cambiar de tema.

—Bien, él bien. También ha venido unos días, pero ya te contaré. Por eso te llamo. No creo que mis padres me suelten demasiado estas vacaciones, para una vez que vengo, pero a ver si podemos vernos un día.

—Pues a ver, sí… Malo será que no encontremos un hueco para quedar…

—¿Qué andas?, ¿con mucho curro?

—Sí, ya sabes cómo son los veranos en la Administración…

Pero lo que no sabe es cómo soy yo ahora. Los últimos años no nos hemos visto mucho, ella fuera del país y yo estudiando la opo. Y en la carrera todavía no había empezado con… con todo esto. No sabe que no quiero besos, ni abrazos, ni tomar algo en sitios públicos, pero tampoco que venga a mi casa y la ensucie… *Que no tiene ni idea de que estás loca perdida, Aurora, vamos.* Pero quiero saber de ella, claro que quiero. Y, sobre todo, no quiero no querer saber de ella por toda esta mierda.

—¡Sí, mamá, ya voy! —casi me deja sorda con ese grito del otro lado del teléfono—. En fin, Aurora, tengo que dejarte, pero ya te llamo o te escribo en unos días y quedamos, ¿sí?

—Sí, sí, claro, vale.

Pienso en Las 4 Fantásticas, en lo fácil que es decirles que no cuando hacen un plan por el grupo de WhatsApp.

—Nos vemos, Aurora. Un beso, te quiero.

Y cuelga. Después de soltarlo, así, como si dijese «adiós» o «hasta luego». «Te quiero.» Tamara siempre ha sido así, con los sentimientos por bandera. ¿Le he dicho yo alguna vez que la quería? «¿Cómo se puede estar seguro de que quieres a alguien de verdad?» La voz de Brais se abre paso en mi cabeza. Tengo esa jodida pregunta incrustada en el cerebro. ¡Bien, he dicho «jodida» y no «put…! Hala, mierda.

Tú no puedes querer a nadie de verdad, Aurora.

Tengo que echar a lavar las put… jodidas zapatillas. Y decidir si me lavo el pelo o no. Sí, me lo voy a lavar. Por si acaso.

Enero 2009

Empujo la puerta de la biblioteca y me dirijo a mi sitio habitual, a cinco mesas de distancia. Son las nueve pasadas, pero ya están los de siempre. El tipo de gafas del fondo, sentado de cara a la entrada; los tres de la izquierda, con sus calculadoras del tamaño de un ordenador. Estos, como yo, tampoco tienen pinta de ser de Sociología. El del fondo, ni idea. Me siento y saco los apuntes, el estuche y toda la parafernalia. Llevo ya tres años estudiando Derecho, los suficientes como para haber aprendido de los errores. El primero y más grave, estudiar en la biblioteca de mi propia facultad. La pisé una vez y nunca más. Parecía la jodida París Fashion Week y yo no estoy dispuesta a levantarme tres horas antes para maquearme según la etiqueta de una puta biblioteca; ni en sueños, vamos. La de Sociología, a dos facultades de distancia, no tiene nada que ver. Aquí solo se respira silencio y calma, como tiene que ser. No sé si los sociólogos tienen métodos innovadores para evaluarse o qué. A lo mejor nos llevan años luz en esto de la educación y nosotros sin saberlo. En esta biblioteca nadie murmura con un nivel de decibelios superior al de una pluma cayendo al suelo, y eso me gusta. Lo necesito, de hecho. Estudio muy rápido, sí —«mi Auroriña tiene un don»—, pero lo que realmente me cuesta es ponerme. Necesito las mínimas distracciones posibles. Por eso tampoco puedo quedarme en casa. En casa siempre hay algo que hacer o algo que ir a buscar a la nevera. Miro los apuntes de Derecho de la Propiedad Intelectual e Industrial y pienso que sí, que podrán ser un infierno —nunca he visto cosa más aburrida—, pero en menos de una hora estarán finiquitados. Y menos mal, porque soy incapaz de estar más tiempo delante de un libro a menos que sea una novela. En eso es en lo único en lo que me parezco a Roberto, en lo del culo inquieto. Ahora debe de estar en el taller, ayudando a papá, que seguro que ni eso se le da bien. Él no tendrá ningún puto don, pero por lo menos tampoco tiene a mamá detrás recordándole a todas horas que dé el ciento veinte por ciento.

Intento centrarme en el concepto de propiedad intelectual, tengo examen en dos días. Cinco minutos me dura. Levanto la cabeza y paseo la mirada por la biblioteca. Menos mal que aquí no hay distracciones, que si llega a haberlas… Me fijo en el tío del fondo, el de las gafas, que se sienta hacia mí. Yo siempre me pongo de espaldas a la entrada para no despistarme observando quién va y quién viene.

Lo cual es una soberana estupidez, porque cada vez que escucho la puerta me giro para ver quién entra. El chico ese no, él está a lo suyo, con la cabeza en los papeles, siempre ocupado. Siempre está en la biblioteca cuando llego y siempre se queda cuando me marcho. ¿Qué pasa?, ¿no tiene vida o qué?

El sonido de un móvil rompe el silencio del lugar y me llevo las manos a la vibración del bolsillo de mi vaquero. Los cuatro gatos de la biblioteca se giran hacia mí y me observan de malos modos, incluido el de las gafas. Mecagoendiós. Saco el aparato y lo pongo en silencio, y luego leo el SMS de Carlos: «Tmara sge nfrma m qdo cn ella n casa rpasndo bss».

Mierda ya. ¿Para esto me hace quedar fatal delante de toda la gente de la biblioteca? Estaba claro que Tamara no tenía pinta de ir a mejor, toda la noche en el baño. Su habitación está justo al lado de la mía. No sé cuántas veces me despertó. Mira que le dije que era mala idea beberse el cartón de leche ese, que a saber cuánto tiempo llevaba en la nevera, pero nada. «No se pueden desperdiciar recursos». Pues ya ves tú cómo te lo agradece el planeta, con una cagalera que no le deseo yo ni a mi peor enemigo. La semana pasada con el vodka hasta para desayunar y esta, como hay que estudiar, le da por ponerse en plan saludable. Eso ha sido el karma, fijo. Quiero mucho a Tamara, sí, pero eso no me impide ver que a veces se le va la pinza. Está bien tener unos principios, pero si te llevan a cagarte encima ya no están tan bien.

El móvil se ilumina. Lo dejé encima de la mesa después del escándalo. Esta vez no ha pitado, le puse el modo silencio a tiempo. Otro mensaje de Carlos, menos mal que tiene los SMS en promoción: «Pdo cogr 1yogur d ls tys xra Tmara?».

Puto Carlos. Le respondo que sí, que claro, y vuelvo a cagarme en él. Parece su criado. Cuando acepté compartir piso con ellos dos en segundo tenía la esperanza de que también me sirviese a mí, pero nada: solo es así con Tamara, y no tengo ni idea de si es enamoramiento o gratitud infinita. Recuerdo cómo lo conocimos, en la primera clase de Romano. El profesor decidió preguntarle precisamente a él, a ese chico bajito y callado que siempre iba por libre, que cómo definiría el Derecho. ¡Uf, cómo se puso! Rojo, mirándonos con unos ojos desesperados, como si pudiésemos hacer algo por él. Yo no, desde luego, pero Tamara, defensora de todo cuanto bicho en peligro hay sobre la faz de la Tierra, y que estaba a su lado, se hizo la tonta y respondió en su lugar, como si le hubiesen preguntado a ella, no sé qué tontería que hizo que se escuchase alguna risita por la parte de delante. Creo que considera a Carlos otra de sus

causas nobles, alguien a quien hay que proteger. «Solo hay que ayudarle a que gane confianza en sí mismo», suena la voz de Tamara en mi cabeza. Si a mí me cae bien, pero es… buena persona, sí, pero… aburrido. Tremendamente aburrido. E insulso, anodino del todo. Pero limpio y ordenadito, eso sí, y no se queja nunca. Y trabajador también, mucho, aunque no se le ve reflejado en las notas. Soy la única de los tres que va a curso por año. Ellos aún tienen varias de primero pendientes. Pero, claro, ¿cómo va a centrarse Tamara en estudiar si siempre tiene mil y un frentes abiertos y mil y una causas a las que atender más importantes que los estudios…?

Entonces, un dedo en el hombro derecho me saca de mi ensimismamiento. Dos golpecitos tan solo. Tap, tap. Levanto la cabeza, molesta. No me gusta que me toquen. Si no busco yo primero el contacto o no lo ofrezco de forma clara, como un jueves noche cuando ya llevo varias copas de más, a mí que no se me acerquen. Y, mientras me giro para ver quién me incomoda, me doy cuenta de que el chico de las gafas no está en el sitio de siempre, allá al fondo.

—¿Podrías prestarme un pósit? —está aquí, de pie, a mi lado—. He olvidado los míos en casa.

Y señala con la cabeza todo lo que tengo extendido alrededor de la libreta: los bolis de colores, los subrayadores fosforitos y los pósits de formas varias. Y yo no soy de las que más cosas traen para estudiar: cuando viene Carlos, saca material de la mochila como para montar una papelería. Lo pienso un segundo. Tengo ganas de soltarle que no, que son míos, que baje a reprografía a por algunos para él, pero tengo un pack de la tienda Todo1euro que me compré la semana pasada que trae unos de color mierda horribles que no quiero para nada. Los cojo y se los tiendo delante de las narices.

—Toma, te los regalo.

—No hace falta. Solo necesito un par.

—No, en serio. Para ti.

«Para que no vuelvas a molestarme más», añado mentalmente.

Los coge, pero antes de marcharse parece que duda. ¿Qué le pasa? El tipo es bastante raro. No puedo concentrarme con él allí. Y no porque sea Brad Pitt precisamente. Lo analizo mejor ahora que lo tengo tan cerca. Una nariz prominente cuyo tabique se ve a la legua, unos ojos marrones de lo más normales y un cuerpo escondido bajo capas de ropa de dos o tres tallas más que la suya. No, no es porque sea guapo por lo que no puedo volver al estudio, o, vamos, volver a centrarme en mis propios pensamientos y desvaríos. Es porque al conjunto de la biblioteca le falta algo sin él en su sitio de siempre. Es como si me hubiesen quitado la maceta al pie de la ventana, o como si

hubiesen cambiado la distribución de las mesas. Hay algo raro. Y mi cabeza lo sabe. Así, con una alarma mental encendida, no puedo concentrarme en el apasionante mundo de la propiedad intelectual. ¡No puedo!

—Hay que tener mucho cuidado con eso de la propiedad intelectual —dice él entonces.

—¿Perdona?

No sé si nota mi tono ofendido. ¿Qué coño le importa a él? ¿Me está espiando?

—Imagina que la persona que descubrió el fuego lo hubiese patentado. ¿Dónde estaría la humanidad ahora?

—Bien, por fortuna en el Neolítico no existía la Oficina de Patentes.

—En el Paleolítico. El fuego se descubrió en el Paleolítico.

—Era una frase hecha, ¿sabes?

Ya se me ha agotado la amabilidad. A mí este no me corrige, mecagoental. ¿No puede coger los putos pósits color mierda y largarse? ¿Tan difícil es?

Debe de serlo, porque no se mueve de allí. Lo único que hace es sonreír.

—¿Por qué sonríes? —pregunto de malos modos. ¿Me está vacilando?

—Porque me hace gracia —pongo los ojos en blanco. Este tipo tiene que tener algún tipo de tara mental—. Me llamo Xoán, por cierto.

No sé cómo, una hora más tarde, estamos en la cafetería de Sociología cada uno con un café delante. Supongo que me ha picado. Estar en su compañía es un ejercicio increíble de concentración. Y de ingenio. Cada expresión que le sale de la boca tiene doble sentido. Siembra la duda y luego espera a que las ramas se expandan en tu interior, haciéndole el trabajo sucio. Un jodido ninja de la palabra.

—Los seres humanos queremos ponerle precio a todo. Monetizar la vida, cada uno de sus aspectos. Muchas veces las patentes han hecho más mal que bien. Mira a Meucci. Graham Bell le robó el invento solo porque él no tenía pasta. ¿Y qué crees que habría ocurrido si el descubridor de la vacuna de la polio la hubiese patentado?

Lo que más me molesta es la manía esta que tiene de no terminar los argumentos. Suelta una pregunta al aire y te quedas peor que antes. Te usa en tu propia contra, pero yo no me callo. Que una cosa es evitar los conflictos con los amigos para no comerme la cabeza durante días y otra muy diferente quedar de tonta delante de un desconocido. Aquí, si hay que pelear, se pelea:

—Vamos que, según tú, nada de derechos de autor para los escritores.

—No, para nada: una cosa es cobrar por tu trabajo y otra limpiarte el culo después de cagar con billetes de cien libras, como J. K. Rowling.

—Mira, con ella sí que no te metas. ¡Por ahí no paso!

—Pues yo la odio.

Lo miro con los ojos abiertos sin salir de mi asombro:

—¿A J. K. Rowling? ¿A la creadora de Harry Potter?

Sabe de sobra quién es, no sé por qué me repito tanto. Debo de parecer estúpida.

—Sí —coge su taza, donde tiene un café tan frío como el mío—. Por su culpa me pasé toda la infancia creyendo que un día llegaría mi carta de Hogwarts y que por fin la escuela sería interesante.

Tardo un segundo en sonreír. Había pensado que el chico no tenía sentido del humor. Me devuelve el gesto y no puedo evitar pensar que tiene una sonrisa bonita. Se le forman unas arruguitas muy graciosas alrededor de los ojos, como si fuese un niño travieso. Pena lo de esa nariz tan grande.

Yo también deseaba con todas mis fuerzas mi puta carta de Hogwarts, pero nunca llegó. No sé en qué momento me di cuenta de que mi vida sería como la de los demás, sin nada de especial.

—Creí que Harry Potter sería demasiado… best-seller para ti.

—¿Y eso qué quiere decir? —me mira, curioso.

Sabe de sobra lo que quiere decir, pero lo pregunta igual. Eso es lo que le gusta, picarme. Él quiere que se lo explique, y yo caigo en la trampa una y otra vez, porque cuanto más hablas, más posibilidades tienes de cometer errores.

—Pues que no pareces de los que se dejan llevar por las modas.

—¿Y qué parezco?

Es un reto. Lo miro de arriba a abajo, sin cortarme. Levanto una ceja. ¿Quieres jugar? Vamos a jugar. El chico lleva unos vaqueros todos raídos por los bajos, una moda del siglo pasado, pero encima parece que no se han lavado también desde esa época. Una camiseta de algodón de manga larga básica, de rayas negras y grises, que para algo estamos en invierno. Tanto ha podido comprarla en un mercadillo como en el Zara. Todo diecisiete tallas más grande.

—¿No te gusta cómo visto? —se hace el ofendido al ver mi mirada, pero tiene una sonrisa en la cara.

—Ni me va ni me viene.

—Entonces, ¿por qué pareces tan preocupada porque no siga las modas?

Otra vez, hay que ver cómo devuelve los golpes este tío.

—¿Preocupada? ¿Yo? —creo que ese «yo» ha sonado demasiado

agudo—. Solo he dicho que te imaginaba más leyendo, no sé… *Anna Karénina*.

Es la primera novela «intelectual» que se me viene a la cabeza. Lo intenté con ella hace un par de meses y no fui capaz de pasar de la página cincuenta. Nada más pronunciarlo, soy consciente de que he caído en la trampa: ahora dirá que es una obra maestra que todo el mundo debería de leer y me sentiré, de nuevo, como una tonta.

—Pfff, calla. Imposible, infumable. No pude con ella.

Lo miro, sorprendida, y un sonido extraño sale de mi garganta, mitad bufido, mitad carcajada. A él también se le escapa otra, así que terminamos riendo sin tener muy claro de qué.

—¿Quieres otro café? —pregunta cuando nos serenamos.

—Sí, venga —digo, a pesar de que lo responsable sería volver al estudio.

A tomar por culo el estudio.

—Pues ya los pido yo en la barra que voy al baño.

Mientras veo cómo se aleja, cojo el Nokia del bolso, deslizo el teclado y escribo en el bloc de notas: «Buscar Meucci». Llevo desde que pronunció el nombre con la mosca detrás de la oreja. Menos mal que no quiso hablar más de él porque, yo, ni puta idea. Cuando vuelva a casa lo miraré en el ordenador. Esta vez me he librado, pero no quiero quedar mal para la próxima.

¿La próxima?

Levanto la vista y veo cómo Xoán se aleja de la barra y avanza hacia el fondo del local, donde están los baños. Camina de forma rara. No abre las piernas demasiado y va muy estirado. No definiría ese andar como un andar sexi para nada. ¿La próxima? No creo que haya una próxima. A mí este chico no me gusta y no soy tan inocente como para creer que lo que estamos haciendo es una reunión de amigos, así que no termino de entender qué narices hago aquí. Supongo que he caído en su provocación.

En la biblioteca, en esos diez minutos en los que estuvimos murmurando mientras los de la calculadora de cinco kilos nos miraban mal, me di cuenta de que no aguantaba que él tuviese la razón. La rabia me subía por la garganta y me daban unas ganas irrefrenables de darle la vuelta al asunto. Cuando lo conseguía —que una estudia Derecho no muy convencida, pero lo estudia, y a mí no me gana dialécticamente un desconocido si de lo que hablamos es de propiedad intelectual—, la satisfacción me recorría todo el cuerpo. Una sensación muy parecida a la de sacar buenas notas y ser la mejor de la clase, o a la de conseguir acostarme con el tipo con el que me lo propongo. Pero sin sexo, claro.

¿Sexo con Xoán? No, ni de broma. A mí Xoán no me gusta nada físicamente, con esa nariz demasiado grande, esas gafas demasiado grandes y esa ropa también demasiado grande. Me repito un poco, demasiado, pero es la verdad. No tiene nada que ver con los chicos con los que he estado últimamente. Buf, diosmío el último, el Raúl aquel de Arquitectura. Ya ha llovido, porque una tiene exámenes y es responsable cuando toca, y además lo mejor es no acordarse.

No tardamos en volver a la biblioteca a estudiar, pero a la hora de la comida cogemos unos bocadillos y los comemos juntos, y al anochecer, cuando me dispongo a volver a casa, Xoán me acompaña y bajamos juntos al centro en el bus. No me desagrada, la verdad. Me lo paso bien hablando con él. Muy bien, de hecho. Es divertido. Y peculiar. Es interesante, y agradable, y el tiempo vuela a su lado. Pero hasta ahí. No quiero nada más que hablar, a secas. A veces, sin que se dé cuenta, lo miro de reojo. No me parece guapo, ¿cómo voy a querer nada de tipo… sexual con él? Para eso tiene que haber algo más que pasarlo bien a su lado, ¿no? ¿Y él? ¿Qué querrá él? No tengo ni idea, o sí, pero no dice nada y no voy a ser yo quien le pregunte.

Ya en el centro, decidimos parar a tomar un café, otro, porque la época de exámenes es dura. Cuando me doy cuenta —no sé cómo ha pasado todo—, estamos ya delante de su portal. Es antiguo, de los típicos que hay cerca de la estación de tren. Yo vivo a tres cuartos de hora a pie, pero su piso queda de camino a la parada de mi bus, así que en mi cabeza tenía sentido lo de acompañarlo. Hasta ahora.

—Bien, pues…, ya estamos —dice Xoán.

Se hace un silencio incómodo entre nosotros, el primero del día. No sé qué decir.

—Sí… Va a ser mejor que me vaya ya.

Veo el pósit color mierda sobresalir por encima de su libreta y me siento algo mal. No por darle uno color mierda, que también, sino por… ¿Y si le gusto? ¿Y si de verdad le gusto? ¿He estado aprovechándome de esta situación toda la tarde solo porque me lo pasaba bien hablando con él? ¿Soy mala persona? ¿Y ahora qué? ¿Qué le digo si me invita a subir? Por favor, que no lo haga, por favor…

—¿Quieres subir… y nos pedimos unas pizzas?

¿Ha habido una pausa entre «subir» y «pedimos» o me la he imaginado? Como si lo de las pizzas lo hubiese añadido después, al darse cuenta de que alguna excusa había que poner. No, claro que no quiero. O sí, pero no. Es decir, cenar y hablar sí, pero él no quiere hablar. Le he dado muchas, muchísimas vueltas a la excusa del pósit y, cuanto más pienso en ella, más estúpida la veo. ¿Desde cuándo un pósit es una cuestión a vida o muerte para tener que mendigarlo? Un

boli sí, porque a ver con qué escribes si solo tienes ese. Quizás una goma, incluso un típex, pero ¿un pósit? ¿Cuántas veces he dicho pósit ya? Y Xoán es inteligente, mucho. Estudia Sociología. A ver si me he equivocado de carrera, porque la mía está llena de idiotas. Él sabe de sobra que lo del pósit como coartada es más bien flojo, así que ha tenido que hacerlo adrede para que yo entendiese lo que él quería que entendiese: «Mira, me acerco a ti con una excusa de mierda para que te quede claro que esta mierda de excusa no es por lo que quiero acercarme a ti». Algo así.

He debido de estar demasiado tiempo en silencio, porque se responde a sí mismo:

—Olvídalo, ha sido una tontería. No quería… ha sonado fatal, solo pretendía… Nada, déjalo. Es que me lo he pasado tan bien hoy contigo hablando que…

—Sí, sí, yo también me lo he pasado muy bien, ¿eh?

Me parece de vital importancia que eso le quede claro, no sé por qué.

—Pero es tarde.

—Sí, ya es muy tarde…

—Y en dos días tienes examen —dice, correcto y amable, demasiado.

Se pasa la lengua por los labios, sonriendo con nerviosismo. No me gusta nada verlo incómodo. Me muerdo el labio de abajo y luego sonrío yo también, al pensar en la respuesta:

—Sí, los de Derecho tenemos exámenes; ya sé que los de Sociología no.

Suelta una carcajada al escucharme y la incomodidad que se ha generado entre nosotros desaparece algo.

—Vale, pues entonces vete a estudiar.

—Sí, mejor, que —miro la hora en el móvil. Casi las once de la noche, ¿cómo puede ser tan tarde?— en unos minutos pasa el último bus y no está la economía como para coger un taxi.

—Podría ir usted andando, señora comodona.

—¿Tres cuartos de hora? ¿A las once de la noche?

Lo digo por el frío, básicamente, aunque Xoán tiene razón y en realidad el motivo principal es que me da una pereza enorme, pero él no lo entiende así:

—Oh, perdona, no había caído, claro: de noche, tú sola…

¿Sola? Sé caminar sola, sí, por supuesto. ¿Qué tontería es esa? Son las once de la noche, no las cinco de la mañana con la calle llena de borrachos. Y ni así, pero los continuos miedos de mi madre repitiéndome una y otra vez en la adolescencia que no volviese a casa

sola de madrugada tienen sus consecuencias, y a veces no puedo evitar pensar en los mismos términos. Debe de ser que a él también le decían que no fuese solo a esas horas. Sí, ya, seguro… Pobrecito, parece afectado de verdad por no haberse dado cuenta de ese pequeño detalle, como si me estuviese incitando a correr riesgos. ¡Qué tontería! De hecho, me agrada que no lo haya hecho, dando por supuesto que sé cuidarme sin ayuda de nadie.

—Si lo pierdes no hace falta que cojas un taxi. Puedo acompañarte.

—Nada, no te preocupes. Creo que llego. Me voy, ¿vale?

—Sí, claro. ¡Hasta luego, Aurora!

—¡Hasta luego!

Avanzo por la acera directa a la parada de autobús. Intentando no pensar en nada. Imaginando una pantalla en blanco dentro de mí. Nunca me ha funcionado eso, no creo que vaya a hacerlo ahora. Y si le gusto, ¿qué? ¿Qué pasa? Ambos somos personas adultas, ¡qué coño! Lo he pasado bien y ya, por eso he terminado aquí, en su portal, pero eso no significa que tenga que agradecerle nada. Que sí, que ha sido guay, pero no, por supuesto que no. No he emitido ninguna señal de apareamiento, que yo sepa. Y tampoco le he dado pie a nada, por lo menos de forma consciente. Y, aunque lo hiciese, ¿qué iba a pasar? ¿Me van a meter en la cárcel por eso? ¿Por qué tengo tanto miedo, entonces?

Un momento —me detengo en medio de la calle, a unos cuantos metros del portal de Xoán—… ¿Miedo? ¿Es esto miedo? No, no creo. ¿Miedo a qué? Miedo a nada. ¿A gustarle? ¡Cómo voy a tener miedo de eso! ¿A que me guste? No, es imposible. Si no me parece guapo, ¿cómo me va a gustar? Pero, entonces, la cuestión es por qué no me he marchado a casa antes. Antes de que se complicase tanto el asunto. Vale, no me gusta, okey, aceptamos eso. Pero la pregunta ahora es: ¿a mí qué me apetece hacer en este momento?

Me doy media vuelta a los pocos segundos. Si me lo he pasado bien, ¿qué problema hay? A la mierda todo. Además, si vuelvo ahora a casa, con Tamara mala del estómago y Carlos incapaz de separarse de ella más de medio metro, seguro que me piden que les haga la cena. Un arrocito o algo de ese estilo, como los que me hacía mi madre cuando estaba mala del estómago. Y no me apetece una mierda, sobre todo porque yo sobrevivo a base de precocinados, tuppers y poco más. Sí, no quiero volver a casa todavía, no quiero hacerle la cena a nadie. Es lo que me repito mientras escucho el portal cerrarse. Me cruza por la mente la idea de que ha debido de estar mirando cómo me alejaba por la calle. ¿Eso es bueno o malo?

—¡Xoán, espera!

Sábado, 6 de julio 2019

No tengo ninguna alarma programada hoy, así que no sé muy bien por qué me despierto. Me dispongo a relajarme de nuevo bajo las sábanas cuando lo escucho. Bajito, pero lo escucho. Alguien toca a la puerta. ¿Quién narices toca a la puerta a estas horas? Cuando es un paquete siempre tocan el timbre. Palpo la mesilla de noche. ¿Dónde está el móvil? Ah, aquí. Abro un ojo. Las once y dos minutos de la mañana. Todavía tengo sueño, ayer me quedé hasta tarde leyendo. Además, las mañanas de los findes duermo sin límite, por eso de estar bien activa por la noche. Medito si hacerme la loca —*un chiste muy bueno, Aurora* — y no abrir, pero sé que no puedo. Después estaría todo el día preguntándome quién era. Es peor eso que levantarme.

Salgo de la cama y voy hasta la entrada en modo zombi. Cojo la llave, dos vueltas y abro.

—¡Hola, Aurora! —dice Brais, con una sonrisa enorme en la cara.

Cierro los ojos y suspiro. ¿Quién iba a ser? Los abro de repente cuando me doy cuenta. Miro mis muslos desnudos, con miedo. Llevo solo una camiseta floja, estoy en bragas.

—Como no sabía si estabas dormida, no toqué el timbre, por si acaso —suelta.

Esa tontería hace que me olvide de que estoy semidesnuda delante de un menor y de los posibles delitos aplicables.

—Pero ¡¿tú te crees que tocando la puerta doscientas veces no iba a despertarme igual?!

—Hombre, doscientas no han sido. Además, que a estas horas ya deberías estar despierta. Va a tener razón mamá con lo de los funcionarios…

Ya lo que me faltaba. Intento cerrarle las puerta en las narices, pero se me escabulle por un lado y entra en casa. En MI casa.

—¡Ey! ¿Adónde vas?

—Al salón.

¿Este quién se cree que es? Lo sigo por el pasillo, después de comprobar que la puerta ha quedado bien cerrada.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Ayer me dijiste: «Nos vemos mañana». Pues aquí estoy. Ah, mira, el salón está ahí.

Entra y desaparece de mi vista. Apuro el paso. A saber qué desgracia me hace en los segundos en que no lo veo.

—¡Decir «nos vemos» no significa que nos vayamos a ver! ¡Es una frase hecha!

Lo encuentro sentado en el suelo, delante de la mesa de la tele.

—Tienes un problema con las frases hechas, ¿no crees?

Me froto los ojos, desesperada. Mecagoendiós, le da igual todo a este niño, él va a hacer lo que quiera. *¿Y por qué le has dejado entrar, Aurora?* ¡¿Qué querías que hiciese?! ¿Echarlo a hostias? El chico coloca una caja metálica en la mesa. ¿Traía eso con él? Estoy a punto de decirle —d*e gritarle, más bien, Aurora*— que ahí no, pero es demasiado tarde. Por lo menos no he comprado una de esas mesas de cristal como la que tienen mis padres. Esta es sencilla de limpiar.

Brais abre la caja y entonces me doy cuenta de lo que es: un maletín. De maquillaje. De esos que hemos tenido todas como ritual de iniciación.

—¿Y eso?

—Es un maletín de maquillaje.

—Ya, ya lo sé. Pero… ¿para qué?

—Para que me enseñes a maquillarme —no salgo de mi asombro—. ¿Por qué crees que te llevo preguntando toda la semana sobre tu maquillaje?

Pienso en el eyeliner del lunes. No recuerdo que me preguntase por nada más. Al parecer, nuestras conversaciones son para él mucho más importantes que para mí. *Pobre, Aurora, todo ilusionado y tú pasando de él.*

—Ah —solo acierto a decir.

El niño me mira.

—¿Vas a empezar también como mi madre, que dice que esto no son cosas de niños?

Está a la defensiva. No seré yo quien le dé la razón a esa señora, desde luego. *Pero si acabas de pensarlo, Aurora.*

—También dice que los funcionarios no trabajamos, así que vamos a pasar de tu madre un poco, ¿vale?

Se sorprende por la respuesta, pero rápidamente sonríe y empieza a sacarlo todo del maletín, feliz. Yo suspiro y aprovecho para ir a la habitación y ponerme un pantalón. *Después ya limpiarás, Aurora, tranquilízate.* Regreso al salón y empieza a enumerar todo lo que ha extendido sobre la mesa:

—Esto para los labios. Esto para las mejillas. Esto para los ojos. Esto para el contouring.

—¿El qué? —pongo cara de no entender nada.

Brais me mira con los ojos medio cerrados, suspicaz.

—Tú dijiste que sabías maquillarte, ¿no?

Ahora ya dudo. Me siento a su lado en el suelo y miro todo lo que trae el puñetero maletín. No es que sea yo una experta, claro, pero a una se le presuponen ciertas obligaciones por haber nacido con vagina.

—Por lo menos el eyeliner lo haces bien —sentencia él.

—Son muchas horas de práctica, créeme.

—¿Cuántas? —pregunta.

—¡Ay, Brais, yo que sé!

—¿Y lo hacías muy mal al principio?

—Hombre… alguna vez me ha preguntado mi padre que quién me había dado esa hostia en el ojo, así que imagínate.

Se ríe. *No deberías haber dicho «hostia» delante del niño, Aurora*. Le gustan mis palabrotas, cállate. *Pero tú eres aquí la adulta*.

—Pues ahora lo haces muy bien.

—Gracias, Brais.

¡Por fin alguien se fija!

—¿Me lo haces a mí? —pregunta, mientras coge un lápiz negro y me lo pone delante de las narices.

Pufff. Para nada —pero nada de nada— convencida, cojo el lápiz de su mano. He intentado no tocar ninguna cosa mientras lo observaba, pero era inevitable. Vamos a dar por hecho que tiene las manos limpias. Por lo menos lo suficiente. El maletín parece nuevo, así que no creo que con las cosas de dentro haya demasiado problema: apostaría a que están sin estrenar. *Tú no toques nada que no puedas lavar después, Aurora* —¿como la alfombra donde acaba de apoyar varios botes?—, *y luego ya te limpiarás cuando terminéis*. ¿Cuando terminemos? ¿Y cuándo vamos a terminar?

—¿Empiezas o qué?

—Sí, sí, perdona.

Le saco la tapa al lápiz y lo acerco a su cara. El chico no dice nada, como si fuese él quien tuviese que concentrarse para no sacarle un ojo a alguien. El silencio me pone nerviosa. Le pregunto cualquier tontería mientras apoyo la punta en su párpado:

—¿Y tú nunca lo has intentado por tu cuenta?

Se separa de mí y me mira con cara de «¿qué pregunta estúpida es esa?».

—Obvio —pronuncia la palabra muy lentamente— que no. Mi madre me mataría si supiese que tengo esto.

Le cojo la barbilla con la mano para que vuelva a la posición correcta:

—No te muevas.

Intento no pensar en el hormigueo de los dedos, justo en las zonas

que han tocado su cara. *Después ya te lavarás las manos, Aurora, que ahora lo vas a seguir tocando*. Es verdad, no se puede hacer un eyeliner, por lo menos uno bueno, con una sola mano. Le agarro el mentón con la izquierda y empiezo la obra de arte con la derecha. No puedo evitar fijarme en que tiene unas pestañas muy largas y muy bonitas. *Ya te lavarás después, ya te lavarás después, ya te lavarás después.*

—¿Y por qué crees que te mataría? —le pregunto, intentando concentrarme.

—Ya te he dicho que ella cree que esto no son cosas de niños.

—¡Quieto, que me va a quedar fatal! —el lápiz no desliza muy bien sobre su pestaña—. ¿De niños no pero de niñas sí?

—¡Buah! —se separa de mí y protesto, pero hace como si nada—. ¡Ni de niños ni de niñas! ¡De mayores! ¡Dice que el maquillaje es para los mayores!

—O dejas de moverte o paso de pintarte.

Vuelve a su posición, en silencio, y entonces sí que me permito sentirme una idiota, una estúpida, una jodida imbécil. *De adultos, Aurora. Adultos. Y adultas también. Mayores de edad, estúpida.*

—Pero yo creo que es porque no quiere que tire el dinero en estas tonterías. Ella no se maquilla nunca, ¿sabes?

—Entonces, ¿quién ha comprado el maletín?

Intento que el lápiz pinte, de verdad que sí, pero por mucho que froto contra su pestaña no veo ninguna línea.

—Yo, con mis ahorros. Casi todo con mis ahorros, vamos.

—¿Cómo que casi todo?

Me separo de él y lo miro, desconfiada.

—Sí, he estado ahorrando la paga durante meses, pero no me llegaba y la oferta de la perfumería de la esquina iba a terminarse, así que le cogí un billete del cajón. ¡No me mires así! ¡Solo han sido diez euros!

—¡¡¡Diez euros!!! —repito como una tonta.

¿Eso al cambio cuánto será? Según el valor monetario de los activos infantiles, seguro que una fortuna. Me mira, desafiante.

—¿Qué vas?, ¿a echarme la bronca?

Paso. No es mi hijo, que se arreglen. Decido cambiar de tema:

—¡Este lápiz no pinta una mierda!

—¡Que sí que pinta! Inténtalo de nuevo.

Veo su cara de ilusión y no soy capaz de decirle que el maletín de maquillaje es una soberana mierda. Si estaba de oferta, por algo sería, chaval.

—¡Que no, Brais! ¡Que no pinta!

—¡Bah! Trae aquí.

Me coge el lápiz de las manos y no deja que termine de pintarle el eyeliner. O lo que pretendía serlo. No es que yo sea una profesional, pero confío todavía menos en sus capacidades. Agarra el maletín, que trae un espejo por dentro de la tapa, e intenta hacerlo él. Observo el resto de la parafernalia «maquillística» que ha sacado y ha puesto a nuestro alrededor. La alfombra está en peligro, está claro.

Alfombra. Alfombra. Alfombra.

Las alfombras se limpian, tengo que tranquilizarme. *¿La vas a llevar a la tintorería, Aurora?* Sí, si hace falta sí, intento pensar en positivo. Me centro en él de nuevo, a ver si despejo la mente.

—No sé qué manía tienes con la dichosa raya —le digo—. Encima negra. ¡Si no se te va a ver nada!

Me mira a través del espejo y abre la boca. Lo imito cuando caigo en la cuenta. *¡¿Qué acabas de decir, racista de mierda?!* Pero luego se echa a reír. Tras unos segundos de incertidumbre, yo también lo hago. Está bien, para variar.

—También lo hace muy bien mi youtuber favorito, Aurin —dice cuando las carcajadas se apagan.

—¿Tu youtuber? ¿Eso es realmente una profesión?

—Sí. A lo mejor no lo sabías —Brais interrumpe el divagar de mis pensamientos. Sigue con la boca abierta y el ojo derecho cerrado intentando pintar el bigote de Dalí en el párpado—. Como ya eres algo vieja…

Lo dice así, de forma tan… ¿natural? Me río de nuevo. Sorprendido, deja en paz el ojo y me mira:

—¿Y ahora qué te hace tanta gracia?

—Nada. Tu forma de llamarme vieja. En general, a la gente no le gusta que la llamen vieja. Sobre todo a las mujeres.

Me mira sin entender:

—¿Por qué sobre todo a las mujeres?

Eso, Aurora. ¿Por qué sobre todo a las mujeres? Mecagoental con las preguntitas, de verdad.

—Pues no sé. Es algo que dice la gente.

—Pues yo te pregunté cuántos años tenías en el parque y no me dijiste que no se podía.

—Porque a mí no me importa.

—Entonces, ¿qué? —me mira, confundido—. ¿Eso significa que no eres una mujer? ¿O que dices que alguien dice eso, pero en realidad nadie lo dice?

—Diosmío, Brais. Olvídalo, anda.

—¡A buenas horas! ¡Ahora le voy a estar dando vueltas, porque no tiene ningún sentido!

No me hables a mí de darle vueltas a las cosas, chaval.

—Muchas preguntas haces siempre, ¿no? —le digo, cortante.

Brais levanta los hombros.

—Solo pregunto cuando no sé algo o no lo entiendo.

Me sorprende su lógica, tan simple. Ojalá yo fuese así también.

—¿Cómo va ese eyeliner? —pregunto.

Baja los brazos y se rinde:

—Mal —dice, observándome a través del espejo.

Pasamos un montón de tiempo mirando lo que tiene en el maletín, haciendo, deshaciendo y probando. Pierdo la cuenta. El resto de las cosas son tan mierda como el eyeliner, pero no quiero decírselo. Veo su cara de ilusión y pienso que no es mi papel dar malas noticias. Para eso tendrá una madre, ¿no? Incluso vemos algún que otro tutorial de YouTube, pero nada nos queda como debería. Y yo que pensé que sabía maquillarme…

—Podemos poner ahora un vídeo que te guste a ti —dice Brais, después de ver el séptimo del tal Aurin.

No tengo ni idea de por qué el youtuber parece un dios del Olimpo y nosotros dos mamarrachos.

—¿No tienes youtuber favorito? —pregunta él, extrañado.

—Pues no, la verdad.

Tenía razón el niño: eres una vieja, Aurora.

—¿Y entonces qué haces tú para divertirte?

Me mira con cara de no entender nada. *Leer novelas porno. Díselo, Aurora.*

—Pues… yo…

Díselo, díselo, díselo.

—Me gus… me gustan las pelis de miedo, por ejemplo.

—¿En serio?

¿Cómo interpreto esa cara tan rara que pone? ¿O me la estoy imaginando?

—Sí… hay una en el cine muy buena ahora, de hecho, que seguro que voy a ver.

¿Que vas a qué, Aurora? ¿Al cine?, ¿tú sola?

—¡Qué guay! ¿Puedo ir contigo? Mañana no tengo nada que hacer. ¿Tú?

Genial, maravilloso. *Eres una fenómena, Aurora*. Y si le digo que no, va a volver a ponerse triste, y yo ya no puedo con más culpas. Brais parece emocionado:

—Podemos salir juntos después de comer, e ir dando un paseo hasta el cine y…

—Mira —lo interrumpo, levantando las manos—, yo hasta que

hable con tu madre no voy a hacer ningún plan.

Brais me mira con el gesto torcido:

—¿Con mi madre para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Para preguntarle si le parece bien que su hijo vaya al cine con una adulta desconocida!

Los ojos se le iluminan:

—¡Entonces vamos a ir al cine!

Es más listo que tú, Aurora. Me paso las manos por la cara, con desesperación. Después, me levanto de la alfombra, no sin dificultades. Debo de llevar varias horas en la misma posición, sentada en el suelo. *Los años no pasan en vano, Aurora.*

—Pues venga —solo acierto a decir, mientras intento aguantar los calambres de las piernas sin quejarme.

—¿Ahora?, ¿ya? Pero ¡si a estas horas no hay función!

—¿Función de qué? —e*res tonta, Aurora*—. ¡Ah! ¡Ir al cine ahora, no! Ahora lo que vamos a hacer es ir a hablar con tu madre.

Enfilo hacia la puerta de entrada sin esperar a que Brais se levante del suelo. *¿Y qué le vas a decir, Aurora? ¿Que el niño está solo todo el día y que no deja de molestarte?* Pues, por ejemplo. *O mejor, que lo vas a llevar de cita al cine y allí…*

—¡Aurora, espera!

El niño va detrás de mí. Me alcanza cuando estoy cogiendo ya las llaves de la puerta. Me giro hacia él:

—¿Qué pasa?, ¿tienes miedo?

Eso me dijo a mí la primera vez que nos vimos. Si tenía miedo.

—¿Miedo de qué? —todavía intenta añadir, chulesco.

Miedo deberías tenerlo tú, Aurora. A saber qué piensa la señora sobre la vecina loca que se pasa toda la mañana de un sábado maquillando a su hijo.

No digo nada y me doy media vuelta para abrir la puerta. Esta tontería va a terminar aquí y ahora. Una cosa es ser una vecina amable y otra andar de cuidadora de niños. Si eso me gustase, tendría uno propio. *Seguro que la señora es una pésima madre, Aurora.* No, no, yo no he dicho eso, yo no…

—¡Aurora, espera, que no me escuchas! ¡Que no sirve de nada que vayas ahora, que mamá está trabajando!

Dejo de girar la llave. ¿Trabajando? ¿Qué hora es? No sé dónde he dejado el móvil.

—¿A qué hora llega? —pregunto, dándole la espalda aún al niño.

—Hasta la noche, nada.

¿Hasta la noche? Me giro y lo miro a la cara:

—¿Y entonces tú con quién comes?

Brais se encoge de hombros.

—Me ha dejado un plato de ensalada de pasta en el frigorífico…

¿Vuelve a poner ese gesto triste que tanto odio? No sé, porque en menos de un segundo abre los ojos y me mira ilusionado:

—¡Ya sé! ¡Puedo traerla y comemos juntos!

Ignoro qué cara debo de tener en este momento. Él sigue mirándome:

—¡Porfa, porfa, porfa!

No sé cómo, a los diez minutos vuelvo estar sentada en la alfombra del salón pidiendo una pizza. La mesa de la tele ya está llena de mierda por el maquillaje, puedo asumir ponerle encima una caja llena de grasa y una ensalada de pasta con aceite. Después ya desinfectaré todo.

—Pero lo de hablar con tu madre sigue en pie, Brais —digo mientras busco el número de la pizzería—. Mañana sin falta. No puedes estar en mi casa sin yo haber hablado con ella.

—Mañana trabaja también.

Aparto el móvil y lo miro a los ojos:

—No me estarás mintiendo, ¿no?

—¿Qué? ¡No! ¡Yo nunca miento!

Ya. Ese cuento me suena. Yo también me creía la más sincera y valiente de la comarca.

—Mira —sigue hablando él—, mañana trabaja, pero le dejan salir una hora para comer. Si quieres, puedes venir a nuestra casa y la conoces, y hablas con ella todo lo que tengas que hablar.

—Perfecto.

—Y después vamos al cine.

Eso está por ver, pero me quedo más tranquila al saber que voy a tener una reunión con su madre. ¿Qué clase de persona tiene esos horarios de trabajo? *Esclavitud, Aurora*. Creía que las putas trabajaban de noche. *¡¡¡No digas «puta»!!!* Pero en este contexto sí puedo, ¿no? Le doy al botón de llamada antes de enloquecer de todo y hago el pedido. Cuando confirmo la dirección de entrega y cuelgo, me doy cuenta de que no le he preguntado qué pizza prefería. Mecagoen…

—¿Te gusta la romana?

Ya pregúntale si le gusta también el griego, el franc…

—¿Qué? —responde con el colorete en la mano, levantando la vista para mirarme.

Parece Heidi, lo que es un gran logro teniendo en cuenta que su color de piel… Mierda, ¿eso es racista? *Eres una puta racista, Aurora*. Sacudo la cabeza. Por lo menos no pienso en lo del griego y el fr… ¡mierda! Tengo que decir algo:

—La pizza romana —parpadeo muchas veces—, si te gusta.

—A mí las pizzas me gustan todas.

—¿Las que llevan piña también?

No quiero pensar en Xoán, no quiero pens… *Ya lo has hecho, idiota.*

—¡¿Hay pizzas a las que se les echa piña?! —responde con cara de asco.

No puedo evitar sonreír. Minipunto para él. Mientras esperamos, observo cómo se pone pintalabios. Veo su cara de desilusión al comprobar que, efectivamente, el producto ese también es una mierda, como el resto. Junta los labios para esparcirlo y se le forman unas bolitas asquerosas, como si estuviese perdiendo piel. Siento pena. No quiero sentir pena. Es peor la culpa, pero la pena tampoco me gusta.

—¿Y si vemos otro vídeo de Aurin mientras esperamos? —propongo.

Cojo el mando y busco en la TV inteligente.

—¡Ese, ese! —salta Brais—. ¡Esos me gustan mucho, los quiuanei!

—¿Los qué? —pregunto mientras le doy a reproducir.

—Los quiuanei —debe de verme una cara rara, porque me mira como si fuese tonta—. Preguntas y respuestas en inglés.

—¡Ah!, «Q and A»…

Definitivamente, estás vieja, Aurora.

—Pues lo que yo he dicho —suelta Brais.

Sonrío. El youtuber es simpático, la verdad. Si me gustase ver vídeos de maquillaje, claro, aunque en este no habla mucho de ese tema. En este responde preguntas personales, como por ejemplo cómo fue el proceso de «salir del armario-maletín de maquillaje», como él lo llama, siendo hombre. De cómo se reían de él. Una vez hasta le pegaron. Y de amor. Alguien le pregunta si cree en el amor para toda la vida y él responde que hay estudios que dicen que el amor verdadero solo dura dos años.

Amor verdadero. Amor verdadero. Amor verdadero.

—Menos mal que los tiempos cambian —dice Brais—. Este vídeo ya es viejo, de 2016 o así.

¿Los tiempos cambian? ¿El amor cambia? *¿Cómo se puede estar seguro de que quieres a alguien de verdad?* El amor solo dura dos años. ¿Por eso Xoán y yo…? A lo mejor no era lo indicado. Si fuese el indicado, duraría para toda la vida.

Suena el portero automático. La pizza. Suspiro. Menos mal. Cuando estoy yendo hacia la puerta con el monedero y pienso en que antes de comer tengo que obligar al niño a lavarse las manos, recuerdo: al final no me lavé las mías después de tocarle la barbilla.

Enero 2009

La casa de Xoán es el piso típico de estudiantes. Tres dormitorios, un baño y paredes descascadas, con muebles de *Cuéntame cómo pasó* y ventanas de guillotina por donde se cuela el frío. Lo primero que hace es presentarme a sus compañeros de piso. También están de exámenes, así que rápidamente vuelven a encerrarse en sus habitaciones. Carla, Filología Inglesa. Rubén, Educación Primaria. Dos besos y de vuelta al estudio. Nos quedamos solos en la cocina. Parece nervioso. Yo también. ¿Por qué? Hemos estado solos toda la tarde, ¿a qué viene esto ahora? «En una casa hay camas», no puedo evitar pensar. En la biblioteca, en la cafetería, en el bus, ahí era difícil ponerse a follar. Aquí somos nosotros los que ponemos los límites. Yo, en este caso.

Elegimos las pizzas y mientras intentamos ponernos de acuerdo —¿a qué clase de ser humano le gusta la pizza con piña?—, el momento de tensión pasa y volvemos a ser los de por la tarde. Después de hacer el pedido por teléfono y colgar, Xoán me mira.

—Bueno, pues listo. Ahora a esperar.

Esperar. ¿Esperar haciendo qué? Lo miro yo también. Sonrío. Me froto las manos. ¿Por qué me sudan tanto? Él también me sonríe. Cuando sonríe puede estar hasta medio… ¿guapo?

—¿Por qué decidiste estudiar Sociología? —pregunto, a ver si dejo de pensar tonterías.

—Pues… la verdad es que no lo tenía nada claro cuando terminé la selectividad. A ver, nunca fui de los mejores de la clase, pero siempre aprobé todo sin problemas, así que tenía bastante donde escoger. Hasta que me di cuenta de que el mundo no está hecho para los que dudamos.

Me sorprende lo oportuno de la reflexión. Nunca me había parado a pensarlo. Él se queda serio un segundo después de decirlo, pero ya vuelve a asomar esa sonrisa traviesa que tiene.

—Así que dije: pues nada, algo que me permita dudar todo el tiempo.

Me vuelven las ganas de picarlo.

—¿Eso no sería más bien Filosofía?

—Era mi segunda opción —sonríe aún más—. Quizá lo vi demasiado teórico, no sé. Siempre me ha gustado tomar parte en la sociedad en la que vivo, más que formularme preguntas. ¡Bastantes preguntas tengo ya!

—Tomar parte en la sociedad… ¿Qué eras?, el delegado de clase siempre, ¿no?

Se echa a reír. Yo también.

—De hecho, casi siempre, sí —confirma.

Nos reímos aún más.

—¿Y tú? ¿Por qué decidiste estudiar Derecho?

«Mi Auroriña va a llegar lejos», aparece la voz de mi madre en la cabeza. Se lo decía a todo aquel que quería escucharla. Y a quien no, pues se jodía. Médica, jueza, abogada, ingeniera… Carreras con pedigrí. Ya que iba a ser la primera de la familia en ir a la universidad, pues a hacerlo bien. Y como no me gustan ni la sangre ni la física, al final la elección había sido hasta sencilla. No es una historia muy épica, la verdad.

—Pues… un poco por descarte.

Pienso en Sabe. Toda la vida teniendo claro que quería ser enfermera; María, profe de infantil. Azucena se quedó en el pueblo haciendo un ciclo de Administración para después trabajar en la empresa de la familia, el almacén horrible ese de suministros agrarios de las afueras. No tuvo opción de elegir, pero por lo menos su futuro siempre estuvo claro, nada de dudas.

—¿Vinieron tus amigas también a estudiar aquí? —pregunta él—. Yo al final fue así como decidí: Filosofía no estaba en la misma ciudad a donde iba Rubén, mi mejor amigo.

—No —niego con la cabeza—. Vine yo sola.

—Vaya… ¿Y no fue duro? Empezar de cero…

—Pues…

¿Fue duro? No, no fue duro. En el pueblo… no sé cómo explicarlo, ni tan siquiera a mí misma. A lo mejor la que necesitaba estudiar Filosofía era yo, pero está el pequeño detalle de morirse de hambre. Algunos profesores intentaron convencerme para hacer una ingeniería, que eso tenía mucha salida, pero Física y Química siempre fue la materia que menos me gustaba, a pesar del diez, así que al final nada. Esa era la cuestión: alguien había intentado convencerme, como si tuviesen derecho a opinar sobre mi vida. En mi pueblo yo era lo que los demás esperaban de mí. Sacar buenas notas, tener amigas, vivir las cosas que vive la gente joven: novios, borracheras, selectividad. Lo que toca, hacerlo solo porque toca.

Cuando fui consciente de que Sabe y María no irían a la misma ciudad que yo, en el fondo sentí… ¿alivio? Un nuevo principio, desde cero. Nuevo lugar, nuevas amistades… nuevo todo. Comprobar si era la misma persona, aquí y allí. Ver si yo era así porque era así o porque era buena cumpliendo las expectativas que los demás depositaban en

mí, incluidas mis amigas. No es que quisiese romper con ellas, para nada. De hecho, nos seguimos viendo los findes que vamos, por supuesto. Y las quiero, mucho. A Sabe, a María, y hasta un poco a Azucena. Pero ahora que Sabe y María llevan tres años viviendo juntas, ya no es lo mismo entre nosotras. No sé si le pasa lo mismo a Azucena. Ella, como el resto, también hizo nuevas amistades, «pero nosotras siempre seremos nosotras», dice muchas veces, como si tuviese que aferrarse a un clavo ardiendo. Eso era precisamente lo que no quería yo. Ser siempre «yo», esa «yo» que ha vivido hasta los dieciocho en el mismo lugar. ¿Cómo iba a saber entonces si había otro yo escondido en mí?

—¿Y las ves mucho? A tus amigas, me refiero —pregunta Xoán.

Creo que llevo demasiado tiempo callada.

—Antes nos veíamos más; ya sabes, al principio vas casi todos los findes a casa, pero después de tres años…

Pienso en Azucena. A pesar de su «siempre seremos nosotras», sabe que las cosas han cambiado. Tiene que notarlo. Los findes que nos juntamos allí las cuatro, cada vez más espaciados en el tiempo, está como apagada. Ya no es la de antes. A ella también le debe de fastidiar que ahora Sabe y María se lleven tan bien. Siempre tuvo más conexión con María que con el resto, y entiendo perfectamente cómo se debe de sentir, porque a mí también me pasaba lo mismo con Sabe. ¿Pasaba? Ya no sé ni qué pensar.

—Pero en Derecho has hecho nuevos amigos, ¿no?

Parece preocupado. ¿Preocupado por qué? ¿Tendré cara de tristeza?

—Sí, sí, claro —intento tranquilizarlo—. Uf, si los conocieses… Tamara te iba a caer genial, fijo. Y si le caes bien a Tamara, a Carlos también. Es su sombra, ¿sabes? Literal no, pero casi. Hasta le hace los trabajos cuando ella no puede. ¿Qué persona hace eso?

De hecho, cuando hay que hacer algo por parejas, yo siempre me quedo fuera de la ecuación. A veces no puedo evitar sentirme un poco el apéndice del grupo, ese órgano que está ahí no se sabe muy bien para qué. Con ellos, y también con Sabe, y con María, y con Azu.

—Pero ¿son novios? —pregunta Xoán.

—¡Qué va! Tamara está ahora pilladísima de uno de Políticas, y Carlos lo sabe, pero le da igual. No sé si es su amor platónico o qué… pero créeme que el de Políticas no se preocupa por ella ni la mitad de lo que lo hace Carlos.

—¿Y tú crees que eso es amor? —me pregunta Xoán.

Me mira a los ojos cuando lo dice. ¿Amor? Pero ¿por qué estamos hablando de amor ahora?

—Mira, no sé, yo…

Estoy a punto de decir que yo no sé nada del amor, pero me callo a tiempo. ¿Qué me pasa?

—¿Tú qué? —dice él.

Pero entonces suena el timbre y las pizzas llegan. Consigo relajarme algo con la interrupción. Xoán abre en el portero y luego va a por la cartera. A los dos minutos suena el timbre y ya tenemos la cena. Seguimos hablando, esta vez de cosas intrascendentes, ya me encargo yo, y nos reímos. Con la boca llena, a veces, lo que es una auténtica guarrada, pero por primera vez en mucho tiempo siento que lo único que estoy haciendo es dejarme llevar, sin pensar en otra cosa que en disfrutar de la compañía. No quiero pararme en si hay o no intenciones sexuales. ¿Lo estoy pasando bien? Sí. Pues ya está. Pienso en el Raúl aquel de Arquitectura. A ese sí que no lo elegí por su conversación, desde luego. Lo único bueno que tuvo acostarse con él fue ver la cara de Sara cuando nos marchábamos del pub. Que se joda. Mira que me cae mal, siempre en primera fila con su ropa de marca y su maquillaje impoluto y sus opiniones retrógradas. Pero luego, claro, follar no nos vio follar, y ahí ya el tal Raúl, en fin. Las vaginas no mienten. Menos mal que todavía me quedaba un poco de lubricante en la mesita de noche, porque así es como terminan todas mis relaciones con los hombres que he conocido desde hace tres años. En sexo. Excepto con Carlos. Y Carlos es el único que ha durado, aunque sé que si tuviese que elegir, él elegiría a Tamara mil veces antes. No me importa. Miro las arruguitas alrededor de los ojos de Xoán cuando suelta la última carcajada. ¿Quiero que Xoán también dure? No lo sé. Pero, si dura, quiero que me elija a mí antes que a Tamara.

«El mundo no está hecho para los que dudan.»

No sé quién nos ha robado horas, pero cuando me doy cuenta el reloj que tiene en la pared de la cocina marca las dos de la mañana. Se me cierran los ojos y bostezo sin querer. Me apetece una mierda volver andando a casa, la verdad.

—Puedes quedarte a dormir en el sofá sin problema. Te dejo una manta —dice.

¿En el sofá? En ese caso… Me gusta que no pretenda quedar de príncipe azul ofreciéndome su cama. En ese caso, sí, acepto. No tardo mucho en arrepentirme. Cuando por fin me da la manta y él se marcha para su habitación deseándome buenas noches, me fijo más detenidamente en el mueble. Debe de tener por lo menos cuarenta o cincuenta años. La funda de floripondios ya es solo una masa informe de azules, verdes y rosas. Hay huecos donde la gente apoyó las nalgas durante el tiempo suficiente como para dejar su huella para la

posteridad. ¡Y vaya culos! En fin. Me acuesto y cierro los ojos, e intento dormir algo.

A las cuatro de la mañana, cuando me resulta imposible aguantar más el dolor de espalda, me levanto y voy al baño, a ver si me desentumezco un poco. Cierro con el pestillo, aunque a ver quién narices va a andar por la casa a estas horas. Me bajo los pantalones y me siento en el váter. Son de un chándal que me ha prestado Xoán, que, curiosamente, no me quedan tan grandes. Me limpio, tiro de la cisterna y me lavo las manos. Ya lista para regresar a la tortura del sofá, escucho unos ronquidos. No pienso en hacerlo hasta que lo estoy haciendo. La puerta no está cerrada del todo, la empujo con la mano. Se desliza sin hacer ruido, algo raro para una casa tan vieja, pero lo agradezco. No quiero que me pillen. Tampoco quiero despertarlo. No tiene las persianas bajadas —deben de estar rotas por cómo se inclinan—, así que la luz de las farolas de la calle alumbra su cara. Xoán ronca con un reguero de babas cayéndole por un lado. Está más guapo con gafas, desde luego. Sonrío. Siento unas ganas tremendas de acercarme a él y acariciarle las mejillas. Es solo eso, un impulso, un arrebato que dura una milésima de segundo. *Pero ¿qué te pasa, Aurora?*, pienso. Creo que me he equivocado, definitivamente. Si quisiese algo conmigo, no me ofrecería el sofá para dormir. O por lo menos iría a buscarme en medio de la noche, como pasa a veces en las novelitas esas que me encontré aquel verano en casa de los abuelos. Una atracción irresistible, que trasciende hasta las ganas de dormir. Un momento, ¿estoy molesta? ¿Estoy molesta porque tan siquiera lo haya intentado?

Desde luego, con el Raúl ese de hace unas semanas había sido todo mucho más sencillo, por lo menos hasta que nos quedamos a solas. ¿Por qué no le había hecho caso a mi cuerpo? Las vaginas no mienten. ¿Por qué había querido continuar, entonces? Recuerdo su mano en mi cabeza, cómo la empujaba con insistencia hacia su entrepierna, seguro que él creía que sutilmente. Y yo aceptando, por terminar con aquello cuanto antes. Aceptando hacer algo que en realidad no quería hacer. Me había fijado en él por cómo lo miraba Sara. Si a ella le gustaba, entonces el tipo tenía que ser guapo.

La pregunta era: ¿y a mí? *¿A ti te gustaba, Aurora?*

Permanezco unos segundos más allí en la puerta, sin moverme. Recuerdo a Fran. María también me hizo esa pregunta cuando en aquella discoteca, a los dieciséis, Sabe había llegado con el notición: un tipo de segundo de bachillerato quería liarse conmigo. «Pero ¿a ti te gusta, Aurora?», había dicho María. ¿A mí? El chico no era feo, pero tampoco nada del otro mundo. Sabela daba saltitos de emoción y

Azucena esperaba mi respuesta como si aquello fuese la cosa más importante del mundo. A ellas sí parecía gustarles, o por lo menos lo aprobaban. ¿Y yo? ¿Y a mí?

«El mundo no está hecho para los que dudan.»

Al final, Fran había sido el chico con el que había perdido la virginidad, mi primera vez. Yo le gustaba, le gustaba mucho, se notaba. Y eso me gustaba a mí.

Observo cómo Xoán sigue babeando, con esa nariz tan grande que impide que nunca nadie, objetivamente, pueda decir que es un chico guapo. Deseando no sentir esas ganas terribles de acariciarlo.

Regreso al salón y recojo mis cosas a toda prisa. Me saco sus pantalones y los dejo doblados con cuidado sobre el sofá. Huelen a él. Vuelvo andando sola a casa, a las cuatro y media de la mañana. El frío de la calle contrasta con mis lágrimas calientes, pero nadie me hace nada, a pesar de los miedos de mi madre.

Para eso ya me basto yo solita.

Domingo, 7 de julio 2019

Veo el quiosco a lo lejos, una figura que se mueve dentro. Adrián. No sé por qué sonrío. *¿Te gusta, Aurora?* Qué pesadilla. Debe de ser que ayer no salí y necesito desahogarme. Al final, entre aguantar a Brais con el maquillaje, después limpiarlo todo y prepararme mentalmente para conocer a su madre, preferí quedarme en casa. ¿Cuándo fue la última vez que no salí un sábado?

Saludo a Adrián con la cabeza, apenas a un metro ya, cuando me parece verlo al fondo del parque. ¿Es…? Me pongo nerviosa. A ella no la conozco. Están demasiado lejos, pero sí, creo que es Xoán. Se ríen, los veo reír. Ella debe de ser muy guapa. Él sigue igual: sus gafas, su nariz grande, su sonrisa, esa sonrisa que me gustaba tanto. Que me gusta. No sé cómo reaccionar, no sé qué hacer. Se acercan por detrás del quiosco.

—¿Aurora, estás bien?

Es la voz de Adrián, pero no sé bien qué dice. Ya no veo a la pareja, el quiosco los tapa, pero en unos segundos aparecerán por la izquierda, por donde el expositor rojo. *No me olvides nunca,* con un tío cachas enseñando pectorales, me observa con ironía.

—¿Aurora?

Miro a Adrián un segundo, intentando no perderme la aparición de la pareja.

—Sí, estoy bien, dame un seg…

Veo un pie. A Xoán también le gustaba ir en deportivas. Siento la calidez en el estómago, esa sensación que me avisaba siempre que lo veía de que había llegado a un lugar bonito y agradable, un lugar en el que sentirse cómoda de verdad. Hasta que decidí mandarlo todo a la mierda porque creía que, en vez de eso, tenía que sentir las putas mariposas de los cuentos, amor verdadero, de ese que dura dos años contados. Se paran justo detrás de la pared del quiosco y se ríen. Las carcajadas de ella son ruidosas, tapan las de él. Xoán riendo. El sonido resuena en mi cabeza y lo siento, como si los meses no hubiesen pasado. Esa sensación. Ese saber que con él tenía un lugar en donde apoyar la cabeza y cerrar los ojos sin miedo. Sin necesidad de estar alerta a todas horas, con la RAM al máximo. Eso ya no está, ya no existe. Y no ha sido porque él me lo hubiese quitado, no. He sido yo, toda la culpa es mía, soy consciente. ¿Qué cosas le habré robado yo a Xoán al romper? Recuerdo sus ojos aquel día. El dolor. No había nada

más que dolor en esos ojos. Fue la última vez. Nunca más le hice daño después de aquel día, eso es cierto. Ojalá pudiese recuperar… *¿Recuperar qué, Aurora?* Ojalá Xoán lo haya recuperado. Por favor, por favor, por favor. Eso sí que no me lo perdonaría en la vida. Escucho pasos, se mueven. ¿Lo saludo? *¿Y si él no quiere devolverte el saludo?* Al lado de los tenis, aparecen unas sandalias. Me quedo sin respiración…

No conozco a ese tío que no se parece a Xoán en nada.

—Aurora, ahora sí que me estás preocupando de verdad —dice Adrián.

Lo miro e intento sonreír, pero no me sale.

—Pensé que… nada, déjalo.

—¿Una visión? —sonríe, amable.

—Sí, creí que… que era mi ex, ¿sabes?

Es la primera vez que lo pronuncio. Mi ex. Suena fatal. Xoán es Xoán.

—¿Una mala ruptura?

Me froto la cara.

—Algo así.

—Vaya, pues qué tonto. Yo no dejaría escapar a una mujer como tú.

Está ligando conmigo, no necesito alcohol que me lo confirme. *Y ayer no te arrejuntaste con nadie, Aurora. Es el destino, aprovéchalo*. No, no, no. No tengo el cuerpo para fiestas. Intento sonreír de nuevo, pero solo me sale un gesto raro.

—Lo de siempre.

Por lo menos es educado, no intenta mandarme más indirectas al ver que no respondo a la primera. No vuelvo casi a dirigirle la palabra hasta que me despido y regreso andando a casa. No puedo evitar pensar en Xoán. En Aurora y Xoán. En las Auroras y en Xoán, mejor dicho. La Aurora del principio, la que respondía a todos los clichés del romanticismo. La que se moría por tocarlo, por sentirlo, por verlo, por olerlo. A la que no le importaba lo que pasase a su alrededor mientras él estuviese cerca, ya podía irse el mundo a la mierda. Y luego la otra, la que apareció con los años. La que empezó a hacerse preguntas. ¿Dónde están las mariposas? ¿Por qué no quiero follármelo a cada segundo, como antes? ¿Y por qué ronca? ¿Y por qué no lava los platos? ¿Y por qué no deja todo ordenado? ¿Y por qué ensucia? ¿Y por qué no hace lo que le digo exactamente como se lo digo para que no me estalle la cabeza? Así no podía seguir viviendo, por lo menos yo. Él seguía siendo el de siempre. Y luego, las dudas. ¿Y si la culpa era mía, que había dejado de quererlo y ahora solo le veía defectos?

Llego al portal y un hombre abre desde dentro antes de que saque

mis llaves. No sostiene la puerta para que pase, así que tengo que alargar el brazo cuando me doy cuenta, para evitar que se cierre. Imbécil. Además, apesta a sudor. Qué asco. Siento unas ganas enormes de comprobar si yo también huelo así, pero consigo contenerme. Ha debido de venir de visita, porque su cara no me suena. *¿Como te sonaba la de Brais, Aurora?* Sí, y la de la madre. Miro el móvil. Las doce y siete. Tengo casi dos horas para limpiar la casa —ayer solo le di al salón, los baños claman por desinfectante— y ducharme antes de ir a presentarme y convencerla de que soy una vecina respetable, que si deja venir al niño conmigo a ver una película. Pulso el botón del ascensor con rabia. Una, dos, tres veces. «No va a llegar antes porque hagas eso», suena la voz de Brais en mi cabeza. Pero ¡¿por qué me meto yo en estos líos?! ¿Por qué voy a ir a hablar con una adulta para que me deje ir al cine con su hijo de diez años? *Porque estás fatal de la cabeza, Aurora.* Recuerdo sus ojos tristes, aquel «¿qué pasa, no tienes amigos?» que le dije la primera vez que lo vi. Chiiin. ¿Tendré que invitarlo a la película y a las palomitas? ¿Cuál es el protocolo en estos casos?

Son ya las dos y cuarto del mediodía. Brais dijo que vendría a buscarme hace quince minutos, pero aquí no ha aparecido nadie. Que informalidad. Avanzo por el pasillo, dispuesta a no esperar más. Paso por delante del estudio y veo las cajas, en el suelo. Me detengo sin ser consciente de querer hacerlo. Apoyo la mano en el marco de la puerta. Recuerdo lo que me dijo el niño ayer, cuando las vio:

—¿Y todas esas cajas?

—Libros que todavía no he colocado.

Las miró como si aquello fuese el paraíso. Sé que sonreí, porque yo sentía lo mismo de pequeña cuando iba a una librería.

—Lo primero que hice al llegar aquí fue ir a apuntarme a la biblioteca —dijo—. Ojalá tuviese en casa tantos libros como tú…

—No te creas, al final solo ocupan espacio y polvo.

Sonrío. Sí, ayer dije eso. Libros: espacio y polvo. Todavía no me lo puedo creer. La Aurora de la infancia no me volvería a hablar en la vida.

—¿Por eso hay gente que los tira a la basura? —me dijo el chico, asustado—. ¿Tú también vas a tirar estos?

—¿Qué? ¡Claro que no! Solo tengo que encontrar tiempo para colocarlos.

Tiempo para colocarlos, bonito eufemismo. *Tiempo tienes bastante, que eres funcionaria.* Vaya, ya hablo como la madre de Brais sin conocerla. Eso me recuerda adónde iba yo antes de detenerme delante de las cajas de los libros. Salgo de casa y cruzo el pasillo del edificio.

Toco el timbre del piso de enfrente. Así, sin pensarlo ni nada, porque entonces a lo mejor me arrepiento. Espero unos segundos. No abre nadie. ¿Toco el timbre de nuevo? Toco el timbre de nuevo. Esta vez durante más tiempo. ¿Por dónde andarán? *Vas a fundir el timbre, Aurora.* Escucho pasos dentro. ¡Por fin!

Abre la puerta una mujer joven con la piel del color de la almendra, de la almendra con piel. *¿Es un chiste, Aurora?* Tiene los mismos ojos que Brais, unos ojos hermosísimos. Ella también es guapa. *Pero ¿cómo ha salido el niño tan negro, si ella es…?*

—¿Qué quiere? —pregunta, cortante, sin saludar ni nada.

¿Cómo que qué quiero? Me observa desde el umbral, como si tuviese miedo de que quisiera entrar a la fuerza.

—Soy Aurora… la vecina de enfrente.

—Ya sé quién es, pregunto que qué quiere.

—Pues he quedado con tu… con su —me está tratando de usted, ¿no? Pero ¡si la mujer tendrá mi edad más o menos!— hijo. A las dos.

—¿Con Brais? —pone cara de no entender nada.

—Sí, ayer por la mañana me dijo que…

—¿Ayer por la mañana?

No digo nada. Creo que he metido la pata porque su tono no es amistoso, pero no sé por qué. Aparte de eso, parece una mujer de lo más normal, la verdad. No tiene pinta de… *¿De puta, Aurora?*

—¿Eso fue antes de pintarle la cara o después? —añade entonces, de malos modos.

No sé qué responder. Además, recuerdo que el niño le ha robado dinero. Ignoro si está así por eso o qué narices le pasa, pero no quiero meter a Brais en problemas.

—Mira, será mejor que no vuelvas a acercarte a él, ¿vale?

Dice eso mientras intenta cerrar, pero pongo la palma de la mano en la puerta y se lo impido. ¿Yo? ¿Acercarme a Brais?

—¿Perdona?

—Ya me has oído. Que no te vuelvas a acercar a mi hijo.

¿Ahora nos tuteamos? Perfecto.

—Yo no soy la que me acerco a él, fue Brais quien llamó a la puerta y se metió en mi casa.

—¿Y tú no sabes decirle que no? ¡Es un niño, por el amor de Dios!

—A lo mejor si en su casa le hiciesen caso no tendría que ir a la de los demás.

No tengo ni idea de cómo me he atrevido a decir eso. Soy una puta… *¡¡¡No digas «puta», Aurora!!!* Lo que no tenía que decir era esa burrada, ¡si ni siquiera la pienso! *¿Seguro que no la piensas, Aurora? ¿Entonces cómo ha salido de ti?* Ahora el mal ya está hecho. La mujer

respira profundamente. Tiene pinta de querer partirme la cara. No la culpo. Yo quiero partirme a mí misma la cara. *Eres la vecina del año, Aurora.* En su lugar, se acerca un poco a mí y me mira a los ojos:

—Como vuelvas acercarte a mi hijo, llamo a la policía.

Ahora sí, entra y me cierra la puerta en las narices.

Marzo 2009

La música está muy alta, demasiado, pero me gusta. Grito como una loca cada vez que suena la parte principal, tal y como mandan las convenciones sociales posmedianoche: «¿Qué tengo que hacer pa que vuelvas conmigo? / Vamos a dejar el pasado atrás. / Para mí la vida no tiene sentido, / si te vaaaaaaaaaaaaaaaas». Tamara y Carlos hacen lo mismo, a pesar de que ellos son antirreguetón, pero con dos copas de más todo el mundo ama esta música. La canción acaba de salir al mercado y ya la pinchan en todos los locales, así que mejor que sea así.

Quedamos pocos. Al after solo llega la gente dura. Éramos unos doce o quince al principio, los que nos juntamos de forma habitual para que las noches universitarias sean bulliciosas e intensas, pero también para el contrabando de apuntes, de exámenes de otros años y de dudas que debatir. Aun así, pienso mientras abrazo a Carlos y a Tamara y les grito al oído que «quizá fui yo el que te fallooooooooo» que estos dos son los únicos de aquí a los que realmente considero amigos.

Cuando la canción está a punto de terminar y los decibelios bajan algo, Carlos grita:

—¿Que… ot…?

—¡¿Qué?!

—¡Que… réis otra!

Miro a Tamara, a ver si ella ha entendido algo. La voz de Carlos es suave y cuando grita tiene el mismo tono que ella de diario:

—¡Que si queremos otra!

—¡Ah, vale, vale, sí! —menos mal que tengo a Tamara de traductora—. ¡Termino esto ahora mismo y vamos!

Levanto el vaso y, de un trago, bebo lo poco que me queda. Avanzamos por la discoteca y siento que el mundo se mueve un poco a mi alrededor. ¿Debería parar? Bah, todavía no se mueve demasiado. No he bebido tanto, debe de ser el tercero, o el cuarto tal vez, pero no tomo alcohol desde hace bastante y estoy desentrenada. Entre las semanas de exámenes y después las placas en la garganta, con antibióticos más de medio mes, bien me merezco una alegría. Además, llevo casi el mismo tiempo —más, de hecho— sin acostarme con nadie y la noche está terminando. Voy a tener que ir decidiéndome. Pero ¡es que me lo estoy pasando tan bien con estos! Me sorprende. Les sonrío

mientras la camarera —qué guapa es, ojalá yo fuese tan guapa— nos pone lo que le pedimos. Si alguien escuchase mis pensamientos —imaginarlo hace que suelte una carcajada, ¿quién narices iba a estar interesado en escucharme? Tamara me mira como diciendo: «¿Por qué te ríes?», y se ríe ella también—, pensaría que soy una mala persona. *¿Cómo puedes estar sorprendida de pasarlo bien con tus amigos, Aurora?* Puessss —uy, ¿y esa ese tan larga? Ese, ese, eseeeeeee—, pues —así mejor— porque siempre he concebido la noche como el lugar de apareamiento de los seres humanos. Punto. Bueno, en fin, no literalmente.

A ver, nunca he follado con nadie en público, claro. Me refiero a que yo, para hacer algo con mis amigos, voy al cine, de paseo o a practicar deportes acuáticos a la playa en verano. No tiene sentido venir a un lugar a oscuras donde no puedes casi ni hablar y donde la mayoría de la gente va cocida, tú incluida. Uno no se emborracha para pasárselo bien con sus amigos. Con los amigos tienes que pasártelo bien sobria. Para mí, salir de noche son los preliminares de otra cosa, no de una quedada agradable con amistades.

¿Una discoteca? El lugar de la puja. Tú sí, tú no, tú bien me vales. Como con Fran. Uf, sí que voy mal, sí, para que Fran venga a mi cabeza ahora. Qué puta manía tenemos con que la primera vez tiene que ser con alguien «especial», con el hombre indicado. ¿Indicado para qué? ¿Para que acierte con el agujero? Porque ya me dirás, vaya mal trago se pasa la primera vez. Si alguien dice que su primera vez es bonita, miente fijo. Puede ser divertida, imprevisible, dolorosa, traumática, asquerosa, curiosa, catastrófica. Pero ¿bonita? Bonita no lo es nunca. Y eso que yo tuve suerte con Fran.

Yo le gustaba. Le gustaba mucho. Todavía lo recuerdo, todo nervioso, pobre. Y además por aquella época el porno no era tan accesible, así que no esperaba que yo gimiese como una jugadora de tenis, ni que me corriese al minuto y medio. Eso casi lo esperaba yo más después de leer tantas novelitas de esas de casa de los abuelos, pero no. La primera vez es la primera vez por algo, porque casi nunca se hacen las cosas bien a la primera. Manda narices, ¡si el primer orgasmo que tuve en mi vida no tenía ni puta idea de lo que era! Porque sí, con Fran tuve orgasmos. Con quien no los tengo es con los tíos con los que últimamente me relaciono. No sé por qué, si están más buenos que Fran…

—¡¿Volvemos?! —grita Tamara cuando todos tenemos nuestro cubata en la mano.

Estoy a punto de responderle que sí cuando lo veo. Allá en el fondo, del otro lado de la discoteca. Lleva la ropa algo más acorde con su

talla, pero las gafas y esa nariz grande son inconfundibles.

—¡Id yendo, que yo ya voy ahora!

Avanzo en línea recta, o eso creo, golpeando a todo aquel que se interpone en mi camino. ¡Qué maleducada es la gente cuando baila! No lo pienso, simplemente pongo un pie delante del otro, paso, paso, paso. Siento la rabia subirme por la garganta. Un paso y otro más, mira cómo se ríe, el joputa, allí a lo lejos, seguro que ni se acuerda de mí.

Hace ya más de un mes de aquella funesta noche en su casa, cuando me largué sin despedirme. Recuerdo el arrebato del día siguiente, cuando decidí que era mejor no volver a estudiar en la biblioteca de Sociología. Fue solo un momento de duda, un segundo, porque luego pensé que a ver a qué coño venía aquello. ¿Yo? ¿Dejar de estudiar en el sitio donde mejor me concentraba de toda la ciudad? Ni de broma, vamos. ¿Por qué? ¿Por largarme de casa de Xoán así como me había largado? ¿Como una delincuente huyendo de la cárcel? Pues ya ves tú qué problema. No era la primera vez que terminaba en casa de un tío —eso que me ahorro en lavar sábanas al día siguiente— y me marchaba antes de que él se despertase, adrede, para evitar un intercambio de números de teléfono, y nunca había tenido remordimientos por eso. Y encima ese no era el caso de Xoán. Porque a mí él NO-ME-GUS-TA-BA.

Sí, ahí está, al fondo. Ya solo quedan unos pocos metros.

Quizás era que me sentía culpable. En realidad sabía que le gustaba y me había hecho la tonta para seguir disfrutando de su conversación —no todos los días se encuentra a un chico cuyas neuronas hacen las conexiones correctas—, y eso le había dado esperanzas. Sí, podía ser que… no, no. Pero ¿¡qué me pasa!? ¿Desde cuándo querer hablar con alguien es un pecado? Sin yo haberle mandado ninguna señal de que me pudiese interesar sexualmente, la culpa era de él por entenderlo mal. Sí, culpa de él toda. Con lo bien que estaba yo antes, estudiando allí mientras aquel chico de gafas y nariz grande tan solo era parte de la decoración de la biblioteca. No. Si aquí había un culpable de la situación, ese era Xoán. Porque claro, había una situación. Y una muy incómoda. Pero yo no tenía ninguna culpa, así que al final esa mañana me levanté, algo más tarde de lo habitual por motivos obvios, y fui a la biblioteca como siempre. Y cuando llegué, era él el que no estaba.

Avanzo, paso, paso, codo en el costado de esta estúpida que me empuja, paso. No apareció en la biblioteca, ¡¡¡el muy cabrón!!! Pero ni ese día, ni el siguiente, ni los que vinieron después. Terminó la época de exámenes sin que volviera a verle ni un pelo. Y, claro, eso me

molestó. Me molesta. Por eso tengo una conversación pendiente con él. Aún no se ha dado cuenta de que estoy aquí. Está mirando a ese amigo suyo, diciéndole no sé qué. ¿Cómo no iba a molestarme? O sea, ¿cómo se atreve?

—¡¿Cómo te atreves?!

Creo que no me ha escuchado, con esta música a todo volumen, y eso que estoy a un metro escaso de él. Sin embargo, algo ha debido de sentir, porque levanta la cabeza y me ve allí, con el cubata en la mano y supongo que con cara de enfadada.

—Hola, Aurora —creo leer en sus labios, más que escuchar.

Me acerco a él. Sus amigos deben intuir que tenemos cuentas pendientes, porque se alejan algo y nos dejan solos. Acerco mis labios a su oreja y le grito con chulería:

—¿Qué pasa, me tienes miedo?

Aparto la cabeza y lo miro, mientras bebo del vaso. Tiene demasiados hielos, un escalofrío me recorre las encías. Él solo me mira fijamente a los ojos. No quiero darle otro sorbo, pero empiezo a sentirme incómoda y no sé qué hacer. ¿Por qué no deja de mirarme? Y entonces asiente con la cabeza. Arriba, abajo. Dos veces. Al principio no lo pillo. «¿Me tienes miedo?» Y va y asiente. Debo de poner cara de alucinada. ¿Qué clase de respuesta es esa? Esperaba un «¿perdona?», haciéndose el ofendido, o una negación, pero ¿esto? Ahora es Xoán quien se acerca a mí y casi roza mi oreja con sus labios. Sí que debe de estar bien frío el puto cubata, que los escalofríos vuelven.

—¡Tengo miedo de pegarme una hostia contigo! —grita para hacerse entender por encima de la música.

—¡¿Qué?!

Lo he escuchado perfectamente, no sé por qué respondo así. Él solo me mira, de nuevo, y entonces un imbécil choca contra mi espalda y me tira su cubata por encima.

—¡Aaaah! ¡¡¡Cabrón de mierda!!!

No lo pienso. Simplemente, siento el líquido frío encima de mí, me giro y le doy un empujón. Pongo todo mi esfuerzo en el asunto, porque el tipo mide por lo menos tres metros, pero ya estoy hasta las narices. De todo. Lo pillo en mala posición, porque el tipo tropieza y se cae. Debe de provocar un terremoto o algo, pero rápidamente se levanta y se acerca a mí, con los ojos inyectados en sangre. Eso no son ojos de borracho, por lo menos no de borracho solo. Levanta la mano y está a punto de pegarme un tortazo, pero Xoán se pone en plan caballero-al-rescate-de-la-princesa y se coloca en mi lugar, por lo que la hostia le tira las gafas al suelo. La gente grita a nuestro alrededor —¿esos están gritando «¡pelea, pelea, pelea!» con una

sonrisa?—. No tengo ni idea de qué hacer. Hasta que miro a Xoán y veo que sangra por la nariz. Pero ¡qué…! El mastodonte vuelve a acercarse con la mano en lo alto y las dudas y los miedos se marchan. Le tiro mi cubata a la cara. Ojo por ojo, imbécil. Luego, mientras se limpia, levanto la pierna y le lanzo una patada a los huevos. Le doy, porque pone cara de dolor y se los agarra al momento, pero los ataques a lo Kill Bill no se me dan nada bien y termino cayendo al suelo de culo. No sé a quién le dolerá más, si a él o a mí.

Xoán me ayuda a levantarme y dejo que me guíe por la discoteca. Me lleva afuera, porque allí dentro está montándose una de mucho cuidado. Paso al lado de Tamara y Carlos, mientras ella me grita que muy bien esa patada y él creo que me pregunta que cómo estoy. Les digo que no se preocupen y voy con Xoán hasta la salida. No me siguen, supongo que porque piensan que soy yo la que va a ayudar al pobre chico que sangra por la nariz, pero eso es porque no saben lo que duele un jodido golpe en el culo. Por un momento, me imagino con una escayola ahí, a lo Bart Simpson. Cuando salimos de la discoteca, me estoy riendo mientras intento no llorar de dolor.

—Estás loca —me dice Xoán, riendo también, cuando llegamos a las escaleras del paseo marítimo.

Se sienta allí. Yo, por motivos obvios, no puedo. Hace gracia eso de «estás loca».

—¿Yo? ¿Loca? ¡Lo dice un tío que pide pósits en las bibliotecas y luego suelta que me tiene miedo!

Creí que estaba siendo graciosa, pero a Xoán la risa se le corta de inmediato y me mira, serio. Todo lo serio que puede parecer alguien que tiene un hilo de sangre cayendo de la nariz y las gafas torcidas. Por lo menos parece que no están rotas, solo algo desniveladas.

—No eres de pillar las cosas al vuelo, ¿eh? —responde él de malas formas.

Noto su rabia. ¡Encima!

—A lo mejor es que no me da la puta gana de pillarlas, ¿sabes? —le contesto yo, orgullosa.

—Pues perfecto —se levanta y empieza a andar.

Lo dice con tono de burla. ¡¡¡Jesús!!! ¡¡¡Cómo me irrita este chico!!! Tenso los dedos de las manos como si fuese a arañar a alguien. Seguimos así, gritándonos mutuamente un largo trecho, demasiado, hasta que me doy cuenta de que estamos en su portal. Como aquella vez hace mes y medio.

—Supongo que no querrás subir, ¿no?

Lo pregunta con una mezcla de ironía, chulería y rabia. Pero ¿este de qué va?

—Pues mira, sí —respondo, aunque no tengo ni idea de si es verdad.

Eso lo descoloca, que es lo que pretendía. Que se joda.

—Pues no. No subes.

—Pero ¡si acabas de invitarme!

—Entonces retiro la invitación.

—¡Y luego la loca soy yo!

Pongo los ojos en blanco. Este tipo es tonto. Miro su nariz. No sé si ha dejado de sangrar, pero se nota que se ha estado limpiando con la lengua. Vaya asquerosidad. Rebusco en el bolso y encuentro un paquete de pañuelos de papel, que le ofrezco.

—Toma, límpiate, anda.

—Vaya, ahora resulta que te importa cómo estoy.

—Pero ¡¿eres tonto?! ¿Crees que si no me importases iba a pegarle a ese imbécil?

Coge el paquete y sonríe al escucharme, con esa sonrisa que me gusta tanto.

Yo termino sonriendo también. Será el alcohol, claro.

—¿Qué tal tu culo? —pregunta mientras se pasa el pañuelo de papel por la nariz y la cara.

—Mal.

—Lo de subir era verdad. Si quieres, puedes.

—Sí, para que luego en el ascensor retires la invitación y me obligues a bajar por las escaleras con este dolor.

—Te prometo que no —dice.

—¿Seguro?

—Fijo.

Y vuelve a sonreírme con ese gesto que lo hace hasta guapo. No sé. No sé qué hacer. ¿Quiero subir? ¿No quiero? ¿Qué narices quiero? *A ver, Aurora, céntrate. Dicen que los niños y los borrachos no mienten. ¿Qué quieres?*

Quiero… quiero seguir hablando con él. Quiero seguir metiéndome con él, y que él se meta conmigo, y hacerlo sonreír, y reírnos los dos. Y, sobre todo, quiero seguir sintiéndome así. Con este dolor en el culo no, claro. Así, bien, contenta. Y luego rabiar, pero que se me pase, y volver a estar contenta.

—Pues venga, subo entonces, pero con una condición.

Siento un hormigueo en el estómago. ¿Voy a decirlo? *Vas a decirlo*. Sonrío. Porque me apetece sonreír, y porque me apetece decirlo. Por una vez, creo que tengo algo claro.

—¿Cuál? —pregunta él, extrañado.

Lo miro a los ojos:

—Esta noche nada de dormir en tu sofá, que no tengo el culo para fiestas.

Cierra la puerta detrás de él y ya está. Ahí estamos, los dos en su habitación. Trago saliva. ¿Y ahora qué? Es una tontería de pregunta, claro, porque ahora ya sé lo que viene. Y esta vez he sido yo la que se ha metido aquí, de forma consciente. Él me mira, sin decir nada. ¿Por qué no dice nada? Sonríe un poco. Yo me muerdo un labio. Me gusta mucho cómo sonríe. ¿Cuántas veces he pensado eso ya? Me acerco a él y le agarro la cara entre las manos. Quiero mirarlo a los ojos, pero me da vergüenza, no sé por qué. Acerco mi boca a la suya y cuando se juntan no sé si he dado yo el último paso o ha sido cosa de él. Tiene los labios suaves y blandos, podría quedarme en estos labios mucho tiempo, tan cómoda. Quizá las gafas molestan un poco, pero son tolerables. No mete la lengua, ¿por qué no mete la lengua? Me separo. ¿Pensará que soy mala besando? Lo miro, extrañada. Respira rápido. Yo respiro más rápido todavía. Quiero tocar su lengua con la mía, así que vuelvo a besarlo y esta vez soy yo la que hace la incursión en tierra ajena, entre sus dientes. ¿Y si me muerde porque en realidad no quiere besarme? Me parece una posibilidad real.

Pero no. Nuestras lenguas se tocan y se acarician, y entonces le meto la mano por debajo de la camiseta, una camiseta algo floja pero no demasiado, que me permite explorar cada trozo de su piel. Está delgado, nada de músculos, como los últimos tíos con los que he estado. Sin la referencia de los abdominales marcados, llego al pecho mucho antes de lo esperado. La camiseta molesta. Separamos nuestros labios para poder sacársela por la cabeza. Casi le arranco las gafas y me asusto, por si le he hecho daño, pero luego me río al ver que él parece divertido. Las deja en la mesita y vuelve a su trabajo de exploración por mi vientre, por debajo del sujetador, y también quiere que me saque la camisa, una camisa blanca que nunca me había fijado que tenía tantos botones. Demasiados. Por fin, me quedo en sujetador delante de él. Normalmente, dejo que me lo saquen ellos, pues me sirve de indicativo para saber lo experimentados que están. A veces los putos sujetadores parecen obras complejas de ingeniería. Pero hoy no, hoy no me apetece. Me llevo las manos a la espalda, me lo desabrocho y lo tiro al suelo. Y aquí estoy, desnuda de cintura para arriba delante de un chico que no-me-gusta-para-nada pero que me acaba de dejar sin aliento con dos caricias y tres besos.

Me mira con los ojos muy abiertos y se pasa la lengua por los labios. Luego, traga saliva:

—Estás buenísima.

No necesito más. Tampoco creo que Xoán espere que le diga que él

también lo está, porque no, no lo está, pero no es necesario que lo esté. Me acerco y creo que nuestros cuerpos chocan demasiado fuerte, pero nos da igual. Somos todo lengua, y brazos, y ropa que vuela, y caemos sobre la cama y rompemos a reír, medio en pelotas, porque para eso estamos, para pasarlo bien. Creo que nunca me he reído tanto follando. Porque eso es lo que vamos a hacer, follar, y me apetece mucho. Cuando por fin estamos desnudos del todo, me pongo encima de él y le beso el cuello, y bajo por el pecho, y por el estómago —tiene unos pelos suaves en el ombligo que me hacen cosquillas en la nariz y rompo a reír de nuevo— y me detengo en su bajo vientre. Dudo un segundo. No noto su mano en mi cabeza en ningún momento, solo escucho su respiración acelerada. ¿Me apetece hacerlo? Me apetece. Y lo disfruto. A los pocos segundos me pide que pare, que si no ahí termina todo. Y volvemos a reírnos mientras levanto la cabeza y me limpio la boca. Dice que ahora le toca a él, y me obliga a tumbarme. Empieza por mis pechos, que nunca han tenido una especial sensibilidad, pero que se endurecen al sentir su lengua. Sigue bajando, y al poco tiempo soy yo la que le dice que pare. Él levanta la cabeza de entre mis piernas:

—¿Seguro?

No, claro que no. Así que sigue, y cuando mis piernas dejan de temblar coge un condón de su mesita de noche, se lo pone y entra, y yo ya no sé dónde tengo las manos, los pies ni la cabeza, y eso que a mí el mete-saca nunca me ha hecho sentir demasiado. No es que ahora note ahí abajo fuegos artificiales, pero hay algo más que el simple movimiento. Algo que no creo que sea físico, ni que dependa de lo grande o pequeña que la tenga. A los pocos segundos, me doy cuenta de que se coloca en una posición extraña y que intenta algo, pero no lo consigue. Tras varias tentativas, me mira y dice:

—¿Puedes acariciarte tú? Así en esta postura no te llego.

¿Acariciarme dónde? ¡Ah…! Tardo unos segundos en caer. Debe de verme una cara extraña, porque para de moverse.

—¿Pasa algo? —pregunta. Parece preocupado.

—Es que… yo… —trago saliva. No sé por qué, me apetece ser sincera con él, aun a riesgo de quedar de tonta. Pienso en aquella tarde de verano, en casa de los abuelos. ¿Por qué nunca lo intenté de nuevo? ¿Por qué no lo hablé con nadie? ¿Para qué están las amigas si no es para comentar estas experiencias?—. Es que no sé hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Eso —lo miro a los ojos. Tiene su cara justo encima de la mía—. Acariciarme.

Él se separa un poco, sin salir del todo, pero siento que entra el frío

entre nuestros vientres. Me mira, sin entender:

—Entonces, ¿cómo puedes saber lo que te gusta?

ELEMENTO TERCERO:

Malestar

Reacción emocional ante la obsesión. La más común es la ansiedad, pero también es común sentir culpabilidad, fruto de la evaluación de las obsesiones.

¿Cómo has podido pensar en el elefante rosa? ¡Eso es que quieres que algo malo pase!

Viernes, 12 julio 2019

Cruzo la calle con el semáforo en rojo, pero esta es una ciudad sin ley. Miro el móvil. No voy mal de tiempo. He quedado para comer con Tamara y Carlos en diez minutos. No recuerdo cuándo fue la última vez que salí a mi hora del trabajo. Normalmente, me tomo el menú del día en el bar de abajo y luego regreso a la oficina. No es que me guste hacer horas extra por amor al arte, pero es una forma muy sencilla de estar concentrada. En el área económica del ayuntamiento siempre hay tareas a las que poder dedicar tu tiempo si no quieres volver a casa como yo.

¿A casa a hacer qué? ¿A darle vueltas a la cabeza? Además, por la tarde estoy sola en la oficina. En invierno, si hay mucha carga de trabajo, a veces se queda alguien más, pero nunca en verano. Eso implica tres cosas importantes.

La primera, que no me escupen al hablar ni tampoco me tocan, a mí o a mis cosas. Segunda: no tengo que dar conversación a la gente. Hablar es muy difícil cuando hay tantos aspectos de tu vida que no quieres que se sepan. Las series, el tiempo y los hijos que no se tienen no dan para mucho. Y tercera: no hay necesidad de explicarle a nadie por qué me quedo tantas horas de más allí. Ya lo que me faltaba: que los compañeros me vean como la enemiga extraproductiva que les hace quedar mal porque, en comparación, no trabajan una mierda. «Los funcionarios curráis poco…» Sonreiría al pensar en Brais si no fuese porque llevo una semana sin verlo. Una put… —¡*no digas «puta»!* — semana entera. Que no me importa, qué me va a importar, si solo es un niño, no es por él, para nada, pero la actitud de su madre no fue de recibo. ¿Quién se cree que es? ¡Encima, vamos! Qué mal le he hecho yo al niño, a ver. ¡Si está solo todo el día! Debería agradecerme que le haya hecho caso. Pero mira, mejor. Que así no tengo que aguantar sus preguntas estúpidas ni su acoso. Perfecto. ¡Anda que no tengo yo problemas ya! Quita, quita. Uno menos.

¿Entonces por qué sigues sin querer decir «puta»?

El cartel verde y blanco del local, moderno, aparece delante de mis narices. Acaban de abrirlo. Eco-vegan-friendly. No me sorprende, ha reservado Tamara. Entro, intentando no seguir dándole vueltas a las cosas. Soy la primera en llegar, me dice el camarero cuando pregunto por nuestra mesa. Me acompaña hasta ella y me deja una carta, para que le vaya echando un ojo mientras me trae el agua que he pedido.

Hostiaputa, vaya precios. Mucho friendly y mucha mierda, pero resulta que para ser amiga del planeta es imprescindible tener una nómina abultada. ¿Desde cuándo Tamara es rica?

—¡¡¡Aurora!!!

Me doy la vuelta y ahí viene, corriendo y gritando por el local, sin que le importe que la gente la mire. A mí sí me importa, pero no puedo impedir que me coja entre sus brazos y me dé un abrazo de esos que dejan marca. Sonrío. En el fondo, estoy contenta de verla. Eso siempre y cuando ninguna gotita da su efusiva baba me salpique, claro. Por lo menos pasa de los dos besos de rigor, con el abrazo le llega:

—Estás igual que siempre —dice, mientras se sienta a mi lado.

Ella no, claro. Tamara nunca ha estado más de medio año con el mismo look.

—Pues a ti te queda muy bien el pelo así.

Toca su corte, justo por debajo de las orejas, con las puntas de color cobre.

—Es que no aguanto allí con el calor. Era una necesidad vital quitarme la melena, aunque echo de menos el violeta.

—¡Mujer, pues haberte puesto las puntas de ese color!

—Es que he usado un tinte natural de allí, del Amazonas. O te gusta así o nada. Pero, bah, no te preocupes, el pelo está para experimentar, ya lo sabes.

Me sonríe. No puedo evitar pensar en mi media melena castaña, a la que nunca le hago nada más que cortar las puntas o poner algún reflejo. Soy la excepción que confirma la regla que dice que después de una ruptura la gente enloquece con eso de cambiarlo todo. *Tú no tienes necesidad de esas tonterías, Aurora, que loca ya vienes de serie.*

—¿Dónde has dejado a Carlos? —pregunto.

—Está aparcando, ya sabes que odio el tráfico de las ciudades. Y también está haciendo tiempo.

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué? —no entiendo nada.

—Para que hablemos.

Un escalofrío me recorre la espalda. Normalmente un «tenemos que hablar» no augura nada bueno. Y no me refiero a asuntos de enamorados, no. Tener que hablar implica, siempre, sentimientos, emociones, y yo no tengo ni pu… ¡puñetera!, puñetera idea de cómo me siento nunca. Ella solo me mira de forma enigmática. Tamara siempre tiene novedades que contar, su vida es una aventura continua. *No como tu vida de mierda, Aurora.*

—¿De qué? —pregunto, con miedo.

Quizá te va a decir lo mala amiga que has sido durante todos estos

años, Aurora. Me reprochará que no la llame nunca, que no le escriba un mísero mensaje, me dirá que ha quedado conmigo por cumplir y por los años de universidad, pero que en realidad ya no somos amigas. Las amigas no sienten asco de las babas de la otra.

—Estamos juntos.

¿Qué? No se referirá a… El camarero aparece justo en ese momento para preguntarle a Tamara qué quiere tomar. Pide una botella de vino tras asegurarse de que yo también beberé.

—¡¿Qué?! —le digo cuando el camarero se marcha.

—Lo que oyes, que estamos juntos.

—¿Juntos quiénes? ¡¿Tú y Carlos?!

¿Quién si no, Aurora, estúpida? Ella asiente. Tengo que asimilarlo. Con lo que me costó habituarme al principio a una relación tan diferente como la de Tamara y Carlos, ¡ahora va y cambia por completo! Al final había terminado por verlos como una especie de Zipi y Zape, o de Mortadelo y Filemón. Pack indivisible, sin opción a coger solo uno. ¿Y ahora qué? ¿Sucumbiendo al manido cuento de la mujer y del hombre que no pueden ser solo amigos?

—¿Después de tantos años? —solo acierto a preguntar.

Pienso en Zipi y Zape follando. ¡¡NO, NO, NO!!

—Sí —Tamara sonríe.

—¿Por qué ahora? —no entiendo nada.

—¿Y por qué no?

El camarero llega a la mesa con la botella de vino. Nos sirve a las dos en cada una de nuestras copas. Tarda siglos. Cuando por fin se marcha, Tamara habla de nuevo:

—Pensé que no iba a sorprenderte tanto, la verdad.

—¡¿Cómo no?! Lleva toda la vida detrás de ti y nunca creí que lo vieses como algo más que un amigo.

—¿Y qué es una pareja si no un amigo con el que tienes sexo?

Yo no lo veo así, pero me callo. No estoy para conversaciones filosóficas. *Tú no tienes ni idea de cómo lo ves, Aurora.* No lo entiendo, de verdad que no. *Por eso le diste tantas vueltas cuando estabas con Xoán.* ¿Y de qué ha servido? Tanto pensar para qué, ¿para que ahora resulte que el amor también es esto? No una pasión arrebatadora, sino… ¿qué? La situación parece irreal. Hay cosas en la vida que son así porque sí y punto. El sol sale por el este, el año termina el 31 de diciembre y Carlos y Tamara son solo amigos.

—¿Y por qué decidiste darle una oportunidad? —le digo.

Lanzo la pregunta sin más, sin tener en cuenta si podré estar extralimitándome. ¿Hasta qué punto mis amigas tienen derecho a preguntar por según qué cosas? No sé dónde están los límites. Me

siento un poco Brais en este momento. ¿Dónde estará Brais?

—Pues exactamente por eso, por cansino.

No doy crédito. Nadie escribiría un *Amor verdadero en la ONG* con ese argumento. Tampoco con mi historia con Xoán. Lo de ser un pesado me suena. Tamara me mira y sonríe, como si tuviese que explicarme algo que está clarísimo:

—Me ha seguido por medio mundo y siempre ha estado ahí, cuando lo he necesitado y cuando no. Me ha cuidado en las duras, sabiendo que yo siempre pondría gente por delante de él a quien cuidar. Y por duras me refiero a pasarlas putas en lugares a los que tu cuerpo no está habituado. Ya me entiendes: situaciones que son de todo menos atractivas sexualmente hablando —recuerdo su manía de comer cosas en mal estado para no «desperdiciar recursos»—. Y un día pensé: «Vaya, Tamara, tú que siempre alardeas de estar abierta al amor y no cerrar puertas a nada, de vivir libremente, siempre dispuesta a nuevos horizontes y mira, precisamente al que no le has dado nunca una oportunidad es a este que lleva media vida contigo». Y creí que era injusto por mi parte. Si funcionaba, funcionaba, y si no, pues no. Y de momento va muy bien.

—¿Y no tuviste miedo de perderlo como amigo?

—¿Miedo de perderlo? Lleva detrás de mí casi diez años, viendo cómo me acuesto con otros, pasando de él. Si no se ha largado antes… —encoge los hombros y sonríe—. Además, si no funcionaba, pues volvíamos de nuevo a ese punto y listo. Que la verdad, siendo egoísta, para mí nuestra relación así como estaba, estaba bien. Y para él también, vaya, que sabía de sobra cómo era yo. Una apuesta segura. Porque, ¿sabes?, creo que fue eso lo que hizo que me enamorase de él finalmente. Es la persona que mejor me ha querido nunca. No sé si más, pero sí mejor. Sin pedir ni exigir nunca nada. Yo soy mucho más egoísta.

Enamorarse. Eso son palabras mayores. Tamara, enamorada de Carlos. Recuerdo la pregunta de Brais: «¿Cómo se puede estar seguro de que quieres a alguien de verdad?». No se puede, es imposible.

—Bien, pues ya está, ya puedo avisar a Carlos de que venga. Buf, tenía unas ganas terribles de contártelo.

Coge el móvil y se pone a escribir en él.

—¿Desde cuándo? —pregunto.

—¿Qué? —levanta la vista del aparato—. Ah, desde hace ya unos meses, pero no quería decírtelo por WhatsApp, no sé. Me apetecía ver tu reacción. Todavía me acuerdo cuando tú nos contaste lo tuyo con Xoán.

Se ríe con ganas, como solo Tamara sabe hacer.

—¿Qué pasó cuando os conté lo mío con Xoán? —no tengo ni idea de a qué se refiere.

—Mujer… yo puse una cara que… ¿No te acuerdas?

—¿Qué le pasaba a tu cara?

—Pues supongo que más o menos lo que le ha pasado a la tuya ahora cuando te he contado lo de Carlos.

—Yo no he puesto ninguna cara.

—Porque no te has visto en el espejo…

Se ríe de nuevo. Comienzo a ponerme nerviosa. ¿Qué pasó cuando les conté lo de Xoán? No lo entiendo. *No lo entiendo, no lo entiendo, no lo entiendo.*

—Pero lo de Xoán…

—Mujer, simplemente que con tu historial nadie esperaba que fueras a comprometerte, ¡sobre todo con un tipo como él! —las manos me empiezan a sudar. *Tu historial, Aurora. Un tipo como él.* Debo de poner mala cara, ahora sí, porque rápidamente añade—: Ey, no me malinterpretes, ¿eh? Xoán fue un cambio genial. Amable, simpático, inteligente… Se notaba que estaba colado por ti. Y tú por él, vaya, que parecías como en una nube siempre. Supongo que como yo ahora, qué quieres que te diga. Además, experiencia llevándonos una recua de imbéciles a la cama tenemos las dos, por desgracia.

—¿Imbéciles?

Imbécil pareces tú, Aurora.

—Todos guapísimos y aparentes, pero imbéciles de campeonato. ¿Cómo se llamaba aquel de Arquitectura, te acuerdas? Ese, el peor de todos. Qué mal me caía.

El de la mamada. Trago saliva. El estómago protesta. Esta vez no es ansiedad. Tampoco culpa. *Asco, Aurora.*

—Sí… Supongo que para premios Nobel no iban —admito.

¿Y por qué te acostaste con ellos, Aurora?

—Que, mira, en el fondo, genial —sigue Tamara—, porque después a la semana siguiente estabas con otro y cero dramas, que mandar a la mierda a uno que vale la pena y es buena persona siempre es mucho más difícil que a un idiota. Pero después llegó Xoán, que no tenía nada que ver. Fue el primero que trajiste a casa que no era mononeurona y que me cayó bien. Que, por cierto, ¿cómo lo lleva?

—¿Cómo lleva qué?

—Lo de su abuela.

¡Hostia! Le dije que Xoán no vendría a comer porque estaría en casa de sus padres toda la semana después de la muerte de su abuela. Fue la única excusa creíble que se me ocurrió para explicar por qué no estaba en la ciudad en plena época de exámenes.

—Ah, sí, pues en fin, ya sabes cómo son estas cosas…

Tamara levanta una ceja. Siempre ha tenido un sexto sentido para apreciar el estado de ánimo de los demás, supongo que por eso se le da tan bien tratar con la gente. Le doy un sorbo grande a mi vino, quizá demasiado. Quiero cambiar de tema. No se me ocurre ninguno. Tamara sigue mirándome. ¿Con lástima? No entiendo por qué hace eso. Respiro cada vez más rápido. Tengo que pensar un tema, un tema, un tema.

—Mucho tarda Carlos, ¿no?

Fascinante, Aurora.

—Sí… —Tamara sigue mirándome con esos ojos de salvadora de almas perdidas, pero me sigue el juego—. Seguro que ha tenido problemas para encontrar aparcamiento.

—¿Tú sigues sin conducir?

—Solo en casa de mis padres, en sitios pequeños. En las ciudades me niego.

—¿Y cómo haces para moverte por Río de Janeiro, entonces?

La conversación más interesante del mundo, Aurora. Tamara vuelve a levantar la ceja, pero responde a lo que le pregunto:

—Normalmente con alguien de la ONG que esté acostumbrado a conducir por allí, si tenemos que acercarnos a alguna favela. Taxi, si son desplazamientos cortos por la ciudad. Yo, la verdad, iría andando, pero últimamente Carlos está insoportable con eso de la seguridad.

—¿Cómo que insoportable?

Carlos aparece por detrás de ella con una sonrisa. Está tal y como lo recuerdo de la última vez: bajito —aunque es de mi estatura, uno setenta—, delgado y con una sonrisa permanente en la cara. Siempre que está con Tamara sonríe. Ella se da la vuelta y le devuelve el gesto, mientras le dice con ironía:

—Un exagerado.

—¿Que trabajes en uno de los barrios más peligrosos del mundo no tendrá algo que ver?

Dice eso mientras baja la cabeza y la besa. Desvío la mirada, incómoda. *Zipi y Zape dándose por el culo, imagínalo, imagínalo, IMAGÍNALO.* Pestañeo varias veces. La imagen no se va. Después de meterle la lengua a Tamara hasta la garganta, Carlos me mira:

—¡Hola, Aurora, cuánto tiempo!

Sonrío con educación. Me levanto para darnos los dos besos de rigor, porque ya le veo las intenciones cuando se me acerca. Ojalá sean del tipo choque-de-pómulos para no tener que ir al baño a lavarme las babas. Muac, muac. Tengo suerte.

—Mira, en el ranking de ciudades más peligrosas del mundo

elaborado por el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal de México —Tamara no es de las que dejan pasar las cosas, así que contraataca con toda la munición—, San Luis, Misuri, está en el número quince.

—Yo he hablado de barrios, no de ciudades.

Pero Tamara sigue como si no la hubiese interrumpido:

—Y en el número veintiuno, qué crees, ¿que aparece Río? ¡Oh!, pues no, ¡sorpresa! Baltimore, Maryland: Río de Janeiro ni aparece en el ranking. ¿Has oído hablar alguna vez de lo peligrosas que son las calles en los Estados Unidos?

Por lo bien que se ha aprendido Tamara los datos, creo que no es la primera vez que tienen esta discusión, pero ni así dejan de mirarse embobados. Me sorprende que Carlos le lleve la contraria. Carlos nunca le llevaba la contraria cuando vivíamos juntos.

—Sí, claro —responde él todo tranquilo.

—¡Bah! Tú porque estás obsesionado con el tema, que no sé por qué narices no eres abogado penalista. La gente de a pie ya te digo yo que no tiene ni idea de lo que pasa, siempre idealizando América del Norte. Aurora, tú —no sé si quiero ser incluida en esta conversación. Me revuelvo, incómoda, pero es mejor eso que hablar de Xoán—, si te diesen a elegir, ¿preferirías volver andando de noche sola en Río o en Baltimore?

—Pues…

—No sirve de nada que le preguntes a ella, que siempre se pone de tu lado.

—… la verdad es que Trump no me da mucha confianza, pero…

—¿Ves?

—¿Saben ya lo que van a tomar?

El camarero nos interrumpe, menos mal. Le decimos que necesitamos unos minutitos más para elegir. Por lo menos nos centramos en nuestras cartas y no tengo que observar esas miradas de amor que se dedican. Al final, sin saber muy bien cómo, termino con un plato de berenjenas con tofu fermentado delante de las narices. ¿Qué coño es el tofu fermentado? Alguna pista de cómo iba a ser la comida en este restaurante al escuchar al camarero tratarnos de usted debí de tener, la verdad.

—Ya te vale con el sitio este, Tamara —le digo.

Hablar de comida es inocuo.

—¿Yo? ¡Si lo eligió Carlos!

—Me lo recomendaron unos compañeros del banco que son de aquí.

—¿Del banco?

—Sí, ahora trabajo en el equipo jurídico de un banco. ¿No te lo ha dicho Tamara?

Ella me mira y levanta los hombros. En esa relación está todo mal. Una parte luchando contra las injusticias y la otra trabajando en un banco. Y ese comienzo… todo mal. *Habla la que más sabe de relaciones.* ¿Quiénes son estos dos desconocidos sentados frente a mí?

—Ya ves, Carlos creyó que este sitio debía de valer la pena si su fama llegaba al otro lado del océano. Pero tienes razón, Aurora: yo con esto no como —Tamara levanta con el tenedor su ÚNICA croqueta de alga lechuga de mar y crema de rábano picante casera—. Mira una cosa: ¿no ponía «croquetas», en plural, en la carta?

Carlos y yo nos reímos al ver la cara que pone.

—Y eso del banco, ¿qué? —le pregunto.

Antes de responder, mira a Tamara.

—Ya se lo he contado —dice ella.

—Bien —se gira y me mira a mí—, pues entenderás entonces que no quisiese trabajar en el mismo sitio que mi novia —mira a Tamara de nuevo—. «Mi novia». ¿A que suena bien?

Ella le sonríe. Yo cojo la copa y le doy al vino.

—Ya le dije que era mejor que eligieses tú, Aurora, pero insistió. Nosotros ya estamos muy desconectados de esta ciudad —gira la cabeza y me mira—. ¿Sigue abierto aquel after con los cubatas a tres euros en donde habías liado todo aquello con Xoán?

Y se echa a reír al recordarlo. Siempre Xoán, puto Xoán. Un momento, ¿«puto» puedo decirlo? Las carcajadas de Tamara son estruendosas, como toda ella. Las mesas de al lado nos miran mal, pero le da igual.

—¿Le pasa algo, señora? —le dice Carlos de malos modos a una mujer que tenemos muy cerca y que nos observa como si tuviese un trozo de mierda debajo de la nariz.

Avergonzada, vuelve la vista a su plato y continúa hablando mal de nosotros con su amiga, supongo, esta vez algo más disimuladamente. Me sorprende esa reacción en Carlos. Hace años, cuando lo conocimos, era incapaz de hilar dos palabras seguidas en voz alta de lo tímido que era, y mucho menos de llamarle la atención a una desconocida. Tamara decía que eso se arreglaba con un buen ambiente social y las amistades correctas, o sea, ella. Siempre creí que aquel había sido su experimento social número uno, que, la verdad, visto lo visto, ha tenido bastante éxito. No apruebo para nada que la manía de Carlos por la seguridad no le permita andar por donde le dé la gana, pero la verdad es que Tamara no tiene instinto de supervivencia. Su radar de injusticias puede ser insuperable, pero falla a la hora de evaluar el

peligro de actuar ante ellas. No tiene ningún límite, y no es la primera vez que recibe un susto o una amenaza después de casi seis años de trabajar con ONG por todo el mundo. Supongo que eso tiene algo —bastante— que ver con la actitud de Carlos.

Aun así, me parece raro que ella lo acepte sin más. De hecho, siempre creí que la protectora era ella, con él, con las personas con las que trabaja, con todo el mundo. ¿Y ahora? ¿Ahora qué? *Ahora tienes que revisar todo lo que dabas por hecho de Tamara y Carlos, Aurora. La gente cambia, evoluciona. Crece. Madura. Todo el mundo menos tú.*

—Voy al baño —dice Carlos.

Se levanta y pasa al lado de la señora de antes. Si las miradas matasen…

—¿Y tú qué, Aurora? Que nosotros ya hemos hablado bastante de lo nuestro. ¿Qué tal te va la aburrida vida de funcionaria? —pregunta Tamara.

La pregunta parece inofensiva. No amor, no Xoán. Me gusta.

—Pues bien, la verdad. Era lo que quería cuando opositè: sueldo y trabajo fijo, sin preocupaciones.

—Estaba claro que lo conseguirías. A la primera, además, como tú sabes. Llegar y besar el santo. Precisamente por eso me sorprendió tanto que no quisieras más.

—¿Más? —la miro sin entender—. ¿Una vida más interesante, como la tuya, dices?

—¡Qué va! —se echa a reír—. Lo que yo hago me gusta a mí y a pocos más. Mira al pobre Carlos: desde que encontró el trabajo en el banco es otro.

Desde que te la mete es otro. Tamara continúa, ajena a lo que pienso:

—Es increíble cómo ahora que tiene la certeza de que hay algo en su mundo que más o menos va a ser igual día tras día puede disfrutar más de la vida. Levantarse a la misma hora, trabajar en el mismo sitio, atender siempre a los mismos problemas. Yo no podría, sinceramente, y siempre he pensado que tú querrías también algo más que la rutina de la oficina. Que te decantarías por una oposición más dura, vamos —se ríe—, de esas que te dan tanto prestigio que un día estás en tu despacho de doscientos metros cuadrados y al siguiente instruyendo casos que harían que el Estado se tambalease.

No sé qué decir. Recuerdo la cara de mi madre cuando le dije que opositaría para simple funcionaria municipal. Cojo la copa, sonrío y bebo.

—Además, si había alguien que podía, esa eras tú —continúa. No sé si me está elogiando para que me anime a contarle lo que me preocupa, pero no tiene ni idea de lo que pasaría si fuese por ahí—.

Creo que eres la persona más inteligente que conozco, y también la más perfeccionista.

—¿La más perfeccionista? —pregunto, extrañada.

Si nada me sale perfecto nunca. *Nada te sale bien, a secas, nunca, Aurora.*

—Y exigente, mucho —me mira a los ojos—. Sobre todo contigo misma.

Me siento incómoda con el rumbo que ha tomado la conversación y con la mirada que me echa.

—¿Qué pasa?, ¿por qué me miras así? —intento hacer una broma y quitarle hierro al asunto—. No estarás embarazada, ya para redondear, ¿no?

Intento reír, pero suena más bien a gruñido. Disimulo cogiendo la copa y bebiendo. Otra vez.

—¿Qué? —ella abre los ojos de forma desmedida—. ¡Por supuesto que no! Eso sí que no. Antes muerta.

No es la primera vez que me lo dice. Lo hemos hablado varias veces a lo largo de los años. Ella con la opinión firme y contundente de alguien que ha estudiado el asunto en profundidad y tiene más que tomada la decisión. Yo, con las dudas de no tener claro nada de lo que quiero en esta vida.

—¿Qué harías si Carlos te lo pidiese?

No sé por qué le pregunto esto. *¿Qué dirías tú si Xoán te lo pidiese, Aurora?*

—¿Que qué haría…? —levanta las cejas, como si fuese obvio—. Mandarlo a la mierda, claro.

—¿No dudarías ni un momento?

Aurora, la señora de las dudas.

—Sabe de sobra lo que opino al respecto. Sería muy egoísta por su parte pedírmelo, tan siquiera insinuarlo. Y yo no me he enamorado de ese Carlos.

«De ese Carlos», dice, como si hubiese dos diferentes. Admiro a la gente que lo tiene todo tan claro siempre. Incluso él, al que siempre he visto como un pelele —m*enos mal que eres su amiga, Aurora*—, toda la vida ha tenido claros sus sentimientos por Tamara. Sabe, María, Azucena, ellas también siempre supieron hacia dónde tirar, qué hacer con sus vidas. En realidad, aquí la única que duda a todas horas soy yo. Nunca he tenido una posición clara al respecto de nada, mucho menos sobre ser madre. Lo único que sé es que no puedo permitir que mis defectuosos genes se trasmitan, eso sí lo tengo claro. *¿Y si Xoán te lo hubiese pedido, Aurora?* Alguna vez hablamos del tema, pero sin concretar nada. Nunca era el momento, nunca teníamos una casa en

condiciones, un sueldo en condiciones, una vida en condiciones. Con lo de mi oposición y luego lo de la hipoteca, parecía el momento perfecto, con todas las obligaciones de ser adulto en marcha, pero después… después no tuvimos tiempo de volver a tratar el tema.

—¿Aurora? —la voz de Tamara parece preocupada. ¿Cuándo me he desconectado tanto de la realidad?—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila. Es que últimamente ando en las nubes —le sonrío para que se tranquilice, pero no lo consigo.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad?

Me observa con intensidad. No quiero mirarla a los ojos, no puedo.

—Sí, claro —respondo.

Cojo la copa y bebo. Podría contárselo. Podría decirle que ya no hay ningún «mío con Xoán», el tipo con el que llevaba diez años y con el que hasta pedí una hipoteca. Y que estoy en tratamiento psiquiátrico. Desde hace años, también; no tantos, pero los suficientes. No, no parece una conversación agradable para una comida donde tu amiga de la universidad acaba de confesarte que ha encontrado el amor verdadero. Ni para una comida así ni para nunca. Tengo que buscar otro tema. ¡Ah! ¡El libro!

—¡Ah! Casi me olvido, te he traído esto —cojo a Pizarniiiik del bolso y se lo acerco por encima de la mesa—. ¿Cuánto hará que lo tengo? Me lo habías dejado por el club de poesía aquel, ¿te acuerdas?

—¡Anda! Pues no, la verdad —lo coge y se pone a hojearlo—. Tengo todos mis libros en casa de mis padres. Es muy difícil llevarlos alrededor del mundo. Ahora leo siempre en el e-book, mucho más cómodo para ir de un lado a otro.

—Yo sigo prefiriendo el libro en papel.

Mentirosa.

—Mira, ahora estoy leyendo uno… —hace gestos con la mano, indicando que debe de ser lo más maravilloso del mundo—. *Pornografía,* de Lupe Gómez. ¿Te suena?

Pornografía. *Aurora, ese es de los tuyos.*

—Ni idea.

—Flipas. Fli-pas. No sé cómo describirla —Tamara siempre ha sido muy intensa para hablar de las cosas que le gustan. Abre la boca como un pez y gesticula—. Creo que se podría resumir en que hace poesía con la palabra «puta».

Justo en ese momento, Carlos regresa del baño. *PUTA, PUTA PUTA.* Pero ¿no estaba mal decir «puta»? Recuerdo a Brais, que no apareció en toda la semana, su madre diciéndome que no me acercase a él. *No digas «puta».* ¿Ahora se puede decir «puta»? *Hace poesía con la palabra «puta».* El camarero nos recoge los primeros platos. Intento atender a

la conversación de Tamara y Carlos, que me cuentan lo diferente que es vivir en Brasil con respecto a la India. *PUTAPUTAPUTAPUTA. ¿A quién le vas a hacer caso, Aurora?, ¿a una poeta o a un niño de diez años?* Mientras, Pizarniiik me observa desde la esquina de la mesa donde la ha puesto Tamara. Ella también sería de las que se apropiarían de la palabra «puta» en vez de andar pontificando, no digas «puta», no digas «puta». *Pero Pizarniiik era alguien, Aurora. Hasta han hecho tesis doctorales sobre ella. Sin embargo, ¿quién eres tú? Mira a Tamara. Ella sí tiene una vida que merece la pena vivir. Incluso Carlos, que siempre fue su sombra, tiene una vida mejor que la tuya. Fracasada.* El camarero trae los segundos y me alejo de la mesa para que coloque los platos. *FRACASADA, FRACASADA, FRACASADA. Una patética fracasada que un día decidió apuntarse a un club de lectura de poesía sin tener ni idea. ¿Qué pretendías demostrar, Aurora? ¿Qué querías? ¿Ser tan inteligente como Tamara? Porque la inteligencia no es solo sacar buenas notas. Mírala. Y a Carlos. ¿Y tú qué? Tu único reto, leer poesía. Eres una amiga de mierda, una novia de mierda, una lectora de poesía de mierda también, mira tú.* Noto la cara encendida. Tengo calor. Mucho calor. Me froto las manos. ¿Por qué sudo tanto? *Y seguro que, encima, hueles mal. ¡Cerda!*

Comprueba. Comprueba. Comprueba.

Tengo que hacerlo, por lo menos eso sí que está a mi alcance. Necesito hacerlo. Disimulo. Dorso de la mano izquierda sobaco derecho. Nariz. Dorso de la mano derecha sobaco izquierdo. Nariz. Tamara y Carlos están ocupados catando su plato. Creo que no huelo. Creo que no, ¿verdad? No lo sé, no tengo ni idea, ya no me acuerdo.

Comprueba de nuevo. Comprueba de nuevo. Comprueba de nuevo.

—¿Qué tal lo tuyo, Aurora? —pregunta Tamara señalando mi comida con la cabeza.

Me detengo a medio camino. ¿Qué hago? Bajo el brazo e intento pararlo, parar el mecanismo.

—B… bien, bien.

No recuerdo ni lo que he pedido. Cojo el tenedor y lo aprieto con fuerza, los nudillos se me ponen blancos. La respiración se me acelera. Intento practicar lo que me han enseñado para relajarme, tomar aire e inflar la barriga en vez del pecho. Pongo la otra mano en el estómago, intentando centrarme solo en su movimiento. Inspira, ínflate, espira, baja. Inspira, ínflate, espira, baja. Una puta mierda. *PUTA PUTA PUTA PUTA PUTA.* Tengo una alarma de ambulancia en el cerebro, con luces de discoteca. *Con luces de puticlub, Aurora. PUTA PUTA PUTA PUTA PUTA, SUDOR SUDOR SUDOR SUDOR SUDOR.* Lo estoy intentando, de verdad. *En realidad no lo estás intentando, y lo sabes, Aurora.*

Fracasada asquerosa. Hueles mal. Ya verás, míralo, estás toda sudada. Noto el latido del corazón. Bum, bum, bum. Cada vez más rápido. BUM, BUM, BUM, BUM, BUM, BUM. Tengo que comprobarlo. Tengo que hacerlo. La boca se me seca. *No lo estás intentando con todas tus fuerzas, fracasada repugnante.* Siento la tensión en el estómago hasta que empieza a dolerme. Ya no consigo que se infle y se desinfle. Tamara nota que algo pasa y me pregunta si estoy bien. No, no estoy bien. *Nunca has estado bien, Aurora, fracasada.* Una última vez. No va a pasar nada porque lo compruebe una última vez, ¿no? ¿Verdad? Y así todo esto parará, todos estos pensamientos, toda esta atención, todo este malestar. No le hago ningún mal a nadie, ¿a que no? ¡¿A que no?!

Pero esta vez no es mi cerebro el que habla. Bueno, en realidad sí lo es, pero tiene la voz de Xoán: «¡No lo estás intentando lo suficiente! ¿Sabes? Creo que ni te esfuerzas. No haces nada por ayudarte y yo ya… yo ya no tengo más fuerzas». Luego, la voz de aquella señora en el club de lectura, cuando hablamos de la autora maldita y de su suicidio: «Ser Pizarnik debía de ser agotador».

—¿Aurora? —dice Tamara.

A veces me imagino que me sale humo de las orejas. Fiuu, fiuuuuu. Que colapso. Has tocado mierda aquí, te ha salpicado saliva aquí, has sudado aquí. Aquí, aquí y aquí también. Y todo almacenado. Y la RAM a pleno rendimiento, y yo ya no puedo más. ¿Agotador? ¿Ser Pizarnik? Ella por lo menos consiguió escapar.

No digo nada. Simplemente, me levanto de la silla y me marcho al baño, casi corriendo. Tamara viene detrás de mí, pero me encierro en un cubículo y le digo que me dé un momento. Huelo una axila. Y la otra. Y repito el gesto, una, dos, tres veces. Pierdo la cuenta. Cuando me decido a salir, tiro de la cisterna para disimular. Saco el pestillo. Tengo que lavarme las manos. La gente toca la cisterna y el pestillo sin lavarse las manos después de limpiarse. A lo mejor llevo pis de una señora desconocida en las manos. O algo peor.

—Aurora, ¿estás bien? —pregunta Tamara.

—Sí… no… yo… —muevo la cabeza. Seguro que parezco una loca. Me acerco al dispensador de jabón y lo aprieto cuatro o cinco veces—. Perdona, de verdad, pero de repente ha empezado a dolerme el estómago y…

—No hace falta que me digas nada, ya sabes que yo soy la experta en cagaleras —intenta bromear ella.

Se acerca a mí por detrás y me acaricia la espalda. Veo nuestro reflejo en el espejo. *Eres una fracasada, Aurora, aquí, en el baño, oliéndote los putos sobacos en vez de atender a tu amiga que ha venido del otro lado del océano y que quiere verte. Fracasada y mala amiga.*

—Creo que me voy a ir, si no os importa, ¿vale? —le digo mientras me seco las manos con los pañuelos de papel.

—Sí, sí, claro. Te acompañamos, que no estás para conducir.

—No, deja, si no he traído el coche. Así vuelvo dando un paseo y me da el aire.

—Pero te podemos llevar nosotros. Le digo a Carlos…

La parejita perfecta. Carlos y Tamara. ¿Quién me lo iba a decir?

—No, en serio, prefiero ir sola, a ver si andando se me pasa.

—¿Estás segura? —Tamara no las tiene todas consigo.

—Sí, sí, muchas gracias —la miro a la cara—. Siento mucho todo esto, de verdad.

Me pican los ojos. No quiero ponerme a llorar aquí, delante de ella.

—Jesús, Aurora, no hay nada que sentir. Si estás mala, estás mala. Vete a casa y descansa, ya hablamos mañana.

Salimos del baño y nos dirigimos a nuestra mesa. Cojo el bolso y la cazadora, que dejé apoyados en la silla. «No te preocupes por la cuenta, pagamos nosotros. Al fin y al cabo solo has comido el primero, no hay problema, ahora Carlos es rico, que trabaja en un banco, ja, ja, ja». Todo se confunde en mi cabeza. ¿Me he despedido de Carlos? Da igual. Avanzo hasta la salida.

PUTAFRACASADAMALAAMIGASUDORPUTASUDORNOLOINTENTASLOSU

Escapo de allí porque escapar de mí misma es imposible. Aunque, si todo va bien, en media hora todo esto me importará una putísima mierda. *No digas…* ¡UNA-PUTÍSIMA-MIERDA!

2015

—¿Cómo definirías tu relación con Xoán?

—(…)

—No, no hay ningún problema en que no lo sepas. A veces no es necesario expresarlo absolutamente todo con palabras, ¿no crees? Solo te lo preguntaba porque cuando entraste por la puerta parecías tenerlo muy claro.

—(…)

—Vale. Según tú, lo que piensas está mal porque le quieres, pero si piensas esas cosas no puedes quererlo de verdad. ¿No?

—(…)

—¿Y qué es querer de verdad?

—(…)

—Tú no lo llamas así, pero a mí me suena mucho a eso que nos contaban de niñas del «amor verdadero». ¿Crees que Xoán es tu «amor verdadero»?

—(…)

—Vale, no hablemos de «amor verdadero», tienes razón. Pero, entonces, a ver si te he entendido: si ves un actor guapo por la tele y piensas «vaya, qué guapo, cómo me gusta», ¿eso significa que lo que sientes por Xoán no es amor de verdad?

—(…)

—¿Tú crees que hay amores de mentira?

—(…)

—Es decir, que o hay amor o no lo hay. Blanco o negro, sí o no.

—(…)

—No termino de entender por qué tiene que ser diferente pensar que un actor es guapo de pensar que un tipo que pasa por la calle es guapo. ¿Cuál es la diferencia?

—(…)

—Pero aunque el hombre de la calle sea accesible, quien decide qué hacer eres tú. Tus músculos, tus labios, no se van a mover si tú no quieres. ¿O para ti un pensamiento es una infidelidad?

—(…)

—¿Entonces?

—(…)

—¿Quién dice que eso es inaceptable?

—(…)

—Tú. ¿Alguien más? Vale, según tu escala de valores, esos pensamientos no deberían estar ahí, porque realmente para ti el amor es solo tener ojos para tu pareja… pero siento decirte que la evolución no funciona según tu escala de valores. El ser humano siente atracción por sus congéneres porque lo que quiere es perpetuarse. Tú no controlas tus hormonas, ni tus sentidos. No puedes decirles que cuando encuentren a un macho que cumple una serie de características que a ti te gustan no… digamos, no se «alegren». Eso es lo que hace que los animales mantengan relaciones sexuales y se reproduzcan, y nosotros también somos animales, al fin y al cabo. Pero ¿sabes qué es lo que nos diferencia de ellos?

—(…)

—La capacidad de no ceder a esos impulsos. No la capacidad de no sentirlos, no: la capacidad de pararte y decir «vale, ese tío está buenísimo, pero ya está. Punto. En otras circunstancias, intentaría algo, pero no quiero. No quiero porque le haría daño a una persona importante para mí». ¿Me atrae sexualmente? Sí, la atracción no depende de nuestras decisiones. Pero sí que es decisión tuya, aunque te apetezca, no hacerlo.

—(…)

—¿Por eso tienes miedo al tipo de la calle y no al actor? ¿Por si se te presenta la oportunidad y no quieres decir «no»?

—(…)

—Pero si es lo que tú quieres, ¿por qué te ibas a sentir mal por hacer una cosa que quieres hacer?

—(…)

—Vale, tienes miedo a no saber decir que no. ¿Y por qué crees que no vas a saber, si eso no es lo que quieres realmente?

—(…)

—Entonces no sabes si quieres o no quieres. Tienes dudas. Y tienes miedo de querer. Porque dudar no es querer de verdad, según tú, ¿no? Si dudas, no quieres a Xoán. El amor verdadero no admite dudas. ¿Es eso lo que piensas?

Sábado, 13 de julio 2019

Despierto de mala gana, no tengo ni idea de por qu… ¡Tamara y Carlos! ¿Los avisé de que todo bien? Extiendo la mano e intento coger el móvil. ¿Dónde está? Choco contra algo, lo tiro al suelo. ¡No, la botella! Enciendo la luz a toda prisa y veo el vodka que compré ayer por la tarde tirado en la alfombra. Está tapado, menos mal. Aún le queda la mitad. *Solo le queda la mitad, Aurora, borracha.* ¿Y el móvil? Ah, ahí está, también en el suelo. Lo cojo. Treinta mensajes, dos perdidas. Tamara y mamá. No estoy para hacer llamadas, así que les escribo. A la primera le digo que todo sigue bien —compruebo que le envié un mensaje nada más llegar a casa, ¿por qué pregunta de nuevo?—, que el estómago ya no me duele —ayer no, pero ahora sí, vaya resaca—. A la segunda lo mismo, que todo bien, que la llamo por la noche que ahora no puedo. «Todo bien» debe de ser la expresión que más repito en la vida y casi nunca es cierta. Pongo la cabeza de nuevo en la almohada y cierro los ojos. ¡Mierda, las pastillas! Tengo que cambiar la hora de tomarlas. Por la mañana no es buena idea, pero por la noche me dan insomnio. Quizás a mediodía. Abro el cajón, hijos y locos, me las meto en la boca. No tengo agua. Miro el vodka. No, no creo que sea buena idea. Intento salivar y tragarlas a pelo. Yo ahora no me levanto. Bien, han pasado por la garganta. Por fin puedo volver a dormirme. Cierro los ojos, pero no dura mucho. Escucho una puerta cerrarse en el pasillo. Es verdad que las paredes son de papel, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Pienso en Brais, en que he pasado toda la semana deseando verlo al regresar del trabajo, imaginando que, esa tarde sí, aparecería por el lado derecho del ascensor con sus estúpidas preguntas. *¿Echas de menos sus estúpidas preguntas, Aurora?* Pero nada, ni rastro de él. Y de verdad que no sé qué le he hecho yo al niño. Ni a la madre. ¿Qué les he hecho?

A lo mejor no les has hecho nada porque no existen, Aurora.

La idea se cuela en mi cabeza como si tal cosa. ¡Cómo no van a existir! *La mente es una herramienta muy poderosa, Aurora. ¿Cómo sabía si no lo del negro aquel con el que te acostaste? ¿Cómo es que habla así, que hay adultos que no saben expresarse ni la mitad de bien que ese mocoso? ¿Es casualidad que su helado favorito sea el Frigopie, como el tuyo? ¿Que le guste el maquillaje, cuando tú te pasaste horas y horas de adolescente delante del espejo haciendo una obra de arte en los párpados para que el eyeliner te quedase simétrico?* Y también está la manía de

preguntar cómo se puede saber si quieres a alguien de verdad… ¡No! ¡¡¡No!!! Aprieto la almohada contra la cara y cierro los ojos con fuerza. Ya me estás llevando por caminos que no quiero. *Yo solo te hago ver las coincidencias, Aurora.* Tú lo que haces es buscar coincidencias donde no las hay. Jugar con la realidad. Retorcerla para que parezca lo que no es. Incluso para que sienta lo que no es. Para que dude. ¿Inventarme a un niño y a su madre? ¡Venga ya!

Pues ayer estabas convencida.

¿Ayer? La niebla mental se disipa algo y recuerdo haber salido de casa para tirar la basura. Última hora de la tarde, que antes no se puede. Borracha como una cuba. ¿Por qué no se dice cubo? No es un insulto, claro. Brais y la cuestión del sexo de las palabrotas vuelven a aparecer. *Sexo, sexo, sexo*. ¡¡¡¡PARA!!!! La basura, estaba con lo de la basura. Yo la basura la tiro a diario, por muy borracha que esté, porque me da asco acumular bacterias durante más de veinticuatro horas. Y recuerdo el portal abriéndose, pero yo no soy porque la puerta aún está muy lejos. La señora Paquita. Y no debo de caminar muy recta porque me mira con reprobación, aprieta los labios. Supongo que dice lo de la juventud de hoy en día, pero a saber. Y oigo mi voz:

—Ssseñññññora Paquita, ¿me puede decir usssted si me ha vissssto alguna vez con algún niño, abajo en el portal?

—¿Con algún niño? —me mira con asco.

—Sssssí, con aquel niño que le ressssspondió tan mal aquel día, que usssted ssssse ofendió toda.

—¿Yo? ¿Ofendida? —se hace la ofendida.

—Pero ¡ssssi usssted ssse passsa todo el puto día ofendida! ¡Ay! ¡Perdón —levanto las manos, creo que la bolsa de la basura pasa muy cerca de mi cara, pero estoy demasiado borracha para que me importe —, que no puedo decir «puto»! Digo… ¡«puta»!

Me duele la cabeza al recordar todo lo que me llamó. Vale, también puede dolerme por la resaca. Antes de que el ascensor cerrase las puertas, todavía añadió que ella no había visto a ningún niño y que esperaba que jamás pudiese tener un niño a mi cargo. Mira, ahí sí estamos de acuerdo.

Una puerta en el pasillo del edificio de nuevo. Unos segundos de silencio y suena el timbre. Abro un ojo. ¿Y si…? No, seguro que es la señora Paquita que quiere terminar de cantarme las cuarenta. Aunque dudo de que pueda subir al tercero tan rápido… O la madre, que me trae una orden de alejamiento oficial. *Eres una mala vecina, Aurora*. Sí, lo soy. Con la vieja, con Brais, con la madre de Brais… Cierro el ojo. Ojalá quien sigue tocando el timbre se vaya. Pero no se va. Y toca, y

vuelve a tocar, y venga, y dale. *Mecagoendiós*.

Al final, termino levantándome de la cama y yendo hasta la puerta de la entrada, tras comprobar que debajo de la camiseta llevo las bragas puestas. Giro el pomo. Cerrada. *Mecagoendiós*. Por lo menos han dejado de tocar el timbre, menos mal, pero la persona sigue del otro lado. Busco las llaves, no están colgadas donde siempre. Rebusco en el bolso. No encuentro nada. Tiro todo el contenido al suelo. ¡Ahí están! Dos vueltas en la cerradura, abro.

Es Brais, pero lo primero que pienso es que —aunque sé que es él— no puede ser él porque su cara no tiene el color de siempre. Hay algo que desentona, y eso que es difícil diferenciar colores ahí —¡¡¡*Aurora!!!*—. Bajo el ojo derecho —*su izquierdo*— luce la marca de un golpe de tono verde vómito.

—¡¿Brais…?!

—Si te disculpas y me haces un favor, te perdono.

Abro la boca, pero no se me ocurre nada que decir.

—¿No quieres que volvamos a ser amigos? —pregunta.

—Tú y yo nunca hemos sido amigos.

Me sale así, sin más. *Qué rabiosa, Aurora.* Lo digo, pero sé que es mentira. Recuerdo nuestro sábado de maquillaje, sus preguntas impertinentes. El tiempo que pasé con él fue tiempo ocupado. *Tiempo perdido*. Tiempo en el que poco a poco, sin querer, hice caso omiso de mi cerebro. *Pero ¡si siempre estoy contigo!* Y esa no fue una decisión consciente; no es que hiciese un esfuerzo enorme por silenciarlo o por evitar hacerle caso. *Eso ya sabes que no funciona, Aurora*. Simplemente, la voz desapareció, porque estaba centrada en otras cosas. *Pues ahora estoy aquí.* Y como no fue una decisión consciente, nunca lo es, no puedo controlarla. Con Brais pasó. ¿Por qué pasó? Pienso en la capacidad que tienen los niños para aceptar lo anormal con normalidad. En lo cansado que es siempre tener que disimular. Que quiero lavarme las manos, que quiero desinfectar, que tengo que oler los sobacos. Creo que aquel sábado de maquillaje fue lo más cerca que he estado en los últimos meses de volver a ser… mi yo de antes. De antes de… esto. *Siempre has sido así, Aurora, no te equivoques. A mí no me has creado tú. Yo soy tú.* ¡DÉJAME EN PAZ!

¿Cuánto tiempo hemos estado en silencio? El niño no ha respondido a lo de que no éramos amigos. Noto su mirada acusadora. No sé qué decir. Odio el silencio, pero no sé cómo arreglarlo. Por suerte, él se cansa antes:

—Pues si nunca hemos sido amigos, me marcho.

—¡No, espera!

Hace ademán de dar media vuelta y largarse, pero mi grito lo

detiene. Sonríe de lado, ufano. *Hay que ver lo bajo que has caído, Aurora…* Ah, ¿que todavía hay más sótanos para seguir bajando, entonces?

—A ver, decídete —dice Brais—. ¿Somos o no somos amigos?

—¡Somos, somos!

Luego ya veré cómo soluciono el pequeño problema de su madre. «No te vuelvas a acercar a mi hijo». Y si es él el que viene a buscarme, ¿también estoy incumpliendo sus órdenes? *¿Qué pasaría si te hubiese visto en bragas delante de su niño, Aurora?* ¡Mierda!

—Pues sígueme.

Dice eso mientras da media vuelta y baja por las escaleras. Yo colapso un par de segundos. ¡¿Qué hago?! ¡No puedo ir detrás de él en bragas! *Poder puedes, Aurora.* Decido que pasearme por el edificio enseñando el culo no va a mejorar mi reputación de mala vecina, precisamente. Voy a la habitación corriendo y me pongo el pantalón del pijama. Del revés, pero me da igual. Vuelvo a toda prisa hasta la entrada, cojo las llaves de casa y cierro detrás de mí.

—¡Espera, Brais!

Lo sigo por la escalera. Voy descalza. ¡Mierda, mierda, mierda! Ahora no vuelvo a coger las zapatillas, ya me desinfectaré los pies con lejía si hace falta. En el segundo piso, tropiezo y casi me mato. Menos mal que me agarro al pasamanos a tiempo. ¡Vaya asco! *MANOS, MANOS, MANOS, LAVAR, LAVAR, LAVAR*. Ahora no puedo, ¡ahora NO PUEDO! Llego a la planta baja. Por un momento, no veo a nadie, pero escucho ruidos en el lado izquierdo del ascensor, que es el derecho si lo miro de frente. Dónde si no.

—¡¡¡Brais!!!

No sé por qué sigo gritando como una loca. *Como lo que eres, Aurora*. Su madre va a oírme y entonces sí que la habré cagado. *¿Más todavía?* Oigo abrirse lo que supongo que es la antigua portería. Doblo la esquina. No hay ni rastro de Brais. La puerta está abierta, pero no sé si entrar. Esos son sus dominios, no sé si estoy preparada para ver lo que esconde ahí. Ruido de remover cosas. Algo que se cae. Brais que murmulla. Luego un gritito agudo, una especie de grito de gaviota. Y por el pasillo aparece una rata grande, negra. Nunca me han dado miedo las ratas, pero a saber dónde ha estado metido un animal así. Retrocedo instintivamente. La rata asquerosa se está acercando peligrosamente a mi pierna. Antes de que le dé una patada, Brais aparece tras ella y… la coge en brazos y pretende dármela a mí.

—Toma.

Y, entonces, todo pasa muy rápido, pero soy capaz de recordarlo como a cámara lenta. Quiero alejarme —*ALERTA, ALERTA, ALERTA*

—, pero le veo la cara, los ojos. La naricita. No es una rata gigante: es un gato. Un gato bebé. Un minino pequeño y negro petróleo, como el dueño. *¡¡¡Aurora!!!* Monísimo, se me cae la baba, y tengo ganas de agarrarlo, las siento, casi hasta el punto de que mis brazos parecen tener vida propia y veo cómo se alargan, aunque sé que el bicho, fijo fijísimo, se ha frotado contra toda la mierda que pueda imaginar y más, pero tengo ganas de aceptarlo, de cogerlo de las manos de Brais, que me quiere entregar un ser vivo, precioso, hermoso, lindo, que se revuelve sobre él, que no sé si lo estará arañando, pobrecito, él y el gato, que seguro que tiene hambre, porque los gatos comen, y si comen mean, y cagan, y también lamen. Y si estaba aquí en la vieja portería, encerrado, es porque no lo podía tener en su casa, y seguro que es eso lo que me quiere pedir, que me quede yo con él, y un gato come y lame Y MEA Y CAGA.

Levanto los brazos, pero no para coger al animal, sino para interponer una barrera entre ellos y yo:

—Oh, no. Oh, no. ¡Esto sí que no!

—Esto es lo que tienes que hacer por mí. Cuidar de él.

Aún tengo alguna esperanza.

—¿Cuánto? ¿Un rato? ¿Una hora? ¿Esta tarde?

—Para siempre —dice él.

No. Nunca. Jamás. *Sí, ya…* Por encima de mi cadáver.

—Lo encontré por la mañana temprano en la calle, cuando bajé a tirar la basura. Habían atropellado a su madre —continúa Brais, con voz triste—. O eso creo que era, vamos.

—¿Y qué hacías tú en la calle a esas horas? ¡¿No sabes que la basura no se puede tirar hasta las ocho de la tarde?!

Termino con la voz en un tono más elevado y más agudo de lo recomendable. *Da gracias que fue hoy y no ayer, que así no te encontró toda borracha dando vergüenza ajena.*

—¡Es que me olvidé de tirarla ayer por la noche, y si mi madre la veía al volver del trabajo iba a echarme la bronca!

Su madre. Esa señora que me dijo que me alejase de su hijo y ahora aquí estoy. A punto de aceptar la custodia compartida del gato. Porque sé que terminaré aceptando. *No sabes decir que no, Aurora.*

—¿Y tu madre qué dice del gato? —tengo que intentarlo una última vez.

—¿Mi madre? ¿Tú crees que si me dejase tener un gato te estaría pidiendo esto a ti?

Eres tonta, Aurora. No digo nada. ¿Para qué? ¿Para que sea usado en mi contra? El suelo está frío. Seguro que tengo las plantas de los pies negras. No hago ningún chiste con eso. Voy mejorando.

—No podía abandonarlo —dice Brais, intentando convencerme—. ¿No te da pena?

Se acerca para que lo vea bien y el maldito animal, ya más calmado y todo cómodo en brazos del niño, levanta la cabeza y me mira. Juro que fija sus ojos amarillos en mí y me transmite telepáticamente un «cuídame, mira qué lindo soy».

—¡Que no!

Tengo que resistirme a su hechizo. No sé dónde vi que los ojos grandes y negros de los mamíferos, la nariz chata, la frente abultada y la barbilla pequeña apelan a nuestros instintos más básicos, provocando la bien conocida reacción de «PEROPORFAVÓ, QUÉ COSA TAAAAAAAAN BONITAAAA». Y yo ya siento la respuesta evolutiva saliendo por todos los poros de mi piel.

—¡Si no, no te lo perdono en la vida! —dice Brais, mirándome con gesto amenazante.

—Pero ¿perdonarme por qué? —levanto las manos, desesperada—. ¡¿Que te he hecho yo?!

—Esto —y señala el moratón de su ojo—. Fue por maquillarme. Fue culpa tuya.

El silencio se hace entre nosotros. Miento: Brais y yo no hablamos, pero el gato empieza a maullar bajito. Alucino. ¿Culpa mía? ¡Ni que yo le hubiese puesto una pistola en la cabeza para que se pintase la raya del ojo!

—Pero ¿quién…? —intento preguntar.

—No quiero hablar de eso —Brais sacude la cabeza—. ¿Aceptas o no?

Un gato. Un ser vivo cagador y meador y lamedor y ensuciador en mi piso. Un piso que no dejo que nadie más que yo limpie porque no puedo asegurar que lo haga bien. Un piso en el que si veo una pisada en el suelo tengo que pasarle la fregona al momento. *¿No dicen que los gatos son unos animales muy limpios?* Pero ¡¿tú de qué lado estás?! *¿En serio acabas de preguntar eso, Aurora?*

—Yo… —me paso la mano por la cara—. Supongo que no puedo negarme, ¿no?

La sonrisa de Brais se dibuja como a cámara lenta. Yo también sonrío. Casi se me olvida hasta el frío en los pies.

—¿Lo quieres coger? —pregunta Brais.

—¡¡¡No!!!

Demasiado tarde. Él se me ha acercado mientras le respondía eso y ya tengo el bicho en los brazos. El minino me clava las uñas como si tuviese miedo de caer. Puede ser que suceda. Aún no estoy segura de si aguantaré sin quitármelo de encima y tirarlo contra la pared.

Pobrecito, seguro que tiene hambre. ¡Pobrecita yo, hostia! El gato se acomoda en mis brazos, sin preocupaciones aparentes.

—¿Ves? ¡Le caes bien!

—¿Lo dices por cómo me clava las uñas?

—¡No! Porque está ronroneando. ¿No lo oyes?

Permanecemos unos segundos en silencio. Una vibración sale de la barriga del gato, colocada sobre mi antebrazo izquierdo. La acompaña un sonido en la garganta que parece el zumbido de una mosca. Brais continúa después de unos segundos de pausa, con urgencia en la voz:

—Yo le llevé las sobras del desayuno, pero no las quiso. Luego leí que si le mojas la comida en leche puede tragarla mejor y le fui a buscar un vaso, y algo sí que comió, con el pan empapado, pero poco, y luego también leí que la leche de vaca es mala para los gatos, ¡y ya no sé qué hacer! ¡No quiero que se muera como la madre!

Me mira todo triste. Y la bestia asesina con cara de bebé me clava aún más las uñas en el brazo. *No se fía de ti, Aurora. Es normal.*

—¿Y tu madre?

—¿Otra vez mi madre? ¿Mi madre qué?

—Tu madre no quiere que me acerque a ti más.

—Pues no le contamos nada y listo —qué fácil parece cuando lo dice él. Miro al gato. *Siempre intentando abarcar más de lo que puedes, Aurora*—. Además, el único motivo por el que me prohíbe estar contigo es porque cree que estás medio loca. Cuando sepa que solo eres un poco rara, ya seguro que me vuelve a dejar.

Abro la boca sin saber qué decir.

—Ah, bueno, y también… también te echa la culpa de lo del ojo. Eso sí va a ser más difícil de arreglar… —se pone serio. O triste. No me gusta verlo así.

—Pero ¿quién te hizo eso, Brais?

Intento que la pregunta no suene agresiva. No entiendo qué tengo que ver yo con eso, si lo único que hice fue aceptar que un niño se colase en mi casa y ayudarlo a pintarse viendo vídeos de Youtube. ¿Sería algún gilipollas de su clase? Recuerdo que no debe de tener muchos amigos. ¿Las nuevas generaciones siguen siendo tan imbéciles?

—No quiero hablar de eso.

No hay quién lo saque de ahí.

—¿Y has denunciado?

—Mamá dice que denunciar no sirve de nada. Y ya te he dicho que no quiero hablar del tema. Si sigues así de pesada, ya me busco a otra persona que cuide de Aurin, gracias.

—¿Aurin?

—Se llama así —señala al gato.

—Pero ¿es macho o hembra?

—Ni idea —se encoge de hombros.

En fin. Hay que ver lo bien que sabe cambiar de conversación. Ni moratón, ni contarle a la madre que volvemos a ser amigos, ni denuncia. *Si es que hace de ti lo que quiere, Aurora. Y lo peor es que le dejas.* Ya veré sobre la marcha cómo resuelvo esto. Lo maduro sería ir a hablar con la progenitora sin tener en cuenta lo que opina el mocoso, pero no estoy preparada. *Cree que estás medio loca.* No estoy preparada para que descubra que es verdad.

—Pues venga, toma —le entrego el bicho a Brais. El animal deja de ronronear y abre los ojos para mirarme. ¿En serio le caeré bien? *No, no creo*—. Me visto y voy a comprarle todo lo necesario para que no deje mi casa hecha un estercolero. Porque supongo que tú no tienes nada, ¿no?

Miro la antigua portería. ¿Qué narices habrá ahí dentro?

—No. Cogí unos trapos viejos y lo tapé, pero ahora están todos cagados. O meados. O ambas cosas, que no sé distinguirlas. Solo sé que huelen mal.

Justo lo que necesitaba oír.

—Pues espera aquí con él a que vuelva de la tienda. Que una cosa es que me vengas a buscar a mi piso y otra que te lleve de paseo fuera del edificio. Ahí sí que tu madre me mata.

Diez minutos después, con los pies lavados en el bidé —bendito bidé— y calzada y vestida de forma apropiada, salgo del portal y me doy cuenta de que en algún momento de la conversación con Brais se me olvidó la contaminación del pasamanos.

Casi hora y media más tarde, y con doscientos euros menos en la cuenta, ya tenemos un kit básico de iniciación a la maternidad gatuna que de básico no tiene nada. Juguetes que imitan ratones que pienso que van a cobrar vida, arenero con tapa —no quiero que lo que allí se deposite esté a la vista—, arena perfumada, una pala con agujeros para recoger… —prefiero no pensar en eso—, comida para cachorros, comida de adultos para mezclarle y que vaya cambiando, comida húmeda por si todavía no sabe comer la seca, collar con cascabel que tendremos que sacarle nada más llegar a casa, pues los gatos tienen un oído finísimo y el sonidito les molesta —que no sé por qué narices no hay un solo collar en toda la tienda que no lleve, entonces, ese instrumento del diablo, pero en fin—, chuches para darle como premio y educarlo —«Aunque los gatos van a su bola, ya sabes, y educar a uno es muy difícil», dijo la dependienta después de que yo aceptase llevarme tres bolsas de delicias de salmón, pollo y cordero—,

una cama de color crema que ya estoy avisada de que no usará…

Me duele la cabeza. Aun así, mientras Brais desempaqueta todo en el salón y le veo la sonrisa, se me va pasando. Solo he aceptado que entrase en casa porque me juró y perjuró que su madre estaba trabajando —«Un cumpleaños, va a estar liada todo el día», dijo. ¿Qué clase de degenerado celebra su cumpleaños en un puticlub?—, y yo lo he confirmado tocando el timbre de su piso y no recibiendo respuesta. *Tú lo has intentado, Aurora*. Así por lo menos acallo la conciencia. O lo intento. Brais no deja de hablar sobre cosas que le va a enseñar a hacer al gato, de cómo va a ver un montón de vídeos de YouTube sobre mininos —fijo que ahí fue donde aprendió lo que era el capitalismo, ahora que lo pienso— y de lo feliz que está. Los miro desde el sofá, a él y al gato, ambos sentados en el suelo, jugando con un ratón atado a un palo. A Aurin parece que le gusta, no hace más que estirar las patas e intentar agarrarlo. Brais se ríe, también se lo está pasando bien. ¿Y yo? ¿Cómo me lo estoy pasando yo? No lo sé. Mal no. Viéndolos así, hasta parecen buenos y todo. Pero no dura. Enseguida Brais abre la boca de nuevo y pregunta, como si tal cosa:

—¿Es verdad lo que dice mamá?

—¿Qué dice? —esa señora dice tantas cosas…

—Que estás mal de la cabeza.

El calor se me va de la cara. Lo noto. Físicamente. No sé cómo, pero lo noto. Empiezo a sudar frío. La voz de Brais en la cabeza. «La vecina del tercero está loca, la vecina del tercero está loca, la vecina del tercero está loca.» Recuerdo aquella insinuación de Xoán de que podría haber gente que no entendiese lo de las pastillas. Porque las pastillas significaban tratamiento psiquiátrico. Ir al psicólogo es algo asumible, pero lo otro… un psiquiatra… Suena grave. Suena peligroso. «La vecina del tercero está loca.»

—Yo…

—Si no quieres responder, no pasa nada, ¿eh?

No, no quiero. Pero a lo mejor debo, no sé… explicarle algo. «No son tus pensamientos los que definen lo que eres, sino tus actos.» Pues, mira, Brais también es de los que piensan y actúan. *Que actúa sin pensar, dirás, Aurora.* No, él ha pensado una cosa y la ha soltado, sin filtros. ¿Por qué no va a ser eso lo que opine de mí en realidad, eso que nadie dice por lo de ser educado y políticamente correcto? *Pero ¡qué va a saber un niño de corrección política!* Los niños nunca mienten, ¿no dicen eso? *¿Todo lo que aparece en tu cabeza lo hace porque eso es realmente lo que crees?* ¿Por qué se presupone que lo que el ser humano dice después de reflexionar tiene más validez que lo que nos nace de dentro sin más? A lo mejor el que ha hablado ha sido su

subconsciente, el que dice la verdad. *¿Como yo, Aurora? ¿Yo soy tu subconsciente? ¿Siempre digo la verdad?*

—No… no estoy mal de la cabeza —termino diciendo, no sé si muy convencida.

¿Eso es un suspiro? ¿Un suspiro de alivio? El gato se acomoda en sus piernas. Ya no juegan. Siento que estoy perdiendo una oportunidad, un tren que se aleja en la distancia. No sé si quiero subirme. «El mundo no está hecho para los que dudan.»

—Pero… —continúo. Sin pensarlo. Solo abro la boca—: «Estar mal de la cabeza» implica que tiene que existir también un «estar bien de la cabeza». ¿Y qué es estar bien de la cabeza?

—Yo estoy bien de la cabeza —dice él, sin dudar.

—Pues para el que te puso ese ojo verde no lo estás.

Me asusto al escucharme decir eso. *Es lo que pasa cuando hablas sin pensar, Aurora.* Miro a Brais, temiendo su reacción, pero no parece ofendido. De hecho, tiene cara de estar meditando lo que le acabo de decir.

—Entonces… estar mal de la cabeza no depende de la persona que tenga la cabeza, sino de la gente que la mira desde fuera, ¿no?

Y me mira como si yo estuviese en condiciones de responderle algo.

—Supongo —contesto, encogiéndome de hombros.

—Tiene sentido…

—Yo… digamos que simplemente estoy en proceso de solucionar un problema. Nada más.

Sonrío. *Mentirosa.*

—¿Y qué estás haciendo para solucionarlo? —pregunta él acariciando al gato.

Eso. ¿Qué estás haciendo, Aurora?

Verano 2012

Tengo una herida en la lengua y no paro de darle contra los dientes. Me la mordí al cenar esa ensalada insulsa de mamá. Creo que soy la única que no disfruta de la comida de su madre cuando vuelve a casa. Ahora todo me parece que tiene demasiado aceite, está demasiado frito o le ha echado demasiada sal. Empujo la legua contra los dientes y compruebo que sigue doliendo. Pues claro que duele. Pero sigo dándole. Por lo menos el cubata desinfecta la herida. Debí hacer caso a las señales que me decían que hoy no iba a ser una buena noche. El eyeliner, por ejemplo. Cuarenta y siete minutos contados delante del espejo de la entrada, que es el que mejor luz tiene. Cuando el derecho me quedaba fino, el del ojo izquierdo parecía una butifarra. «Claro, y tú si no lo haces perfecto no te sirve, ¿verdad?», me dijo Roberto antes de largarse por la puerta. Él también ha salido hoy. ¿Quién no sale un sábado de verano? Lo veo allí al fondo, de botellón con los amigos. Uno de ellos tiene el coche abierto con la música puesta a todo volumen, con unos altavoces en el maletero. Vuelvo a darle a la lengua. Sí, cada vez duele más. Es el DJ oficial del paseo marítimo, en donde estamos seis o siete grupitos bebiendo antes de largarnos a los pubs.

Le doy un sorbo al cubata mientras balanceo el cuerpo y la cabeza, ya no demasiado acompasados a estas horas de la noche. Un baile que solo pretende que no me consideren ni demasiado provocativa ni excesivamente estirada. Al fin y al cabo, soy una licenciada en Derecho con pareja estable. Licenciada en Derecho. Suena bien. Jueza suena aún mejor. Vuelvo a girar la cabeza para observar a mi hermano. Está con su novia, Patri Teixo. Roberto le agarra la cintura con la mano izquierda, mientras con la derecha hace malabares con el cubata y el cigarro. Sabe que estoy aquí, pero hace como que no me ve. Recuerdo cuando, en la adolescencia, actuaba como si no me conociese, como si el pueblo entero no supiese que éramos familia. ¡Si yo siempre he sido «la hermana de»! Bebo otro sorbo, más grande esta vez. Ni derecho a nombre propio tengo. Sé que es solo por haber nacido la segunda, pero muchas veces no puedo evitar pensar en que si eso no fuese así, yo seguiría siendo «la hermana de». La popularidad no es mi fuerte. Siempre estoy metida en mis pensamientos, como dice mamá, y eso me deja menos tiempo para estar en el mundo real. Roberto, contra todo pronóstico, cae bien a todo el mundo. Sabe

enseñar sus cartas buenas fuera de casa. Hay un Roberto dentro y otro Roberto fuera de ella. Roberto, el hijo de Aurelio, el del taller. Y de Carme. Carme a secas, porque lo del taller da un estatus, pero Carme la de la fregona o Carme la madre, no. Carme, «la mujer de». Aurora, «la hermana de».

—¿Cuánto tiempo llevan Patri Teixo y tu hermano? —pregunta Azucena acercándose a mí por detrás—. Una burrada ya, ¿no?

—Pero ¿tú crees que hablo de esas cosas con él?

Ella sorbe a la vez por las dos pajitas que tiene en el vaso de plástico y levanta las cejas. No soporto esa ansia suya de saberlo todo de todos, como si el mundo entero se redujese a este pueblo minúsculo en el que nos ha tocado nacer. Aun así, me siento mal por darle esa respuesta, no pretendía ser cortante. Ella ha sido amable. No sé por qué, actúo a la defensiva. A veces creo que he cambiado yo, otras que han cambiado ellas. Hemos cambiado todas, supongo. Hemos crecido. ¿Crecer implica cambiar? No lo sé. Solo sé que ahora vengo al pueblo y quedamos como siempre, pero que ya no es como siempre. Ya no es como antes de irnos a estudiar fuera.

Ahora tenemos nuevas amistades, nuevos conocimientos, nuevos intereses de los que ya no podemos participar las cuatro porque nuestro mundo ya no solo se reduce a nosotras cuatro, y eso a veces me incomoda. Sobre todo porque ellas tres ahora están viviendo aquí de nuevo y yo no. Y no es que yo quiera volver, para nada.

¿Será que no quiero que se junten si no estoy yo? Eso es una tontería, claro. No soy tan egoísta. Y tampoco quedan tanto, que María y Sabe están en casa de los padres para estudiar las opos, no para andar por ahí de fiesta, y Azucena tiene jornadas en el almacén que podrían considerarse de esclavitud si no fuese una empresa familiar. Pero salir a tomar algo les hace bien a todas para despejarse, y luego vengo yo algún finde y me las encuentro hablando de cosas que no pillo, o recordando alguna anécdota en la que no he participado, y me siento fuera de lugar. Y no es culpa de ellas, no es culpa mía, no es culpa de nadie, pero pasa, y no me gusta. Y saben que las sigo queriendo. Lo saben, ¿verdad? A lo mejor debería decírselo. Pienso que nunca se lo he dicho. Saben que yo tengo las prácticas en el despacho, que tengo otra vida lejos de aquí y que no puedo venir cada finde. Y saben que tengo a Xoán. Cuando se tiene novio, el tiempo que antes era todo de las amigas hay que repartirlo. Sabela tiene que entenderme.

La observo sentada en el muro del paseo con Tomás. No sé qué le ve, la verdad, pero se está pillando demasiado por él. Para un lío, vale, pero para algo serio… Los dos amigos estos que ha traído él,

pesadísimos, no recuerdo ni cómo se llamaban, están sentados en el muro del paseo con María. No entiendo cómo los aguanta, la pobre. Supongo que en Magisterio ejercitan la paciencia hasta límites insospechados, porque… Azucena se acerca a ellos y yo la sigo, por inercia. Se integra en la conversación y yo solo sonrío, dándole sorbitos pequeños al cubata. Tengo pis, pero sigo bebiendo porque el líquido en la boca me sirve de excusa para no hablar. O de excusa para explicar por qué no me hablan, porque están comentando anécdotas de fines de semana pasados en los que yo no he estado. No puedo evitar sentirme como la cría a la que la madre gata ya no quiere porque alguien se la ha llevado de su lado y no la reconoce.

Doy otro sorbo.

—¿Qué tal, Aurora?

Es María, que se ha levantado de su sitio y se ha acercado a mí.

—Bien, bien. ¿Y tú? ¿Qué tal llevas la opo?

A veces creo que no sé hablar de nada más que no sean los estudios.

—Pues va yendo, en fin. Lo normal, supongo. Después de presentarme ya dos veces, podemos decir que soy veterana —le sonrío. No creo que pueda haber mejor profesora que ella, pero estudiar siempre le ha costado mucho, aunque es la persona más trabajadora que conozco—. Pero en fin, a ver si algún día saco plaza…

—Cuando saques plaza… —la corrijo.

Ella me sonríe:

—… y puedo pedir para algún sitio aquí cerca.

Mira a Azucena y le da un sorbo al vaso. Yo siempre he tenido claro que el mundo era más grande que este pueblo. A lo mejor por eso también me siento desplazada. Ellas siempre han querido volver. ¿Mirará a Azucena porque se siente con ella como me siento yo con Sabe? Observo cómo el baboso de Tomás le pone una mano en el muslo desnudo. ¿Es un gesto posesivo o me estoy volviendo loca? Ella sonríe. Podría tener a quien quisiera, es guapa, simpática, lista, deportista… De repente, me imagino follando con ella. ¿Pero…? Aparece así, sin más, en mi cabeza. *Imagínate follando con ella.* Me asusto. ¿Por qué he pensado eso? ¿Por qué? Somos amigas, es mi mejor amiga, no hay nada más. Somos tan amigas que hasta se apuntó al puto equipo de baloncesto por no dejarme sola y terminó siendo de las mejores, porque todo lo que hace lo hace bien. Estoy orgullosa de ser su amiga, pero ya está. Nada más. ¿Por qué he pensado eso?

—¿En qué piensas? —pregunta María.

Sacudo la cabeza y le sonrío. ¿Qué le digo?

—Nada, yo…

Le doy a la lengua, una, dos, tres veces contra las muelas. Creo que me hago sangre.

—¿Sabes? —¿por qué no? A lo mejor así dejo de pensar en esa asquerosidad de Sabe—. Es que con esto de estar vosotras aquí y yo no… pues siento que ya no es como antes.

—¿Como antes en qué sentido?

¡Maldita María! ¡Siempre con sus preguntas!

—Pues… no sé. Que me estoy perdiendo mucho. Que ya no…

«Que ya no me queréis tanto como antes», pienso. Que algo he hecho mal, que no soy digna de ser vuestra amiga, que en el grupo de WhatsApp no habría ninguna diferencia si me fuese. No sé ni para qué me he descargado el WhatsApp. En dos o tres años pasará de moda, como el Messenger o el Tuenti. Encima dicen que lo van a hacer de pago. Ya, claro.

—A ver, Aurora, tienes que entender que no podemos dejar de quedar porque tú no estés.

—¡No, ya, ya, ni lo pretendía!

—Y que tienes a Xoán y nosotras seguimos solteras…

—No os caerá mal, ¿verdad?

Ya lo que me faltaba. Dejar de darle vueltas a la relación con ellas y empezar con eso. Porque, no sé por qué, siento que fallo. Siento que si estoy con Xoán, les fallo a ellas, y si estoy con ellas, le fallo a Xoán. ¿Qué me pasa? Soy una inútil, lo hago todo mal. Y cuando intento hablarlo, arreglarlo, solo digo tonterías. Como preguntar si les cae mal mi novio, con el que llevo tres años, al que conocen de sobra y con el cual nunca han tenido ningún problema. ¿A qué viene esto ahora?

—¡Qué va, mujer! —María siempre amable, cuando en realidad lo que tiene que hacer es mandarme a la mierda por preguntar semejante tontería—. Pero cuando haces cosas con él, nosotras seguimos quedando por nuestra banda, claro —¿es un reproche?—. No puedes estar en dos lugares a la vez —añade con una sonrisa.

—Claro —yo también sonrío y muevo la cabeza—. Tengo que ir al baño, que me meo.

—Te acompaño, espera.

Les dejamos los cubatas al resto del grupo y avanzamos por el paseo. El «baño» es un círculo de piedras que hay al fondo de la playa que nos tapa de miradas indiscretas. Andamos hasta las escaleras del borde izquierdo y bajamos a la arena con el flash de los móviles encendido.

—Aurora, no le des tantas vueltas. Las cosas no pueden ser como cuando teníamos dieciséis años, pero eso no significa que vayan mal.

¿Tanto se nota que no estoy bien? María siempre sabe decir las

palabras acertadas. No sé cómo no ha estudiado Psicología. Supongo que Magisterio tiene mucho de eso, también.

—Ya, pero… yo qué sé. ¿Recuerdas aquella vez que os enfadasteis todas en las fiestas?

—¿Cuándo?

—Aquella vez que Sabe se hizo un esguince en el partido de baloncesto y no estaba claro si podría salir, y dije que la noche sin ella sería una mierda.

—Es que… ¿en qué lugar nos dejaba eso a Azu y a mí? ¿Con nosotras la noche era una mierda?

—¡Por supuesto que no! Es que… a veces digo cosas que pienso que no son malas y al final… Pues termino diciendo todo lo contrario, supongo. Y no paro de darle vueltas después para no volver a cagarla, pero siento que lo sigo haciendo.

—No sé qué quieres que te diga, Aurora. Supongo que también hemos madurado, a lo mejor ahora no nos lo tomaríamos tan mal como aquella vez.

No sé si lo dice en serio o solo para tranquilizarme. Hoy no es mi noche, no sé qué me pasa. Debí de haberme dado cuenta por el tiempo que me llevó hacer el puto eyeliner. Hacia nosotras viene una pareja. La cara de él me resulta conocida. Su mirada se cruza con la mía cuando ya solo nos separan un par de metros.

—¿Aurora?

—¿Fran?

¿Cuánto hace que no lo veo? Más de cinco años, desde antes de empezar la carrera.

—¡Y María! Pero ¡cuánto tiempo!

Se acerca y nos damos dos besos. Me resulta extraño ese gesto con alguien que fue el primero en estar en medio de mis piernas. Nos presenta también a la chica, Tareixa, su pareja. Nos llama «amigas», a María y a mí, a las dos. No sé qué pretendo que diga. Me siento rara. El hombre con el que me acosté por primera vez, algo que se supone que no se olvida en la vida —aunque en muchos casos, debería—, tiene novia. Y guapa. Y parece simpática, también. ¿Por qué la analizo tanto? No será que tengo envidia, ¿no?

—¿Qué tal os va todo? —pregunta.

Lo veo con más desenvoltura que cuando éramos novios. La primera vez que nos acostamos estaba tan nervioso que no sé ni cómo acertó con el agujero.

—Bien, sin novedad. Estudiando las opos de Magisterio.

—Vamos yendo —respondo yo—. Con una beca en un despacho de abogados.

—Al final habías hecho Derecho, ¿verdad?

En este pueblo se conoce todo el mundo.

—Sí. ¿Tú qué tal Económicas?

—Bien, bien. No tan bien como tú, claro, pero sin queja.

Y me sonríe. Qué raro se me está haciendo esto.

—No te creas que tan bien, ¿eh? —respondo—. Mucho trabajo para la mierda de sueldo que pagan. Esto de las becas es un timo. Al final creo que voy a opositar. Ya estoy buscando academia.

¿Por qué le cuento todo esto? No se lo he dicho aún ni a mis amigas. ¿María abre más los ojos cuando escucha mis palabras? Es una idea a la que le he estado dando vueltas, pero aún no he tomado la decisión final.

—¿Opositar a qué?

—Pues me atrae mucho la judicatura, la verdad.

«Mi Auroriña va a llegar lejos.» Él sigue sonriendo, María se pone a mirar el móvil y Tareixa observa la escena algo apartada.

—Tú siempre fuiste de apuntar alto.

No sé si dice eso como algo bueno o como algo malo. Llevo toda la vida escuchando que tengo capacidad para estudiar y hacer lo que me dé la gana. ¿Qué esperaba? ¿Que me quedase aquí para toda la vida? Pienso que si eso lo escuchasen Azu, María o Sabe se enfadarían. Ellas ahora viven aquí. «¿Qué tiene de malo quedarse aquí?», dirían. Nada, no tiene nada de malo, yo no he dicho que lo tuviese, pero parece que lo he dicho sin querer decirlo. Le doy a la lengua contra los dientes. Duele. Otra vez. Duele más. Fran cambia de tema y empieza a contar no sé qué tonterías. Por lo menos María deja de mirar el móvil y habla algo. La tal Tareixa también hace aportaciones de vez en cuando, y se ríen, yo me río. Se los ve felices. Ella no le saca los ojos de encima. Ni él a ella, ahora que me fijo. ¿Envidia? No, claro que no. No puedo evitar comparar lo mío con Fran con lo que tengo ahora con Xoán. Nada que ver. ¿Cómo voy a tener envidia? El día y la noche. Pero veo cómo se miran y pienso en cómo estábamos Xoán y yo al principio, y recuerdo que esta semana me empezó a besar un día en la cama y le tuve que decir que no, que esa noche no me apetecía porque tenía mucho curro en el despacho al día siguiente. Dudo mucho que Fran y Tareixa, tal y como se están mirando ahora mismo, se dijesen alguna vez «no, hoy no me apetece».

Me alegra ver a Fran tan contento. Yo siempre supe que lo mío con él no iba a durar, que solo era cosa del momento, de que me tocaba hacer eso por edad. El primer novio, la primera vez, el primer te quiero. ¿Lo quise de verdad? Sí, supongo que sí. Como quiere una adolescente. Aunque Rober también empezó su relación siendo

adolescente y mira. Si no llego a cortar con Fran, a lo mejor ahora seríamos como Patri y Rober, porque él estaba loco por mí. Yo a Fran le gustaba mucho, y a mí me gustaba mucho gustarle tanto. Con Xoán nunca le di tantas vueltas a esas cosas. Con Xoán todo siempre fue dejarse llevar.

—Bien, pues tendremos que marcharnos —dice Fran, por fin—. Me alegro mucho de veros.

—Igual —dice María.

—A mí también a ti, a vosotros —le sonrío a Tareixa, no quiero que piense que me he olvidado de ella a propósito—. ¡Cuidaos!

Seguimos andando por el paseo, hasta que María dice:

—¿Para jueza, entonces?

—No sé, es una idea a la que le he dado muchas vueltas… ¿Te ha parecido mal que se lo dijese a Fran ahora, antes de contároslo a vosotras? Me ha salido sin más, ni lo he pensado.

—Aurora —María se ríe, pero es más bien un gesto desesperado—, puedes contar lo que quieras a quien quieras cuando quieras. Deja de darle tantas vueltas, anda.

Las piedras-baño no están lejos. Dejo que María vaya primero, mientras le alumbro con el móvil. Cando termina, invertimos los papeles. Me meto en el círculo, me bajo los pantalones y las bragas y me pongo de cuclillas. Cuando creo que estoy en la posición correcta, relajo los músculos y dejo salir el chorrito. Todo va bien, hasta que me emociono y aumento el caudal —¡hay que ver cuánto pis tengo!—, y entonces noto que me salpico. Debe de haber una concha o algo en el suelo, porque contra la arena es imposible que eso pase. Noto las gotitas en las piernas, bajando, calientes. ¿Y ahora qué?

Durante unos segundos, permanezco así, paralizada, en medio de una sentadilla mal hecha y con la entrepierna en tensión para cortar el chorrito. Pis. En las piernas. ¡¡¡¿¿¿Y ahora qué???!!! Recuerdo la primera vez que me depilé el pubis: cómo entendí a golpe de realidad que una de las funciones de los pelos es dirigir el chorrito, pero no es el caso ahora. Con Xoán hay confianza: si tiene que verme sin depilar, me ve y punto. Pero ¡si llevo toda la vida meando de campo y nunca había tenido problemas! Nunca había tenido problemas con salpicarme, quiero decir, que esto está chupado en comparación con mear contra el suelo de hormigón de un aparcamiento, ahí te mojas sí o sí. ¿Por qué me importa ahora? Esta no es mi noche, no es a mi puta noche. Le doy a la lengua, una, dos, tres, cuatro veces. ¡Qué asco, qué asco, qué asco! Lengua, dientes. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Creo que podría indicar exactamente la zona de mis muslos que tiene pis ahora mismo. Es casi como si quemase, no puedo dejar de pensar

en eso. ¡¡¡¿¿¿Qué hago???!!! El corazón comienza a irme a mil, PUM, PUM, PUM. Tengo la boca seca y las palmas de las manos húmedas. Empiezo a respirar más rápido. La lengua contra los dientes. Una vez, y otra, y otra. Me hago sangre, me hago sangre pero me da igual. Me duelen las piernas de estar tanto tiempo en esta posición. *A ver, Aurora, así no puedes seguir, con las bragas en los tobillos y el pis a medio echar.* Trago saliva. Pues tampoco puedo hacer como si nada hubiese pasado e ir por ahí así, meada. *Pues vete a casa y lávate, mira tú qué problema.* Si voy a casa ahora, no vuelvo. Hoy no es mi noche. *Pues no vuelvas.* ¿Y qué les digo a estas? No les puedo contar que me voy a casa porque me he meado. *Pues no se lo digas*. Y ¿qué hago?, ¿les miento? *Pues sí. Pon una excusa. Bien no estás, mírate. ¿Qué más da que digas que no estás bien porque te has meado o que no estás bien porque te duele el estómago?*

Me duele la cabeza. Me duele la lengua. Le doy, le doy, le doy. Con cuidado, distiendo los músculos para echar el pis que me queda, esta vez sin tener tanto cuidado, porque meada ya estoy. Creo que hasta me duele el estómago de tenerlo en tensión. Sí, definitivamente me duele el estómago. No tengo con qué limpiarme, no he traído pañuelos, pero no es la primera vez que me subo las bragas después de sacudir las caderas para que caigan las últimas gotas. ¿Por qué ahora me agobia tanto? Tampoco tengo cómo lavarme las manos. ¡El mar! Está cerca, no tardará en subir la marea. Le digo a María que me ilumine el camino y voy hasta la orilla. El agua salada limpia mejor que la dulce, ¿no? María no se ha lavado las manos. Yo he meado de campo muchas veces y no tengo ni idea de cómo era capaz de seguir disfrutando de la noche con ellas sin lavar. Pienso en la ducha que me voy a dar cando llegue a casa. Aunque ya pasa de la una y mis padres estarán durmiendo, no sé si el calentador los despertará. Pero no hay alternativa, no voy a irme así a la cama. Regreso junto a María y le digo que no me encuentro bien, que me duele el estómago.

—Tienes mala cara, sí —dice, apuntándome con la luz del móvil.

Regresamos junto al resto y les digo que me encuentro mal, que creo que voy a marcharme a casa.

—Nada, sería la cena que me ha sentado mal. Ya no estoy acostumbrada a la cocina de mi madre —intento hacer una gracia, pero no creo que lo haya conseguido.

—No te preocupes, Aurora —dice Sabe.

—Sí, mañana si quieres tomamos algo antes de que te vayas —añade Azu.

El lunes trabajo. Tengo que mirar en serio eso de las oposiciones. Si no me da la cabeza a mí para sacar las de jueza, ¿a quién le va a dar?

—Cuídate, Aurora. Nos vemos mañana —se despide María.

Me marcho, sabiendo que mañana tendrán todas resaca y que se agobiarán por perder dos días de estudio, y que hoy volverán a casa teniendo un montón de anécdotas nuevas de las que yo no formaré parte. Pero solo puedo pensar en las salpicaduras de los muslos. Y en la herida de la lengua. Le doy. Una vez, y otra, y otra.

Domingo, 14 de julio 2019

Cuando salí de casa todavía era sábado. Pero no, no quiero pensar en casa, no quiero, no quiero, no quiero. Le doy un sorbo al cubata y miro a la camarera, la misma de hace quince días. Lleva un escote muy bonito. Ojalá tuviese yo esas tetas. Pero no, hay que conformarse con mi talla inexistente. A Xoán nunca pareció importarle. Tampoco a los tíos con los que termino en la cama últimamente. ¿Por qué me importa a mí entonces? Como hace dos semanas, imagino mis labios en los suyos, la mano por debajo de sus bragas. ¿Irá depilada? ¿Y cómo tendría que hacer? Un pene es de lo más básico, pero una vagina requiere una obra de ingeniería de la hostia. Hala, ya estoy nerviosa. ¿Por qué? ¿Por no saber cómo acariciar bien a una mujer? Los tíos con los que me he acostado en los últimos meses tampoco sabían y no los vi preocupados, la verdad. *A lo mejor te pones nerviosa porque eres una lesbiana reprimida.* Pienso en que las últimas veces que tuve sexo iba borracha. *Te tienes que emborrachar para acostarte con hombres, Aurora. ¿Eso que significa?* Vuelvo a imaginarme teniendo sexo con la camarera, por si acaso. Comprobar nunca ha matado a nadie, ¿no?

Levanto a vista un instante, intentando imaginarme un coño depilado del todo —yo hace mucho tiempo, ya que no lo hago, porque cuando los pelos vuelven a crecer pican que no veas—, y me doy cuenta de que al fondo del pub hay un par de hombres que me miran. Uno tiene el pelo castaño claro y los ojos oscuros, de estatura media y delgado, y el otro es alto y más ancho, de piel muy morena. No creo que ese nivel de moreno se pueda conseguir tan solo tomando el sol en la playa. Está tan negro que no sé cómo lo diferencio con la poca luz que hay en el local. Me da la risa al pensar eso y bebo otro sorbo, disimulando, no vayan a creerse que me río de ellos. ¿Qué pensaría Brais de eso? *¿Brais, Aurora?* Brais nada, porque si pienso en Brais pienso en el gato, y no quiero, NO QUIERO. El tipo no es negro de verdad, eso no puede considerarse un comentario racista, ¿no? Levanto el vaso en forma de saludo y les dedico la mejor de mis sonrisas. Después, me giro y hago como que paso de ellos. Si no están lo suficientemente interesados para acercarse e intentar hablar conmigo, a quien no le interesan es a mí. Tampoco les pido que me den conversación profunda durante horas, solo que se les vea una mínima atracción. Porque eso es lo que busco yo en estas salidas nocturnas. Interés y atracción por parte de ellos. *O de ellas, Aurora.* Sí,

todo se andará.

Termino el cubata y levanto la mano para pedir otro. ¿Qué es?, ¿el tercero? Que ya no me acuerde es buena señal, pero no voy lo suficientemente borracha como para que la voz desaparezca, y necesito más combustible. Observo a la chica mientras se acerca para atenderme y pienso en por qué la belleza tendría alguna vez algo que ver, en mi cabeza, con el tamaño de las tetas. Esta sería guapa plana, redonda y cuadrada. Le sonrío. Ella me devuelve el gesto. ¡Mierda! ¿No me estará sonriendo demasiado? ¿Querrá ligar?

—¿Qué te pongo? —pregunta, señalando con la cabeza mi vaso vacío.

Pero no me da tiempo a responderle, porque los tíos del fondo aparecen a mi lado:

—Hola, guapa. ¿Estás sola?

Es el del pelo castaño el que habla. Me mira de arriba a abajo, deteniéndose más tiempo del recomendable en el escote y en los muslos. Una mirada que me resulta familiar. El otro permanece a su lado, sonriendo, sin abrir la boca.

—Que yo sepa no es delito estar sola —le respondo. Si para algo quiero estas salidas desenfrenadas de viernes y sábado noche es para mostrarme como la mujer segura y perfectamente normal que no soy, pero que con alcohol aparento ser.

—No, claro, pero se me hace raro, una mujer tan guapa —sigue hablando el castaño, mientras el moreno solo me mira con una sonrisa tonta en la cara, siempre por detrás del otro.

¿Tan guapa? Vas a tener que graduarte la vista. Ocho dioptrías en cada ojo.

—Las mujeres guapas también salimos solas.

—Pero seguro que prefieres compañía, ¿no?

Levanto una ceja. No termina de convencerme el tono chulo de este tipo, ni que el otro que tiene detrás no diga nada y solo sonría, pero ¿a qué he venido aquí? A hacer amigos para jugar al parchís no, desde luego.

—Nunca digo que no a un cubata gratis.

El castaño sonríe y levanta la mano hacia la camarera, que al ver que allí no pintaba nada se ha marchado a atender a otra gente. Cuando se acerca y asiente al escuchar lo que pide el tipo que parece cortar el bacalao, busco sus ojos para agradecérselo con una sonrisa. ¿Es decepción lo que veo en su cara cuando se aleja?

Una hora después, estamos delante de mi portal. Xurxo, Vicente y yo. Resulta que a las seis de la mañana les sale su vuelo y han decidido que no merecía la pena pagar una noche más de hotel. Han

dejado las maletas no sé dónde y han salido de fiesta un par de horas, no contaban con encontrarme a mí, dijo el tal Vicente. Fue casi lo único que ha soltado en toda la noche. Parecen un mafioso y su gorila. Xurxo siempre tiene algo que decir, una opinión importante que hacerte saber. Te mira como si fuese lógico que tú, humilde mortal, deseases pasar tiempo con él, como si fuese irresistible. No termina de convencerme. Vicente no me convence para nada, pero como tampoco molesta, dejo que nos siga para que compruebe que no le voy a hacer ningún mal a su jefe. O eso espero, que en un arranque de pasión nunca se sabe.

Abro la puerta y Xurxo pasa delante, como si tuviese clarísimo adónde ir. Es un poco flipao. No es feo, vale, pero un flipao. ¿Y el otro? ¿El otro va a unirse a la fiesta o solo va a mirar? La verdad es que no he pensado mucho en las consecuencias de ser tres. Pero somos tres, claro. Mientras Xurxo llama al ascensor y Vicente se le acerca, yo me quedo unos pasos más atrás y los observo. Ya no recuerdo en qué momento esto me pareció buena idea. Creo que fue entre el cuarto y el quinto cubata. No sé si los invité yo o si se invitaron ellos. La palabra «tríO» no ha salido en la conversación, pero tampoco ha quedado claro que esto fuese a ser un tête à tête. Una cosa ha llevado a la otra y aquí estamos. Chiiin. ¿Cómo demonios hemos acabado aquí? Nos metemos los tres en el ascensor y empiezo a respirar más rápido. Chiiin. Se cierran las puertas. El cachimán de Vicente ocupa casi todo el espacio, estamos brazo con brazo, y eso no me gusta. Tampoco me gusta la mirada que me echa Xurxo, como si estuviese comprando una vaca, meditando si valgo la pena o no. Pero así ha sido como me ha mirado durante toda la noche en el bar y no me importó. De hecho, seguro que es la mirada que tengo yo también todos los findes, revisando las vacas frisonas todas, a ver cuál es la que da más leche. Pero, en el fondo, sé de sobra que soy una mala pujadora. Una pésima, patética, terrible pujadora. Porque a mí todo me vale. Hasta la leche en polvo me vale. Pretendo pasar por entendida y exigente, pero no. ¿A quién quiero engañar? Sobre todo, a mí misma. No sé ni lo que pienso ya, que alguien me pare. ¿Vacas?

Y, entonces, caigo en la cuenta de por qué me ha resultado familiar la mirada de Xurxo al salir del baño de la discoteca. Enrique, el director de área, aparece en mi mente. El tipo viene poco a la oficina porque es cargo de confianza y no se junta con la plebe. Su barba recortada al milímetro aparece en mi memoria, a juego con el pelo peinado-despeinado-casual hacia un lado. La americana de marca, la camisa de marca, los zapatos de marca. Todo en él grita: «Mírame, soy un partidazo y estoy buenísimo». Tiene un Porsche, una casa a pie de

playa en el barrio más caro de la provincia, mujer y dos hijos pequeños. Así, por ese orden, te lo dice él mismo. Y nos mira a todas las mujeres de la oficina, o a casi todas, así, con esa cara, con esa mirada, con ese gesto.

Chiiin. Salimos, y sé que tengo que coger las llaves y abrir la puerta del piso, pero no… no sé si quiero. Creo que no quiero. ¿Quiero? No sé lo que quiero, ni en este momento ni nunca. Abro el bolso y hago que rebusco, cuando sé perfectamente que las llaves están en el bolsillo con cremallera del interior, donde siempre, porque me agobia la posibilidad de perderlas. ¿Por qué no las cojo? Xurxo y Vicente, mientras tanto, se ríen y hacen ruido, hablando de cualquier tontería. Espero que los vecinos no los oigan. Y, mientras, intento pensar en qué hacer. ¡¿Qué hago?! Tengo que centrarme, a ver. Y Enrique sigue ahí, en mi mente, e intento unir los hilos. Xurxo, Enrique, el mudo. Y, entonces, recuerdo aquella vez hace unos meses. Aquella vez en la que, después de darme cuenta de cómo me miraba mi jefe, durante un segundo, un mísero segundo, pensé en la posibilidad. En quitarle los pantalones en el baño de la oficina y en hacerlo allí. «Está casado, nunca me importunará con tonterías de parejas», pensé. Y también pensé en que era mi superior, que seguro que me recompensaría también por ese lado. De caminar hacia el abismo, por lo menos hacerlo subida en un jodido cuatro por cuatro. Y rematar con todo cuanto antes. Meterme en la mierda no un poquito como hago cada fin de semana, sino toda entera, hasta que el olor no se me vaya nunca de la piel.

Noto la arcada subiéndome por la garganta. Pienso en vomitar en el bolso. Mudito y Chulito van tan borrachos como yo, a lo mejor ni se dan cuenta. Doy tanto asco… *Das asco. Das asco. Das asco.* Pero ¿por qué sigues todavía aquí, cerebro? «No le puedes conceder a esas ideas más importancia de la que tienen. No son ellas las que definen lo que eres, sino tus actos.» Ya. Pues mis actos son salir a emborracharme cada fin de semana porque estar como una cuba significa no pensar en la contaminación. Significa dejarme llevar, sin importar quién me toca o qué toco yo. Significa conseguir acostarme con un montón de tíos diferentes, no porque reafirmen que soy digna de gustarle a alguien. Eso podía ser antes, de adolescente, pero ya paso de los treinta y ahora lo único que busco es paz. Tranquilidad. Tener sexo con todos los tíos que se me ponen por delante es una forma como otra cualquiera de compartir babas, sudor, fluidos. De demostrarme a mí misma que si quiero, soy capaz de hacerlo, de que el malestar puede desaparecer. La ansiedad, la taquicardia, los pensamientos, la angustia, la hiperventilación, el PUMPUMPUM del corazón, la tensión

del estómago. Todo se marcha. Mecagoendiós, solo busco unas horas de paz, ¿tan difícil es?

Dejo de rebuscar en el bolso y las sensaciones por dentro se acumulan. Una detrás de otra. Tristeza. Cansancio, mucho. Sofoco. Indefensión. Pero, sobre todo, asco. Asco de mí misma.

Nadie te obliga a hacer esto, Aurora. ¿Por qué te obligas tú?

Cuando me doy cuenta, tengo una lágrima en caída libre por la mejilla.

—¿Qué?, ¿aparecen esasss llavesss o no? —dice Xurxo, con irritación en la voz.

Me limpio la lágrima con el dorso de la mano y levanto la cabeza del bolso. No me apetece hacer esto, no quiero, no quiero, no quiero.

—No me apetece —digo en alto, en un tono de voz no tan seguro como me gustaría.

—¿Perdona? —Xurxo me mira con las cejas levantadas, incrédulo.

—Que no quiero hacer esssto —empiezo a sentirme más segura, pero igual de borracha—. Va a ssser mejor que osss marchéisss.

Y, entonces, Vicente se ríe. Y esa risa me provoca un escalofrío en la espalda.

—¿Estás diciendo que hemos venido hasta aquí para nada? —pregunta.

Él no arrastra las eses. ¿Por qué?

—Esso —confirma Xurxo—. Esss demasssiado tarde para echarssse atrásss, ¿no creesss?

Se me acerca más de lo que me gustaría, allí, delante de la puerta de mi propio piso, y me agarra de un brazo de malas maneras. Por primera vez, soy consciente de que algo puede salir mal, más allá de lo mal que ya estoy por dentro. No quiero pensar en esa posibilidad, pero esa posibilidad ahora mismo es lo único en lo que pienso. En lo que pensaría cualquiera, sobre todo siendo mujer. Y, aun así, no me bloqueo. Porque la tensión del estómago, el sudor frío de las manos y de la frente, el PUMPUMPUM del corazón en las orejas, todas son sensaciones con las que convivo a diario. Sensaciones que conozco. Que no me asustan. Que me dejan pensar, porque mi cerebro funciona así a todas horas, está entrenado. *Vas lo suficientemente borracha como para sacar las llaves y clavárselas en un ojo, Aurora.* Meto la mano en el bolso y siento el metal frío contra la palma. *Sería defensa propia de manual, con atenuante seguro.*

Justo en ese momento, se escuchan ruidos detrás de la puerta de enfrente, la del piso de Brais. Creo que hay alguien detrás de la mirilla. Tarda todavía unos segundos en abrirse. Xurxo y Vicente se alejan de mí para acercarse en actitud amenazante a quien aparece en

el umbral. ¡Brais! Aprieto las llaves con más fuerza. *Prepárate, Aurora*. Pero el niño no está solo. La madre aparece detrás, con el móvil en la mano.

—Como no os marchéis ahora mismo, llamo a la policía —dice ella.

—¿A la policía? —se ríe Xurxo.

—Quizá lo estamos exagerando todo un poco, ¿no? —añade el otro con una sonrisa perturbadora. Un escalofrío me recorre la espalda de nuevo. Trago saliva. ¿Cómo he estado a punto de hacer esto con él, con ellos?—. Sentimos mucho si os hemos despertado, pero es que Aurora viene algo perjudicada y no encuentra las llaves, así que…

Pero Brais no le deja terminar:

—Pero ¿no habéis oído? ¡¡¡Que os marchéis o llamamos a la policía!!!

Se pone a gritar y eso desconcierta algo a los dos imbéciles. Se miran, me miran.

—En fin, Vicente, creo que no merece la pena por una fulana como esssta.

—Hay que ser puta, insinuarse así y luego montar el espectáculo.

—¿Qué creesss que íbamos a hacer? Si has sssido tú la que nossss ha bussssscado a nosssotrosss.

Se marchan escaleras abajo, añadiendo varias cosas más. Me da igual. Hasta que dejo de escuchar sus pasos, no aflojo las llaves. Me duele el brazo de la tensión. Me doy cuenta de que tengo la cara mojada. Como puedo, intento recomponerme. Con el dorso de la mano, me seco la cara. Me giro y meto la llave en la cerradura, sin pronunciar palabra. Ni un mísero gracias. La vergüenza es más poderosa. Vergüenza por terminar en una situación así, casi… No, no quiero ni pensarlo. Si no hubiesen aparecido Brais y la madre, a saber lo que me habrían hecho esos dos putos… Un momento. Dejo la puerta entornada y me giro. Creo que me estoy mareando:

—¿«Puto» ssse puede decir?

—¿Qué? —abre la boca Brais. La madre pone cara de incredulidad.

—Puto. Puta, no. Hijo de puta, tampoco. Pero ¿puto?

Me mira sin responder, la madre tampoco dice nada. El silencio se hace estruendoso. Y, entonces, recuerdo a Tamara. La comida de hace dos días: «Hace poesía con la palabra “puta”». Pero ¿«puta» es malo o es poesía? No entiendo nada, NO-ENTIENDO-NADA. Y paso de todo ya. Entro en el piso y, antes de cerrar la puerta, enciendo la luz de la entrada. Y entonces recuerdo por qué me marché corriendo de allí. El mal olor me recibe con un golpe en la cara. El gato ha vomitado como dos veces más de las que ya lo había hecho. Está el pasillo que parece un campo de minas. Además, tiene diarrea, y aún no sabe usar bien el

arenero. Esta es mi casa ahora. Un puto estercolero. Un puto estercolero, porque puto es poesía, pero el estercolero que es mi casa ahora no es poesía ni de lejos. Porque las baldosas que acordamos poner —¡sí!, ¡acordamos! ¡Las elegimos juntos, Xoán y yo!— en la reforma, esas que imitan madera con vetas que disimulan la mierda que da gusto, no sirven para la mierda de gato, ni el vómito de gato, ni los meados de gato. Acordamos, Xoán y yo. Porque antes éramos Xoán y yo, ahora solo somos el gato y yo. Xoán por lo menos sabía cagar, mear y vomitar en el lugar correcto. Y así fue como se lo pagué. Cagándola. Y no en sentido literal, como el gato, no.

Míralo, ahí, al fondo del pasillo, cabrón. Porque puedo soportar no tenerlo ya a mi lado, a Xoán, no al gato, pero lo que no soporto es saber que la culpa fue mía. Que le hice daño. Que fui capaz de preservar una cosa tan bonita durante tantos años para al final mandarlo todo a la mierda. No soporto pensar —¡saber!— que soy una horrible puta persona de mierda, porque voy a decir «puta», ¡qué coño! ¡Si es poesía! Que odio a la persona en que me he convertido, porque odio decir «la persona que soy», pero si me he convertido «en esto», ahora «soy esto». Odio a la persona que era antes de conocerlo. Odio a la persona que fui en los últimos meses, incluso años, de nuestra relación. Me odio. Aunque no entiendo una mierda de lo que acabo de pensar, pero todo me lleva a lo mismo: me odio.

Los sollozos aparecen por sorpresa. Los escucho antes de sentirlos, como si quien estuviese llorando a mares no fuese yo, como si pudiese salir de mi cuerpo y verme desde lejos. Ojalá pudiese salir de mi cuerpo. Ojalá pudiese volver atrás en el tiempo y ser de nuevo esa mujer que compartía la vida con Xoán en las épocas buenas. La que reía. La que tenía ilusiones. La que hacía el amor. El gato debe de estar asustado. Se acerca corriendo y va directo a los brazos de Brais, que ha entrado en el piso detrás de mí y que me mira asustado:

—¡¡¡Ey, Aurora!!! ¡No llores! ¡Por favor, no llores!

Creo recordar que eso mismo imploré yo una vez pensando en él, hace solo un par de semanas. ¿De verdad estoy tan necesitada como para hacerme amiga de un chaval de diez años? Me siento en el suelo, espero que en una baldosa limpia. Mis sollozos se incrementan. Tanto en cantidad como en sonoridad. No puedo detenerlo. El niño se agacha para ponerse a mi altura, con el gato en brazos. ¿Protegiéndolo? De quién, ¿de mí? La madre sigue de pie, mirándonos, sin decir nada. *El alcohol te vuelve una melodramática, Aurora. ¿Qué viene ahora? ¿Gritar que Xoán era el hombre de tu vida? ¿Que no sabes vivir sin él?* No. Sé hacerlo, sé vivir sin él. Sin nadie. Pero no quiero. Lo echo de menos, claro que lo echo, pero todavía echo

mucho más de menos a la mujer que era yo en aquella época, al comienzo. ¿Quién narices soy ahora?

—Vale, vale. Tranquila, por favor —dice Brais, desesperado.

Me agarra de la mano. Mira a su madre y la mujer se acerca para ayudarme a levantarme. Me dejo guiar por el piso. Estoy llorando todo lo que no he llorado cuando Xoán se fue. Lo que no lloro cuando soy consciente de que mi peor enemiga soy yo misma. Lo que no lloro cuando digo palabrotas, cuando me río de todo, cuando me enfrento a la vida con mala hostia. Lloro lo que no puedo llorar cuando estoy sobria, porque borracha la RAM da para centrarse en otras cosas que no sean saliva, y mierda, y contaminación.

—Vamos a llevarla a la cama —dice la madre.

—Sí, te llevamos a la cama —añade el niño.

Eso sí que tiene gracia, que él me lleve a la cama. Suelto una carcajada mientras sigo llorando. A lo mejor si fuese algo mayor lo nuestro tendría futuro. Es de los pocos que me hacen reír sin estar borracha. De momento, todavía tengo algún límite. Pocos, pero alguno sí.

Todo se andará, al paso que vas, Aurora. Eres una patética pederasta.

Cierro la mano y con el puño me golpeo la frente.

DEJA

Con fuerza.

DE

Otra vez.

CREAR

Más fuerte aún.

ESAS

Golpeo, golpeo y golpeo.

IDEAS.

—¡Para, Aurora! ¡Vas a hacerte daño! —suena la voz asustada de Brais.

Suelto una carcajada, pero es de todo menos gracioso.

—¿Con esssto? —señalo el puño con la otra mano—. Esssto no puede hacerme daño, aunque sssangre. Lo que de verdad lastima esss esssto.

Coloco ambos dedos índice en las sienes y aprieto. Cierro los ojos y vuelvo a sentir las lágrimas tras los párpados.

—Ojalá nunca tengasss que sssentir esssto. Sssentir cómo es no querer quedarte a sssolasss contigo misssma nunca.

No me preocupa que Brais no entienda nada. No se lo decía a él. Ni a la madre, que a saber lo que estará pensando de mí. Noto que me agarran de los brazos y hacen fuerza para levantarme. ¿Cuándo he

terminado en el suelo otra vez? ¿Y si me he caído encima de pis, de vómito, de mierda? Pero no me importa. Ya no me importa nada.

Me levanto y me guían hasta mi habitación. Alguien enciende la luz cuando llegamos y no me sueltan hasta que consiguen sentarme en la cama. Me dejo caer hacia atrás, atravesada en el colchón. Aquí sentada, la modorra cae sobre mí como un bloque de una tonelada. Me pesa todo, hasta el cerebro me pesa. Quiero dormir, dormir y no despertar nunca, no pensar en nada nunca. El gato debe de notar que ya no soy un peligro para él, pues se acerca y se acuesta a mi lado. No tengo fuerzas para evitarlo, solo espero que se haya limpiado bien el culo antes de ponerse en la colcha. Escucho pasos. Se marchan.

—Braisss… —levanto un poco la cabeza, todo me da vueltas. Está al pie de la puerta de la habitación, a la madre ya no la veo—. Graciasss.

Él se encoge de hombros y esboza una tímida sonrisa:

—Para eso están los amigos, Aurora.

Dejo caer la cabeza de nuevo en el colchón. Escucho la puerta del piso cerrarse a lo lejos y me pregunto cómo es que aún no se ha arrepentido de ser mi amigo. Soy una mala amiga, ¿cómo no se ha dado cuenta? El gato se acerca a mi cuello y se pone allí a dormir. Lo último que pienso antes de caer yo también rendida es que pobre animal, cuya madre humana no es capaz ni de mantenerlo limpio. Si hubiese unos servicios sociales de animales, ya no tendría la custodia.

Fijo que en la calle estaba mejor que conmigo.

2016

—Del uno al diez, siendo el uno muy malo y el diez muy bueno, inmejorable, ¿esta semana cómo puntuarías tu nivel de rumiación?

—(…)

—Sé que es complicado. Si no lo fuese no estarías aquí, pero es muy importante que hagas los ejercicios que te propongo. Ya llevas viniendo un tiempo y es hora de avanzar, de pasar del análisis a los actos. Sé que quieres que esto vaya rápido, volver a tu yo de antes, como si esta de ahora no fueses tú, pero sabes que esto es una carrera de fondo, de resistencia. Y que si no mueves las piernas, no puedes avanzar.

—(…)

—Me alegro de que las ideas hayan bajado con la medicación, pero la terapia psicológica es la que puede proporcionarte las herramientas para actuar cuando la ansiedad se dispare en casos puntuales, la que te ayuda a no caer en las compulsiones. Nada es tan sencillo como tomar una pastilla y ya está.

—(…)

—Inténtalo. Piensa en algo que te produzca malestar, pero no mucho. Lo mínimo.

—(…)

—Vale, bien. Imagina que te cruzas con alguien por la calle y que el pensamiento «es guapo» aparece en tu mente.

—(…)

—Evitarla no es la solución. Hay que enfrentarse a ella. Que se eleve y se mantenga alta, en el máximo. ¿Cuánto tiempo crees que podrías aguantar así, con la ansiedad al máximo? ¿Qué crees que sería lo peor que podría pasar?

—(…)

—No creo que te vaya a dar un ataque al corazón.

—(…)

—Mira qué bien: la consulta de una psicóloga es el mejor sitio para tener un ataque de ansiedad, ¿no crees?

—(…)

—Puedo explicártelo con palabras y razonarlo contigo doscientas veces, que si no te enfrentas a ella no cambiará tu visión.

—(…)

—Lo más sencillo es dejarse llevar por las compulsiones, que te

alivian momentáneamente. Aunque te parezcan inofensivas, como contarle tus pensamientos a Xoán. Te calman durante un tiempo, pero vuelven. Siempre vuelven. Los pensamientos vuelven y la ansiedad vuelve, y tú no sales de la rueda que gira y gira y gira. Como un hámster. Lo único que puede hacer que salgas de la rueda es pararte, detenerla y enfrentarte a las consecuencias.

—(…)

—Pero es que dudar no tiene nada de malo, ahí está el problema, en tu creencia de que sí lo es. Todo el mundo duda.

—(…)

—Ese volver siempre al mismo pensamiento, una y otra vez, analizarlo, observarlo, intentar comprenderlo y buscarle alguna lógica, sin rematar nunca de entenderlo del todo y sin que el proceso tenga nunca fin es la rumiación. Por eso analizar todas y cada una de las ideas que aparecen en tu mente, el porqué de su aparición, no sirve. No siempre hay un porqué, ni en esto ni en la vida en general. Solo hay una forma: enfrentarse a la ansiedad, no ceder ante ella.

—(…)

—Créeme, no te gustaría no sentirla nunca. La ansiedad es un sistema de alerta del organismo ante situaciones consideradas amenazantes. Advierte y activa nuestro cuerpo para poder hacer frente al peligro y salir airoso, o también para huir de él. El corazón bombea más sangre y la respiración se acelera, los músculos se tensan, de ahí ese malestar en el estómago que sientes muchas veces; la temperatura sube y sudas para estar preparada para una posible carrera de escape. Todo son mecanismos físicos para enfrentar los peligros gracias a los cuales nuestros antepasados sobrevivieron hace millones de años. La ansiedad, en según qué contextos, es buena. Por ejemplo, si alguien te asalta, si quiere robarte o abusar de ti… Tener los sentidos alerta, al ciento cincuenta por ciento, en situaciones así, es bueno. Puede suponer la diferencia entre sobrevivir o no. El problema viene cuando esa supuesta amenaza no lo es. Cuando nuestro organismo analiza mal el peligro. Porque es imposible escapar de un pensamiento, de ahí que cada cual desarrolle unas técnicas de defensa determinadas para bajar una ansiedad que nunca ha debido activarse. En tu caso, la rumiación, entre otros.

—(…)

—Sí, sé que la teoría la tienes más que sabida. Es la hora de la práctica.

ELEMENTO CUARTO:
Compulsión

Conducta o serie de conductas que se hacen en un orden preciso para ponerse a salvo del temor inducido por la obsesión y pasar el mal trago (reducir la ansiedad) lo antes posible. La mente tiene que hacer algo para evitar que la persona sufra ese dolor emocional tan fuerte, cosas que a veces no tienen que ver con la obsesión en sí.

¿Cómo vas a evitar que pase algo malo por pensar en el elefante rosa? ¿Cómo vas a hacer para que desaparezca de tu mente?

Viernes, 19 de julio 2019

En la sala de espera hay pocas cosas que hayan cambiado. Los asientos, el suelo, las paredes, todo sigue igual. Las revistas espero que no sean las mismas, claro. La planta de la esquina, una de esas verdes sin flor, está más grande. ¿Cuánto crece una planta en más de año y medio?

Me siento también en el mismo sitio, lo más alejada de la puerta de la entrada, para que sea más difícil verme. Una mujer con un niño de unos cuatro o cinco años —o seis o siete, nunca se me ha dado bien esto de las edades— se sienta justo enfrente. El chico mira la tablet que tiene en las manos y la madre le mira a él. Porque tiene que ser la madre. Nadie viene con un niño a un sitio así si no es la madre. Padres he visto menos, casi siempre son ellas. La mujer levanta la vista y se cruza con la mía. Intento sonreírle. No sé si lo consigo. Ella también sonríe, pero el gesto no le llega a los ojos. Vuelve a mirar al niño, está todo concentrado. Le acaricia el pelo. Él ni se mueve. Me recuerda a Aurin. *Comparas a un niño con un gato, Aurora*. Desvío la vista de la mujer y de su hijo. Siento que estoy interrumpiendo un momento íntimo.

Esta última semana ha sido dura, pero por lo menos Aurin ya sabe usar el arenero. Me pasé el domingo encerrada, limpiando la casa entera varias veces. No fui ni al quiosco. Lo único que quería era esconderme del mundo en una cueva, una cueva desinfectada. A la oficina sí fui, debo de ser la única persona del mundo a la que le gustan los lunes. Allí por lo menos puedo escapar de mí misma unas horas, aunque Tere no ayude mucho a no pensar en la contaminación. Recuerdo que ayer Aurin se echó a dormir en la almohada, al pie de mi cara. La imagen de sus patas saliendo del arenero y dejando el cuarto de baño, donde lo había colocado, como si fuese una playa, colapsó mi mente. ¿Y si llevaba mierda debajo de una uña o algo? ¿Acaso no queda la piel de los asesinos en las uñas de las víctimas? La mierda tiene una consistencia mucho más propicia para eso. Dormía apoyando la cabeza en una pata. Una patita minúscula y suave. Me acerqué a ella e… inspiré. Nada… creo. Otra vez. Pasé un par de minutos comprobándoselas todas, varias veces, hasta que abrió un ojo y me miró, como diciendo: «Ya vale, ¿no?». No era culpa suya arrastrar las arenas por toda la casa, por lo menos ya cagaba en el lugar correcto. Y no había vuelto a vomitar. El veterinario me dijo que

eso seguramente habían sido gusanos intestinales, muy comunes en gatos de la calle. Respiro hondo. Al final fui a la cita del lunes sola. Pensé en llamar a Brais, como habíamos acordado el sábado, pero… ¿cómo mirarlo a la cara después de…? Y la madre… Si antes esa señora no quería que me acercase a su hijo, después de lo que pasó debe de estar pensando en cambiar de casa, como mínimo. No tuve noticias de ellos en toda la semana. No creo que vuelva a tenerlas. Se me pone un nudo en la garganta. El veterinario también certificó que el gato era gata. Supongo que Aurin es nombre unisex. Recuerdo cómo al final, ayer, durmió en la almohada. Después de olerle las patas, observé cómo se le bajaban los párpados. ¿Cómo era capaz de quedarse así, dormida, conmigo delante? ¿Cómo sabía que no le iba a hacer daño? «De hecho, se lo voy a hacer», pensé. En unos meses la castraré. Aunque no sienta nada. Anoté mentalmente buscar si las gatas podían tener orgasmos y me quedé mirándola un rato más. Me di cuenta de que, de hecho, olía bien, a algo familiar, aunque no fui capaz de saber a qué. Había estado a punto de limpiarle las patas con alcohol el día anterior al darme cuenta de que había pisado su propia mierda. Menos mal que no lo hice. Eso sería maltrato animal, ¿no? Desistí al ver cómo las metía en la boca, un buen complemento alimenticio, espero. ¿La saliva de los gatos desinfecta? Recuerdo lo que había dicho Brais de la saliva en nuestro primer encuentro. Parece que han pasado años. ¿Lo volveré a ver algún día?

Intento centrarme en las revistas de la mesa del centro. El muro físico que me separa de la madre y el hijo. La baronesa de, la marquesa de, otra tipa en una isla del Caribe, creo que esa sin título nobiliario. Cojo una al tuntún. Aquí hay un cantante, pero no me suena para nada. Es guapo. Últimamente solo sale gente guapa en las revistas. Y en todos lados, la verdad. ¿Dónde están los feos? *Dónde estamos, Aurora*. Antes todavía había alguno por aquí por el medio, algún hombre rico. Leo que el cantante este con cuerpo perfecto —¿cuál será el equivalente masculino del 90-60-90?— ha salido de la última edición de *OT*. Pero ¿aún sigue *OT*? Miro a la mujer de enfrente, con el móvil. ¿Qué pensará de mí cuando me vea con una de estas revistas? *¿Qué pensaría Adrián de ti si supiese el verdadero motivo por el que vas al quiosco?* Adrián, pobre, no fui el domingo pasado.

«Mi Auroriña va a llegar lejos.»

A mi madre siempre le han encantado estas revistas. Yo se las cogía a escondidas. Soñaba con ser una de estas mujeres que parecían tenerlo todo, que vivían en mansiones que yo jamás pisaría y vestían ropas ofensivamente caras. Mujeres hermosas de cuerpos perfectos,

pelo perfecto y maquillaje perfecto. Y cuenta corriente perfecta, también. A eso aspiraba yo, a tenerlo todo. Ni más ni menos. Le cogía las revistas a mi madre a escondidas. Papá siempre le decía con sorna que eso eran todo estupideces, mientras él miraba cómo corrían detrás de un balón veintidós tíos en pantalón corto que cobraban más en un año —¡en un mes!— que lo que conseguiría él en el taller durante toda una vida. Cogía las revistas de mamá a escondidas porque las revistas del corazón eran para amas de casa amargadas y cotillas que no tenían nada mejor que hacer con sus vidas.

¿Eran, Aurora? ¿Ahora ya no?

Pienso en mis novelitas. Esta semana he leído poco, no tenía ganas. Y ahora también dedico mucho tiempo a diario a limpiar el arenero, barrer las arenas y recoger pelos. Ayer me tiré casi media hora dejando impoluto el sofá. Los malditos rollos atrapapelos funcionan fatal, pero no he encontrado nada más eficaz.

—¿Aurora?

Levanto la vista y la veo. Acaba de salir de la habitación del fondo, de la puerta del medio. Supongo que la madre y el niño estarán esperando a que se abra una de las otras dos. La mujer que me llama también está igual, quizá con las mechas algo más rubias. No me acuerdo de su nombre, con lo buena que soy yo siempre para los nombres y las caras. Tampoco me acuerdo nunca de lo que hablo cuando estoy ahí encerrada con ella. Solo recuerdo sus palabras. No tiene mucho mérito, es mucho de repetir las cosas. *Porque no le haces caso nunca, Aurora.* Pero ¿las mías? ¿Mis palabras? Las mías no. Un mecanismo de defensa como otro cualquiera, supongo. Gracioso, viniendo de una mente que es capaz de recordar cada mínima zona contaminada de piel, como si la marcasen con un hierro al rojo vivo.

Avanzo hasta la habitación y cuando estoy dentro cierra la puerta detrás de mí. Se sienta tras una mesa y yo hago lo mismo delante, en un sillón. ¿Es el mismo mueble de siempre? De eso no me acuerdo. ¿Y la sala? ¿Está igual o ha cambiado algo? El cuadro que tiene detrás, uno de esos modernos en blanco y negro y de líneas finas que no sé ni cómo describir, está igualito.

—Bueno, Aurora… —habla y la miro. Se recoloca las gafas. Siempre me he fiado de la gente con gafas, como si los que no las llevasen no leyesen o no condujesen. ¿Quién se puede fiar de alguien que no lee o no conduce?—. Antes de nada, déjame decirte que siento mucho no haberte dado cita antes, pero cuando me llamaste el lunes…

—Nada —la interrumpo—, cuatro días es mucho más rápido de lo que esperaba…

—Pero entiendo que era una emergencia… —me mira como

dejando la frase sin terminar. ¿Era una…? Sí, era una… No pienso ni la palabra. *Emergencia, Aurora*. Recuerdo la primera vez que estuve en una consulta así, solo que sin cuadro y con las paredes descascarilladas. En aquella época sí que era una emergencia—, ¿no? —pregunta, al ver que no respondo.

—Sí, sí.

—Bueno, pues ya sabes cómo va esto.

—Sí, sí, claro.

Parezco un disco rayado.

—¿Qué tal te encuentras?

Estoy por decir «bien». Por inercia. *Odias que te pregunten qué tal estás, siempre tienes que mentir*. Pero si estoy aquí…

—Pues… —trago saliva—. Pues no muy bien, la verdad.

—Pero estar aquí de vuelta ya es un paso. Un paso muy grande.

Me encojo de hombros.

—¿Y por qué estás aquí?

No sé qué decir. No funciona así. No funciono así. ¿El cuadro está torcido?

—Tengo una gata —suelto.

¡¿Para ti eso es lo más destacable del último año y medio, Aurora?!

—¿Sí? ¿Desde cuándo?

—Desde hace una semana, solo.

—¿Y por qué te decidiste a tener una gata?

—No lo decidí. Un… —dudo un momento. ¿Amigo? Creo que ya no — vecino que no se podía hacer cargo del animal la encontró debajo de un contenedor y digamos que… casi me obligó a que me quedase con ella.

—¿Y qué tal te adaptas?

En realidad pregunta qué tal llevo el tema de la limpieza, claro.

—Pues… En fin, estos días mejor que los primeros. Pero… ya sabes —me encojo de hombros de nuevo—. Eso de que los gatos son muy limpios es una mentira como una catedral.

—¿Limpias mucho?

—No lo sé, supongo que lo normal.

—¿Cuántas horas dedicas al día a limpiar cosas relacionadas con la gata?

—Ehm…

Muchas, Aurora. No sé qué responder.

—La última vez que nos vimos dijiste que llevabas bastante bien el tema de la limpieza, que conseguías reducirlo a solo un día de la semana.

Mis adorados domingos.

—Sí, pero, ahora, con la gata…

—¿Qué más cosas han cambiado?

Todavía no estoy preparada para profundizar tanto.

—Pues… no lo sé, la verdad. Antes pensaba que lo tenía todo bastante controlado… Por eso dejé de venir. En fin, por eso y porque cuando fui a pedir cita me di cuenta de que me faltaba la agenda y le dije a la chica de recepción que la llamaría… pero nunca llamé.

—¿Fue solo pereza?

Claro que no.

—Yo… es que no quería… —*¿no querías qué, Aurora?*—. No quería saber que esto iba a ser así para siempre, ¿sabes? Que iba a estar siempre… que estoy…

—¿No querías depender de la terapia toda tu vida?

Más o menos. Inspiro. Tengo que ser sincera, si no esto no vale para nada.

—Ni de las pastillas —añado.

—¿Sigues tomando la medicación? —pregunta, preocupada.

—Sí, sí, claro, pero… Bueno, menos la… la Navidad pasada. La Navidad pasada dejé de tomarlas.

—¿Y eso?

—Pues… más o menos como lo de la agenda —intento sonreír, pero soy patética—. Coincidió con los festivos de Navidad y me olvidé de tomarla un día, después al siguiente me di cuenta de que había perdido el blíster, no sabía qué farmacia era la que estaba de guardia y me dije «¿por qué no?, no quiero tomar pastillas toda la vida. Estoy bastante bien, ¿por qué no probar?».

—Pero no salió bien.

—No, no salió bien…

Recuerdo lo mal que lo pasó Xoán, que no entendía nada. Por qué lloraba cada cinco minutos, por qué a la media hora me ponía a gritarle y por qué a la siguiente actuaba como si nada hubiese pasado. No le dije que había dejado de tomar las pastillas por si me echaba la bronca. Una actitud infantil, lo sé. Al fin y al cabo, él no es mi padre. Y ni mi padre tiene derecho a regañarme a estas alturas de mi vida. *Pues debería, Aurora. Alguien debería. No se te da bien ser adulta.* No es mi padre, pero el miedo a decepcionarlo estaba ahí, supongo.

—Este tipo de medicación no se puede quitar así, de forma radical, Aurora. Y lo sabías.

Sí, claro que lo sabía.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó al ver que yo no respondía.

Me paso la lengua por los labios. ¿Qué por qué lo hice? Pienso en Xoán. ¿Por qué todavía no me ha preguntado por él? Ella siempre sabe

hacer las preguntas correctas. Si no ha preguntado es porque sabe que no debe. ¿Leerá la mente también, como Brais? Los ojos se me llenan de lágrimas. ¿Xoán? La cuestión no es Xoán. O sí, no lo sé. ¿Estoy como al principio? ¿En serio?, ¿después de tantos años? ¡Si ya no hay ningún Xoán! Recuerdo cómo era él cuando estaba conmigo. Aquel día que lo vi reírse con sus amigos, cuando pensó que no lo observaba. Conmigo ya no se reía así. Siempre pensando en qué hacer o no hacer para que no me sintiese mal, porque soy una puta enferma medicada a perpetuidad. Y digo «puta» porque es poesía. Porque soy una loca. Me pican los ojos. Pestañeo, evitando que caiga ni una sola lágrima.

—Aurora, tienes que dejar de creer que es tu obligación hacerlo todo perfecto.

No digo nada, no puedo hablar mientras intento no llorar. Todo es demasiado.

—¿Pensarías eso de alguien con una enfermedad crónica? ¿Una enfermedad física, de las que se ven? ¿Pobrecito?, ¿es defectuoso?, ¿tiene que medicarse? —Cuántas veces he deseado tener cáncer y no… ¿esto?—. Sé que es duro, pero tengo que preguntártelo: ¿por qué decidiste volver?

Intento contener los sollozos:

—Ya… ya… no puedo… más.

Ella me mira, comprensiva.

—La terapia es necesaria, pero no es bueno que solo te desahogues aquí. Los seres humanos somos seres sociales. ¿Tienes a alguien próximo con quien hablar aparte de conmigo?

Me asusto. ¿Hablar?

—¿Hablar de qué? De lo que… ¿de lo que me pasa?

¿De que estoy en tratamiento psiquiátrico?

—De lo que quieras. Como si es del tiempo. Dicen que aquí somos muy dados a eso. Solo sentir que tienes a alguien al lado.

Pienso en Brais. No creo que sirva. Pienso en Sabe, en María, en Azu. Pero ¡si hace meses que no las veo! Nunca hemos sido de llamar por teléfono. ¿Qué voy?, ¿a quedar con ellas para contarles mis penas, después de tanto tiempo separadas? Dirán que las quiero solo por el interés, y con razón. Tamara. A lo mejor Tamara. Pero bastante tiene ella ya con lo suyo, que está arreglando el mundo. ¿Va a dejarlo por ayudar solamente a una persona? No, sería muy egoísta. ¿Mamá? No, no sé ni cómo se me ha ocurrido. ¿Papá? ¿Roberto? Creo que no estoy tan desesperada. No, ¿verdad? No lo estoy… espero. La miro a la cara:

—Creo… creo que no funciona. La terapia. Hay algo mal en mí.

—Yo sí creo que funciona. O que ha funcionado, mejor dicho. ¿No acabas de decir que la dejaste porque te sentías mejor? Revisa tus

notas, los ejercicios que te he mandado hacer. Recuerda cómo eran las obsesiones al principio y cómo terminaron por ser cuando te marchaste.

—Pero eso fue la medicación.

—¿Fue todo la medicación? ¿Seguro?

No hay nada seguro en mi vida ya.

—¿Sigues tomando la misma dosis?

—Sí, quince miligramos.

—Eso es muy bajo, lo sabes, ¿no? Significa que cuando estás bien, es más gracias a ti misma que a la medicación. Y cuando estás mal, seguramente lo estés por muchas razones. El ambiente, el estrés, el momento vital, incluso el clima, a veces, cambian nuestro humor. Y no te voy a hablar ya de la menstruación, que sabrás tú tanto como yo. No todo lo que te pasa es culpa tuya. Estas sesiones están encaminadas a proporcionarte herramientas para saber gestionar esos momentos, porque aquí no sirve subir la dosis y que a la media hora ya se te olvide todo. Este tipo de medicación no funciona así, y lo sabes. Como sabías que no se podía quitar de golpe. Esto es una carrera de fondo, ¿recuerdas?

—Sí… pero ya podía ir terminando la puta carrera, ¿sabes?

Ella sonríe.

—Veo que sigues teniendo sentido del humor. Eso es bueno.

Encojo los hombros:

—Ya es lo único que me queda.

Me mira durante unos segundos sin decir nada:

—¿Estás lista para hablar de Xoán?

Entro en el portal y miro el pasillo del lado derecho del ascensor. El silencio es insoportable. Voy hasta el buzón por inercia, por tener algo en qué ocupar las manos. Vale que soy patética, que es normal que no quieran saber nada de mí, la madre y Brais, pero ¿y Aurin qué? Nada, la caja está vacía. Cierro y voy hasta el ascensor. Ocupado. ¿En serio no va a venir a visitar a la gata ni una sola vez? Chiiin. El ascensor se abre y un hombre casi me lleva por delante.

—¡Cuidado! —le digo cuando su hombro choca con el mío.

Un olor asqueroso me sube por las fosas nasales.

—¡Sal de ahí!

¿Ese brazo estirado pretendía empujarme? El olor se vuelve más nauseabundo, si es que eso es posible. El hombre sale a toda prisa del portal mientras me quedo desconcertada en el sitio. Cabrón, imbécil, estúpido, idiota, cretino. Me meto en el ascensor y pulso el tercero. Chiiin. Su cara me suena, pero creo que no es vecino, menos mal. *Todo el mundo tiene derecho a equivocarse de compañías, ¿no, Aurora?* Vuelvo

a pensar en Brais y en la madre. ¿Debería ir y disculparme? Chiiin. Salgo del ascensor y me detengo en medio del pasillo. Miro su puerta. ¿Qué es lo que haría una buena vecina? No tengo ni idea.

Cuando estoy a punto de girarme y entrar en mi casa, escucho las llaves en la cerradura. En las cerraduras, más bien. ¿Cuántas tendrán? La puerta se abre y la madre aparece por detrás. No hay ni rastro de Brais.

—Aurora, espera.

Me siento incómoda al escucharle pronunciar mi nombre. Se lo ha tenido que decir Brais. Se me hace raro imaginarlos hablando de mí. *Hablando mal, por supuesto*. Doy un par de pasos y me acerco a ella, pero no demasiado. La mujer también avanza algo, pero no quiere alejarse del umbral de la puerta.

—Yo… —empieza, pero creo que no sabe cómo seguir.

—Sí, yo quería… disculparme, ya sabes… —le digo.

—No, no es eso. Por eso tranquila. Todas nos encontramos con imbéciles a lo largo de la vida, no tienes nada por lo que disculparte.

—Pero… ya sabes… —trago saliva—. Iba algo… borracha, y…

—Eso… en fin, ¿quién no ha bebido alguna vez unas copas de más?

¿Por qué está tan amable? No lo entiendo. No quería que me acercase a su hijo, y ahora…

—Pero Brais…

—Tranquila, Brais está acostumbrado a ver cosas peores.

Dice eso y al momento parece que se arrepiente. Su cara pierde algo de color. No sabemos qué decir durante unos segundos de lo más incómodos.

—Lo que yo quería era pedirte un favor —termina diciendo.

¿Un favor? ¿A mí? ¿A la loca de su vecina a la que prohibió acercarse a su hijo? Cada vez entiendo menos.

—Claro, lo que quieras —¿qué le voy a decir?

—¿Podrías quedarte mañana con Brais?

Eso sí que no me lo esperaba.

—Tengo que… en fin, unos asuntos que… —parece trabarse.

—Claro, no te preocupes, yo encantada.

Estoy por añadir un «pero ¿seguro, fijo, que quieres?» por si ha enloquecido del todo.

—Le voy a dejar algo hecho de comer en la nevera, para que se lo lleve a tu casa y te invite —y añade, como si se diese cuenta de una cosa—. Porque no te importa que se quede en tu piso, ¿no?

—No, para nada, pero, si prefieres, puedo ir yo al tuyo.

—¡¡¡No!!!

Su tono es estridente. ¿Está asustada? Y entonces caigo. *Es puta,*

Aurora, ¿recuerdas? ¿Empezaría a llevarse trabajo a casa? El estómago se me encoge. No sé qué decir, así que solo asiento e intento sonreír.

—Bueno, pues… —ella también intenta sonreír, pero tampoco le sale muy allá—. ¿Mañana sobre las once, lo mando?

—Perfecto, sí.

—Vale, pues entonces hasta mañana —dice, caminando hacia atrás y agarrando el marco de la puerta para cerrar.

Doy media vuelta y saco las llaves.

—Aurora.

—¿Sí? —giro la cabeza.

—Yo… —lo dice como pensándoselo mucho, y luego añade a toda prisa—, que gracias por quedarte con el gato.

No sé qué decir. Improviso, estoy acostumbrada a fingir que soy normal:

—No me las des. Aurin hace mucha compañía —obvio totalmente el tema de cagar y mear, claro, esas cosas no se hablan entre vecinas. Veo que sonríe y que va a cerrar la puerta, así que añado antes de perderla de vista—. Por cierto, dile a Brais que no es gato, que es gata, pero que él tenía razón. Que da igual, porque Aurin es un nombre perfecto.

—Vale, se lo diré.

Sonreímos una vez más antes de que ella cierre la puerta y yo abra la mía. Aurin ya está en la entrada. Es meter un pie y ella frotarse contra mis piernas. Me pongo de cuclillas y la acaricio. Vuelvo a sonreír.

2014

Entro en la sala de espera como un ladrón en un banco, aunque llamarla así es muy generoso, sala de espera. «Pasillo de espera», mejor. Creo que todo el mundo me mira, a pesar de que allí solo hay una señora de mediana edad acompañando a un hombre bastante mayor. ¿El padre? Xoán va más relajado a mi lado. Para él esto es como ir al médico normal. «No hay médicos anormales», diría. Me siento a un par de sillas de distancia de las otras personas, como si así pudiese pasar desapercibida. Ni los saludo. Xoán sí, los mira y les dice «hola», y una sensación empieza a tomar forma en mi estómago. ¿Por qué no hace como yo y se viene para aquí sin llamar la atención? Pero se me pasa de inmediato. Para qué molestarse. Que haga lo que quiera.

No tengo ganas de hablar. Ni ahora ni en los últimos tiempos. Xoán lo sabe. Se pone a enredar con el móvil. Yo miro a todos lados, una y otra y otra vez. Espero no encontrarme con nadie conocido. Esto no es la cola del dentista, precisamente.

No sé cuánto tiempo esperamos, porque hace mucho tiempo que cinco minutos duran horas en mi vida. Cuando veo al hombre salir de la consulta y pronunciar mi nombre, me levanto como una autómata. Xoán me coge de la mano y me la aprieta con cariño, pero yo me suelto casi de inmediato. Quiero terminar con esto cuanto antes.

En la habitación, el hombre ya está sentado en su lado de la mesa. Hay dos sillas frente a nosotros, donde Xoán y yo nos colocamos. Tengo la boca seca. Las paredes del despacho son blancas, anodinas, descascarilladas. No hay nada que las adorne, desnudas por completo. No sé ni qué decir. No sé qué hago aquí, no sé…

—Bueno —empieza el hombre, mirando unos papeles que tiene delante y sonriendo. El pelo negro, lleno de gomina, refleja la luz de la sala—. Mi nombre es Francisco. Veo que vienes derivada de tu médico de cabecera, Aurora.

No me da mucha confianza un hombre con tanta gomina en el pelo y con americana. No le veo los pantalones, pero seguro que son de esos apretados.

—Sí, hace más de un mes, ya que pedimos la cita —suelta Xoán.

Yo me revuelvo en la silla, incómoda. No quiero estar aquí, no quiero, no quiero. El hombre que tengo delante pretende ser elegante, pero a mí solo hace que se me revuelva el estómago. Lleva un reloj

grande en la muñeca izquierda, plateado, como la alianza. En la mano derecha, por el contrario, lleva un anillo dorado demasiado grande. No quiero estar aquí.

—Sí, no damos abasto —dice él en tono conciliador—. Tú eres Xoán, ¿verdad?

—Sí —responde, seco.

—Vale, perfecto. Pues, ahora, Aurora —levanto la cabeza y lo miro, porque ha hecho una pausa dramática y odio el silencio—, por favor, explícame qué es lo que te pasa.

Miro a Xoán, desesperada, pero él solo me devuelve una mirada que viene siendo algo así como «venga, Aurora, cuéntale». Tanto defenderme porque han tardado mes y medio en darnos cita y ahora me deja así… ¿sola?

—Yo…

No sé por dónde empezar. En el médico de cabecera lo habló todo Xoán, ¿no puede ahora hacer lo mismo? Lo miro de reojo: «Ayúdame». Se da la vuelta hacia el hombre y abre la boca, pero él lo interrumpe:

—Es mejor que la dejemos a ella, aunque le lleve su tiempo.

Pero yo odio los silencios.

—Pues… —trago saliva—. Es… es que no dejo de pensar en todas estas cosas…

Silencio.

—¿Qué cosas?

Miro a Xoán. Él sabe qué cosas son, se las digo todos los días, a todas horas. ¿Por qué me cuesta tanto contarlas ahora?

Silencio.

—Cuando no tiene clases de la oposición, hay días que ni se levanta de la cama —habla Xoán y ya no se detiene. Parece que alguien le ha quitado el tapón y las palabras salen sin control—. No tiene apetito, no sale de casa a menos que sea para la academia, y de la academia vuelve muchas veces sin saber lo que han dado ese día. Ya ni lee, con lo que le gustaba a ella leer. No quiere ir de paseo, ni de compras, ni al cine, nada. Cuando le pregunto qué le apetece hacer, dice solo eso: «Nada». Solo le da vueltas a las mismas tonterías una y otra y otra vez, hasta que no puede salir del bucle y entonces viene a contármelas, y así se tranquiliza un poco hasta la siguiente. Y los descansos son cada vez más cortos.

Xoán me mira. Veo lágrimas en sus ojos. Siempre ha sido muy sensible. Eso, al principio, me gustaba. No sabía que me gustasen tanto los hombres sensibles hasta que lo conocí a él. Ahora daría lo que fuese por no verlo así.

—Aurora… —el hombre de detrás de la mesa, del que ya ni

recuerdo su nombre, me mira. Yo levanto los ojos—, ¿lo que cuenta Xoán es así?

No puedo responder aunque quisiera. Los sollozos no me dejan. Qué vergüenza, vaya espectáculo estoy montando. Fue mejor con el médico de cabecera, la receta de un par de pastillas y listo. Aquí quieren que hile frases con sentido y no sé si seré capaz. Busco un pañuelo de papel en el bolso. No he traído. Xoán saca un paquete del bolsillo del pantalón. Él nunca lleva pañuelos. Siempre me los pide a mí, pero hoy tiene, qué casualidad. Me fijo en que en la mesa hay también una caja de esas con la abertura arriba y un pañuelo asomando. No debo de ser la única que llora aquí, pero sí la única que no habla.

—Xoán, ¿te parece bien esperar fuera?

Pienso que va a decir que no. Al fin y al cabo, fue él el que consiguió que estuviésemos aquí, pero veo que pone cara de… ¿alivio?

—Sí, sí, por supuesto.

Me aprieta la mano de nuevo, mientras yo intento sonarme los mocos sin parecer demasiado patética. Cuando se levanta y cierra la puerta detrás de él, ya he asumido que eso es imposible. Si estoy allí, moqueando, llorando, sin hablar, es porque SOY patética.

—Aurora… —dice el hombre.

No lo miro, tengo demasiados mocos todavía, los ojos rojos e hinchados.

—Aurora, sé que es difícil, pero estar aquí es el primer paso.

—Solo… estamos aquí… —hipo— porque Xoán dijo… de ver a un médico.

—Xoán lo propuso pero tú aceptaste, ¿verdad?

Levanto la vista e intento ver algo entre tanta lágrima.

—Sí —respondo.

—Eso es lo que importa, Aurora. Él te ayudó, pero no te puede traer a la fuerza. Ahora, dime. Me gustaría oírlo de ti. ¿Podrías decirme en qué clase de cosas no dejas de pensar?

Dudo. Me froto los ojos. Estoy aquí para algo. Por mucha vergüenza que me dé. Inspiro, aguanto la respiración y me tiro a la piscina:

—Cada… cada vez que veo a alguien, a un hombre, no importa si lo conozco o no, si es famoso o anónimo, no puedo evitar… imaginarme con él. Teniendo sexo con él, besándolo… todo eso. Y… creo que… creo que me gusta.

—¿Que te gusta imaginarlo?

—Sí… no. No lo sé. Quiero decir, cuando lo imagino, creo que… eso, que me gusta. Que me gustaría besarlo, o tener sexo con él. Pero,

a la vez, pienso… pienso en Xoán y…

Siento las lágrimas calientes en las mejillas de nuevo. El pañuelo de antes está lleno de mocos. Miro la caja que el hombre tiene en su mesa. Él se da cuenta, la agarra y me la ofrece. Alargo el brazo y cojo un pañuelo, me sueno, y luego cojo otro más.

—¿Qué pasa cuando piensas en Xoán? —insiste él.

—Yo… creo que… —hipo de nuevo. ¿Cómo decirlo?—. ¿Cómo… cómo puedo querer a alguien si pienso todo el tiempo en acostarme con otros?

Ahí está lo que realmente me atormenta.

—¿Tú crees que la gente con pareja no piensa alguna vez en tener sexo con otras personas?

—Sí… habrá gente que sí, pero yo no. Yo nunca he sido así. Yo quiero a Xoán. Pero, si pienso todo eso, entonces es que no lo quiero. A lo mejor creo que lo quiero, pero no lo quiero. A lo mejor solo estoy con él por estar, porque construimos una vida juntos durante estos años, por inercia, por rutina. ¿Qué dice eso de mí?

Vuelvo a sollozar.

—Esos pensamientos que dices, en los cuales no puedes dejar de pensar, ¿aparecen siempre que ves a algún hombre que te gusta?

—A veces no. A veces… —me da vergüenza decir esto, pero no tengo nada que perder ya—, a veces tengo fantasías sexuales con hombres que me dan asco, como Jesús Gil.

Espero que el hombre diga algo, que se ría de mí, pero no. Solo me mira y permanece en silencio, como si le acabase de decir la cosa más normal del mundo. A lo mejor hasta está preparado para escuchar que, incluso a veces, me imagino teniendo sexo con mi suegro. O con mi padre. No, eso no se lo puedo decir a nadie. Quien no está preparada soy yo. No creo que lo esté nunca.

—¿Crees que por tener fantasías sexuales, con quien sea, no quieres a tu pareja?

—Si la quisiera, no pensaría en otros.

—¿Y entonces qué crees que es lo que pasa?

—Pues… no lo sé, a lo mejor soy adicta al sexo… o algo así.

—¿Cuántas veces tienes relaciones sexuales por semana?

—Ahora… ahora no muchas, la verdad.

—Entonces, ¿cómo vas a ser adicta al sexo?

—Es que no tengo ganas de… de acostarme con Xoán. Ese es el problema. Creo que de ahí vino todo, de que ya no lo deseo. Por eso siempre estoy pensando en acostarme con otros. Porque cuando me imagino con otros parece que sí que me gusta, pero nunca pienso en acostarme con el… ¿Cómo se puede querer así a alguien?

Las lágrimas no dejan de bajar por las mejillas. Por lo menos ya no hipo.

—Aurora, quiero dejar claro que no has venido aquí para que yo te diga si quieres a Xoán o no. Eso tienes que saberlo tú.

Lloro sin medida. Xoán no merece tener una persona como yo a su lado, una persona que se imagina todo el tiempo teniendo sexo con otros. Pienso en nosotros al principio, en cómo teníamos ganas de acostarnos todos los días, a todas horas. Cómo lo disfrutaba. Él y yo, los dos. Era sacarme el sujetador y los ojos de Xoán salirse de sus órbitas. Pienso en mí, en cómo no podía tener nunca las manos quietas cerca de la cremallera de su pantalón. En cómo darle placer a él hacía que yo también lo sintiese. En cómo verlo a él afanarse por complacerme me volvía loca. ¿Adónde se ha ido eso? ¿Dónde ha quedado esa complicidad, ese querer probar cosas nuevas? Intento decirme que ya lo tengo muy visto, que al fin y al cabo son casi cinco años, pero si quieres a alguien dan igual cinco que cincuenta. Esto que yo siento no es amor, no es amor de verdad.

Recuerdo aquella vez en que la realidad me golpeó como un tortazo. Lo vi en la ducha y pensé: «Vaya, ha echado barriga». Así, tan sencillo. «Esa barriga no me pone nada.» Si no me gusta la barriga, no me gusta Xoán. ¿Y la nariz? ¿Siempre la ha tenido tan grande? *Al principio te parecía feo, Aurora, ¿recuerdas?* No quería nada con él. ¿Y si en realidad nunca lo quise?, ¿solo me dejé convencer? Estábamos condenados desde el principio, por mi culpa. Porque me parecía feo y, aun así, quise seguir conociéndolo. ¿Por qué? Ya no lo recuerdo. Recuerdo el nudo en el estómago al darme cuenta, aquella vez en la ducha, de que no era perfecto, tal y como yo lo había visto el último par de años. ¿Había estado ciega? ¿Qué me había pasado?

—Aurora… —miro al hombre. No sé si ha dicho algo, yo no he oído nada—, ¿has probado a dejar a Xoán?

Sí. Tres veces ya. Asiento con la cabeza.

—Pero… cuando le digo que creo que quiero cortar, no sé qué me pasa… Empiezo a respirar muy rápido, me falta el aire, la mente se me nubla… Y él empieza a decirme que si quiero dejarlo que vale, que es decisión mía, pero que no cree que lo quiera dejar, no cree que no lo quiera, si hasta hace nada estábamos bien. Y luego vuelvo a verlo, vuelvo a pensar que son tonterías, que en el fondo es miedo al compromiso o algo así, porque lo veo y a veces, alguna vez, consigo sentir lo que sentía antes… pero después empieza todo de nuevo: los pensamientos con los otros hombres, las ideas siempre en la cabeza, cómo sería acostarse con ese, y con aquel otro, y por qué te fijas en lo guapo que es el tipo ese, y venga a darle vueltas, y ya no puedo seguir

así…

No sé si las lágrimas de una persona son infinitas. Pienso en el profesor de la oposición. Hace casi tres semanas que me imaginé desnudándolo sobre la mesa de la clase y follándolo allí mismo, y desde aquel día ir a la academia es un suplicio más. Si sacar la oposición a jueza ya es complicado, no sé cómo gestionar esto ahora, cuando el estudio siempre fue un lugar en donde refugiarme, la única cosa en el mundo que siempre se me ha dado bien y que todo el mundo ha aplaudido en mí. La única cosa que conseguía que me centrase en algo más de media hora seguida. Eso y una novela. Ahora ni lo uno ni la otra.

—¿Qué haces cuando esos pensamientos acuden a ti y sientes que no lo aguantas más? ¿Qué es lo que haces para tranquilizarte?

Lo pienso. ¿Qué hago?

—Se lo cuento a él.

—¿A quién? ¿A Xoán?

—Sí… es mi pareja. Si pienso en todos esos tíos mientras estoy con él, debería saber la clase de persona que tiene al lado, ¿no? Que a lo mejor… no lo quiero.

Sigo llorando. Lloro porque no sé qué está mal en mí, pero hay algo mal, muy mal. ¿Por qué no puedo querer a Xoán como él me quiere a mí? Seguro que él no piensa en las tías que le gustaría tirarse cuando va por la calle y ve alguna guapa. No se imagina teniendo sexo con otras. Seguro que le siguen gustando mis tetas como el primer día, que si por él fuese seguiríamos follando a diario. Lloro porque quiero querer a Xoán como se merece, pero no puedo quererlo si pienso todas estas barbaridades. ¿Jesús Gil? Sería hasta gracioso si no sintiese asco de mí misma. Soy asquerosa. ¿Cómo puedo pensar todo eso? ¿Cómo puedo creer, de mi propio novio, que es feo? ¿Cómo puedo no tener ganas de acostarme con él nunca? Lloro porque lo que siento por Xoán, sea lo que sea, no es amor de verdad. Lloro porque he cortado con él veinte veces ya y las veinte veces él me convenció de que en realidad no quiero hacerlo. De que algo me pasa. Que no es que no lo quiera. Que él sabe que yo lo quiero. Pero ¿cómo puede saberlo si no lo sé ni yo? Pero… ¿y si es posible? ¿Y si en el fondo sí que lo quiero, aunque sea tan… mal? ¿Se puede querer a alguien así? Pero ¿qué más da eso? Si aquí lo importante es que Xoán no merece a alguien como yo a su lado. Un ser tan asqueroso.

—¿Has pensado alguna vez en no hablarle de esos pensamientos? ¿En guardártelos para ti?

—En una pareja —me sorbo los mocos— no puede haber secretos. Las parejas se basan en la sinceridad. Si ya ni eso puedo mantener,

¿qué clase de persona soy?

—¿Crees que eres mala persona? —la peor—. ¿Por qué le das tanta importancia a unos pensamientos?

¡¿Cómo que por qué les doy tanta importancia?! ¿No lo entiende? ¡No solo son pensamientos, es todo lo que implica tenerlos!

—¿Y si algún día lo hago? ¿Y si hago eso… —no quiero ni verbalizarlo— que pienso?

—¿Sabes la cantidad de personas que son infieles en este mundo?

—Pero ¡yo no quiero serlo! —creo que le he gritado.

—Y si no quieres serlo, entonces, ¿por qué dudas sobre si quieres a Xoán?

No sé cuánto hablamos, pero el hombre termina por decirme que ya no tenemos más tiempo. Que lo siente mucho y que pida vez en el mostrador, que me va a marcar como urgente. Que las pastillas que me ha dado el médico de cabecera son para controlar la ansiedad y el insomnio, que las tome solo si las necesito, pero que también tendré que ver al psiquiatra. Que pida vez para los dos. Escribe en un papel, lo firma y luego me lo entrega, para que se lo dé a la mujer que me programará la próxima cita. Recojo la chaqueta y salgo pronunciando un adiós demasiado bajo. URGENTE. Soy urgente. Un caso perdido. Una tía que va a estallar como una bomba de relojería si no encuentra a alguien que sepa cortar el cable del color correcto. *Sí, Aurora, sí: tú los cables los tienes bastante cruzados.*

Xoán se me acerca mientras avanzo hasta el mostrador, al principio del pasillo-espera. Le doy el papel a la mujer y esta empieza a teclear algo en el ordenador.

—Que… ¿qué tal? —pregunta Xoán.

No sé si quiere saberlo de verdad o si pregunta por compromiso. ¿Y si no quiero contárselo? Pero quiero contárselo, igual que quiero contárselo todo. La señora del ordenador levanta la cabeza y pregunta:

—¿Para el día diez a las once y media de la mañana?

—¿Cómo el día diez? —dice Xoán—. Pero ¡si eso es dentro de cinco semanas!

—Es la primera cita que me sale, lo siento. Para el psiquiatra hay algo antes, el día cuatro.

Cogemos los papeles que nos da, como los tickets de la compra, y salimos del pasillo-espera para marcharnos, por fin, a casa. Quiero meterme en la cama y dormir, no pensar. Un cartel en la esquina, con una flecha señalando de forma acusadora hacia donde acabamos de estar, me despide. SALUD MENTAL.

Sábado, 20 de julio 2019

Suena el timbre. Aurin va hasta la puerta de la entrada y se pone a maullar. Ya sabe quién es. Miro el móvil mientras avanzo por el pasillo. Las once cero cero. Sonrío.

—¡Hola! —saluda Brais nada más abrir la puerta. Ve a Aurin y se agacha—. ¡Hola, cosita bonita!, ¿qué tal estás?, ¡ayyy, pero qué guapa eres!

—Ya te ha dicho tu madre que era gata, por lo que veo.

—Sí… —¿ese sí suena raro? Pienso en qué más cosas le habrá dicho su madre. No quiero saberlo—. ¿Qué tal estás?

Pregunta eso todavía en el umbral de la puerta, de cuclillas y acariciando a Aurin, como si tal cosa. Lleva un tupper grande en la mano. ¿Qué tal estoy? No quiero decir «bien», como hago siempre, pero no tengo ni idea de cómo estoy. Nunca me permito hacerme esa pregunta.

—Vamos yendo.

No deja de ser otra frase hecha, pero es lo único que se me ocurre. Por lo menos no miento. Ayer fui a consulta. Por mi propio pie, además. «Vamos yendo» es lo más exacto que puedo decir en estos momentos.

Parece que Brais también se da por respondido, porque se levanta y avanza hasta la cocina. Cierro la puerta y voy tras él, mientras le escucho decir que su madre hace la mejor ensalada de pasta del mundo y que tiene que meterla en la nevera y qué bien que ahora seamos amigas —no sé ni el nombre de mi supuesta nueva amiga, pero en fin—, y que si quiero ver el nuevo vídeo de Aurin con él. Sonrío mientras le escucho hablar. *Lo echabas de menos, Aurora.* Guardamos la comida y vamos al salón. En fila india: Brais, Aurin, yo. Menos mal que la casa es mía. El asunto me parece gracioso y sonrío aún más. Mientras el niño enciende la tele y manipula el mando para poner YouTube —*¿seguro que la casa sigue siendo tuya, Aurora?*—, Aurin se instala en el sofá, frotándose en toda cuanta superficie puede para que luego yo me pase horas limpiando los pelos. «Tienes que poner un límite, Aurora. Limpia solo una vez a la semana», me dijo ayer la psicóloga. ¿Una vez a la semana? ¿Con una gata? Imposible. «¿Limpias más de una vez al día?», me preguntó. «Claro», dije. «Pues vamos a empezar por limpiar solo una vez cada día, ¿vale?». Y hoy ya he recogido pelos por la mañana. El arenero no cuenta, el arenero hay

que limpiarlo cada vez que se usa, hasta en eso estaba ella de acuerdo. *O ha cedido, Aurora, por lo ansiosa que te has puesto con ese tema*. Me cuidé mucho de comentarle que limpiar el arenero también implica limpiar la superficie *alrededor* del arenero. Pasar la escoba, vaya, pequeños detalles sin importancia. A veces también la fregona.

—Ya está —dice Brais.

El vídeo empieza y nos sentamos los dos en el sofá. Brais al lado de Aurin, acariciándola. Qué monos son así. *En silencio, sin moverse, sin manchar*. *«¿Baking?»* La palabra hace que mire la tele. No sé qué narices es el baking, pero suena a comida. Últimamente como demasiado. Chicles, sobre todo. Algo que dure y me tenga entretenida. Y así no le doy a la herida de la boca, tengo una desde hace un par de días. ¡Ay! Sí, sigue doliendo. Creo que me he hecho hasta un agujero en la lengua. ¿Los chicles engordan? Tengo que ir al gimnasio, ese que pago pero no piso. La última vez el monitor estaba de muy buen ver. A lo mejor puedo probar a acostarme con un tío sin estar borracha, por variar. *A lo mejor podrías probar a no acostarte con nadie, Aurora*. Pues también.

Miro a Brais y a Aurin. *O a lo mejor podías acostarte con menore…* No dejo que la frase termine. «Todo el mundo tiene pensamientos intrusivos, Aurora», escucho la voz de la psicóloga, mejor que la mía, «pero nadie les da la importancia que tú les das». No tienen importancia, no tienen importancia, no tienen importancia… Herida en la lengua. ¡Ay! Intento centrarme de nuevo en el vídeo. El tipo pone un montón de polvos blancos en las ojeras. Para que lo que esté debajo «se cocine» y así se asiente todo mucho mejor en la piel, dice. No iba muy desencaminada yo con eso de que me sonaba a comida. No termino de pillarle el punto a dejarte la cara como el fondo de la artesa donde amasaba el pan mi abuela. De hecho, yo no lo llamaría baking. Enharinado, mejor.

—¿Y eso sirve de algo? —pregunto.

—No lo sé, nunca lo he probado —responde Brais.

—¿Quieres probarlo?

Lo digo antes de ser consciente de que una cosa así dejará mi casa de todo menos limpia.

—No.

Su voz cortante me sorprende. El moratón del ojo prácticamente ha desaparecido, pero si me fijo bien aún se le ve un poco. Supongo que esa no es la única marca que todavía tiene. ¿Cómo se sentirá? Pienso en algo que decirle. «Los seres humanos somos seres sociales. ¿Tienes a alguien cercano con quien desahogarte?» No sé si yo soy la persona indicada para que el niño se desahogue, la verdad. *No, no lo eres,*

Aurora. Me gustaría saber quién le hizo lo del ojo y por qué, pero ya se lo pregunté una vez y no quiso hablar de ello. *Pregúntaselo, pregúntaselo, pregúntaselo.* No voy a hacerlo, no quiero hacerlo, ¿y si le hace daño recordarlo? *Pregúntaselo, pregúntaselo, PREGÚNTASELO.*

El móvil suena en la distancia. Creo que lo he dejado en la cocina. Me levanto.

—¿Paro? —pregunta Brais.

—No, sigue tú y luego ya me cuentas.

Voy a la cocina y ahí está el teléfono, sobre la mesa. Me sorprendo al ver en la pantalla «Roberto». Roberto y yo solo hablamos —muy de vez en cuando— por WhatsApp. Nada de llamadas. Trago saliva. Algo grave ha tenido que pasar. Después de la impresión inicial, cojo la llamada sin pensar, decidida. Las desgracias no me paralizan, al contrario. Siempre que no tengan que ver conmigo o con mi vida, por supuesto. A veces no puedo evitar sentirme culpable por el hecho de que los infortunios consigan dejar mi cerebro en standby, centrado solo en eso, sin limpieza, sin saliva, sin ninguna obsesión. Solo la desgracia. Y no está mal, para variar. *¿Las desgracias ajenas te gustan, Aurora?* Por lo menos sufro por las mismas cosas que el resto de gente de mi alrededor. Formo parte del grupo, de algo que va más allá de mi cabeza. Quien dijo eso de «unidos por la desgracia» sabía de lo que hablaba.

—¡¿Qué ha pasado, Roberto?!

Ni lo saludo. Que vaya al grano.

—Hola, Aurora. Mujer, no ha pasado nada, tranquila.

—Entonces, ¿por qué me llamas?

—¿Necesito que pase algo para llamar a mi hermanita?

Me paso la lengua por los dientes y no digo nada. ¿En serio?

—Pues… Vale, a ver, sí que ha pasado algo, pero es una tontería. Una tontería no, en fin, pero sí algo bueno. Ya sabes cómo es mamá, y cuando se lo conté a ella, a ellos, a papá también, en fin, cuando se lo contamos, pues ya sabes, que si una noticia así hay que darla hablando, que las nuevas tecnologías van a hacer que nos convirtamos en máquinas y toda esa cantinela que tú ya sabes.

—¿Cuándo se lo contasteis quiénes?

—Patri y yo.

—¡¿Le ha pasado algo a Patri?!

Recuerdo el día de la boda de Rober y Patri, hace dos años. Patricia Teixeiro, quién me lo iba a decir. Cómo miraba mamá a su primogénito, toda orgullosa. Creo que a mí nunca me ha mirado así.

—No, nada. A ver, sí, algo le ha pasado, pero ya te he dicho que era bueno.

—Pues ¡cuéntamelo de una vez, que no sé a santo de qué viene darle tantas vueltas!

¡Qué desesperación!

—Bueno… Pues que… que estamos embarazados.

Silencio. Roberto, ¿un hijo? Jesús, ¿cómo no ponen el carné por puntos para esto también?

—Querrás decir que «ella» está embarazada.

—Hala, venga, sí. Me has entendido perfectamente.

—¿Y de cuánto?

—Casi cuatro meses. Quisimos esperar a que estuviese todo ya más encarrilado… y tampoco sabía cómo anunciarlo, la verdad.

—Pues… ¡felicidades!

Supongo, ¿no? No sabía ni que lo estuviesen intentando.

—Vas a ser tía.

—Sí, y tú padre.

Silencio. Escucho su respiración del otro lado del teléfono:

—¿Recuerdas cuando éramos pequeños? —tengo ganas de responderle que la expresión «ser pequeños» abarca una franja de edad demasiado amplia, pero me callo. «Venga, sí, corrígeme, como siempre», resuena su voz en mi cabeza—. Yo lo recuerdo como si fuese ayer —sigue hablando—. Y ahora… ahora voy a tener un niño a mi cargo, ¿te imaginas?

Me siento algo incómoda ante este momento de intimidad entre hermanos. No sé qué decir.

—O una niña.

—¿Perdona?

—Un niño a tu cargo o una niña.

—No puedes parar de corregirme nunca, ¿verdad? —se irrita—. Sigues igual que cuando eras pequeña.

—Me alegro de que por lo menos uno de nosotros haya madurado.

No está acostumbrado a que lo piropee, no sabe qué decir. Todavía hablamos un poco más, entre risas, de las anécdotas que tenemos de la infancia, de cómo lleva Patri el embarazo, de cómo está viviendo él la experiencia. Cuando colgamos, me siento bien. Vuelvo al salón. La tele está encendida, pero allí ya no hay nadie.

—¿Brais?

—¡Aquí!

Avanzo hasta el lugar de donde viene su voz. El despacho. Voy con un nudo en el estómago. A saber lo que estará haciendo. ¿Habrá tocado algo? Lo veo, los veo a los dos, a él y a Aurin, sentados en la alfombra y cogiendo libros de las cajas. Intento relajarme. Evitar que la respiración se me acelere. Abro y cierro la mano, me la paso por la

frente. ¿Y si deja las huellas de sus garras en ellos? No sé qué narices tienen los niños en las manos, pero los del CSI deberían sintetizarlo para usar en las marcas dactilares: no hay cosa más duradera.

—¿Cuántos libros tienes? —pregunta.

—Pues no lo sé, nunca los he contado.

—¿En serio? —levanta la vista desde el suelo y me mira con los ojos muy abiertos. Aurin lo imita—. ¿En serio no sabes cuántos tienes? Yo nunca me olvido de los libros que leo.

—Eso es porque eres joven. Cuando yo era pequeña también creía que no los olvidaría nunca.

—Pues entonces no quiero crecer.

Está apañado, pobrecito. Yo tampoco quería. Bueno, miento: sí que quería, deseaba crecer y poder hacer lo que me diese la gana, pero ahora que sé en qué consiste hacerse mayor, me gustaría volver atrás. A los tiempos en los que éramos Las 4 Fantásticas, en los que había que estudiar y odiábamos estudiar, pero que era algo que se me daba bien, en lo que era la mejor. Sin novios con los que cortar, ni amigas con las que perder la relación, ni medicación que fuese más allá del Dalsy de vez en cuando. Un tiempo en el que me daba igual tener o no tener novio, acostarme o no acostarme con un hombre, ser o no ser guapa. De hecho, no podría decir el momento en el que toda esa mierda empezó a importarme, ni tampoco por qué me importa. Supongo que crecer es empezar a preocuparse por todo. Y olvidar los libros que vas leyendo, también.

—Aurora…, ¿puedo hacerte una pregunta?

Trago saliva. Cuando pregunta si puede preguntar, tengo miedo.

—Claro —creo que me atraganto.

—Tú… ¿tú tienes algún problema con la bebida?

Mi primer impulso es reírme, pero rápidamente se me pasa, dura solo media milésima de segundo. *Es de todo menos gracioso, Aurora.* Sacudo la cabeza con fuerza:

—¡No, claro que no! ¡Para nada! ¡Por supuesto que no!

—No hace falta que lo niegues tantas veces, con una me llega.

Sigue mirando la caja de los libros, sacándolos y poniéndolos en la alfombra. Creo que no quiere mirarme a la cara. ¿Tengo un problema con la bebida? *¿Con la bebida solo, Aurora?*

—Es que… —*¿qué, Aurora?* Suspiro—. Es que este finde se me han juntado demasiadas cosas, ¿sabes?

—Entonces, ¿no te emborrachas todos los findes?

—¡Claro que no!

Hago memoria. *¿Seguro, Aurora?* Este fin de semana todavía no he probado ni gota de alcohol. Técnicamente, es verdad. *Aún tienes*

tiempo.

—¿Y estás enferma? —pregunta también. Ya de perdidos al río, debe de pensar.

Arrugo la frente, no entiendo.

Y entonces caigo. *No se refiere a físicamente, Aurora.* Siempre pensamos que cuando alguien pregunta eso se refiere a si te duele algo, tienes mocos o estás a punto de morir de algo fulminante y terminal. Yo soy la primera que lo piensa, a pesar de mis… circunstancias.

—Sí, porque le he preguntado a mamá si ahora que os lleváis bien ya no creía que estuvieses mal de la cabeza, y ella dijo que no, que no se me ocurriese volver a decir eso nunca, que era feo, peor que una palabrota, ¡¿te lo puedes creer?!, si fue ella la que lo dijo primero, pero en fin, que ahora dice que estás enferma, no loca.

No termino de saber si esa señora —*¿señora, Aurora? Si es más joven que tú*— me cae bien o si la odio con todas mis fuerzas. Por algo no le parecía buena idea a Xoán que dijese por ahí lo de las pastillas. *Xoán, Xoán, Xoán. ¿Otra vez? Ya no hay ningún Xoán, Aurora, asúmelo. Lo que hagas y dejes de hacer es solo cosa tuya. Antes también, pero ahora por lo menos ya no lo tienes a él como excusa.*

—Ehm… —no sé qué decir. Enfermedad, trastorno, dolencia. Nunca he sabido cómo llamarlo—. ¿Acaso importa?

Me escucho decir eso casi sin ser consciente de que las palabras salen de mi boca. Brais levanta la cabeza y me mira a los ojos, por fin. *¿Tienes a alguien cercano con quien desahogarte?* Un niño de diez años no es una opción, por supuesto, pero me da igual. Porque, en el fondo, sé que da igual con quién lo haga. Ese gesto de pena va a estar ahí siempre. No sé si prefiero un «estás loca» o el «pobrecita» que veo en sus ojos. No sé qué más decir. No sé qué decirle a Brais y no sé qué decirme a mí misma. Noto el calor en la cara, como si tuviese algo de lo que estar avergonzada. Supongo que sí lo estoy, porque no se lo he contado a nadie, ni a mis amigas, ni a mi familia. Y a Xoán tuve que involucrarlo porque mis obsesiones giraban alrededor de él, que si no tampoco. ¿Qué pensarían si…? Pero así no puedo seguir, *y lo sabes, Aurora*. Lo sé porque ayer fui a la psicóloga por primera vez en año y medio. *¿Qué estás haciendo para solucionarlo?* No lo sé, tengo la sensación de ir por la vida como un pollo sin cabeza. Miro al niño e imagino que no debe de entender nada, que como mínimo merece una explicación. Pienso que puedo tomármelo como un ejercicio práctico, para cuando quiera contárselo a una persona adulta, algún día. De algún milenio.

—A ver… —¿cómo explico algo que nunca he sido capaz de

explicarme ni a mí misma?—. Lo que me pasa es que… mi cerebro funciona de forma diferente a la tuya. A la de la gente… en general, ¿sabes?

He dicho «gente en general» y no «gente normal». Minipunto para mí. No tengo ni idea de si eso es médicamente correcto, seguro que no, pero me da igual. Ahora que he empezado no debo detenerme. Si me detengo no volveré a empezar.

—Tiene demasiados pensamientos por minuto. Qué digo minuto: ¡por segundo! Tú también los tienes, pero a la mayor parte no les das importancia. Yo sí, pero no debería. Y a veces, se me quedan grabados en la cabeza como si fuesen un tatuaje.

—Ah…

No creo que haya entendido nada, pero yo me siento aliviada. Una sensación nueva. Alivio. Sienta bien, la verdad. Ayer la psicóloga me preguntó qué cosas había hecho últimamente para evitar centrarme en los pensamientos intrusivos. Le dije que no lo sabía, pero ahora sí lo sé. Cuando estoy con Brais, muchas veces el tiempo pasa sin darme cuenta. No sé si porque estoy centrada en parecer normal o si simplemente se me olvida que no lo soy —mierda, he usado «normal», pierdo el minipunto—. Por ejemplo, ¿cuántos minutos llevo sin darle a la herida de la lengua? ¡Ay! Sí, sigue doliendo.

—¿Puedes ponerme un ejemplo? —pregunta Brais. Ha dejado de sacar y sobar los libros.

—Pues… —*¿no era más sencillo con un niño de diez años que con un adulto, Aurora?*—. A ver: odio la saliva de los demás. Si me escupen al hablar, o bebo del vaso de alguien sin darme cuenta, o me limpio a la servilleta de otra persona, mi cerebro empieza a emitir alarmas que no me permiten pensar en otra cosa que no sea la zona de mi cuerpo donde hay saliva de otra persona. Y no puedo apagar el cerebro hasta que me lavo esa parte.

O la desinfecto. *Con alcohol, Aurora. Varias veces*.

—Pero eso tampoco es tan raro. Te da asco. A mí me dan asco las arañas.

No puedo evitar sonreír. A lo mejor también en eso consiste crecer, en perder la visión clara y concisa de las cosas. La gata maúlla, mirándome.

—Aurin está de acuerdo conmigo, ¿ves? —dice Brais.

Y vuelve a centrar su atención en los libros. Para él, el tema ha muerto. Ya está, fin, no le va a dar más vueltas. Quizá debería aprender más de él.

—¿Podemos colocarlos? —pregunta entonces, mirándome ilusionado.

¿Podemos? Miro las estanterías, esas estanterías que me han valido un riñón y medio, a medida y en madera de la buena. Recuerdo lo bien que me sentí pagándolas. *Toda la vida deseando tener una biblioteca propia para ahora dejar los libros en las cajas, Aurora.* Ya de niña almacenaba los libros en mi habitación, como si fuesen un tesoro, pero aquello no era una verdadera biblioteca. Una biblioteca no tiene una cama, ni tampoco un armario. Mi propia biblioteca, un sueño conseguido. ¿Para qué? Pienso en si realmente alguna vez he tenido un lugar que solo fuese mío. En mi habitación de niña mi madre entraba cuando le daba la gana con la excusa de limpiar o de echarme la bronca porque no estaba limpia. En el piso anterior tampoco, era demasiado pequeño y tenía que compartir todos los espacios con —no sé si quiero pensarlo— Xoán —no puedo evitar pensarlo—. Y a mí me parecía bien, porque si hay amor verdadero las personas quieren estar juntas todo el tiempo, o eso me decía a mí misma. *O eso te ha dicho Disney toda la puta vida, Aurora*. Hasta que empecé a querer estar sola a veces, y con eso empecé también a dudar de si lo que sentía por él era lo que tenía que sentir. Y ahora… ahora sí, claro, este piso ahora es solo para mí. Aunque tengo que arreglar el tema de la hipoteca. La pago toda yo, pero todavía aparece su nombre, a pesar de que nunca ha llegado a vivir aquí.

—¿Podemos? —insiste.

¿Colocarlos? ¿Y cómo? ¿Por autor? ¿Por género? ¿Por editorial? ¿Por colección? No quiero hacerlo mal. Nunca quiero hacer nada mal y termino por hacerlo todo peor. Tengo que relajarme, siento que mi respiración empieza a ir algo más rápido.

—Pues venga, dale —digo, poniendo el culo en la alfombra, a su lado.

Parece que le ha tocado la lotería. Da un salto sentado en el suelo que no sé ni cómo se hace eso, debe de ser otra de las cosas que perdemos al crecer. Los va sacando y lee el título en alto, uno a uno, y me pregunta qué me ha parecido. Todavía me acuerdo de bastantes más de los que esperaba, pero los años pasan factura. Curiosamente, recuerdo mucho mejor aquellos que he leído de niña o de adolescente que otros que leí en la veintena. Supongo que tenía la cabeza a otras cosas. Pienso en los que tengo en la tablet. Escondidos. También estaban escondidos en cajas todos estos, antes de que Brais decidiese empezar a sacarlos. Antes me gustaba tocarlos, olerlos, clasificarlos. No recuerdo cuándo fue la última vez que leí algo que no implicase penes y vaginas y todas sus posibles combinaciones como argumento principal.

—Qué suerte tienes. Ojalá mi madre pudiese comprarme tantos

libros.

No lo noto triste. Simplemente abre la boca y pronuncia las palabras, como si dijese «hoy es sábado» o «me llamo Brais». Entonces, ¿por qué me pongo triste yo? No sé cuál es la mejor respuesta en estos casos. ¿Regalarle uno? ¿Y si la madre se lo toma a mal? Con lo especialita que es… *Dijo la más indicada.*

—Cuando yo era pequeña iba mucho a la biblioteca —termino diciendo.

—Mamá no me deja ir solo y últimamente trabaja todo el día, así que no me lleva nunca.

Su madre. *Aurora, no pienses…* ¡NO PIENSO!

—Dime… —trago saliva—, ¿cómo es que trabaja tanto tu madre?

Me siento un poco psicóloga. Será que ya son muchos años de experiencia. Algo siempre queda, aunque no me lo aplique a mí misma. No le puedo preguntar directamente si su madre es puta —h*ala, ya lo has pensado*—, pero sí dejarle la puerta abierta para que me lo cuente él, si quiere.

—Dice que su jefe se aprovecha. Que como no tiene contrato, entonces…

Se levanta y coloca el libro que tiene en la mano. Cuando miro las estanterías, me doy cuenta de que los está ordenando por colores. A veces es tan sencillo todo… Pienso en ponerme a hablar de la legislación laboral con él, al fin y al cabo sabe definir «capitalismo». Insistir en que si quiere contarme cualquier cosa, de su madre, de lo que sea, que puede… Tamara aparece en mi mente. No creo que se me dé bien esto, la verdad. Y tampoco tengo ganas.

—¿Y este de qué va?

Brais me mira con un best-seller malísimo de hace unos años en la mano. Pongo los ojos en blanco y bufo.

—¿Tan malo es? —se ríe mientras lo coloca en su sitio, lomo verde pistacho. Solo un libro tan malo puede ser de ese color.

Debería donarlo. O mejor, tirarlo a la basura. Venderlo no, que no quiero que nadie pierda el dinero como me pasó a mí. Y yo no lo necesito. Hoy en día no. Y en el futuro tampoco. Bendita oposición. Tengo suerte, sé que la tengo, aunque parezca que no quiero disfrutarla. La madre con el niño de ayer, la de la sala de espera, aparece en mi mente. Cuando fui hasta el mostrador de la entrada, ella ya estaba allí. Preguntando cómo podía hacer para pagar a plazos. Y mi tarjeta, que ni se inmuta cuando le pasan los sesenta euros. Sesenta euros cada quince días. Ahora cada semana, porque tengo que desandar el camino del último año y medio. Luego ya se verá. Y ella, a plazos.

Aurin se sube a mis brazos y se pone a ronronear. Estiro la mano y la acaricio detrás de las orejas, donde sé que le gusta tanto. Creo que puedo habituarme a esto, pienso. A vivir, en vez de solo dejar pasar los días. Por supuesto, soy totalmente consciente de que esto solo es el optimismo de la primera sesión. Luego ya se verá. Paso a paso.

Febrero 2019

Sábado noche. Salimos porque Dani, un amigo de Xoán, acaba de presentar la tesis y quiere celebrarlo. Yo no tengo muchas ganas de ir, pero Xoán insiste: «¿Cuánto tiempo hace que no salimos juntos? Venga, va a ser divertido». Divertido, claro. Yo, que a las doce y media de la noche en fin de año ya me da el sueño. Dicen que las pastillas pueden provocar insomnio, pero, claro, eso solo aplica si estás acostada en la cama. Si estoy en la calle, no hay insomnio que valga, porque empiezo a darle vueltas a que yo no quiero estar allí, que es tarde, que hace frío y tengo sueño, y hasta se me cierran los ojos, y ya no puedo salir del bucle hasta que me marcho.

Antes yo no era así. Antes, salía de fiesta siempre que podía y era la última en marcharme. Si no ligaba, claro. Para eso salía: de cacería. *Vaya mierda de rima, Aurora.* Y será, pero es cierto. Fue llegar a la universidad y querer demostrarme a mí misma que había más chicos aparte de Fran a los que podía gustarles. Que lo de Fran no había sido casualidad, que no había sido el roto para mi descosido. Fran. Creo que se ha casado con aquella chica que me presentó un día de verano, en el pueblo. Ojalá sean muy felices. Ojalá le guste tanto como le gustaba yo. Más aún. Es lo que se merece, lo que merecen. Miro a Xoán. Él también se merece más. Son ya… ¿cuántos?, ¿cinco?, ¿seis años? Así. Cinco o seis años así. Casi diez con él, y he pasado más tiempo así que normal. Porque por mucho que se empeñe la psicóloga, ser normal no es como soy yo. Xoán sí es normal. Y se merece a alguien normal.

Al principio no era así, claro. Al principio eran diferentes tantas cosas… He llegado a pensar que era mi alma gemela. Siempre me interesaba lo que tenía que decir, siempre quería dormir con él, comer con él, hacerlo todo con él. Era feliz hasta aspirando su olor. Todo su mundo tiene un olor característico. ¿Cuál será el mío? Antes seguro que era el suavizante para la ropa que usaba mamá. Papá no sabe ni lo que es el suavizante. Todo eso ha cambiado, como mamá cambió el suavizante bueno por uno de marca blanca, «porque hacen lo mismo y es más barato». Lo del olor no, me sigue gustando el olor de Xoán. Pero, del resto… Del resto no queda nada.

—¡Brindemos por Xoán, que será el siguiente! —dice Dani.

Las once personas que hay a su alrededor levantan sus copas de vino, entre ellas yo. Y Xoán, pletórico. Para julio o septiembre quiere

presentar la suya, no lo tengo claro. Hace mucho que no hablamos de esto. Antes me interesaba cómo iba con la tesis. Ahora… ¿cuánto hace que no le pregunto por ella? A lo mejor hubiese conseguido llegar a presentarla en esta convocatoria si no fuese por… Intento no pensarlo. *Si no te hubiese dado por dejar las pastillas en Navidad, Aurora.* Él dice que no, que no le daba tiempo ni de broma, pero la duda está ahí. *Fue culpa tuya, Aurora.* Delante de la familia disimulaba, pero me pasé casi todas las Navidades metida en la cama, llorando o gritando. O llorando a gritos, o gritando-llorando, todo a la vez. *No presentó la tesis por tu puta culpa.* Hacía mucho tiempo que no intentaba dejarlo, dejar lo nuestro. Desde 2013 o 2014, desde el principio, vamos. Y ahora, ahí está. Feliz, animado, sin preocupaciones. Porque él lo sigue intentando. Que llevemos una vida normal, ser una pareja normal. La reforma del piso a punto de terminar, la hipoteca firmada. Pasando etapas de una vida en común que parece igual que la del resto. Pero no somos igual que el resto. Yo no soy igual que el resto. No conozco a nadie que vaya al psiquiatra. Alguna persona con diabetes, otras con asma y alergia, incluso algún pariente lejano con cáncer, medicación tras un infarto o bastante jodido tras un ictus. Pero ¿enfermo mental? Ni el primero.

No puedo decir que Xoán no intente ayudarme, porque sí lo hace. Pero no sé si funciona. Hace lo indecible y, aun así, nunca es suficiente. *Nunca es suficiente porque no lo entiende, Aurora*. No lo entendió cuando me dijo que había que normalizarlo, que no se acababa el mundo por un diagnóstico como aquel, pero que mejor no lo contase demasiado, por si acaso. Que la gente era muy cabrona y que decían «pobrecita» con una cara y con la otra repetían: «Aurora va al psiquiatra, ¡cuidado!». No lo entendía cuando procuraba que no me dejase llevar por las obsesiones, cuando le intentaba quitar hierro al asunto y luego, al ver que me subía la ansiedad, pretendía ponerse en mi lugar y hacerme sentir que todo eso que me pasaba en realidad sí era importante. Que era importante tener la casa impoluta, que era importante hacer las cosas tal y como yo dictaba, que era importante que ya no nos apeteciese hacer el amor a cada segundo. Preocupante, mejor dicho. Porque ahí residía todo. En que nada era como antes. Y que mi obsesión principal era él. Nosotros. Lo único que realmente a mí me había importado jamás. No lo entendía, tampoco, cuando me preguntaba «¿qué tal?» sabiendo que mal, pero por normalizarlo, igual que tampoco lo entendía cuando hacía como que entre nosotros no pasaba nada. No tenía ni idea de cómo debía comportarse, y sigue sin tenerla. Y no puedo culparlo. Ni yo misma lo sé.

«¡No lo estás intentando lo suficiente! Creo que ni te esfuerzas. No

haces nada por ayudarte y yo ya… yo ya no tengo más fuerzas.» Me lo dijo estas Navidades, cuando dejé la medicación. Son casi seis años así, ¿cómo no iba a cansarse? Y al final volví a tomarla. Pensé que podría aguantar, que se me pasaría esa desazón en el fondo del estómago, la cabeza dando vueltas. Que si esperaba, todo se asentaría dentro de mí y que podría aguantarlo sin pastillas, pero no. Una cosa era mirarme en el espejo y verme acabada, sin ánimo, y otra verlo a él así. A Xoán, no.

Y eso que yo no hago, no hice, nada más que echarle mierda encima. ¡Qué sencillo es culparlo a él! Porque a Xoán puedo llegar a comprenderlo, a intentarlo, por lo menos. A mí misma, jamás. Significaría que tendría que hacer el ejercicio de llegar a conocerme, a conocerme de verdad, y no estoy dispuesta a correr el riesgo. No sé qué me encontraría. Xoán siempre está ahí, a mi lado, y yo prefiero largarme. No de su lado, sino de mí misma. Porque él la caga a diario pensando que actúa bien, pero yo no hago nada, con lo cual es imposible equivocarse. No hablo, no le digo lo que siento, no quiero sentir. Bueno, hablar sí que hablo. O hablaba. «¿Recuerdas al dependiente del súper? He soñado que me lo follaba encima de la máquina registradora. Pero no me gustaba, lo he comprobado en mi cabeza y no, ¿vale? Yo te quiero.» Una vez y otra vez. «Me he imaginado besando a tu amigo Dani. Es guapo, ¿verdad? Es que es muy guapo. Tengo que decírtelo: ser es más guapo que tú, pero yo te quiero a ti, ¿vale?» Y otra más, porque nunca hay fin. Como cuando me da por olerme los sobacos. «Si el tío ese de la calle con el que nos hemos cruzado me llega a decir si quiero sexo con él, creo que dudaría. Al final me quedaría contigo, claro, pero es que estaba muy bueno. Pero te quiero, ¿eh? Pero estaba buenísimo. No he podido evitar pensarlo. Y si lo pienso, tengo que contártelo.»

¿Cómo puede aguantar alguien tanto tiempo así? Es imposible. Aunque últimamente mis obsesiones ya casi no son de ese tipo. Me atacan de vez en cuando, pero de forma mucho menos intensa. No sé si han sido las pastillas o qué, pero lo agradezco. Y, aun así, cada vez discutimos más. No sé en qué momento pasé de pedirle perdón por cada cosa que pasaba por mi cabeza a pensar que, quizá, la culpa también era, a lo mejor, un poco de él.

Cambié sinceridad por limpieza. Le di muchas vueltas en las Navidades. A lo mejor a quien no le compensaba seguir con esta relación era a mí. Viviendo sola también tendría que hacerlo yo todo, pero por lo menos solo ensuciaba una persona. Las tareas del hogar nunca habían sido lo suyo, pero eso ya lo sabía cuando decidimos irnos a vivir juntos. Recuerdo su piso, el sofá prehistórico, pero

también ese fregadero siempre lleno; el suelo, que no se sabía si era de baldosas o de tierra pisada; la ropa en el tendal, toda engurruñada. He visto ropa salir de la lavadora más estirada que de ese tendal. Me exasperaba que no hiciese lo que había que hacer, sin importar la carga de trabajo que tuviese. ¿Un doctorado? Pues ya ves tú, que no comparase. Lo primero era lo primero. «Tengo que terminar eso, ya fregaré los platos mañana». Y entonces iba yo a la cocina y lo hacía. En mis años de opositora nunca lo había puesto como excusa. Luego, cuando me saqué la plaza, la cuestión era que yo ya trabajaba lo suficiente fuera, que no iba a trabajar dentro también ni a aguantar tonterías de un doctorando frustrado. «Aurora, ¿qué más dará fregar mañana?». Pero daba. La respiración acelerándose, el dolor en el estómago, las manos frías pero sudadas, el no poder pensar en nada más. *Platos, platos, platos. Suciedad en el suelo. Suciedad en el suelo. Suciedad en el suelo.* Sensaciones. Que derivaban en pensamientos. *Es un cerdo, no hace bien, te trata mal, ¿no has visto cómo te ha levantado la voz al decir que ahora no iba a limpiar?*

Luego empezó con la manía de contratar a alguien, como mi madre. Para que lo liberase de hacer su parte, supongo. Pero pagándolo con mi sueldo de funcionaria, porque el suyo de doctorando era una mierda, aunque hubiese sido el que nos había sacado adelante mientras yo estudiaba la opo. Se lo eché en cara, pero si no era eso, sería otra cosa. Siempre encontraba algo de lo que culparlo. Porque cuando Xoán lavaba, u ordenaba, o aspiraba, siempre lo hacía mal. «Aquí quedan restos, esto está fatal, así no se hace.» Con lo sencillo que era hacerlo bien, ¡exactamente como lo hacía yo!

Lo miro. Está feliz, en medio de sus amistades. Se ríe, habla, atiende. Yo no puedo, ya no sé cómo se hace. Estoy en tensión. Y en tensión, sudas. Miro a mi alrededor: todo el mundo está a lo suyo. Dorso de la mano derecha, sobaco izquierdo, nariz. Como si me limpiase los mocos, disimuladamente. Mano izquierda, sobaco derecho, huelo. ¿Está bien? No tengo ni idea. *Repite, repite, repite.*

No sé cuántas veces lo hago. Por lo menos estoy centrada en otra cosa que no sea si el de mi izquierda me escupe al hablar con la boca llena, si la de enfrente se confunde de copa y bebe por la mía o si el de más allá coge comida del plato común con su tenedor lleno de babas. En tensión toda la cena. El radar encendido. La mente en alerta. Sin descanso. Lo habitual, vamos. No sé de qué hablan, porque estoy sin estar. Pero Xoán se sigue riendo. Ya hacía tiempo que no se reía así, de forma tan despreocupada. Por lo menos conmigo. Habla de su tesis, orgulloso.

Yo también hubo un tiempo en el que me sentía igual. Creo.

Cuando me apunté a la academia para la opo de jueza, supongo. Tenía los ahorros de las prácticas y de la beca de mala muerte bien medidos para pagarla. Pero luego, claro, pasó lo otro. Lo del pasillo de Salud Mental. Que era siempre el mismo, pero en las habitaciones nunca había la misma gente. Sesiones cada mes, mes y medio; contratos a los psicólogos de tres, cuatro. Caras nuevas cada dos sesiones, cuatro como mucho. Al primero que me vio lo mantuvieron en el puesto seis sesiones, creo que fue el récord, y menos mal. A lo mejor no estaba aquí si no hubiese coincidido seis veces seguidas con él, a pesar de que en la tercera empecé a imaginarnos follando encima de la mesa de la consulta. Conté mi historia media docena de veces. Al final ya no sabía si lo que decía era verdad o me lo inventaba. No aguantaba repetirlo una y otra vez, y eso que tenían el historial.

Tenían el historial, pero no era lo mismo leerlo que oírlo. En el historial no aparecían las preguntas que ya me habían hecho, las explicaciones que había dado una y mil veces. Con un simple historial no se construye la relación de confianza y bienestar necesaria para poder abrirse y contar cosas tan duras. Eso solo se hace a lo largo de las sesiones. Cada cambio de psicólogo era un volver al principio, empezar casi de cero. Y yo me metí en mi concha y dejé solo que viesen una parte de mí, la que menos mancaba, porque no podía abrirme una y otra y otra vez, de forma infinita. Como un puzle de mil piezas que, a punto de terminarlo, se te cae al suelo, y vuelta a empezar. No podía aguantar seguir abriéndome delante de desconocidos sin que alguna pieza quedase mal puesta cuando intentaba volver a colocarlas. Me prometí a mí misma no llorar como aquella primera vez. Una y no más.

Así que tomar la decisión, al final, fue sencillo. A mí, que siempre me costaba decidirme, al final no me costó nada. Cambié la clase de la oposición a jueza por la de funcionaria de la Administración, a secas. Algo mucho más rápido. *¿Sabes por qué fue tan sencillo, verdad, Aurora? Porque, en el fondo, sabías que intentabas abarcar demasiado. Como con aquel club de poesía. ¡Poesía, poesía! Pero ¡si tú no tienes ni puta idea de poesía! Con esto igual. ¿Cuánto te habría costado sacar plaza de jueza? ¿Cuánto te costó para inspectora del ayuntamiento? Ya ni lo intentas, porque siempre fracasas. Solo das para lo que das, lo insulso, lo anodino. Ser funcionaria, tener un novio, una hipoteca.* Supongo que ayudó no poder sacarme de la cabeza que quería follarme al profesor. En la de funcionario de la Administración local tipo A la que daba clase era una mujer. *Claro, claro. Siempre es más sencillo echar las culpas fuera que admitir que no das para más, que lo que te han dicho durante toda la vida es mentira. Mi Auroriña va a llegar lejos. ¿Lejos adónde? ¿Al*

ayuntamiento, en el centro de la ciudad?

Me saqué la oposición a la primera. Año y medio debí de tardar, entre que salieron las plazas y que me apunté al examen. Estudiar seguía siendo una especie de terapia para mí. Era algo que me obligaba a estar centrada en otras cosas. Y eso que al principio me costaba, de cada ocho horas de estudio aprovechaba cuatro. Pero es como montar en bicicleta, si eres buena estudiando, eso nunca se olvida, y al final lo conseguí. Con el primer sueldo aún caliente en la cuenta, busqué una psicóloga, mujer, por la privada. Ir a las sesiones cada mes y medio, dos, estaba bien si tenías que estudiar doce horas al día, pero eso se había terminado. Como también se había terminado lo de imaginarme follando en las mesas, y disfrutándolo.

Vienen a preguntar qué queremos de postre. No sé dónde he estado todo este tiempo. He comido poco. En este sitio no ponen cubiertos para servir de la fuente común, así que he intentado echarme siempre la primera, a riesgo de parecer maleducada. Si a mí, en el fondo, esta gente me da igual. Son amigos de Xoán, no míos. Si algún día cortamos, no volveré a tener relación con ellos. A Xoán siempre se le ha dado mejor la gente que a mí. Como Roberto. Como Sabe, como María, como Azucena. Y Tamara. Carlos no, Carlos es igual o peor que yo. Vaya consuelo…

Tengo que ir al baño. Es algo que he estado atrasando toda la noche, pero ya no puedo más. Me levanto y sé que tengo la mirada de Xoán clavada en la espalda. Deseando saber cómo ayudarme. Pero también, y cada vez más, sintiendo rabia. Rabia porque ni en una cena, una vez cada tres meses, puedo evitarlo. «¡Ni lo intentas! ¡Tan siquiera creo que te estés esforzando!» Es la cuarta vez que me ve levantarme para ir a lavarme las manos, pero es que sus amigos son muy cerdos. Él no lo entiende. Solo me observa con esa mirada suya que me pone de los nervios, más de lo habitual. Creo que el resto no se ha dado cuenta de que voy tanto al baño, o eso espero. Como mucho, pensarán que sufro de incontinencia. Pero Xoán lo sabe, sabe lo que me pasa. Mirándome así, lo único que consigue es que mi sensación de culpabilidad se haga más fuerte. Por dejarme llevar por mi cabeza, cuando ahora encima lo que necesito es hacer pis, no lavarme las manos. Ya me sé su cantinela: «No haces los ejercicios de la psicóloga, no aguantas la ansiedad, no lo intentas, no lo intentas, no lo intentas». En realidad solo se quejó una vez, pero sé que piensa todo esto, a todas horas. Él ha intentado doctorarse, y ahí lo tienes. En unos meses. Yo he intentado ser jueza, y al final lo cambié por un montón de billetes más pequeño, pero más rápido. «No lo intentas lo suficiente.»

Me meto en el servicio de mujeres y cierro con el pestillo. Me bajo los pantalones y las bragas y acerco el culo al váter. Y dejo salir el chorrito. Despacio, lentamente. Son muchos años de práctica ya para no salpicarme. ¿Gimnasios a mí? Mear en locales públicos, mucho mejor, ¡tengo los glúteos que ni la YeiLou! Listo. Cojo papel, tiro la primera parte por si alguien la ha tocado, me limpio, me subo las bragas y los pantalones y tiro de la cisterna.

Y entonces me doy cuenta. El papel del baño este es casi como de fumar, tan fino, tan fino, tan fino que fui capaz de sentir el pis caliente a través de él al limpiarme. Y si lo he sentido, hay pis en mis manos. Y con esas manos me he subido las bragas, y el pantalón. Hasta la cadera.

Cadera. Cadera. Cadera.

Tengo que ir a casa a lavarme, a lavar las bragas y el pantalón. Un momento: ¿y si también traspasa a través de las bragas? Cada vez que me ponga un pantalón, cada vez que me rasque a través de él mis partes, ¿voy a tener que echarlo a lavar? Nunca había pensado en eso. Ahora no puedo dejar de darle vueltas.

Cadera, cadera, cadera, pantalón, pantalón, pantalón, ASCO, ASCO, ASCO.

No puedo pensar en otra cosa. No puedo aguantar aquí ni un minuto más. Me lavo las manos cuatro veces, intentando deshacerme de toda la contaminación e intentando que la respiración no se me desboque. Cuando salgo del baño, directa a por mis cosas y pensando ya en una excusa, lo veo. Entre la nube gris de mi cerebro, que solo atiende a la quemazón de la piel en donde hay pis, o micropartículas de pis, pero pis al fin y al cabo, veo a Xoán, al Xoán de verdad. A ese Xoán del principio, que ya no existe. Con Amanda, sentada a su lado. Una chica simpática, inteligente, comprometida. Guapa. Y soltera. Y él se ríe, se ríe mucho. Como se reía conmigo al principio. Sin miedo. Con libertad. Disfrutando.

Amanda es una buena chica para él. Seguro que no va al psicólogo, seguro que no le grita por no lavar los platos, seguro que no la tiene que mirar con rabia, ni ayudarle más allá de lo que una pareja normal haría. Con ella, Xoán podría ser… como era antes de esto.

CADERA, CADERA, CADERA, CADERA, CADERA, CADERA, PANTALÓN, PANTALÓN, PANTALÓN, PANTALÓN, PANTALÓN, PANTALÓN.

Me acerco a él, triste por interrumpirlo:

—Yo me voy, ¿vale? —le digo por lo bajo.

—¿Ya? —me mira y hasta parece triste él también. Pero no, no, se queda mejor sin mí, fijo.

«No lo estás intentando.»

—Sí, no me encuentro bien.

«No me encuentro bien.» Un bonito eufemismo que siempre enmascara el «estoy loca». No me encuentro bien. Me duele la barriga. Me duele la cabeza. Me duele cualquier cosa menos decir que tengo que marcharme porque la ansiedad es insoportable.

Recojo mis cosas y me marcho sin despedirme de nadie más, ya no lo aguanto. Están todos a sus cosas, no creo ni que lo noten. Cuando, horas más tarde, Xoán regresa a casa y me encuentra con aquel tío desnudo en nuestra cama, entre las cajas de la inminente mudanza al nuevo piso, hipoteca a treinta años compartida incluida, él también se marcha sin decir nada.

Domingo, 21 de julio 2019

Me levanto y veo la mancha roja en la cama. La regla. Menos mal que hoy no me toca cambiar las sábanas. Adoro cuando parece que todo se alinea y pasa cuando tiene que pasar. *¿Que tomes la píldora y sepas exactamente cuándo te va a venir no tendrá algo que ver, Aurora? ¿Cuántos cálculos has hecho para que te viniese precisamente en domingo?* ¿Y qué? Con ella puedo manchar en cualquier momento, con estas cosas nunca se sabe. ¡¡¡¡Aurin!!!! Me acerco a la cama a toda prisa y espanto a la gata, que se ha acercado a la mancha de forma temeraria. ¡Mira que es cerda!

Voy al baño. Me pesan los ovarios, pero la semana de la regla nunca pasa de ahí. Solo es incómoda, sin más. No tengo dolores exagerados ni un humor de perros. Eso es la semana anterior. Lo del humor. Los dolores no. *Y de mal humor estás siempre, no se nota el cambio, Aurora.* De todas formas, siempre he sido de aguantar bien el dolor. De pequeña, cada vez que me hacía una herida, lo que más me importaba era no llorar, demostrarle a todo el mundo lo fuerte que era. Las chicas fuertes no lloran. A lo mejor eso tiene que ver con que, cada vez que tengo una herida, no dejo de darle. Llevo toda la semana haciéndome sangre en la lengua por darle contra los dientes. Ya no sé cómo parar. Como si quisiese ver hasta dónde puedo llegar, cuánto dolor aguanto.

Antes de sentarme en el váter, me miro en el espejo y saco la lengua. Compruebo que el agujero que le he hecho está cubierto de un fino velo blanco. Ayer dejé de darle tantas veces, supongo que porque estuve entretenida. Brais. Sonrío. No tengo ni idea de cómo funciona, dejar de darle a la herida. No es algo que haga conscientemente. Nada de permitir que «la ansiedad suba, y suba, y suba. ¿Puede subir indefinidamente? ¿Tú que crees?». No, no me enfrento a ella como dice la psicóloga que tengo que hacer. Solo espero a que mi cerebro olvide que tiene que darle otra vez a la lengua, porque eso también pasa en algún momento. *¿Puedes acordarte indefinidamente de la herida?* Es una táctica parecida, ¿no? En fin, supongo que soy una puta cobarde. Y ya paso de si «puta» está mal o si es poesía. Ya no tengo sitio en la cabeza para pensar en esas tonterías. Digo lo que me sale y punto. ¡Soy-una-puta-cobarde! Está bien admitirlo, supongo. Tengo que permitirme cometer errores, ¿no dice la psicóloga eso también? Hacerse adulta es admitir tus limitaciones. Los niños y niñas no

entienden de eso. No se ponen límites a sí mismos, piensan que pueden hacerlo todo. Lo único que importa es si quieren o no quieren. Brais quiere maquillarse: pues lo hace. No piensa en si puede o en si debe. *Sí, y luego sale a la calle y le dan de hostias.*

Rebusco en el cajón debajo del lavabo y cojo la caja rosa. Luego, me bajo los pantalones y las bragas y me siento en el váter. Me da igual que la parte manchada de la ropa interior esté en contacto con el pijama, porque hoy va todo a lavar. Hoy, reset. Hoy va a ser un buen día, lo presiento. Miro la caja que tengo en las manos. Copa menstrual, talla S. La primera vez la cogí mal, no miré la talla. Que no sabía yo que tuviesen talla, la verdad. Qué vergüenza tener que volver a la parafarmacia para cambiarla. Menos mal que no la había sacado del plástico. Eso fue hace seis meses, casi. Y aún no la he estrenado. No me veía capaz. Demasiadas variables de limpieza involucradas. ¡Si cuando toco un tampón o una compresa ya casi tengo que desinfectarme entera! *Entonces, ¿para qué la compraste, Aurora?* No lo sé, la verdad. Supongo que para equilibrar la balanza. Tanta agua por el grifo, las cápsulas del café… Greenpeace sí que aprobaría esto. Y hoy me siento con fuerzas. *Tienes que empezar poco a poco, con pequeñas cosas que antes no harías.*

Leo las instrucciones del lateral de la caja. Poco explica. La abro y cojo el papelito de dentro. Desinfectar… hervir la copa. Sí, eso ya lo sabía. Pero nunca está de más comprobar, sobre todo si hay un manual de instrucciones y no es mi cerebro el que dicta las órdenes. Esta fue una de las cosas que hicieron que atrasase tanto el uso de la copa: lo de hervirla. Y eso que esta trae una supuesta caja esterilizadora. Le echas agua, metes la copa, le pones la tapa y al microondas. Pero hervir implica ponerse a cien grados, y a los cien grados hay vapor de agua. ¿Qué narices hago con ese vapor de agua en el micro después? Ese vapor de agua tiene ADN menstrual. Eso después precipita, se queda en las paredes, en el plato. Y cuando meta unos macarrones, ¿cómo me los como?, ¿con condimento? También podría hervirla en una olla, pone aquí. Pero ¿dónde narices guardo la olla después?, ¿con el resto, en la cocina, o la meto en el baño? ¿Una olla en el baño? Estoy ya colapsando, pero hoy va a ser un buen día. Sí, va a serlo.

Aurin está en la puerta del baño lamiéndose una pata y pasándosela por la cabeza. Ella también sabe que hoy va a ser un buen día y se acicala. Pongo la caja en el suelo, me limpio y me subo las bragas y el pijama. Espero que la simple tela aguante unos minutos más, mientras decido qué narices hacer con la copa. Esto es un pequeño paso. Antes me habría puesto algo, me habría cambiado las bragas, hasta el

pijama, para usarlo ¿qué?, ¿diez minutos? Y después todo a la lavadora. Respiro hondo. Ya estaba así antes. No pasa nada por estar así un poco más. Venga, yo puedo. Me acerco al lavabo y me echo jabón. Solo una vez. Vale, después me lavo las manos casi media hora, pero solo UN jabón. Cuando termino, recojo la caja del suelo y voy a la cocina. Rebusco en el armario de los tuppers. Este alargado puede servir. Lleno de agua la caja rosa esterilizadora —¿por qué coño es rosa? ¡Odio el puto rosa!—, sumerjo la copa dentro y luego meto todo en el tupper. Le pongo la tapa. Me lavo las manos. No voy a manipular el microondas con las manos de la copa menstrual. Vale que está sin estrenar, pero ¿cuando esté usada, qué? Mejor ir interiorizando este tipo de cosas. Ahora sí, con las manos limpias, cojo el tupper con la mano izquierda y con la derecha abro el micro, meto el tupper con la izquierda, cierro la tapa con la derecha y selecciono la potencia y el tiempo. Espero como una tonta delante, por si puedo ver algo. *¿Un volcán en erupción, Aurora, o qué?* Son los dos minutos más largos de mi vida. No, la verdad es que no. Soy experta en que el tiempo pase lento bajo mi punto de vista. Le doy a la lengua contra los dientes. ¡Mierda! Tengo que dejar de hacerlo. Venga, voy a intentar no sucumbir a la ansiedad, a los pensamientos. *Sí, ya, Aurora.* ¡Pin! Suena el micro y lo abro. Con la mano derecha. La izquierda sigue en la misma tesitura que antes, contaminada por tocar el tupper. ¿Desde cuándo el tupper estaba sucio, por cierto? Bah, da igual. Pienso que en otro momento la lavaría, pero esta vez he esperado con ella así porque sabía que en dos minutos tendría que sacar todo del micro. Aquí está. Hervir ha hervido, porque hay gotas de agua por todo el recipiente de plástico donde he metido la caja esterilizadora esta. Bendita tapa del tupper. Parece un trabalenguas. ¿Volcán en erupción? Casi.

Vuelvo con todo al baño. Allí, en el bidé, vacío el agua con cuidado de no quemarme y dejo que el tupper y la caja rosa escurran, boca abajo. Cojo la copa con la mano y la miro, como si fuese un trasto venido de otro tiempo. Sé la teoría a la perfección. A ver ahora la práctica. La apoyo en el borde de su cajita y voy a sacarme el pantalón y las bragas cuando me doy cuenta. Las manos. Las tengo de agarrar la copa. Pero estaba esterilizada. Pero eso me lo voy a meter en el coño, por mucha esterilización que tenga… Hoy está a estrenar, pero ¿y los siguientes días? No puedo tocar la ropa después de tocar eso. Noto ya la RAM cerebral hiperventilando. Miro el tupper y la maldita caja rosa. También debería desinfectar el borde del bidé en el que he colocado todo eso, ¿no? Intento respirar con el estómago, no con el pecho. Tengo que ser fuerte.

Hacemos un trato, ¿vale? El borde del bidé no lo desinfecto, pero

antes de sacar el pantalón y las bragas me lavo las manos. ¿Sí? *Venga, sí, Aurora.* Noto que la cabeza baja de revoluciones. Sí, vale. Pequeños pasos. Voy hasta el lavabo. Solo un jabón. Bien, así. Me seco. Después, me saco la ropa y me siento en el bidé. Me miro entre las piernas. Uf. Abro el grifo y me doy un agua. Veo cómo baja por el desagüe, de color amarillento, hasta que vuelve a su transparencia limpia y cristalina. Cierro el grifo y doblo la copa tal y como dice el dibujo. Y el texto. Y hasta un puto mapa necesitaría también, porque no tengo ninguna maña. ¿Puede valer así? Intento meterla. Vale, vale, vale… Mierda, creo que se ha quedado muy fuera. Me la saco y vuelvo a empezar. Así una, dos, tres veces. A la cuarta, le hago mal la doblez y, como el aparato rosa este es de silicona, suelta un ¡plap! y vuelve automáticamente a su posición inicial. Salpicándome. En la cara, justo encima de la ceja derecha.

No sé cuánto tiempo permanezco así, parada, de piernas abiertas en el bidé. ¿Y ahora? He metido la puñetera, LA PUTA copa —¡qué poesía ni qué poesía!— en el coño cuatro veces. CUATRO. A saber lo que tengo ahora en la frente. Imagino un coágulo de sangre en el medio y medio de mi cara, aunque lo que ha terminado ahí no ha sido más que una gota minúscula, pero siempre me ha gustado mucho el drama. Aurin debe de notar que algo me pasa, porque se pone a mi lado y empieza a maullar. No, no estoy muerta, tranquila. Algún día volveré a moverme, la cuestión es cuándo. Hasta ahora he conseguido mantener el cerebro a raya. Más o menos. A veces funciona así. Como los segundos que pasan entre que te das una hostia y sientes el dolor. En cualquier momento seré consciente *realmente* de lo que acaba de pasar. De lo que tengo en la frente. Hiperventilaré, la cabeza venga a dar vueltas sobre lo mismo, la zona contaminada, el estómago tenso, las manos sudadas… Lo típico. Me pregunto si la psicóloga sentiría alguna vez la ansiedad de la que habla tanto, esa que dice que tengo que dejar que suba hasta que ya no pueda subir más, como si fuese la puta burbuja hipotecaria. *¿Habla sin saber, Aurora? ¿En serio crees eso?* Hombre, a ver, estudiar ha estudiado, supongo, vamos, pero eso no es lo mismo que vivirlo. *¿Por eso Xoán no lo entendía?* ¡Mecagoendiós con Xoán, ya! Hoy va a ser un buen día, ¿no era? Xoán, Xoán, Xoán… ¿Cuántas veces he besado a Xoán después de estar con la cara en medio de mis piernas? El sexo siempre fue un momento de tiempo muerto para mí, para mi cerebro. Después, eso sí, ducha y a lavar las sábanas. Pero con Xoán, a veces, y ya teniendo un diagnóstico, hasta pasaba de cambiar la cama si realmente no quedaba húmeda. Creo que ese fue el gesto de amor más importante que nunca le he dedicado a Xoán: dormir en nuestras sábanas después de esparcir fluidos por

ellas. No interpretar eso como contaminación. No creo que se hubiese dado cuenta nunca, porque al principio, claro, ese tipo de cosas no eran importantes. Porque yo era… antes yo era yo. Ahora no tengo claro quién soy.

Ya te lavas ahora, Aurora, venga, despierta. Parece que mi cabeza hoy quiere ayudar. Las extremidades vuelven a la vida. Doblo la dichosa copa una vez más y, por fin, parece que me la coloco bien. Meto el dedo índice para comprobarlo y decido que sí, que así se va a quedar. Abro el grifo, gel íntimo, me froto, aclarado. Me seco y me mentalizo. Levanto el culo del bidé y regreso al lavabo. ¿Esto va a ser siempre así? ¿Tres horas cada vez que tenga la regla y necesite cambiarme? Me lavo las manos. No quiero tocarme la cara con estas manos. Después de aclararlas, me echo gel otra vez —*échate más, Aurora, échate más*— y me las paso por la ceja. Froto y froto y froto, y luego me aclaro. Y tengo unas ganas enormes de repetir el proceso una o dos veces más, pero no. Si Xoán podía aguantar con eso en la cara, yo también puedo, más después de darle un jabón. *¿Y si te ha salpicado el pelo?* ¡¿QUÉ?! *Si te ha llegado a la frente, ha podido llegarte al pelo. Y ahí no hay terminaciones nerviosas para que lo puedas sentir, Aurora.* Aurin maúlla. Quiero tirarme por una ventana. Pero no, hoy va a ser un buen día; si me ha caído en el pelo pues me ha caído en el pelo; corazón que no ve, corazón que no siente. Además, hoy es día de limpieza general; después siempre me lavo entera, cabeza incluida, así que estoy segura de que puedo aguantar unas horas. Sí, puedo hacerlo. Seguro que sí.

Alguien toca el timbre. La gata da un salto y se larga corriendo a la habitación. Yo también quiero marcharme, pero Brais aparece en mi cabeza. Grito «¡un momento!» —las paredes son de papel— y cojo unas bragas limpias del cajón. Me pongo las mallas de domingo y me dejo la parte de arriba del pijama. Voy hasta la entrada —dos vueltas de llave— y abro la puerta, y mientras lo hago caigo en que no va a ser él, que algo tenía que intuir ya, porque Aurin no está allí esperando, como hace con Brais. Es la cara de su madre la que me recibe.

—Ah, hola.

¿Ah, Aurora? Vaya recibimiento. No dejo de cagarla con esta mujer.

—Hola.

Sonrío, me sonríe. Durante unos segundos ninguna dice nada.

—Dime…

—Yo…

Hablamos a la vez y volvemos a callarnos, sonriendo avergonzadas. Llevo yo las de perder, en pijama y con el pelo lleno de grasa. Ella

luce estupenda. Su piel brilla con la poca luz del pasillo, con el pelo recogido en un moño bajo que si me lo pusiera yo parecería la señorita Rottenmeier, pero que en ella parece de princesa de cuento. Qué tontería, no sé por qué pienso eso.

—Solo quería hablar contigo un momento, porque ayer cuando vine a recoger a Brais no me dio tiempo.

—Ah, vale, sí, claro. Quieres… ¿quieres pasar?

¿Tengo la casa presentable? *Pareces tu madre, Aurora.* Yo ya sé que no estoy presentable, pero para eso es tarde.

—No, tranquila. Solo quería… Solo quería agradecerte lo bien que te estás portando con Brais —Abro los ojos. Ella hace una pausa. No me esperaba eso para nada. Repaso en mi cabeza: le he gritado, me he escapado de ella, me mostré en bragas delante de él, le di pie a lo del maquillaje y terminó con el ojo negro… «Mi madre dice que estás enferma, no loca»—. Sé que te he dicho que… ya sabes, que no te acercases a él, pero aquel día no fue un buen día y lo pagué contigo. No fui justa, tú no has tenido la culpa de que…

Duda. Creo que le hace daño recordarlo. Quiero saber quién le puso el ojo así al niño, qué historia hay detrás. *Pegarle un par de hostias a esa persona, Aurora*. Me sorprenden las ganas que tengo de violencia. *Aplastarle la cabeza contra el suelo y decirle que como vuelva a acercarse al niño, no lo cuenta.*

—No te preocupes. Si quieres… —*Si quieres ¿qué, Aurora? Si quieres, ¿matas a alguien por ella?*—, si quieres hablar, o algo, cualquier cosa, lo que sea, no tienes más que cruzar el pasillo.

Pero ¿tú te escuchas? ¿Le pides que haga lo que tú no sabes?

Recuerdo a la mujer que quería pagar a plazos ayer, en la clínica. No sé cómo se ayuda a una que tiene que prostituirse para alimentar a su hijo. Intento sonreír con cariño, pero no tengo mucho éxito. El «enferma, no loca» no se olvida de un día para otro, aunque me dé pena. Cuando piensas que tu vida es una mierda, descubres que hay gente que está peor.

—Sí, por eso venía a darte las gracias. A Brais se le nota un cambio enorme desde que sois amigos —¡somos amigos, somos amigos, somos amigos!—. No sé qué le dices, pero siempre vuelve todo contento cuando está contigo, o se marcha muy emocionado cuando va a tu casa. Gracias.

Me siento incómoda. Realmente yo no hago nada. Me mira con esos ojos tan hermosos y me dedica una sonrisa espléndida, sincera, no como los que me salen a mí. ¿Por qué es tan guapa y yo tan… desastre? Pienso en que si me gustasen las mujeres sería bonito ponernos a criar juntas a Brais, como en un final feliz de película. Si

me gustasen las mujeres. ¿Eso es que no me gustan? ¿Cuántas veces he pensado en lo guapa que era la madre de Brais, sin desviarme por caminos sexuales?

—No tienes que dármelas, yo… —creo que estoy eufórica, hoy es un día maravilloso—. En el fondo, él es quien más me ayuda.

Genial, Aurora. Acabas de confesar que no eres una adulta competente, que necesitas que un niño de diez años te ayude. Perfecto. Tengo que arreglarlo, tengo que arreglarlo, tengo que arreglarlo:

—En fin, a ver, ya sabes, soy adulta y yo me ayudo a mí misma… —*como aquella noche en la que te salvaron*—. Me refiero a que Brais, pues… Y Aurin, Aurin también ayuda…

—¿La gata?

«¿Te ayuda una gata?», imagino que piensa.

—Sí, a ver, yo, ya sabes… —hiperventilo y sudo. No tengo ni idea de cómo han podido darme el carné de adulta.

—No te preocupes, Aurora.

Es como un bálsamo. Pronuncia mi nombre y sonríe y siento que no pasa nada porque haga el tonto delante de ella. Es decir, sí que pasa, claro, pero no tengo por qué seguir haciéndolo. Puedo callarme y darle a ella también las gracias, pero me doy cuenta de que sigo sin saber su nombre:

—Una cosa… Me da algo de vergüenza, la verdad —*¿más aún, Aurora?*—, pero es que no sé tu nombre…

Parece que su sonrisa flaquea, solo una milésima de segundo.

—Tranquila, pasa cuando tienes hijos. Supongo que para ti soy la madre de Brais, sin más. Me llamo Alika.

—Alika, qué bonito. Vale, Alika, perfecto.

Mientras nos despedimos y cierro la puerta, me prometo a mí misma no llamarla «madre de Brais» nunca más.

Media hora después, ya veo el parque a lo lejos. Pobre Adrián, ¿cuántos fines de semana hace que no me paso? Hace sol, pero corre una brisa agradable. Menos mal, así no sudo. El cartel de helados sigue bien a la vista, tentando a niños y niñas que después le darán la turra a papá o mamá para que les compren lo que quieren. Por eso hacen los carteles tan bajos, porque no son para la gente adulta. Me acerco y Adrián levanta la vista. Cuando me ve, sonríe. ¿Demasiado? La verdad es que también me alegro de verlo, pero no sé si tanto.

—¡Aurora! ¡Ya creí que no volverías más!

—¿Fallo un domingo y ya piensas lo peor?

—Mujer, esto de los periódicos es una relación difícil. Un día lo compras y al siguiente miras uno online y ya se jodió la cosa.

Tiene una sonrisa muy bonita, quizá no tan bonita como la de

Xoán, pero bonita. Xoán, Xoán, Xoán, qué pesada soy. Adrián tiene la nariz más pequeña. ¿Le gustaré de verdad? Espero que no. No estoy preparada para gustarle a alguien que me cae tan bien como Adrián.

—Dame lo de siempre.

Mientras rebusca, echo una ojeada al expositor rojo, a ver qué me he perdido esta semana. No me da casi ni tiempo, pues justo suena el móvil. Saco el aparato del bolsillo. «Roberto». ¿Roberto? ¿Dos veces en tres días? Algo ha pasado. Respiro rápido, demasiado rápido. Con la mano libre, le indico a Adrián que espere un momento, que le pago ahora:

—¿Sí? ¿Está bien el bebé, Roberto?

—¿Qué? ¿El bebé? ¡Pues claro que está bien el bebé!

—¿Entonces por qué llamas? —*siempre tan agradable, Aurora.*

—Es… Es mamá.

Otoño 2004

Estoy emocionada, no puedo negarlo, y le doy las gracias mil y una veces a mi madre, pero a ver cómo le digo ahora que no, que no quiero ir con ella.

Recuerdo la primera vez que me llevó a hacer la cera, como me sentí al salir de allí con los poros sangrando y los pelos en su sitio, en la basura. Fue el día más feliz de mi vida. Vale, el más feliz no, pero uno de los más sí. Saber que aquello tenía solución, que mi deformidad podía arreglarse. Luego, claro, me di cuenta de que había que arreglarla cada quince días como mucho. Y que a las piernas y a las ingles sumaba axilas y bigote. ¿En serio las mujeres que salían en las *Interviú* que tenía mi hermano escondidas bajo la cama hacían eso? ¡¿Cada dos semanas?! No, seguro que no. Seguro que ellas eran perfectas y no necesitaban una máquina esquiladora para quitar todo lo que sobraba. Y yo quiero ser como ellas. Un diez. Las expectativas siempre altas.

Ya tuve alguna pista de que lo de ser perfecta no era un camino de rosas cuando lo del sudor. Recuerdo al médico de cabecera con mamá. ¿Qué tendría yo?, ¿doce?, ¿trece? Fue mamá la que se había empeñado en ir. «No puedes seguir así», me había dicho durante meses. «¿Así como?», respondía yo haciéndome la idiota. «Así como estás, obsesionada con el tema del sudor. Todos sudamos. Mira a papá en el taller. Mírate a ti tras los entrenamientos y los partidos de baloncesto.» No es nada malo, insistía ella una y otra vez. Como si sirviera de algo. Una cosa era hacer deporte y otra estar en clase sin mover el culo de la silla y parecer Camacho. Me pasaba horas comprobando las axilas, mirándolas y tocándolas, y cuanto más lo hacía, más sudaba.

Así que un día pidió cita en el médico y allí que nos fuimos las dos. Me sube el calor a las mejillas cuando visualizo la escena.

—Mire, doctor: que la niña está obsesionada, que no para de mirarse los sobacos, de tocarlos, de cambiarse de camiseta ante la más mínima gota de sudor; que solo se compra ropa negra para que no se le note que suda. Que sudar es normal, dígaselo usted, que sudamos todos.

Mi cara roja de la vergüenza.

—Sudar es un proceso natural del cuerpo —había dicho él por toda respuesta. Siempre había sido un señor muy seco, como si las palabras

se le gastasen.

—¿Ves? Repítaselo, doctor, repítaselo. Que es que a mí no me hace caso.

Y él de nuevo, en ese tono monótono y aburrido de médico que ha visto miles de casos estúpidos:

—Gracias al proceso de sudoración nuestro cuerpo elimina toxinas y se mantiene fresco cuando las temperaturas son altas.

Mamá ya con la sonrisa en la cara.

—¡Eso mismo! ¿Ves, Auroriña? ¡Sudar es normal!

Pero él no había terminado:

—Sin embargo, una sudoración excesiva puede ser indicativo de una hiperhidrosis.

—¡¿Qué?!

Mi madre con la boca abierta. Yo prestando atención. ¿De verdad podía ser un problema físico? Esperanzada. Porque si era una enfermedad, podía tener solución. Si no, simplemente yo era así. Asquerosa.

El médico:

—No creo que sea este el caso. En la adolescencia, con los cambios hormonales, se tiende a producir más sebo y a sudar más.

Mi madre, desesperada:

—Pero ¿entonces es normal o no es normal? ¿Le pasa algo a la niña?

El médico, como si le costase vivir:

—Mire, si la chica está incómoda con su nivel de sudoración, lo que yo le recomiendo es un antitranspirante. Si eso no funciona, entonces vuelvan a pedir cita.

Mamá, ofendida:

—¡Desodorante ya se echa, la niña! ¡La higiene es lo primero!

Yo, queriendo que me tragase la tierra.

—Antitranspirante, señora. El desodorante solo neutraliza el mal olor gracias a la presencia de sustancias antibacterianas en su composición. Los antitranspirantes, en cambio, controlan y reducen la producción y liberación del sudor.

Y nos habíamos marchado de allí directas a la farmacia. Volví a casa con mi Vichy tratamiento antitranspirante de 30 ml en una bolsita pequeña de plástico como si fuese un tesoro. A las dos semanas el bote estaba en la basura. Mamá tenía razón, el desodorante y el antitranspirante hacían lo mismo: nada. Con el tiempo se fue pasando, no sé cómo. Sudar sudo, como todo el mundo, pero ya no es como antes; tanto como antes, vaya. Ahora ya no me miro y me desespero al ver la mancha. Ahora lo que me preocupa es el pelo.

Fue mamá también la que se dio cuenta de que la cera no era suficiente. Hasta en invierno iba a que me quitasen toda esa pelambrera que me sobraba, a pesar de que nadie me la veía. La veía yo y era suficiente. Por eso me regaló hace dos meses, al hacer los dieciséis, la depilación láser. Un desembolso económico bien grande. Seguro que tuvo que discutir con mi padre para que accediese. Es ella la que administra la economía del hogar —menos mal, también, porque él todavía hace las cuentas del taller en pesetas—, pero siempre le consulta los gastos grandes. Es el mejor regalo que me ha hecho —que me han hecho, porque fue un regalo familiar— nunca. Salté y la besé y la abracé y enloquecí. ¿Que no voy a tener que depilarme más? ¿Que esto es definitivo? Flipé. Acababa de instalarse una clínica de esas en el pueblo de al lado, mucho más grande que el nuestro, y mamá había aprovechado una oferta. Un dos por uno, para madre e hija. Que no sé qué necesidad tiene ella, que de tanto arrancarlos ya no se le ve ninguno, pero en fin. Supongo que quería nuestro momento íntimo, nuestro ceremonial madre-hija, por eso ahora me da tanto apuro decirle que no quiero ir con ella. El dolor es lo que tiene, que une mucho. Porque doler duele, eso lo tengo claro, ya se lo explicaron a mamá cuando fue a pedir información, pero no veo la hora de ir y que me saquen todo. Tuvimos que esperar a que pasase el verano; el sol no es bueno, pero ya es otoño. El problema es que la madre de Sabe aprovechó la misma oferta y mi amiga quiere que vaya con ella. Las dos, ritual de amigas. Mucho mejor que el de madre-hija.

¿Cómo decírselo? No tengo ni idea. Pero hoy por la tarde, en teoría, tenemos cita. Las dos. Pero yo no quiero ir con ella. De verdad que le estoy muy agradecida, pero solo pensar en pasar dos horas con mi madre a solas me pone enferma. Así que cuando la veo en la cocina preparando la comida, inspiro y pienso que es ahora o nunca:

—Mamá…

—Dime, cariño —levanta la vista y me sonríe.

—Yo… es que hoy por la tarde…

—Ya verás como no duele nada si nos echamos la crema esa como dijo la de la farmacia.

—Ya, no es eso… —¿cómo hacerlo? Decido saltar al vacío—. Es que Sabe se va a hacer el láser en el mismo sitio mañana y prefiero ir con ella.

Mamá levanta la cabeza de las patatas que estaba pelando y me mira. ¿Por qué me mira así? No es para tanto.

—¿Cómo con ella?

—Sí, que en vez de ir hoy contigo… voy mañana con ella.

Sigue sin pronunciar palabra, pero casi lo prefiero así si lo que va a decir es lo que finalmente dice:

—No.

—¿Cómo no?

—Que no. Que vas hoy conmigo.

—Pero ¿por qué?

—Pues porque ya tienes la cita pedida conmigo.

—Pero se puede cancelar. Cuando Sabe llamó ya reservó para las dos.

—Pues cancelas la de Sabela.

—No quiero.

—¿Cómo que no quieres?

—Pues que no quiero. Quiero ir con Sabe.

—Me da igual lo que tú quieras, porque vas a ir hoy conmigo. Y punto.

—Pero…

—¡¡¡Que no!!!

Me paso toda la tarde sin dirigirle la palabra pensando en lo mucho que la odio. *Te odio, te odio, te odio*. Creo que me pongo mal la crema y por eso me duele tanto la primera sesión, pero no puedo dejar de pensarlo, a todas horas. *Te odio, te odio, te odio*.

A las ocho regresamos a casa. Nos duchamos —t*e odio, te odio, te odio, pero qué bonita es mi piel sin pelos*— y cenamos con Roberto y papá. Si alguno de los dos nota que mamá y yo estamos más silenciosas de lo normal, no preguntan. Lo de evitar los conflictos a toda costa, de alguien me tenía que venir.

Cuando terminamos y todo el mundo se apresura a levantarse de la mesa lo antes posible para abandonar a mamá con la tarea de lavar los platos, la mujer me agarra del brazo y dice que no. Que yo no me voy a ninguna parte. Que si me niego a hablar, entonces ella se niega a dejarme ir a mi habitación a encerrarme y a hacer lo que me dé la gana. Que a ver qué tiene que ver el tocino con la velocidad, pienso yo, pero no quiero darle el gusto de quejarme. Muy digna, pongo el culo en la silla de nuevo y continúo con mi mutismo. Le llevo las cosas al fregadero como me manda y limpio la mesa de migas, todo sin pronunciar palabra. Ella, muy chula también, enciende la tele de la cocina y le sube el volumen más de lo habitual. Un «estás aquí, pero ni caso te hago, porque lo único que quiero es que sepas quién tiene el poder y que si yo digo que te quedas, pues te quedas y punto». Y yo que hago como que no me importa, que no me importa nada, pero en realidad tengo ganas de gritarle. ¡La odio!

Pone un programa del corazón de esos que tanto me desagradan,

como las revistas que lee. Mujeres y algún hombre gritando entre sí por tonterías. A lo mejor es una indirecta. A lo mejor quiere que nos gritemos como esos energúmenos de la televisión. Y entonces, esas palabras, las del tío famoso que no tengo muy claro quién es:

—¡La sinceridad es la base de todo! Si por lo menos hubieses venido con la verdad por delante… Pero no, claro, ¡porque eres una puta… mentirosa!

Y después un montón de insultos a la mujer rubia de su lado que ya no escucho bien.

Durante un segundo, me quedo pensando si la ha llamado «puta» y «mentirosa» o «puta mentirosa», pero casi de inmediato otra idea toma el control en mi cabeza. La sinceridad. Sin-ce-ri-dad.

Tienes que ser sincera, Aurora. ¿Qué clase de persona eres? ¿No te consideras una mujer valiente? ¿No presumes de eso? Pues con la verdad por bandera. Las personas íntegras no mienten. Jamás. Y esconder los pensamientos viene siendo lo mismo. ¿Qué quieres?, ¿ser como Roberto?, ¿decir que sí a todo y luego hacer lo que te dé la gana? No, tú eres mejor que eso. Tú defiendes tus ideas, tus opiniones. Tus pensamientos. Eres honesta.

—¿Mamá?

Se gira con las manos llenas de jabón. Los ojos iluminados, ansiando la esperada disculpa.

—Que sepas que hoy he estado toda la tarde pensando en lo mucho que te odio.

Es como abrir una compuerta sin retorno. Las semanas siguientes le confieso que la veo gorda, fea, aburrida, estricta, estúpida y dictatorial. Porque si lo pienso tengo que decirlo, la sinceridad es importante. Si hasta lo dice uno de los diez mandamientos: no mentirás. Y mamá me obligó a hacer la comunión, así que no puede quejarse. Una tarde en la que estoy especialmente sincera —«ojalá cuando crezca no me parezca en nada a ti, no hay nada en tu vida que me guste para la mía»—, mi madre se levanta sin decir nada, se me acerca y me da un tortazo que me cruza la cara de lado a lado. Después, se pone a llorar. Acabo de decirle que creo que no la quiero. Supongo que la hostia me arregla algún cable suelto en la cabeza, porque me acerco a ella y la abrazo.

—Claro que te quiero, mamá, no llores, por favor. Solo son cosas que se me pasan por la cabeza, sin más, pero no son verdad. No debería darles importancia, pero como aparecen y están ahí, no puedo parar de pensar que hay algún motivo para eso. Perdóname, por favor.

Ahí acabó mi carrera por ser una persona íntegra, por la sinceridad absoluta. No sé cómo no he caído en que habría una segunda entrega

en el futuro, esta vez con Xoán.

ELEMENTO ÚLTIMO:
Alivio

Cuando una persona lleva a cabo las compulsiones y ritualiza el proceso, provoca en sí misma una rápida y potente situación de alivio. Sus fantasmas y su dolor se reducen, llegando a desaparecer. Momentáneamente.

¿Qué pasará cuando te vuelva a decir que si piensas en un elefante rosa, algo malo pasará?

Lunes, 22 de julio 2019

En la UCI solo podemos entrar de uno en uno. Papá espera fuera a que yo termine, él ya ha estado aquí ayer con Roberto. Según lo que me ha dicho mi hermano, se pasó toda la visita al lado de la cama, agarrándole la mano a mamá, sin moverse. Aun así, hoy ha querido volver, para estar otra media hora quieto, mirándola. Que no sé cuál de los dos está en coma. Dijo que él venía a la visita de la mañana y punto. Y a la de la tarde también. Y a todas, hasta que mamá se despierte. *Si es que se despierta, Aurora*. Yo aún no la he visto. Entro en el box. Es todo blanco. El suelo, las paredes, la cama, las sábanas… la cara de mamá. No se escucha ese sonido de las películas, su latido en el monitor, blanco también. Está todo en silencio. Odio el silencio.

Subir a una silla con ruedas. Todavía no puedo creérmelo. ¿Qué estúpida hace eso? La miro. Parece dormida. Con un tubo que le sale por la boca, pero dormida. Tibia y peroné rotos, no saben si con su edad soldarán bien, si volverá a andar como antes. A quién le importa eso estando en coma. Porque lo peor es el golpe en la cabeza. Apoyó la mitad del peso en la pierna derecha, la otra mitad en la nuca, contra el borde de la mesa.

En el box no hay nadie más. Solo la cama de mamá. Y eso no es bueno. *Eso no es bueno, Aurora.* No, no lo es. Nadie quiere estar al lado de una familia a la que se le va a morir un ser querido.

Trago saliva. *Morir un ser querido*. Lo pienso sin inmutarme. No hay hiperventilación, ni dolor de estómago, ni sudor nervioso. Parece que me afecta más no lavarme bien las manos que esta situación. Miro el respirador de mamá, cómo se hincha y deshincha su pecho. Una ilusión, ya que no es ella la que lo mueve. La pierna inmovilizada, en alto. Una silla con ruedas. ¿A qué imbécil se le ocurre eso? Sigo con la cabeza fría. Tengo el cuerpo tan acostumbrado a la tensión que cuando debería sentirla de verdad no soy capaz. Una especie de inmunidad cerebral. Es una cosa que sorprendía mucho a Tamara y a Carlos cuando exponíamos trabajos en la universidad. Cómo el nerviosismo de hablar delante de cincuenta o sesenta personas parecía no perturbarme. *O a lo mejor, simplemente, no quieres lo suficiente a mamá como para que te afecte, Aurora*.

No han pasado ni diez minutos desde que he entrado, pero ya no aguanto más tiempo aquí. Prefiero dejarle a papá mi sitio y que haga de estatua al lado de la cama tres cuartos de hora. Salgo del box y le

digo que entre, pero él no responde. Permanece sentado en la sala de espera, con la cabeza entre las manos, los codos apoyados en las rodillas.

—Fue culpa mía.

Su voz es casi imperceptible, de lo bajo que habla. *Genial, el momento melodramático ha llegado, Aurora*. No digo nada. ¿Cuáles eran las fases del duelo? *Todavía no está muerta, Aurora.*

—Quería guardar unas cosas en lo alto del armario, unas mantas o no sé qué, y yo nunca la ayudo…

Lleva desde ayer sin dormir. Tampoco ha comido nada. Asumo que está desvariando.

—Pero ¿te pidió ayuda?

No sé por qué pregunto esa tontería, precisamente cuando esa era una de las cosas que le echaba en cara a Xoán en los últimos tiempos: que para hacer las tareas de casa no había que pedir ayuda, porque él era tan responsable como yo del asunto. ¿Por qué ahora defiendo a papá? ¿Por qué nunca defendí a mamá cuando todos nos marchábamos y le dejábamos las tareas del hogar a ella?

—¿Qué? —pregunta mi padre, sin entender.

—Dices que nunca la ayudas con esas cosas. ¿Te pidió ayuda?

—¿Tu madre? —levanta la cabeza y me mira. Tiene los ojos rojos e hinchados. Nunca había visto a papá llorar—. Tu madre no pide nunca ayuda, ya lo sabes. En eso has salido a ella.

No, no he salido a ella. Yo no me subiría jamás a una silla de ruedas para guardar una puta manta en lo alto del armario.

—Fue ella la que se subió a la silla, papá.

Le está bien merecido, por tonta. No, no, no. ¡¡¡No!!! No pienso eso realmente. No lo pienso. Claro que no lo pienso. ¿Cómo voy a pensar eso de mi madre? Como tampoco pienso que vaya a morirse. O sí, porque es peor tener esperanza y que luego todo se vaya a la mierda. Pero ¿una silla con ruedas! ¡Todo esto por una puta silla con ruedas! Nadie merece que le pase lo que le ha pasado a mamá, por muy tonta que sea. *Pero lo pensaste, Aurora*. Es un pensamiento sin importancia; no es lo que creo realmente, no lo es, no lo es, no lo es. *Entonces, ¿no crees que tu madre sea tonta?* Eso… *También lo has pensado, Aurora*. Fue una tontería subir a esa silla, claro que lo fue. Pero ¿quién no hace tonterías alguna vez en su vida? Mírame a mí. Tontería tras tontería. *De tal palo, tal astilla.* ¿Qué eres ahora?, ¿el puto refranero popular o qué? *No digas «puto», Aurora.* ¡Mira, estoy hasta el coño! ¡Hasta el puto coño, más bien, hala! ¡Digo lo que me sale del coño! Lo pienso, más bien. Porque dedico horas y horas del día a discutir conmigo misma, en mi cabeza, mientras la vida pasa ahí fuera.

No sé por qué estoy tan enfadada, pero lo estoy. No aguanto más tiempo aquí, pero no quiero dejar solo a mi padre. Parece ido, pero por fin se levanta de la silla y entra en el box de la UCI, con pasos lentos. Ojalá yo también estuviese ida. Por lo menos así no pensaría gilipolleces.

Nadie habla a la hora de la comida. Es raro ver a Patri cocinando en la cocina de mamá. Yo me niego a ocupar ese sitio. Nunca lo quise. No voy a hacerlo ahora porque mamá esté en el hospital. Que lo haga Rober. Pero Rober tampoco quiere, claro, y Patri ocupa el espacio que dejamos, que ha dejado mamá. A lo mejor Patri tampoco quiere, pero nadie le ha preguntado y ella no se ha quejado.

Hay sopa y arroz blanco con pechuga de pollo. Menú de gente enferma, aunque a nosotros no nos pasa nada. Papá no prueba ni bocado y en el postre Roberto le obliga a acostarse, aunque no consiga dormirse. Por lo menos, que le descanse el cuerpo algo. Va con él a la habitación y nos quedamos solas Patri y yo. Mientras ella recoge la mesa, yo voy a comprobar si Aurin tiene comida y agua. Claro que tiene, se las puse por la mañana. Es solo que no quiero ponerme a recoger la mesa con ella, fregar los platos. Compruebo también el arenero. A pesar del asco que siento, creo que ya lo he limpiado cuatro o cinco veces desde que estoy aquí. No sé dónde guarda mamá la aspiradora, así que hay una playa alrededor del recipiente. A nadie parece importarle y, como esta ya no es mi casa, a mí tampoco. El cerebro no me envía señales luminosas de «limpia, limpia, limpia», lo que es un alivio. La gata me sigue y se frota contra mis piernas. Este ha sido su primer viaje. Casi dos horas metida en el transportín ese del diablo. Cuando la saqué, había vomitado todo. La manta, el cojincito gatuno que le compré para que fuese cómoda… Hasta había salpicado los asientos del coche. Ayer por la tarde, como llegué ya pasada la hora de visitas, lo primero que hice fue comprar tres botes de alcohol y gastarlos todos en limpiar el coche y el transportín, pero creo que el olor todavía no se ha ido del todo. Prefiero no pensar en el asunto. Respiro algo más rápido de lo recomendable. Intento relajarme. Cojo a Aurin y la aprieto entre los brazos. ¿Cómo puede vomitar y cagar tanto y luego oler tan bien? Intento no pensar tampoco en dónde se ha rebozado o dónde ha puesto las patas antes de estar contra mi pecho. Cuando hice la maleta ayer a toda prisa, estuve a punto de dejarla con Brais y Alika, pero no fui capaz. Le rasco detrás de las orejas, donde le gusta tanto, y ella frota la cabeza contra mi mano. No, no fui capaz de llevársela, y al final tampoco los avisé de que me iba, por las prisas. ¿Por qué no le pediría nunca el móvil a Alika? *Pero si hasta hace dos días no te sabías ni el nombre, Aurora*. A Tere la llamé, claro. Al móvil

personal, en domingo. Pensé que me mandaría a la mierda. *Cógete todos los días que necesites, Aurora, que con las horas de más que has hecho no tendrías ni que pisar la oficina hasta diciembre.* Recuerdo, incómoda, su tono cariñoso. ¡Ay, Tere, si te lavases las manos, cuánto podría mejorar nuestra relación…!

Aurin se revuelve. La dejo suelta y veo cómo se marcha con el rabo en alto y se mete en el arenero. Papá no dijo nada cuando la vio entrar en el piso, a pesar de que en eso él y mamá siempre han estado de acuerdo. Animales dentro de casa, no; los animales, fuera. Roberto solo apretó los labios al verla, pero tampoco pronunció palabra. Patri avisó de que ella no podía limpiarle el arenero, por el embarazo. Debe de ser lo único bueno que tiene estar embarazada, no tener que limpiar mierda de gata. Puuuuf, mecagoendiós, Aurin. No aguanto el olor. Regreso a la cocina. No sé qué me da largarme al salón o a mi antigua habitación mientras Patri se queda allí por mucho que me repitiese a mí misma siempre que yo no iba a ser la criada de nadie. La veo metiendo las cosas en el lavavajillas, pero la mesa aún está sucia. No me apetece nada limpiarla, pero no le voy a dejar hacerlo todo a ella. Ya se le nota la barriga, pero no mucho. Siempre ha sido delgada. Y guapa. Sonrío cuando levanta la cabeza y me ve entrar por la puerta, pero no decimos nada. No sé de qué hablar; no sabemos, supongo. Siendo la mujer de Roberto, es normal, algo tendrá que parecerse a él para haber terminado casados, pero no me gusta el silencio. Pienso en cualquier tontería, cualquier cosa antes que darle oportunidad a mi mente de ponerse al ciento veinte por ciento por recoger migas de pan que han podido estar en la boca de alguien.

—Espero que Roberto ayude más en vuestra casa de lo que lo hacía aquí.

Intento que suene a broma, pero ella no me mira con una sonrisa en la cara.

—¿A qué te refieres?

No la recordaba tan tonta. ¿Se lo voy a tener que explic…? Pero entonces me doy cuenta de cómo me mira. Sabe de sobra a qué me refiero. Tiene la misma mirada que cuando la psicóloga hace preguntas de las que ya sabe la respuesta.

—Nada, déjalo —le digo mientras sigo limpiando la mesa.

Pero ella sigue mirándome, hasta que dice:

—Sabes que no deja de compararse contigo, ¿verdad?

—¿Qué?

—Roberto. El sentimiento de inferioridad que tiene… Siempre dice que eres la hija perfecta, mientras que él…

—¿Yo? ¿Perfecta yo?

Mi móvil empieza a sonar. Lo dejé en la repisa de la cocina. Teniendo en cuenta que he tocado los papeles con los que los demás se han limpiado la boca, en otro momento me lavaría las manos antes de coger la llamada, pero estoy deseando salir de allí. Hacer las tareas de mamá mientras mi cuñada me dice que mi hermano se siente una mierda porque cree que yo soy perfecta —la verdad es que siempre ha sido un idiota, Roberto— es lo que menos me apetece en este momento. Debería contarle mis penurias para que dejen de creer que no tengo tacha. Cojo el teléfono —ya lo limpiaré luego con alcohol, así compro dos o tres botellas más para darle un repaso también al coche— y descuelgo mientras me marcho al salón.

—Sabe, ¿sí? Dime.

—Aurora, acabo de enterarme, lo siento mucho.

—Todavía no se ha muerto —silencio del otro lado. *Otra broma que se te va de las manos, Aurora*—. Perdona, Sabe, no ha tenido gracia. Es que estoy que no estoy, no sé si me explico.

—Nada, no te preocupes. Es normal. ¿Se sabe algo ya de…?

¿De si va a morir o a vivir?

—No, he ido a verla hoy por la mañana y dicen que sigue igual que ayer. La van a tener unos días en la UCI, hasta que se despierte —*si se despierta*—, y luego decidirán qué hacer con la pierna, pero no tienen ni idea de si eso va a ser hoy, mañana, pasado mañana…

O nunca. Dejo la frase sin terminar, pero Sabe ya habla por las dos:

—¿Quieres salir de ahí? ¿Dar un paseo? ¿Tomar un café?

—Un café suena bien.

Una hora más tarde estamos sentadas frente a frente, cada una con su taza. Al principio es incómodo. Siento que los temas de conversación no deberían ser los mismos que cuando tienes una madre en coma, pero no se me ocurre otra cosa de la que hablar que no sean tonterías intrascendentes. Ya hay demasiada trascendencia en mi vida en los últimos días.

—¿Y cómo es que estás aquí un lunes? —pregunto.

Sabe da un sorbo al descafeinado antes de responder:

—Pues ha coincidido con una semana de vacaciones que me dieron y aproveché para venir a ver a mis padres.

—¿Una semana solo?

—¿Solo? —se ríe sin ganas—. Estoy firmando una media de un contrato cada quince días, bastante me parece que me hayan reconocido ese derecho. No sabes lo puteadas que estamos.

No sé si con puteadas se refiere solo a las enfermeras. Pienso en el pasillo de Salud Mental, en esas puertas que nunca, jamás, vi abrirse. Y no fue por falta de pacientes, precisamente.

—No sabía… —empiezo.

—Ya, ya lo sé, no te preocupes —me interrumpe ella.

No creo que lo haya dicho como un reproche, pero a mí me suena como uno. Recuerdo todas las veces que pensé que estaban enfadadas conmigo sin estarlo, ella, María y Azucena. Solo con pensarlo podía pasarme horas dándole vueltas al asunto, repasando mis conversaciones con ellas, mis actos. Un wasap sin emoticono significaba que algo malo había hecho. Estaba acostumbrada a cagarla. Como aquella vez que le eché en cara a Azucena que hubiese copiado en el examen de Naturales. Acababa de criticar, una semana antes, a otra chica que había hecho lo mismo en el de Lengua, ¡e iba y lo hacía ella! Le pareció tan mal que estuvo una semana entera sin dirigirme la palabra. Para mí, copiar era casi peor que matar a alguien. Mi capacidad para sacar buenas notas era lo único que tenía claro en la vida, algo bueno que siempre habían dicho los demás sobre mí.

Durante esa semana dormí mal y casi no comí. Perdí el apetito. Hasta que al final le mandé —yo— un SMS. A pesar de que seguía pensando que copiar estaba mal, le pedí perdón por no ponerme de su lado. Porque eso es lo que hacen las amigas. Apoyarse incluso si no están de acuerdo en todo, ¿no? Todavía hoy recuerdo la sensación de relajación, el alivio en el pecho, al ver su respuesta: «Está bien, no pasa nada, no estoy enfadada». Hubo muchas más, miles de veces en las que pensé que la había cagado y terminé pidiendo perdón no sé muy bien ni por qué, solo por dejar de darle vueltas al asunto. Llegó un momento en que ya no supe ni cómo tratar a mis propias amigas porque cada vez que abría la boca sentía que diría una tontería o podría ofenderlas. Mi relación con ellas en los últimos años se ha vuelto como una pesadilla de esas donde corres y corres y no avanzas. Yo no avanzo, mientras ellas caminan despreocupadas y ríen por delante de mí, cansadas de esperarme. Y es culpa mía. Es culpa mía porque no domino los códigos de conducta que sirven para vivir en sociedad, los que hacen que una persona sepa cuándo son suficientes las veces que se lava las manos, cómo comportarse con sus amigas o cuándo ha dejado de querer a su pareja.

No quiero pensar en esto ahora. Busco otro tema del que hablar.

—Y teniendo esta semana de vacaciones, ¿cómo no te has ido con María y Azucena a Ámsterdam? Me han llamado hace un par de horas y han dicho que volvían el 31.

Sabe me mira raro. Primero levanta una ceja, luego las dos. Y dice:

—No lo sabes, ¿verdad? —se muerde un labio—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

¿Desde cuándo Brais está en el cuerpo de Sabe?

—Claro.

—A lo mejor no es el momento, pero… pero para mí es importante, ¿sabes? Tú siempre has sido mi mejor amiga.

«Siempre has sido.» «Siempre has sido mi mejor amiga» no es lo mismo que «eres» mi mejor amiga. Me coge la mano y me sonríe, pero es un gesto triste. *Lávate las manos después, Aurora, que no sabes de qué las tiene Sabe.*

—Pregunta sin miedo —digo. La que tiene miedo soy yo.

—¿Qué te pasa con nosotras? ¿Conmigo?

Espero de todo menos eso. ¿Con ellas? ¡Si ellas siempre han sido de lo mejor que me ha pasado en la vida!

—¿Qué? ¡No! Sabe, yo, no, no, yo… —no sé ni qué decir, así que contraataco con la mejor defensa: una pregunta—. ¿Por qué crees eso?

Creo que ya le ha dado muchas vueltas otras veces, pues responde sin dudar:

—Ya nunca vienes por el pueblo, y cuando vienes siempre te pasa algo. Te duele la barriga, o la cabeza, pero siempre quieres marcharte a casa.

Me duele la barriga cuando alguna de ellas me escupe al hablar y quiero ir a lavarme. Me duele la cabeza cuando hago pis en un baño público y me salpico, y quiero ir a lavarme. ¿Qué les voy a decir? ¿La verdad? ¿Que la última vez no le quise aguantar el cubata un momento por si tenía babas? Interpreta mal mi silencio.

—No pasa nada, no te preocupes. Si has encontrado a otra gente con la que eres más compatible, es normal…

—¿Cómo más compatible?

—Ya sabes… Gente de Derecho, inteligente como tú, con gustos más parecidos.

—Pero ¡¡¡qué dices!!!

No quiero sonar enfadada, pero estoy enfadada. Aunque yo nunca me enfado con ellas, no puedo; no puedo enfadarme con nadie porque si me enfado con alguien… ¿Y si luego dejo de importarle? ¿Y si deja de quererme? Solo tengo derecho a enfadarme con mi familia, porque la familia está ahí siempre, pase lo que pase. Y con Xoán. Porque Xoán era mi familia también. Él me quería por encima de todo; eso siempre lo tuve claro, sus sentimientos hacia mí, no los míos hacia él. Sabía que, si por él fuese, me seguiría hasta el fin del mundo, por eso tuve que…

—Que no pasa nada, Auror…

La interrumpo:

—Pero ¡si tú eres tan inteligente como yo, Sabe!

—Sabes que no es verdad. A ti nunca te ha costado estudiar, mientras que yo tenía que estar horas y horas.

—¿Y qué? ¿Tú crees que aprobar un puto examen lo es todo en esta vida?

Me mira de forma extraña. Solo quiero que se dé cuenta de que aprobar exámenes, que es lo único que a mí se me ha dado bien siempre, es un talento de mierda; que es mucho mejor ser buena en otras cosas, como ella. Pero, claro, caigo en la cuenta, tarde, qué raro, de que Sabe fue a la convocatoria de las opos de Enfermería un montón de veces ya, de que este es el típico comentario que no debería hacer porque puede sentar mal. Yo aprobé a la primera. La vida resuelta. Eso es lo que pensará ella, que es muy fácil decir eso si eres yo. Pero si supiese la verdad, dudo mucho que quisiera ser como yo.

—Entonces, ¿por qué nos mientes? —pregunta ella, elevando el tono. Y añade—: si no te apetece estar con nosotras, dilo y no pasa nada, pero no pongas excusas malas.

No sé qué decir. Sé lo que tengo que decir, pero no sé si quiero decirlo. «Sabe, llevo medicándome años, tengo un trastorno…» ¿Una enfermedad? Nunca me ha importado cómo llamarlo porque nunca he querido nombrarlo. Era «algo». La «cosa». Lo «que me pasa». Pero yo no he mentido, nunca miento. No les he mentido, porque la ansiedad se instala en el estómago y ya no se va. Como el herpes. *Qué poético, Aurora*. Porque la cabeza duele si no para quieta jamás. Y eso no puedo evitarlo. O sí, puedo dejar que la ansiedad suba, no caer en la tentación de hacer las compulsiones y gracias a ellas controlarla cuánto, ¿una hora?, ¿dos? Hasta que vuelva. Porque siempre vuelve. Y yo escapo. De mí, de ellas, de mis amigas. Y no son tontas, nunca lo han sido. La única tonta aquí soy yo, por no haber caído en que se darían cuenta de que algo no iba bien. A lo mejor la que no se ha dado cuenta nunca de que algo no iba bien soy yo.

—Ya casi no sabemos qué es de ti, casi nunca escribes, ni llamas. ¿Quieres saber por qué no he ido con María y Azucena?

Por el tono en que me lo dice, creo que me está atacando, pero no sé cómo ni por qué. Tengo a mi madre en la UCI, ¿ya ni eso se respeta? *Cómo te gusta hacerte la víctima, Aurora.* Siempre estoy apagando fuegos. Cuando no son los de mi cabeza, son los de las cosas que hago en la vida real que tengo que explicar. Cosas de las que ni me doy cuenta, que alguien normal no haría. Como aquella vez que los amigos de Xoán le preguntaron que por qué había estado toda la tarde mirando el móvil cuando quedamos para hacer tarde de juegos de mesa. ¿Cómo puedes explicarle a alguien que tienes que tener la

mente ocupada a todas horas, porque si no va por caminos que no quieres que coja? Los amigos de Xoán y él se ponían a hablar de tonterías entre ellos y yo no podía evitar fijarme en si se sonaban los mocos o se tocaban los labios con las manos con las que después cogían las cartas. Mejor mirar Twitter. O Facebook. O los SMS de la operadora telefónica, porque cualquier cosa era mejor.

—No he ido con María y Azucena porque están celebrando que ya llevan juntas un año.

Esas palabras hacen que vuelva a la realidad. ¿Juntas? Juntas llevan toda la vida. No entiendo nada.

—¿Cómo «juntas»? Juntas de… ¿novias?

—Sí, ¿cómo va a ser si no? Fue duro, ¿sabes? María creo que lo ha tenido claro desde siempre, nunca hablaba de tíos guapos ni nada como nosotras. Pero Azucena ha tenido problemas en casa desde niña, su padre es un retrógrado de mierda y la madre siempre le da la razón. ¿Tú crees que ella quería trabajar en el almacén de la familia? No, pero le dijeron que lo tenía que hacer y punto. No sabes lo que le supuso confesarles que estaba con María. Por lo menos dejó de trabajar allí. ¡Cómo tiene que ser de duro que tu padre te explote! Seguro que tampoco sabes que ahora trabaja en la oficina de seguros de la calle principal —no lo sabía, claro. ¿Cuántas cosas más me he perdido? Mueve la cabeza—. Cómo ibas a saberlo, si estas no son cosas para contar por teléfono y no te vemos el pelo desde hace… ¿cuánto? En realidad hace años que no estás. Y eso que nunca lo han escondido; nunca hemos escondido nada de lo que nos pasaba, Aurora. Simplemente, tú no estabas.

María y Azucena. María y Azucena. María y Azucena. ¿Cuántas cosas como esta me habré perdido? ¿Qué fue lo que hice mientras la vida seguía pasando a mi alrededor?

El móvil suena. Lo cojo como una autómata. *María y Azucena*. Es Roberto. Roberto nunca llama. Roberto antes nunca llamaba. *Mamá ha muerto, mamá ha muerto, mamá ha muerto.* Descuelgo, con el cerebro en blanco. Por lo menos no hay agonía. La voz de mi hermano rompe el silencio:

—¡Se ha despertado! ¡¡¡Aurora, mamá se ha despertado!!!

Martes, 23 de julio 2019

Cuando llego al hospital, mamá ya está en planta. En la habitación donde la ponen, papá no se separa de ella. Ha arrimado la silla que le corresponde como acompañante a la cama y la coge de la mano. En mis treinta y un años de vida, nunca los he visto cogidos de la mano. Roberto y Patri permanecen de pie, contra la pared. Solo ponen una silla por acompañante, supongo que para que las habitaciones del hospital no parezcan el metro en hora punta, como esta. En la cama de al lado hay una mujer mayor sin acompañante, así que su silla está vacía. ¿Por qué no se la pediría Patri? Está embarazada. Tiene unos derechos.

Todo eso pienso antes de saber qué decirle a mamá. La veo blanca, pero menos que antes. Sigue con la pierna en alto, pero ya no le sale ningún tubo por la boca. Cuando ella se da cuenta de que estoy allí, su cara se ilumina con una sonrisa.

—¡Auroriña!

Tiene la voz ronca de la intubación. No sé si acercarme o mantenerme a distancia. Nunca me han gustado los besos de mi madre, demasiadas babas, pero este es un momento especial. Al final, voy hasta el borde de su cama, el contrario al que papá tiene totalmente ocupado, y le doy uno en la mejilla. Huele a… No sé a qué huele, pero ya no huele como mamá.

—No hacía falta que vinieses —dice con su voz de ultratumba.

Claro, mamá, estás en coma y a punto de cruzar al otro lado y me iba a quedar en mi casa.

—¿Cómo no iba a venir, mamá?

—Tendrás mucho trabajo.

Me pone de los nervios. Cuando hablamos por teléfono, me recrimina que no tenga tiempo para que papá y ella puedan hacerme una visita y ahora resulta que está con un pie en el otro barrio y no quiere que venga porque debo de tener mucho trabajo.

—Bah, deja de decir tonterías —sentencio.

Tonterías, como subirse a una silla con ruedas para colocar una puta manta. Pero no es tiempo de reproches. Me aparto hacia donde están Roberto y Patri y dejo que hablen ellos. Y papá, que nunca tan parlanchín lo he visto en mi vida. Les hago poco caso, por no decir ninguno, hasta que llega la médica y, entonces sí, intento centrarme.

Fractura compleja, difícil de soldar, prótesis, peligro de

calcificación por la edad. El golpe en la cabeza, monitorización y poco más. Ha estado en coma, pero nada, como si fuese un catarro. Siento la rabia en el fondo del estómago, pero intento tranquilizarme. Inspira, espira. Inspira, espira. Operación de la pierna, mañana o pasado, cuando traigan la prótesis, que no sé qué narices tiene la puta prótesis que parece que la mandan del otro lado del mundo. En 48 horas te da tiempo de ir a Australia y volver. Cuando se va y nos quedamos a solas de nuevo, bajo a la tienda del hospital. Compro cuanta revista del corazón hay y se las subo a mamá a la habitación. Le veo la sonrisa en la cara cuando se las doy, pero no parece demasiado contenta. «Esas cosas solo las leen las amas de casa amargadas y cotillas.» Creo que se lo dije en algún momento de la adolescencia, cuando me había dado esa época de sinceridad absoluta. ¡Encima voy a sentirme culpable! Media hora más tarde, los aviso de que tengo que ir a casa a comprobar que Aurin está bien. Todavía tardo diez minutos más en salir, pues tengo que explicarle a mamá quién es Aurin. Aprieta los labios cuando sabe que hay una gata corriendo libre por su casa, pero se calla. El coma ha debido de ablandarla algo. Roberto y Patri dicen que se quedan un poco más y que ya bajan después a hacer la comida. Supongo que tengo que decir que no hace falta, que cocino yo, pero no tengo fuerzas. ¿Y si cogemos algo para llevar? Mamá empieza con la cantinela de que se le va a estropear la comida que tiene en la nevera. Seguro que le ha dado muchas vueltas mientras estaba en coma: «¡Ay, quién se va a comer todo eso si yo me muero!». No tiene gracia, no tiene ni puta gracia. Mamá siempre compra por si al día siguiente hay un cataclismo nuclear. Roberto dice que no me preocupe, que ya van ellos —que ya va Patri, querrá decir, nunca en la vida he visto a Roberto cocinando —, y yo me encojo de hombros, me despido y salgo por la puerta de la habitación. Al traspasar el umbral, de forma automática, el pecho y el estómago me pesan diez kilos menos.

Cuando abro la puerta del piso de mis padres, Aurin me recibe como siempre, frotándose contra mis piernas. Claro que está bien, solo la he usado de excusa. ¿En qué clase de persona me convierte eso? Cuando trabajo, se queda muchas más horas sola por las mañanas y nunca ha pasado nada. Nada más allá de aquella crisis de la primera semana. Ella por lo menos no se sube a sillas con ruedas de las que se cae, provocándose un coma. Lo máximo a lo que llega es a dejar el arenero como un campo de minas; que bastante es, por cierto. La cojo en brazos y le doy un beso en la cabeza, pero rápidamente se revuelve para soltarse. Es un poco huraña. Dicen que los animales se parecen a los dueños. Solo me toca como y cuando ella quiere. A lo mejor hasta

lo pasa bien sola. No la voy a dejar todo el día sola, claro, pero lo justo y necesario es algo bueno. Yo estoy muy bien sola. *No te lo crees ni tú, Aurora*. He puesto a la gata de excusa, por supuesto, y me niego a sentirme culpable, aunque me lo tenga que repetir muchas veces para que parezca verdad.

Mamá está bien, no hay ninguna necesidad de que nos quedemos en el hospital toda la familia, poniéndonos intensitos, qué agobio. No, mejor ahora descanso y después, si eso, ya voy yo por la tarde. Así que, en el fondo, me alegro de tener una gata. Creo que hasta me ha hecho ser algo menos estricta con el tema de la limpieza. *Pero ¡si pasas el aspirador a diario!* Sí, pero cada vez que la toco no me voy corriendo a lavarme las manos. Eso antes no lo hacía. Y aquí no limpio, ¿ves? Miro el arenero. Esta ya no es mi casa, no siento esa necesidad. Veo cómo Aurin se pasea delante de mí. Luego, se sienta y empieza a lamerse las partes, abierta de piernas. Es una exhibicionista. Teniendo en cuenta mis limitados conocimientos sobre gatos, es bastante buena. Ya que Brais me ha iniciado en esto del mundo de los youtubers —por supuesto que antes ya veía vídeos en YouTube, pero nunca me había hecho suscriptora de ningún canal—, ahora sigo varias cuentas sobre vida gatuna. Y maquillaje también, pero eso ahora no viene al caso. *¿No es lo mismo seguir canales de maquillaje que leer las revistas de mamá, Aurora?* En los canales de gatos hay un montón que se afilan las uñas en los sofás. De hecho, ese es de los vídeos que más se repiten: cómo evitar que mi gato destroce el mobiliario. Aurin siempre ha usado su rascador —le compré el más caro de la tienda, ¡solo faltaba que no lo hiciese!—. Menos mal, porque si mamá volviera a casa y lo primero que se encontrase fuese el sofá roto… En fin, de vuelta al hospital con ella, esta vez por un ataque al corazón. ¿Cómo estará Brais? ¿Y Alika? Tendría que haberles pedido su número, ¡cómo puedo ser tan tonta!

Dejo de mirar a Aurin y avanzo hasta mi antigua habitación. Creo que sigue igual que cuando me fui a estudiar fuera, a los dieciocho. Bien, igual no. Miro las paredes: mamá ha enmarcado la orla y la ha colgado. Ha enmarcado la orla, el orlín, la foto individual con birrete y la foto individual sin birrete. Mecagoental, maldita la hora en que acepté hacerlas. La verdad es que toda la promoción quería, ¿cómo iba a ser yo la única que no saliese? Puta presión de grupo. Aquí «puta» no es poesía, no. Ese es mi problema: hago demasiado caso de lo que dicen los demás. Un niño de diez años afirma que decir «puta» es malo y a mí me da por sacarlo de mi vocabulario. Bueno, en realidad creo que dijo que lo que estaba mal era lo de «hijo de puta», pero esa también es otra manía que tengo. Adornar la realidad. Y no siempre

para bien. A veces, escucho cosas que nunca han sido dichas. «Puedes mejorar ese ocho» significa que soy tonta. «No haces nada por ayudarte», que soy una fracasada. «¿Qué tal te va la aburrida vida de funcionaria?», que soy una fracasada tonta que no puede aspirar a más en la vida. Pienso en Tamara y en Carlos. ¿Qué clase de relación es esa? ¿Y la de María y Azu? ¿De verdad mi relación con Xoán era tan mala como yo creía? ¿«Yo» era tan mala? ¿Por qué ellas pueden disfrutar del amor sin detenerse en tonterías y yo no dejo de darle vueltas y vueltas y vueltas? *A lo mejor ellas sí que se quieren bien, Aurora*. ¿Y yo no quería bien a Xoán? No al final, no, sino cuando empezamos. Claro que sí. Xoán es la persona que más he querido en mi vida. Creo que es la primera vez que pienso esto. Por eso hice lo que hice. Es la persona que más quiero en la vida, en presente. Me siento en la cama, intentando enfrentarme a la realidad. Soy patética, mucho más que patética. El amor es el sentimiento universal menos común en todo el mundo. No hay dos amores iguales. No creo que Tamara quiera a Carlos como él lo hace, ni que María y Azucena se quieran como Patri y Rober. ¿Eso significa que no es amor? No lo creo. Significa que todo el mundo tiene su propia definición de amor.

¿Cuál es la mía? Cuál era, mejor dicho. ¿La de las novelitas porno? ¿La de las mariposas en el estómago, la de derretirse con una mirada? Tiene razón Aurin —el youtuber, no la gata—: el amor solo dura dos años. Ese tipo de amor, un solo tipo de amor. Porque nunca nos explican cuál es, cuáles son, los otros tipos. Es ese y punto, el de los cuentos, el de las películas. Y ese a mí se me ha agotado, como se le agota a todo el mundo, y no supe entender cuál era el amor que quería, el que me hacía sentir bien después de que se terminara la emoción de principio. Porque lo que sentí después creí que no podía ser amor. Y empecé a centrarme en eso, a darle vueltas, siempre demasiado pendiente de mí misma.

Ese es el problema, que soy una puta egoísta de mierda. Yo, yo, yo. Y ahora Tamara y Carlos, Azucena y María… nadie haría una historia de amor con esas parejas, pero ¿a quién le importa? *¿Cómo puedes saber si quieres a alguien de verdad?* Antes estaba segura de que yo nunca había querido a nadie de verdad. Aurin se sube a la cama y se acurruca a mi lado. Otra que sabe leer pensamientos. La voz de Sabe: «¿Dónde has estado todo este tiempo?». ¿Que dónde he estado? Aquí, pero sin estar. Pensamientos intrusivos, limpieza, darle vueltas a si quería a Xoán… Y ahora resulta que todo el mundo se enamora, que todos los amores son buenos y aceptables y la única que duda de si quiere a otra persona soy yo, como siempre, porque soy la que nunca tiene claro nada mientras los demás siguen con sus vidas y yo me

limito a… sobrevivir.

No quiero pensar en todo esto, no quiero. Pero claro, querer o no querer es algo que yo nunca he dominado. Puto elefante rosa. Recuerdo la explicación, la primera vez que fui a la psicóloga a gastarme los sesenta euros de mi también primera nómina de funcionaria. No pienses en un elefante rosa, y ¡bum!, el puto elefante en la cabeza. «Así son tus pensamientos, no puedes controlarlos.» Pero, entonces, ¿cómo sé qué cosas pienso de verdad y cuáles no? ¿Cuáles siento de verdad y cuáles no? ¿Cómo puedo saber si quiero a Xoán o no?

Esto ha llegado demasiado lejos. Miro a todos lados. Las fotos antiguas colgadas de la pared, con Sabe, Azu y María. Así era yo antes. Antes de dejar de ser yo. Porque no me reconozco en esta de ahora. Yo soy esa chica que me mira desde las fotos, la que lo pasaba bien, y disfrutaba, y que alguna cosa tenía clara. Como que esas eran sus amigas, o que Fran era algo temporal, propio de la edad. Si con Fran lo tuve tan claro, ¿por qué con Xoán no? «Creo que no lo quiero dejar porque me he acomodado, por la rutina, porque le tengo cariño, quizás hasta lo quiera, pero no de la forma en la que se quiere a una pareja», le expliqué al psicólogo en mi segunda o tercera visita a ese maldito pasillo de Salud Mental, cuando conseguí hablar sin llorar. Cuando aún pensaba que el problema era el pánico que sentía por hacerle daño. Una no se medica por sufrir pánico a cortar con su novio. «Él me dijo que lo habías dejado ya, varias veces, así que sabes cómo hacerlo. La pregunta es por qué vuelves siempre», había respondido. Y luego mi mente que lo imagina saliendo de su lugar, detrás de la mesa, poniéndose delante de mí y acariciándome la mejilla. Y yo respondiendo al gesto, abriendo la boca, invitándolo a entrar en ella. El problema fue el olor. En aquella consulta olía demasiado a la colonia del maldito psicólogo, el olor es algo tan íntimo y personal… Y me lo imaginé, con olor y todo, metiéndome los dedos en las bragas, y yo suspirando. Suspirando de placer. Y luego, después de pensarlo, tener que comprobar la ropa interior, para ver si se había humedecido. Buscando pruebas físicas de mis delirios mentales. No quiero pensar en esto, Xoán ya no está. Pero el problema nunca ha sido Xoán. Me miro al espejo de la habitación. Sí, esta soy yo. Esta soy yo ahora, será mejor que lo acepte. Me duele la cabeza. Yo también llevo un par de días sin dormir demasiado. Me levanto y voy al baño, a mirar en el mueble donde mamá solía guardar las medicinas. Siguen en el mismo sitio, animal de costumbres, pero no veo paracetamol. El ibuprofeno interfiere con mis pastillas de los locos, no me sirve. Decido ir a mirar a la mesita de noche de mamá.

Recuerdo que siempre tenía allí un alijo, mujer precavida. Abro el primer cajón y veo las cajas, pero no es paracetamol. Motivan, 20 mg.

Consigo que se vayan todos a casa a comer, incluido papá, diciéndoles que me quedo yo a mediodía en el hospital porque ya he comido algo. Lo cierto es que no he probado bocado. Veo cómo papá le da un beso a mamá en la mejilla mientras Patri y Rober lo esperan en la puerta. Motivan, la pastilla de los locos de primera generación, la que tomaba antes de pedirle al psiquiatra que me diese otra cosa porque esa me dejaba la libido de una planta. Yo, siempre empeñada en que el problema era no tener ganas de sexo con Xoán. La paroxetina venía siendo la misma mierda, pero al principio había funcionado el efecto placebo, supongo. Aunque debería estar contenta: ahora sí que tengo sexo, y bastante, con ella incluida.

Cuando sale todo el mundo, saco la caja del bolso y se la pongo a mi madre encima de la cama sin decir nada. Directa, nada de melodramas. Tengo ganas de añadir «no hay más preguntas, señoría», aunque no sé bien de qué la estoy acusando. O sí. Por lo menos tengo dudas. Ella mira las pastillas y luego me mira a mí, en silencio. Al final soy yo la que habla:

—¿Y esto?

—No sabía que eras de las que rebuscaban en los cajones.

—Venga ya, mamá. Buscaba algo para el dolor de cabeza. ¿Eso es todo lo que vas a decir en tu defensa?

—No sabía que tuviese que defenderme de nada.

—Mamá, estás tomando medicación para la depresión. Y casi te matas. ¿En serio no ves ninguna relación?

Ella abre los ojos cuando se da cuenta.

—¿Qué insinúas? ¡Ha sido un accidente!

—¡Nadie con dos dedos de frente se sube a una silla con ruedas!

—¡Pues yo sí, Aurora! ¡Tienes una madre tonta! ¡¿No es eso lo que siempre has pensado?!

Ahora soy yo la que permanece en silencio, unos segundos que se hacen larguísimos.

—Mamá…

—Estoy deprimida, pero no he querido suicidarme, si es eso lo que te preocupa.

Recuerdo las últimas veces que vine a casa: cómo lloraba por cualquier tontería, cómo discutía con papá de cualquier estupidez, más de lo normal.

—¿Papá y Roberto lo saben?

—¡Qué van a saber!

—¿Y por qué no se lo contaste? ¡Podían haberte ayudado! ¿Por qué

no me lo contaste a mí?

No sé por qué le digo eso, si lo que menos quiero del mundo es que me cuente algo así. Bastante tengo yo con lo mío ya.

¿Por qué no lo cuentas tú, Aurora?

—No quería preocuparos.

¿Y tú por qué lo hiciste, Aurora?

—¿Quién te ha recetado las pastillas? —intento cambiar de tema, centrarme en ella.

—El médico de cabecera.

Me suena la historia.

—¿No te derivó al psiquiatra?

—Sí, después. Pero solo lo he visto dos veces en cinco meses.

—Mecagoendiós… —susurro.

—¡Ey, esa boca!

Le sale de forma automática, hasta con la pierna rota, recién despierta de un coma y depresiva. Solo le ha faltado lo de «así no hablan las señoritas».

—¡Mira, mamá, ya soy mayorcita para hablar como me salga del coño!

Grito, pero no me doy cuenta de que estoy gritando hasta que es demasiado tarde. Ella abre los ojos y me mira, sorprendida. A los pocos segundos, se le llenan de lágrimas. No, no, no puede ser, por favor, no llores. Grítame, pero no llores.

—Mamá, por favor… Por favor, no llores.

—¿Crees que si pudiese parar no lo haría?

No sé qué decir. Dejo que los segundos pasen, mientras ella intenta no sollozar. Me siento mal, fatal. Ese peso en el fondo del estómago… No por decir tacos o por gritar —gritar de vez en cuando sin ser acusada de histérica debería ser un derecho universal—, sino por… *Tanto que presumes de sinceridad, Aurora.* Mamá por lo menos no tuvo miedo a confesarlo. Confesarlo, como si fuese algo malo. Quizá son esas las palabras que debería eliminar de mi vocabulario, y no «puta».

—No es culpa tuya, mamá —lo estoy diciendo antes de darme cuenta de que he abierto la boca. Me mira sin entender nada. Normal —. No es culpa tuya tener depresión.

No sé por qué pienso que decirle eso le va a sentar bien, pero creo que es así. No: de hecho, lo sé. No somos tan diferentes. Los sollozos son cada vez más débiles, incluso intenta sonreír de lado.

—Mamá… las pastillas son una ayuda, pero necesitas apoyo psicológico también. Y Salud Mental va como el culo, ya lo sé, pero…

—¿Y tú cómo sabes tanto del tema? —me interrumpe.

El primer impulso que tengo es responderle como Brais, que todo

está en Google. Pero no. Me muerdo el labio. ¿Y si se lo cuento? ¿Quiero contárselo? *Sí, claro, y hacemos aquí ahora las dos una escena apoteósica de drama familiar de peli de sábado tarde, ¿no, Aurora?* La carga en los hombros es demasiado pesada. Xoán ha sido mi apoyo durante todos estos años. ¿Quién va a ser mi apoyo ahora? *Solo quieres contárselo por egoísmo, Aurora*. ¿Acaso no lo hacemos todo en esta vida por egoísmo? Hasta ayudar a los demás, por sentirnos bien con nosotros mismos. ¿No es más generoso saber cuándo pedir ayuda? *Quizá no es lo mejor con alguien que se ha roto la pierna en dos sitios, depresiva y que acaba de salir de un coma, ¿no crees?* Pero yo nunca he destacado por ser oportuna, precisamente. Aun así, no me salen las palabras. Tampoco me salieron con Sabe, a pesar de que siento que se lo debería contar, para poder responder a muchas de sus preguntas. Pero no sé cómo se hace, hablar de este tipo de problemas. Nunca he visto a nadie hacerlo. Sé cómo se puede decir que tienes un cáncer terminal, que te vas a morir en seis meses, pero esto no. Noto que mamá me coge de la mano. Odio que haga eso. Siempre pienso que las tiene sucias de limpiar algo, pero en este momento… me agrada. O, en fin, no me desagrada del todo. Necesito un punto de apoyo.

—Nosotros… intentamos hacerlo lo mejor que pudimos, Aurora.

¿Qué? Ahora soy yo la que no entiende nada.

—Mamá, la culpa no es…

No sé por qué sigo empeñada en hablar de culpas. Ella me interrumpe:

—Recuerdo cuando tenías unos trece o catorce, lo mal que lo pasabas cuando sudabas. Hasta te llevé al médico, ¿recuerdas? Ya no sabía qué hacer. El único momento en el que te veía feliz sudando era en los partidos de baloncesto —sonríe—. Era una gozada verte.

—Pues no era de las mejores del equipo…

—Eso lo dices tú, pero tampoco necesito que mi hija sea la mejor en todo.

—Ya, claro, por eso te enfadabas tanto cuando traía un ocho a casa…

Me mira sin entender:

—Porque traías un ocho a casa estudiando cinco minutos. Lo que yo quería era que te esforzases, que lo dieses todo. Y si no lo conseguías, no pasaba nada, pero sí que lo intentases.

—Pues lo conseguiste. Ahora no sé cuándo dejar de intentar las cosas, porque nunca nadie me ha enseñado cuándo debía rendirme.

No puedo evitar que una lágrima resbale por mi mejilla. Hala, las dos llorando, genial. Me la limpio con el dorso de la mano, rápida. ¿Se habrá dado cuenta? Miro la pierna de mi madre, colgada en lo alto.

Destroza un poco el ambiente melodramático, la verdad. O quizás le da aún más intensidad. Ella acaricia mi mano y empieza a contar algo que parece no tener ninguna relación con el tema trágico que tratábamos. Ya sé de dónde me viene la manía de irme siempre por las ramas cuando la situación no me gusta demasiado.

—¿Recuerdas aquella vez que te clavaste un cristal en la rodilla por ir a espiar a tu hermano y a sus amigos al descampado? Tuvimos que llevarte a urgencias y todo, que no parabas de sangrar. Tuvieron que darte puntos. Tres o cuatro.

—Algo recuerdo, pero tenía cuántos, ¿cinco?, ¿seis años?

—Ocho, casi nueve.

Nunca se me ha dado bien esto de las edades. Mamá sigue hablando:

—Llegó tu hermano contigo en brazos, llorando, pensando que ibas a morirte de lo que sangrabas. Pero tú nada, ni una sola lágrima. Ya en el hospital, ahí sí, lloraste un poco del miedo, casi sin hacer ruido, porque se te había metido en la cabeza que te iban a tener que cortar la pierna. Supongo que una noche en la que yo veía *Urgencias* tú viniste al salón porque no te dabas dormido y sabe Dios qué impresión te llevaste. ¡Ay, *Urgencias!* ¡Cómo me gustaba esa serie!

Ahora ya sí que me he perdido. Por lo menos esta pausa hace que mis ojos se sequen del todo. A lo mejor era lo que mamá pretendía.

—No creo que Roberto llorase porque iba a morirme, más bien lloraría porque todavía no lo había hecho —intento bromear, pero mamá me mira con reprobación.

—Tu hermano estaba fatal, Aurora. Peor que tú. Se sentía culpable porque él era el mayor y no había podido ayudarte. No se dio cuenta de que lo habías seguido ni había podido evitar que tropezaras encima de aquellas botellas rotas. Sois hermanos. Cada cual quiere a su manera y lo demuestra como puede.

Cada cual quiere a su manera. ¿Y si hay gente que no sabe querer? Mamá continúa hablando:

—Cuando te pusieron los puntos y nos dijeron que podíamos llevarte a casa, que si guardabas reposo en unos días estarías bien, ¿sabes qué fue lo que me preguntaste?

Abro los ojos. Odio estas preguntas en las que una no sabe si tiene que decir algo o no. ¿Son retóricas? ¿Es una pausa dramática?

—¿Qué? —termino soltando.

—Que si alguien se había dado cuenta de que habías llorado en el hospital. Lo único que te preocupaba era demostrar lo fuerte que eras, que nadie viese ni un poco de flaqueza en ti. Fuerte, indestructible, independiente. Siempre han sido tus mayores cualidades, pero

también tus mayores defectos.

Esto cada vez se parece más a un capítulo de *Anatomía de Grey*. *Curioso, mamá veía* Urgencias, *tú* Anatomía de Grey, *Aurora.* No sé qué decir. *Os parecéis más de lo que crees*.

—Y la culpa de eso es mía, porque te animé a que fueses así. Estaba tan orgullosa… No quería que… No quería que terminases limpiando casas, o contando hasta el último céntimo a final de mes, o con dos hijos y sin estudios casi —T*ú tampoco querías parecerte a ella, Aurora*—. Eras tan lista, tan decidida… —¿decidida yo?, ¿la que duda de todo? —. ¡No sabía cómo había podido salir de mí, de nosotros, una niña así!

No me gustan las conversaciones profundas, así que veo una vía de escape para quitarle hierro al asunto:

—Sobre todo cuando Roberto comparte el mismo ADN y es todo lo contrario a mí.

Me refiero a que Roberto es sociable, amable, tiene don de gentes y consigue que su relación dure para siempre, pero mamá no lo entiende por ahí. Su cara se pone seria, más si cabe, y veo que sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas:

—Roberto… El amor es tan difícil, Aurora… Yo nunca quise que notase que había diferencias en mi cariño hacia vosotros, pero él… él ya tenía el camino trazado. Papá siempre lo tuvo claro y tu hermano nunca pareció ponerlo en duda, incluso parecía que le gustaba quedarse trabajando en el taller, así que… supongo que me centré más en ti. Tú podías llegar adonde quisieses y, lo más importante, lo querías todo. En eso me recuerdas a mí, ¿sabes? Antes de casarme, de tener hijos. Creía que podía ser lo que yo quisiese ser, pero la vida te va enseñando dónde está la diferencia entre realidad y fantasía. Y luego te ves con sesenta, la jubilación a las puertas, echas cuentas y te das cuenta de que la pensión va a ser una mierda porque tu vida ha sido una mierda, aunque has trabajado siempre como una burra. Y ya de la menopausia ni te hablo.

Mamá vuelve a estar llorando como una descosida. No sé qué decirle. ¿Que su vida no es tan mala? *Eso solo va a deprimirla más, Aurora.* Si cree que su vida ha sido una mierda algo tendremos que ver nosotros, sus hijos, su marido. ¿En qué lugar nos deja eso? Hago lo único que puedo hacer en este momento, a pesar de que no me gusta demasiado el contacto físico: la aprieto entre mis brazos y pongo la cabeza en su pecho. Creo que le gusta, porque me acaricia el pelo y noto que se va tranquilizando. Cuando los sollozos son casi imperceptibles, me separo y la miro a la cara:

—Tan mal no te he salido, ¿no, mamá?

—No, mujer, no —consigo que se ría un poco, por lo menos—. Trabajo fijo, pareja estable, hipoteca… Todo con apenas treinta años. Lo has hecho muy bien, sí señor.

Pareja estable. Sí, ya.

—Mamá… Con respecto a eso…

—Ya no hay hipoteca entre dos, ¿no? —me interrumpe.

Abro la boca:

—¿Cómo…?

—No hay que ser muy lista, Aurora, mujer. Ya no hablas de él, nunca viene, no quieres llevarnos… Mejor sola que mal acompañada.

Eso me molesta, me molesta mucho. Salto:

—No, no ha sido culpa de él, mamá.

Ella solo me mira mientras frunce los labios. Quiere preguntar, pero se corta. Menos mal. No me apetece tener esa conversación. Ya me estoy arrepintiendo de habérselo contado, pero no iba a poder mantenerlo en secreto toda la vida. Sin embargo, una cosa es decirle que estoy sola y otra ponernos aquí a sacar toda la mierda. «Poco a poco, Aurora», suena la voz de la psicóloga.

—Pero estoy bien, mamá, en serio, no te preocupes.

—¿Seguro? —me mira levantando una ceja.

—Sí, seguro. Pero tú no. Tú no estás bien —veo cómo los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas—. Y no vas a mejorar con visitas al psiquiatra cada dos meses y unas cuantas pastillas.

La agarro de la mano mientras dejo que se desahogue. *No pasa nada, Aurora, no pasa nada, luego te lavas las manos*.

—Yo conozco una buena psicóloga que podría ayudarte, pero… está a casi dos horas de viaje.

Me mira a los ojos:

—¿A ti te ha ayudado?

¿Todo el mundo sabe leer mentes a mi alrededor o qué? Asiento con la cabeza, sin decir nada. No quiero ponerme a hablar de esto tampoco, quizás en el futuro sí. Creo que podemos encontrar un punto de unión ahí, que puedo hacerle ver que esto, lo suyo, lo mío, no tiene que ver con el nivel de formación ni tampoco con lo fuerte que sea la persona. Se siente culpable, como yo me he sentido miles de veces.

—No creo que pueda permitírmela —dice.

Recuerdo a la madre con el niño del viernes. «Pagar a plazos.» La salud de tu hijo, a plazos. Tu propia salud, a plazos.

—Pero yo sí puedo, mamá.

Vuelvo a apretarla entre los brazos porque sé que a ella le gusta y yo puedo aguantar unos minutos más así. *No pasa nada por abrazar a mamá, Aurora, no pasa nada, está en el hospital, no la encontrarás más*

desinfectada en tu vida.

—No quiero que tengas tú que pag…

—Mira, ¿eh? No digas tonterías. Bastante has hecho ya el tonto subiéndote a una silla de ruedas.

Por lo menos consigo que se ría algo aunque llore. Tantas lágrimas me hacen sentir incómoda, ya desde pequeña.

—Tú siempre tan sincera —dice mamá mientras sorbe los mocos, espero que no demasiado cerca de mi pelo.

«Yo siempre tan sincera.» Pienso que, quizá, nunca ha habido un «yo» de ahora y un «yo» de antes. A lo mejor siempre he sido así. Para lo bueno y para lo malo. Las presentaciones en la universidad, los exámenes… ¿nerviosa yo? Yo nunca. La opo a la primera. Tengo ganas de explicarle el porqué real del cambio de oposición. Cuando me pasé a la de funcionariado municipal solo dije que la de jueza no me convencía. Quiero que me diga que está bien, que no pasa nada, como me decía cuando era pequeña. Que no es necesario que sea la mejor siempre, que tengo derecho a ser anodina y aburrida, a tener un trabajo fijo que no me haga una estrella, pero que me dé de comer sin mayores preocupaciones. Incluso que tengo derecho a leer novelas porno y revistas del corazón, que tengo derecho a no creerme menos inteligente por no estar con *El Quijote* a todas horas. Me separo de ella y señalo las revistas de la mesa con la cabeza. Creo que están en la misma posición desde que se las compré:

—¿No te gustan?

Ella gira la cabeza para observarlas y luego me mira:

—¿Y si me traes un libro, mejor? Aquí tengo tiempo de sobra.

Me río por no llorar. Yo convenciéndome de que no tiene nada de malo leer eso y a mamá le da por ir de intelectual.

—Con muchos asesinatos, sangre y vísceras, si puede ser —añade ella con una sonrisa y los ojos rojos de las lágrimas.

Miércoles, 24 de julio 2019

Ayer me di cuenta al llegar a casa. Después de estar con mi madre en el hospital, me olvidé de lavarme las manos. Después de tocarla, de acariciarla, de que las sostuviese entre las suyas, mi cabeza no me avisó de que tenía que lavarlas. Eso no pasaba desde hacía… ¿cuánto? *Si lo olvidas, Aurora, ¿cómo vas a recordarlo?* Pienso en las veces que he estado con Brais, en las veces que ha venido a casa. ¿Limpié más de lo habitual después de que se marchase? Seguro que sí, pero no consigo recordarlo. Y trajo a Aurin. Trajo a Aurin y no la bañé en alcohol. Eso es un paso. Un gran paso.

Pienso en todo eso ahora, en el baño de mis padres. Llevo meses —años, diría— sin sentarme en un váter que no sea el mío. Además, mamá se cayó el domingo por la mañana. Normalmente limpia los baños ese día por la tarde —domingos, los días de limpieza de esta familia—, así que a saber cuánta mierda acumulada tiene este. Pero aquí he apoyado los glúteos durante gran parte de mi vida. Y he sobrevivido. ¿Qué ha cambiado?

Me bajo los pantalones. Las bragas. Empiezo a respirar más rápido. A tomar por culo —nunca mejor dicho—, pienso, y me siento en el váter. Ya está, ya está hecho. Y este es el baño pequeño, aquí no hay bidé para lavarme después. Lo he hecho adrede. Lo he hecho adrede y ahora veo la mancha roja de mis bragas y mecagoendiós y en el santoral entero. San Juan, san Judas y la santa madre que los parió a todos. *¡Ey! ¡No digas eso!* «La madre que los parió» tampoco parece poesía, ciertamente. No sé qué clase de obsesión hay con las madres en las palabrotas. Pienso en la mía. En la de Brais, que se llama Alika. La mía, Carme. A lo mejor no necesito que nadie me diga ni lo que está mal, ni lo que es poesía. A lo mejor, simplemente, tengo que empezar a decidir yo. Me miro las bragas de nuevo. Mecagoenelputo invento de la copa de las narices. Y ahora ¿qué?, ¿qué hago? Bufo. ¿Decidir? Ya decido a diario miles de cosas. Quizá la cuestión sea dar con la opción adecuada. La adecuada para mí, para mi salud mental.

Suspiro. Me meto los dedos en la vagina y agarro la copa. Está mal puesta, así que es sencilla de sacar. Cuando estoy en mi casa, la vacío en el váter y luego paso al bidé, donde la lavo y donde también me lavo yo. Pero aquí no hay bidé, en este baño no hay bidé porque he venido a él adrede, para sentarme en el retrete y aguantar llevar ese contacto en los glúteos sin limpiarme. ¿Por qué es todo tan difícil?

Para una vez que quiero hacer las cosas bien, no sucumbir a la ansiedad, voy y me meto en el baño sin bidé para no tener alicientes, como una alcohólica que evita pasar por el pasillo de bebidas espirituosas del supermercado, y ahora resulta que tengo los dedos rojos de sangre. Los miro como si fuesen los de E.T., rojos y viscosos. Hasta una persona normal querría limpiar esto. No sé si habrá gente en este mundo a la que ir a mear o a cagar le suponga una jodida maratón mental como a mí. Alguna vez he salido del gimnasio —es urgente que vuelva al gimnasio— menos cansada que de algún baño público. *Céntrate, Aurora, ¿qué vas a hacer?* Qué hago, qué hago, qué hago. No puedo limpiar esto en el lavabo, qué asco. Miro la bañera. Es la única opción. Cojo papel higiénico, envuelvo la copa y luego la lanzo hacía ahí. No quiero que rebote y eso parezca *La matanza de Texas*. Creo que con siete vueltas de papel es suficiente, pues la porcelana sigue impolutamente blanca. Me limpio y me saco el pantalón, las bragas y los calcetines. Me meto en la bañera y desenvuelvo la copa, haciendo un gurruño con el papel higiénico y lanzándolo al váter, como en mis mejores tiempos de baloncestista. Menos mal que acierto, porque si no tendría que limpiar también el inodoro, ya lo que me faltaba. Enjuago bien la copa con agua —porque con alcohol es mala idea, ¿verdad? Sí, es mala idea— y me la coloco. Confío plenamente en que ahora sí esté bien puesta, porque si no ya se puede ir el invento este a la mierda, no le doy ni una oportunidad más. Después, me ducho de cintura para abajo. Por un momento, pienso en lavarme entera, por culpa de una especie de norma no escrita que solo conoce mi cerebro. *Una vez que entras, tienes que ducharte entera, ducharte entera, ducharte entera.* Pero no, no quiero. En fin, sí que quiero, lo estoy deseando, pero también quiero aguantar. «Tengo» que aguantar. Intento no pensar en la alarmita de mi cabeza que me dice que estoy haciendo algo mal, que me dejo medio cuerpo sucio. Intento pensar en otra cosa. LaralaralaralaRALARALARALARA.

Listo. Ya estoy limpia. Y entonces, me doy cuenta. No he cogido la toalla. ¡Mierda, mierda, mierda! Pienso rápido, eso sí que se me da bien. Tengo práctica en salir ilesa de situaciones estresantes. O casi ilesa. ¡Papel higiénico! No queda otra. No voy a secarme con la toalla de las manos, que usa toda la familia. *Sería como que Roberto o papá te tocasen el…* NO LO PIENSES, NO LO PIENSES, NO LO PIENSES. Pero ya es tarde. Lo he pensado, claro. *No pienses en un elefante rosa.* Y, ¡bum!, ahí está el animalito. *Sería como que Roberto o papá te tocasen el coño.* Lo he pensado, pero es una tontería. Sé que es una tontería. Inspiro. Tontería, tontería, tontería. *A lo mejor quieres tener sexo con*

Roberto. O con papá. Sí, seguro que es por eso. No voy a dejarme llevar por las obsesiones, hoy no, hoy no, hoy no. Salgo de la ducha y cojo el rollo. Pongo una cantidad generosa en el suelo y apoyo los pies, mojados, encima. Piernas, muslos, entrepierna. Saco algún que otro pedazo de papel higiénico que se me ha quedado pegado a la piel, pero es lo que hay. Cuando termino, me visto el pantalón, después de comprobar que la sangre de las bragas no ha traspasado la tela. Voy sin ropa interior, claro. Es raro sentir el vaquero en la entrepierna, sin nada en medio que evite el frío y lo duro del pantalón. Dejo la ropa interior en el cubo de la ropa sucia, me lavo las manos —un jabón solo— y voy hasta mi habitación. Cuando cierro la puerta detrás de mí, respiro aliviada. ¿Cuánto tiempo he estado en el baño? ¿Quince minutos? ¿Veinte? Todo se me hace cuesta arriba. Puta copa. Que le den a Greenpeace. *La culpa es tuya, Aurora, por querer abarcar de más. Das para lo que das, no hay más.* Ni poesía, ni copa menstrual, ¿no? *Ni tener pareja, ni amigas, ni salir por la noche sin pensar en tirarte a alguien, ni ir a cenar sin dar vueltas a tonterías.*

Tengo ganas de llorar. Dicen que mamá está bien, pero a lo mejor cojea de por vida. Y tiene depresión. Y no puede permitirse un psicólogo que la vea más de dos veces al semestre. Y papá parece un zombi al lado de ella, ¿quién va a cuidar ahora de los dos? Era mamá quien hacía eso siempre, cuidar de él, cuidar de todos nosotros. ¿Y quién cuidaba de ella? ¿Y yo? Nos parecemos más de lo que esperaba. Empiezan a picarme los ojos. Pero no se va a morir, no se va a morir, no se va a morir. Porque la depresión puede curarse, porque tengo un buen sueldo y puedo pagar yo sus consultas. Sé que no va a querer porque es una orgullosa, como yo. *Tu madre no pide nunca ayuda, ya lo sabes. En eso has salido a ella.* Pues ya me encargaré yo de que lo haga. ¿No dijo que me había criado para ser fuerte y decidida? Culpa tuya, mamá.

Sonrío y un sonido extraño sale de mi garganta, mitad risa, mitad sollozo. Tengo ganas de llorar, porque he estado media hora en el baño y me he puesto los vaqueros sin bragas. Pero me he lavado, el coño lo tengo limpio, así que los vaqueros están limpios también. Siempre y cuando la dichosa copa no eche por fuera, claro. El baño ha quedado limpio, no he manchado nada, el papel higiénico sucio no ha tocado ninguna superficie que tuviese que desinfectar después. No hay nada por lo que sentirse mal, por lo que sentirse culpable. Así es como me siento cuando no lo dejo todo perfecto. «¿Nunca te permites a ti misma fallar? ¿Sientes que tienes que hacerlo todo bien, todo perfecto? ¿Te das permiso para cometer errores?» Y me lavé las manos una sola vez, a pesar de haberlas manchado de sangre. Una sola vez.

Una sola. Un pequeño paso para la humanidad… *La humanidad no tiene estos problemas de mierda, Aurora*. Pues para mí. Un pequeño paso para mí. ¿Que he tardado mucho en el baño? Sí. Pero he tardado muchísimo más en otras ocasiones.

Poco a poco, me dejo caer con la espalda pegada a la puerta de la habitación. Miro la foto del orlín, esa foto mía de pequeña, de cuando deseaba hacerme mayor. Las costuras del vaquero me hacen daño en el coño. Por lo menos no siento la quemazón de la contaminación. Y he pensado guarradas de Roberto y papá, y casi lo había olvidado. Lo he pensado y no le he dado más vueltas. Una o dos vueltas, solo, pero no horas y horas. Lo he pensado y lo he dejado correr. Y mamá se va a poner bien. Sonrío y lloro a la vez.

No sé cuánto tiempo permanezco así, liberando la tensión acumulada tirada en el suelo. El móvil suena en algún momento. Avanzo a cuatro patas hasta la cama, donde lo puse antes de ir al baño. Estiro el brazo y lo cojo. Se me va el aire de los pulmones al observar la pantalla. Borré el número, pero son muchos años viéndolo casi a diario. Eso ya no desaparece de la cabeza, como el padrenuestro. ¿Qué hago, qué hago, qué hago? *Compórtate como una adulta, Aurora.* No coordino. No sé cómo soy capaz de descolgar, después de sorberme los mocos. Espero que no se me note nada en la voz.

—Hola, Xoán…

—¡Au! —siempre hacía bromas con eso. «Eres mi dolor particular», decía. Tiene la misma voz. Creo que hasta puedo olerlo por vía telefónica—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu madre?

—Bien, bien. La operación ha salido bien. Ahora está el tema de la rehabilitación y a ver si suelda todo correctamente, que con su edad eso no se puede saber.

—Siento no haberte llamado antes, de verdad. Justo me lo acaba de contar Tamara ahora.

¿Tamara? Sabía que se llevaban bien, pero ¿tanto?

—Tranquilo, ni cuenta me he dado de avisarte —¿cuál es el protocolo para parejas que se separan después de casi diez años?—. Menos mal que Tamara está en todo.

Y entonces caigo. Si Tamara lo ha avisado… Entonces sabe que no estamos juntos. ¿Desde cuándo? ¿Ya en la comida de hace un par de semanas? Me siento estafada.

—Sí, menos mal…

Lo imagino sonreír del otro lado del teléfono. Cómo me gusta esa sonrisa. Tendría que decir «gustaba», pero no, «me gusta», aunque solo la vea en mi cabeza. Silencio. Le escucho suspirar. Echo de menos sus

suspiros. Siempre lo hacía cuando estaba concentrado, estudiando, sin darse cuenta. Suspiraba por las mañanas a mi lado, tras apagar el despertador. Suspiraba después de correrse dentro de mí, mirándome a los ojos. Siempre me miraba a los ojos después de eso. Y durante.

—Es una buena amiga, Tamara —añade.

—¿Habláis mucho? —digo, cortante.

—Algo más desde que…

No termina. Me siento estafada, pero estoy cansada. ¿Ahora resulta que Tamara se va a poner de su lado? ¿Hay lados aquí? Estoy muy muy cansada. Nadie me avisó cuando era pequeña de que la vida era… esto.

—Está preocupada por ti —dice Xoán. Noto cómo traga saliva—. Y yo también.

Permanezco en silencio. ¿Qué se puede decir en estos casos?

—Au…

—Ya no es cosa tuya preocuparte.

—Como si pudiese evitarlo. Sería tan sencillo, ¿verdad?

El peso en el estómago. Puede ser que yo no sepa nada del amor, que tenga una idea totalmente equivocada de él, pero una cosa sí sé: algo falla en una relación si una parte se siente culpable a todas horas.

—Tranquilo, he vuelto a la psicóloga —suelto.

No quiero que se sienta culpable por nada. Me duele tanto hacérselo pasar mal… Pero lo hago a todas horas, cuando estábamos juntos. Y ahora que ya no estamos, también. No sé ni cómo tiene ganas de hablar conmigo.

—¿Y cómo lo llevas?

—Tirando, ya sabes. Pero ahora es cosa mía manejarlo, no te preocupes.

—Me voy a preocupar toda la vida, Aurora.

No me gusta que me llame Aurora. Me pican los ojos. No quiero ponerme a llorar de nuevo, menos con él al teléfono. No digo nada.

—Au, si… —parece que duda un instante—, si necesitas algo, lo que sea, hablar, contarme cualquier cosa… quiero que sepas que me tienes aquí.

Ya te he hablado demasiado de lo que pasaba por mi mente todos estos años. Si hay alguien que merezca descansar de mi cerebro, aparte de mí, eres tú.

—Sí, vale.

—Que ya sé que es un cliché, pero que… que podemos ser amigos. En fin, han sido muchos años, yo no… Que estoy aquí, ¿vale?

No quiero ser amiga tuya. Amiga solo, no.

—Sí, claro, vale, por supuesto.

—Pues…

—Además, tenemos que hablar de lo de la hipoteca —digo. *¿La hipoteca ahora, Aurora?* La hipoteca es la única cosa que puedo manejar en este momento—. El banco ya ha hecho la rectificación para dejarla solo a mi nombre. Seguro que en breve te llegan los papeles para que firmes.

En realidad no hay nada que hablar: tiene que dar su visto bueno y mandarlos de vuelta. Si quisiese, no tendríamos que volver a hablar ya más. Pero ¿quiero? ¿Quiere él?

—Sí, vale, perfecto. Lo que necesites.

Lo que yo necesite. Ese es el problema. Que en los últimos años nuestra relación solo consistía en lo que yo necesitase. ¿Y él?

—Pues entonces… nada más. Venga, un… —¿un beso? No sé si procede. Me autocorrijo a la mitad—, un abrazo.

¿Silencio?

—Un beso, Au.

«Un beso», pienso mientras cuelgo. Echo de menos sus besos, incluso los de por la mañana antes de lavar los dientes. Eso tiene que ser amor a la fuerza. Me tumbo en la cama y sigo llorando otro poco, pero por lo menos el peso del estómago se marcha.

Aparco delante del taller. ¿Cuánto tiempo hacía que no venía? Siempre lo he odiado. Miro a todos lados, solo veo negro. Las paredes negras, los instrumentos negros, la maquinaria negra. Roberto está al fondo, con el mono azul manchado de negro. Tiene medio cuerpo metido en el capó de un coche. Los coches no esperan a que una madre se recupere. La gente necesita su medio de transporte y si no los arreglas en cuarenta y ocho horas, se largan a otro lado. Como aquí todos nos conocemos, el coma de una madre aún se respeta, pero ahora ya está consciente. Ahora hay que currar como siempre, como si no hubiese ningún problema.

—¡Hola! —grito hacia el fondo, pero Roberto no saca la cabeza del capó.

No me ha oído. Avanzo por el taller y miro a mi alrededor. ¿Cuánto dinero invertiría papá aquí? Y mamá, porque si no puso billetes, sí que ayudó una y mil veces a limpiar, o a llevar las cuentas. Siempre se le han dado bien los números. ¿Y Roberto? La única que no ha puesto nada he sido yo. Sobre todo porque esta debe de ser la tercera o cuarta vez que piso el taller en mi vida. Ya estoy al lado del capó abierto:

—¡Ey, Roberto!

Mi hermano da un salto:

—¡Hostia, Aurora! ¡Vaya susto! No te he oído llegar —se frota la mejilla con la manga sucia y se le queda una mancha negra justo al

lado de la nariz—. ¿Y tú por aquí? ¿A qué se debe que la princesa baje de su castillo para ver a su súbdito?

—Tenemos que hablar de mamá, de cómo nos vamos a organizar con todo esto. He llamado a un par de sitios y creo que he conseguido una persona para que los ayude en casa, queda por cerrar cuántos días a la semana.

—Claro, cómo no, ya me parecía —me interrumpe, y vuelve a meter la cabeza bajo el capó.

—¿Ya te parecía qué?

—Ya me parecía a mí que no tardarías en tenerlo todo organizado para nosotros y sin contar con nosotros —sale de su escondrijo y me mira con una herramienta en la mano, llena de grasa—. Porque tú te vuelves a la ciudad, ¿no?, como siempre, mientras los demás nos quedamos aquí bajo tus órdenes.

—Pensé que era un peso que os quitaba de encima si me encargaba yo.

Soy la que mejor sabe actuar de la familia cuando las cosas van mal, bajo presión.

—Claro, mujer, sí, porque tú siempre haces todo bien. ¡Olvidaba que estaba delante de la hija perfecta!

Dice eso mientras coge un trapo negro que antaño fue amarillo y se pone a limpiar la grasa de las manos, sin mirarme. Tengo ganas de pegarle una colleja. Eso no creo que cambie nunca, las ganas de pegarle. Me pone de los nervios. Y eso que yo venía con buenas intenciones, por eso me he acercado hasta aquí, a su territorio, y no le he hablado en casa. En casa podrían estar Patri, o papá, y yo quería un tiempo para nosotros, un tiempo hermano-hermana, pero a la vista está que ninguno de los dos sabe gestionarlo. Quiero darle un tortazo, pero recuerdo lo que me dijo Patri. Cuento hasta tres y suelto un bufido:

—¿Yo, perfecta? A mí mamá nunca me ha mirado como te miraba a ti el día de tu boda.

Por lo menos gira la cabeza hacia mí.

—¿Que a ti nunc…? Pero ¡si siempre has sido su favorita!

—Tiene gracia. Porque yo siempre he pensado que tú eras su favorito. El de los dos.

—¿Yo? ¿Un imbécil que casi ni sacar la ESO pudo?

—Conozco gente que ha ido a la universidad que no es ni una cuarta parte de lo inteligente que eres tú.

Abre los ojos y no sabe qué decir. Debe ser el primer piropo que le digo en la vida. Pero yo sí sé qué decir, porque llevo muchos años comparándome con él, con todo el mundo en realidad, no por envidia,

sino para castigarme. Para decirme que no era lo suficientemente buena en nada, que siempre había alguien mejor.

—¿Cuánta gente venía al taller de papá antes de empezar tú a trabajar aquí?

—No lo recuerdo…

—Pues yo sí me acuerdo. Me acuerdo de aquel día que mamá nos sentó a todos en la mesa de la cocina y nos dijo que íbamos a tener que apretarnos el cinturón.

—Sí, y yo recuerdo cómo te dijo que aunque fuera lo último que hiciese en la vida, iba a pagarte la matrícula de la universidad costara lo que costase.

—Pero ¡si a ti estudiar nunca te ha gustado una mierda, Roberto, no me digas ahora que también querías ir a la universidad!

—No, pero…

Lo interrumpo, estoy harta de tonterías y de paciencia nunca he ido sobrada.

—Si yo pude ir a estudiar fuera, fue porque tú te quedaste aquí para ayudarlos, Roberto. Mamá sabía que podía apoyarse en ti, que podías sacar el taller adelante, ayudarlos. Ayudarnos, a mí también. Y si no me crees, repito: ¿cuánta gente venía al taller de papá antes de trabajar tú en él?

—¡Bah! Pero eso solo es porque mis amigos de los rallies…

—Eso mismo. Tus amigos. Tuyos, no míos.

—Yo también llevaría el coche al negocio de un amigo, eso no tiene mérito.

—¿Cómo que no tiene mérito? ¿Y tiene más mérito aprobar exámenes que saber vivir en sociedad?

Me mira, incómodo. Quizá me estoy pasando con los elogios. Se frota la nariz con la manga derecha, nervioso, y deja una marca aún más grande. Hay cosas que nunca cambian. Rebusco en el bolso que llevo colgado en el hombro. Saco una toallita húmeda antiséptica. Nunca se sabe cuándo las vas a necesitar.

—Sigues tan cerdo como siempre, Rober, hostia.

Le agarro la barbilla con la mano y empiezo a limpiarlo. Él habla, y quiero decirle que no lo haga, que seguro que me está llenando de babas, pero también quiero escucharle:

—Ya no recordaba lo tiquismiquis que eras tú con el tema de la limpieza.

—¿Yo? —pero ¡si estas obsesiones empezaron a darme cuando ya no vivía con él!

—Sí, de niña te lavabas las manos continuamente. Y también odiabas compartir la botella de agua conmigo, vaya cara de asco

ponías. Solo se te pasaba en los partidos de baloncesto, cuando os daban dos o tres botellas para todas.

Eso se parece mucho a lo que dijo mamá sobre el sudor. Empiezo a pensar que había otras razones para apuntarme al equipo más allá de tener buena salud física. A lo mejor lo de la depilación láser tampoco fue simplemente para fortalecer el vínculo madre e hija.

—¿Ves? Siempre he sido la rara de la familia, no la perfecta —digo, mientras le suelto la barbilla y observo mi obra de arte, ya no hay manchas por ningún lado.

Sonrío. Él suelta una carcajada. Este es el Roberto que me gusta.

—Es que el perfecto de la familia soy yo.

—¡Sí, hombre! ¡Era lo que me faltaba por oír!

Sonreímos unos segundos, hasta que se hace el silencio y entonces se lo suelto:

—Mamá tiene depresión —no se sorprende. ¿Por qué no se sorprende?—. Ya lo sabías, ¿no? —le pregunto.

—Sabía que algo le pasaba, pero no hasta qué punto estaba mal. Y como ella no quería contármelo, yo tampoco quería preguntárselo directamente. A lo mejor era una mala época, sin más. Pero sí, últimamente llora por todo.

Supongo que eso pasa más de lo que nos gustaría. Pensar que es una mala época, algo pasajero que se marchará como un día vino, sin aparentemente hacer nada. O que es la persona que está mal la que tiene que dar el primer paso. Pienso en Tamara, en la comida de hace unas semanas. Dijo que podía contarle lo que quisiera. Ya, claro. ¿Y qué narices hacemos cuando no podemos, no sabemos, verbalizarlo? Me duele un pie. Me duele el hombro. Me duele el estómago. Me duele… ¿qué hostias me duele a mí? Nos aislamos del mundo que nos rodea, de la vida que sigue, porque no queremos preocupar a nadie, ni que nos miren con lástima. Se nos pide que demos el primer paso cuando ya nos hemos olvidado de cómo se andaba. Ir de salvadora por el mundo es mucho más sencillo que todo esto.

—Creo que le vendría bien hablar. Ya me encargo yo de llevarla al médico, pero tú deberías hablar con ella. Eso se me da fatal a mí —miro a Roberto y le sonrío—. ¿Trabajo en equipo?

Asiente con la cabeza y permanece en silencio, pensativo. Pienso en contarle lo mío, como hice con mamá. Recuerdo la sensación de ligereza una vez le conté que yo también… que yo también. Ya que estamos en la fiesta de la sinceridad y del amor filial entre hermanos, ir hasta el final. Pero lo cierto es que no me apetece. Ya le he dicho bastante por hoy, no quiero que se empache de sentimentalismo. Nunca hemos sido así. No quiero pasar de cero a cien, pasar de vivir

en mi concha, recogidita, sin enfrentarme a nada, a romper la coraza como Hulk la ropa y esperar, implorar por que nadie me pise. Pienso en los caracoles aplastados en la calle los días de lluvia. Yo era de esas niñas que tardaban el doble en llegar al colegio porque los iba apartando, para que no muriesen bajo una suela de zapato. No, no se me da bien abrirme y esperar que la otra persona sea cuidadosa. Yo soy de las que hacen, no de las que esperan que la otra persona haga. Y ahora mismo así estoy bien. Se lo conté a mamá en ese momento porque me apeteció. He quedado en una hora con Sabe porque creo que tenemos mucho de qué hablar y necesito explicarle por qué ya no soy la que era. O por qué sigo siendo la que era, pero con otras circunstancias. También se lo contaré a Tamara, a Azu y a María, a su debido tiempo.

—Rober.

—Dime.

—Vas a ser un padre increíble.

Él sonríe, la sonrisa más grande que le he visto nunca. Bueno, la segunda más grande: la primera fue en su boda con Patri. Supongo que pasará a ser la tercera cuando nazca el bebé. Ahora estamos incómodos ambos. Me rasco la cabeza. Nunca se me ha dado bien esto de ponerme intensa. Por fortuna, a él tampoco.

—Por cierto, me ha dicho papá que el gato te había vomitado en el coche de camino hasta aquí. ¿Quieres que te lo limpie?

—¡Sí, por favor! —resulta que el alcohol no sirve para todo—. He quedado en una hora con Sabe, pero te da tiempo, ¿no?

—De sobra, mujer.

—Esto solo lo haces porque acabo de decirte un montón de cosas bonitas, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas?

Jueves, 1 de agosto 2019

Cierro la puerta del piso detrás de mí, después de despedirme de Aurin con una caricia. Miro enfrente, a la casa de Alika y Brais. ¿Dónde estarán? Me giro y meto la llave en la cerradura. Dos vueltas. Llegué el lunes y aún no les he visto el pelo. Ayer hasta les timbré a media tarde y nada. ¿Estarán enfadados porque me largué sin avisar? De Brais me lo esperaría, pero de Alika… Hombre, se supone que ella es una adulta madura. *¿Como tú, Aurora?* Llamo al ascensor. Si me diesen la oportunidad de explicarme, lo entenderían. Una madre en coma es excusa suficiente. *Y venga y dale con lo de la madre en coma, Aurora, parece que te ha gustado el asunto, hacerte la víctima.* Aurin echa a Brais de menos. Yo lo echo de menos. ¿Será buena idea probar en la antigua portería? A lo mejor cuando vuelva de la cita. ¿Y si la madre de Brais se ha cogido vacaciones? ¿Tendrá derecho a vacaciones? Las mías han empezado hoy. No sé si estar contenta o no: demasiado tiempo para pensar. Tere casi me mata cuando me vio aparecer a principios de semana, pero quería dejar unas cuantas cosas cerradas. Me prohibió pisar la oficina hasta el día quince como mínimo. Chiiin. Entro y pulso el cero. Mierda, tenía que bajar por las escaleras. *A buenas horas, Aurora*. Ya he ido al gimnasio el lunes y ayer, mañana toca de nuevo. No sé yo si me durará mucho esta euforia por el deporte. Total, el fin de semana regreso al pueblo y ya me quedo allí el resto de las vacaciones, ayudando con todo el tema de mamá, aunque me ha repetido mil veces que no hacía falta. Con una escayola casi hasta el muslo y papá, Roberto y Patri trabajando, no sé si piensa que es SuperWoman o qué. Es cierto que va una persona tres veces a la semana a ayudarle, pero a mamá no le llama demasiado tener a alguien que no es de la familia en casa. Qué gracioso, ella que me decía que la que tenía que contratar a alguien para limpiar su piso era yo. Y además, por lo que me cuenta mi hermano, papá va mucho menos al taller. Solo baja cuando Rober tiene demasiados encargos; si no, está con ella en casa.

Pasar quince días con la familia no son mis vacaciones soñadas, pero es lo que hay. Y encima Sabe ya ha terminado las suyas. Pero estarán Azu y María, que regresan en unos días del viaje. Y la rueda girará de nuevo, y volveré a contar la misma historia. *Antes nada y ahora tanto, Aurora. ¿No ves cómo te gusta hacerte la víctima?*

Con Sabe fue bien. Creo. A mí me fue bien, vaya. Creo… Vamos,

que me apetece que ellas también lo sepan, no me siento cómoda contándoselo solo a Sabe. No es como si lo quisiese publicar en el periódico, pero estaría bien que lo supiésemos las cuatro. Y Tamara. Chiiin. Sí, quizá se lo cuente a Tamara cuando aprenda a gestionar que se ponga en modo salvadora del mundo y quiera arreglarme. Arreglarme ha sido lo que he intentado yo durante muchos años. A lo mejor lo único que tenía que hacer era dejarme estar. Nunca ha habido dos Auroras. Y aceptarlo es duro, porque eso significa que no hay excusas. Soy la que siempre ha sacado buenas notas, pero también soy la que puede pasar media hora lavándose las manos. Sí, ha llegado el momento de contárselo a Azu y María. Espero que ellas también sean sinceras conmigo, pero… No sé, a lo mejor simplemente cada una tiene sus tiempos. *Tú casi cinco años, Aurora, desde que te diagnosticaron. No está mal.* Sí. Podía estar peor. Caigo en que a Tamara quizá ya se lo ha contado Xoán, ahora que son tan amigos. No, no creo. Él no me haría eso. Abro el portal y piso la calle. *Tú le hiciste cosas peores, Aurora.*

—¿Cómo está tu madre? —suelta nada más cerrar la puerta de la consulta.

La llamé la semana pasada para explicarle la situación y cambiar la fecha de la cita, así que no me sorprende la pregunta.

—Bien, ya está bastante bien —digo mientras nos sentamos cada una en su silla, con la mesa de por medio—. Lleva en casa desde el viernes pasado.

—Me alegro —pausa de unos segundos—. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Pues también bastante bien.

Creo que hace mucho tiempo que no decía eso de verdad. «Bastante bien» es realista. No es un «bien» ni un «muy bien». «Lo suficientemente bien» a lo mejor sería más correcto.

—¿La situación con tu madre no te ha supuesto más estrés del habitual?

—Sí, al principio sí, pero después creo que también fue… —no me sale la palabra. Me llevo los dedos a los labios, dubitativa. Opto por lo que realmente he pensado en un primer momento— una hostia de realidad.

Punto de inflexión, Aurora, punto de inflexión, que ni hablar bien sabes.

—¿A qué te refieres?

—Pues… no lo sé, supongo que también pasó cuando tenía que pasar. Quiero decir, a ver… —intento explicarme de inmediato, porque si no va a pensar que soy una puta psicópata—: que tu madre termine en coma y con la pierna partida por dos sitios es algo que nunca debería pasar, claro, pero ya que pasa, pues que pase en un

momento en el que… yo qué sé, en un momento en el que has decidido que así… no podías seguir.

—¿En un momento de cambio?

—Sí, eso.

—¿Y no crees que en los momentos de cambio somos más vulnerables?

—Pues… no lo sé, la verdad.

A mí siempre se me ha dado bien trabajar bajo presión. Los exámenes, la opo… Los estudios en general. *Lo único de lo que sabes hablar, Aurora.*

—¿Te gustan las películas de miedo? —interrumpe mis pensamientos. ¿A qué viene esta pregunta?

—Pues… sí, me gustan.

¿Cómo lo sabe? ¿Otra que puede leer la mente, como Brais y mi madre? Ella sonríe. Esa sonrisa, en un momento así, sería genial para una película de terror, la verdad.

—Hay estudios que dicen que exponerse a películas de miedo puede resultar gratificante para gente con trastornos de ansiedad, ya que dan una falsa sensación de control.

—¿Sensación de control ver cómo destripan a una persona tras otra? —la miro con incredulidad.

—Las emociones negativas causadas por una película de miedo son manejables; sabes que lo que aparece en la pantalla no es real. Es decir, la ansiedad que sientes no está creada por tus pensamientos, sino por lo que ves en la película. Una ansiedad que cualquier otra persona podría sentir en tu situación, que es perfectamente común.

—Una ansiedad normal, quieres decir —le sonrío de forma pícara. Claro que no quería decir eso, ella siempre se cuida mucho de hablar de lo que es o no es normal. Pero hay algo que no entiendo—. ¿Qué tienen que ver las películas de miedo con que mi madre casi se haya matado por tener la genial idea de subirse a una silla de ruedas?

—Los momentos de cambio son situaciones de estrés para la mayoría de la gente. Además, pueden provocar picos y empeoramientos en los trastornos mentales.

Recuerdo cómo nada más llamarme Roberto empaqueté todo para ir directa, sin pensar, con la mente en blanco. En modo autómata. Cómo fui yo la que habló con los doctores nada más llegar; cómo papá, mi hermana y Patri me dejaron hacer sin llevarme la contraria. Toda la vida llamándome «marimandona» y mira qué bien les ha venido. Recuerdo cómo fui yo la que, una vez despierta mamá, se ocupó de su medicación —de «toda» su medicación—, de hablar con el fisioterapeuta, de organizar las revisiones, de contactar con una

persona para ayudar en casa, de informarse sobre los trámites sobre la posible incapacidad, por si acaso… De cómo las tareas más exigentes emocional y mentalmente a mí no parecían afectarme demasiado, mientras que ellos parecían no darse cuenta de nada, estar en otro mundo. *Tienes práctica, Aurora*. De cómo el cerebro, en esas situaciones, se centra solo en lo importante. *Después de vivir la ansiedad a diario, ¿qué otra persona puede tener más entrenamiento que tú?*

—Entonces, ¿para nosotros las situaciones de estrés son más sencillas que para otras personas?

—¿Para «nosotros»? ¿A quién te refieres con «nosotros»?

—A la gente… como yo.

—Aurora, no hay gente como tú. Hay…

—Ya, ya lo sé —la interrumpo—: todos somos únicos e inigualables, ¿no?

Me mira con las cejas levantadas, pero creo que quiere disimular una sonrisa.

—Lo que quería decir es que hay gente que tiene un diagnóstico como el tuyo, pero eso no significa ni que seáis iguales, ni que os vayáis a comportar igual. Lo que a ti puede agudizarte los sentidos y la mente, para otras personas supondrá un colapso total. Con trastorno y sin trastorno.

Eso me recuerda otra duda que me surge muchas veces.

—¿Lo que yo tengo es un trastorno o una enfermedad?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Hay alguna diferencia entre una y otra?

—Eso deberías decírmelo tú, supongo.

No sé adónde quiere llegar. Estoy empezando a ponerme nerviosa. Recuerdo las pelis de miedo. Si ahora mismo entrase un loco por la puerta y le pegase dos tiros, sangre y vísceras incluidas, no estaría tan nerviosa como ahora. *¿Eso significa que prefieres que la asesinen a que te haga ese tipo de preguntas, Aurora?* Sí, lo que tú digas. Opto por ponerme filosófica:

—Las cosas de las que no se habla no existen, ¿no dicen eso?

Ella solo me mira. Tras unos segundos, levanta una esquina del labio. Ahora sí, está sonriendo.

—¿Ha sido la situación con tu madre la que te ha llevado a entender esto?

—Pues… no lo sé —me encojo de hombros—. No lo he vivido como una catarsis ni nada parecido, si es a lo que te refieres. Pero verbalizarlo creo que me ha ayudado algo.

—Entonces, ¿has hablado con alguien de lo que te pasaba? ¿De cómo te sentías?

Recuerdo la cara de Sabe en la cafetería al soltárselo. Creí que vería pena, sorpresa. Incluso miedo. Pero no estaba preparada para lo que me encontré: nada. Siguió mirándome como si le acabase de decir que tenía pinta de ir a llover.

—¿Y qué? —dijo Sabe tras unos segundos.

—¿Cómo que y qué?

Me agarró de la mano:

—Puedo decirte que estoy aquí para lo que necesites, pero eso ya lo sabes. Y si no lo sabes, de nada sirve que te lo diga.

—Pero… ¿ya? ¿Ya está?

¿Tantos años sin decir nada para esto? *¿Desde cuándo te gustan los melodramas, Aurora?* Melodramas no, pero, no sé… ¿algo más? *A lo mejor es que no le importas. Que ya no te quiere.*

—A ver… ahora entiendo muchas cosas, porque algo raro pasaba. Y siento, de verdad, haberte juzgado con tanta severidad, no era mi intención, no sabía…

¿Se siente culpable? Aquí no hay culpas:

—¿Y María y Azu?

—¿Qué pasa con ellas?

—¿También creían que pasaba algo raro?

Sonríe:

—A nadie le puede doler el estómago tantas veces en tan poco tiempo, Aurora.

—Manda narices, y yo pensando que disimulaba…

Y nos reímos. Y fueron carcajadas de esas que pesan poco, que salen de los labios y se elevan, sin ningún lastre que las amarre a tierra. Ojalá haber contado con ella antes. ¿Por qué no lo hice? *Porque no eres una buena amiga, Aurora*. Ahí están de nuevo. Las dudas.

—Sabe… —me mira a los ojos. No sé si le podré aguantar la mirada mucho tiempo—. ¿Tú crees… crees que soy una buena amiga?

—¿Qué? ¡Claro! ¿A qué viene esa pregunta?

—Pues… porque supongo que la he cagado muchas veces. Porque pienso que soy una mala amiga, una mala… novia.

Y empiezo y no paro: «Las obsesiones empezaron a ser con Xoán. Las que no me dejaban vivir, por lo menos. Llevo años medicada. Él siempre ha estado a mi lado, pero yo sabía que le hacía daño. Al final…».

—Al final conseguí que me dejase…

Ya no hay carcajadas en la mesa, solo silencio. Odio el silencio, pero este me hace bien, no sé por qué. Supongo que porque yo también estoy en silencio por dentro, por una vez.

—¿Quieres hablar de eso? —pregunta Sabe.

¿Quiero? No lo sé. Sí sé que quiero que me entienda. Quiero que sepa que algo que ellas no consideran importante a lo mejor a mí me supone estar horas y horas dándole vueltas, que eso puede hacer que me centre en mí demasiado, que parezca que no les hago caso o que diga cosas sin pensar realmente en lo que estoy diciendo, porque tengo la cabeza en otros asuntos. Y al revés. Que algo que a ellas les parece importante, yo tan siquiera me fijo. Quiero… quiero que me quieran. Pero eso no se puede pedir. Eso… hay que hacerlo o no hacerlo. Yo sí las quiero a ellas. Y todavía quiero a Xoán… por eso hice lo que hice.

—Mejor otro día —le digo a Sabe.

—¿Aurora? —es la psicóloga, que me devuelve a la realidad.

—Perdona, estaba recordando… ¿Cuál era la pregunta?

—Si habías hablado con alguien de lo que te pasaba —sonríe, comprensiva.

¿Cuántos tipos de sonrisas hay? Una sonrisa es como el rabo de los perros, que no siempre expresan alegría.

—Sí… Con una amiga. Y con mi madre también —me paso la lengua por los labios—. Me contó que tenía depresión.

—¿Y tú cómo te sentiste?

—¿Con qué? ¿Contando mis penas o descubriendo que mi madre tiene depresión?

—Con lo que tú quieras.

Pienso. Saber cómo me siento tampoco nunca se me ha dado bien.

—Tengo miedo… por si la depresión de mi madre puede tener algo que ver conmigo. Por si es culpa mía.

—Sabes que no todo lo que le pasa a la gente que queremos es culpa nuestra, ¿verdad?

—Sí, sí, la teoría me la sé de sobra. El problema es la práctica.

—En estos casos, nunca hay una causa sola. Siempre es un conjunto de ellas.

—¿Y yo? —por la cara que pone, creo que no me entiende—. Nunca hemos hablado de mis causas. ¿Por qué tengo TOC?

Se me hace raro pronunciarlo. Tiene nombre de chiste. «Toc, toc, ¿quién es?» De hecho, siempre es tratado como un chiste. En los libros, en las series, en las pelis… Me siento incómoda pronunciándolo, aunque la semana pasada lo hice como mínimo dos veces, con Sabe y con mamá, aunque no recuerdo la situación exacta, el momento de verbalizarlo. Como cuando intento recordar las sesiones con la psicóloga. No sé por qué me pasa. Recuerdo lo que dice el resto de la gente, pero nunca mis palabras. Un diagnóstico no me define, eso dice esta mujer siempre. Parece una puñetera frase de

Mr. Wonderful. No sé cuántas veces por minuto pronuncian los oncólogos la palabra «cáncer», pero no creo que tengan tantos reparos. ¿Eso me molesta? No lo tengo claro. Tampoco quiero ir con un cartel en la frente que ponga TENGO TOC. Seguro que la gente con cáncer tampoco.

—… y corteza cingulada. La primera, la corteza orbitofrontal, está relacionada con la capacidad de parar o frenar los pensamientos y los comportamientos…

—¿Perdón?

Ella se calla un momento y me mira, comprensiva:

—Te puedo dar todos los datos técnicos que quieras, pero en realidad nos queda mucho por aprender todavía. Por ejemplo: no se sabe si esas zonas del cerebro causan el TOC o si el TOC pone en marcha esas zonas del cerebro.

—Ah…

En realidad no tengo ni idea de qué me está hablando, pero no quiero decirle que no le estaba haciendo caso, sobre todo porque he sido yo la que le ha preguntado.

—En realidad, como ya te he dicho, hay tres factores que influyen: la vulnerabilidad psicológica, la vulnerabilidad biológica y las variables precipitantes.

—¿Y en mi caso?

Ya llevo viniendo los suficientes años aquí para que me conozca un poco, ¿no? De hecho, debe de ser la persona que mejor me conoce. *Qué triste, Aurora.*

—¿Por qué quieres saberlo? —me encojo de hombros—. ¿Quieres encontrar a alguien a quién culpar?

—¿Qué? ¡No!

—¿Quieres sentir que no eres tú la que tiene la culpa?

—Pues… no lo sé. ¿La tengo?

Ella frunce los labios.

—Creí que después de todas nuestras sesiones ya estaría más que claro que no.

Me pican los ojos. Pestañeo varias veces.

—A lo mejor solo necesito que me lo recuerden de vez en cuando.

Si sigue poniéndose intensa voy a empezar a llorar y no quiero, no me he traído los pañuelos, aunque ella tiene una caja entera encima de la mesa. Todos los psicólogos que he conocido, que han sido muchos, la tienen. Necesito que vuelva a adoptar el tono monocorde de antes, cuando me hablaba de cortezas cerebrales. Por favor, por favor, por favor.

Parece que me lee la mente, como Brais:

—Aunque no siempre hay consenso, se cree que la gente que sufre trastorno obsesivo compulsivo puede tener algún tipo de problema con la serotonina. Además, su sistema nervioso autónomo es más reactivo: suelen ser personas activas, con rapidez de reflejos, emprendedoras y sensibles. Eso son las variables biológicas, aunque también sabemos que si alguien en la familia lo ha padecido, entonces los descendientes serán más vulnerables. ¿Cuánto más vulnerables? No se sabe. De hecho, para nada se considera una enfermedad hereditaria. En cuanto a las variables psicológicas, ahí ya hay muchas más: dificultad para tomar decisiones y resolver problemas, cuya posible causa es tener padres demasiado exigentes; sufrir modelos obsesivos en la infancia; tener unas creencias morales o filosóficas muy estrictas, que lleven a pensar que hay que tener el control absoluto de los pensamientos; ser una persona perfeccionista…

Permanezco callada. Esa soy yo. Me está describiendo a mí, a Aurora.

—Entonces… yo soy así porque así soy yo… ¿o porque tengo TOC?

—Por eso no me gusta nunca hablar de las causas, Aurora. Os lleva por caminos incorrectos. Tú llegaste a mi consulta hace casi cinco años, si no me equivoco. Piensa en cómo eras antes de los veinte, por ejemplo. ¿No te exigías a ti misma tanto o más que ahora? ¿No me dijiste que de pequeña ya te habías obsesionado con cosas como el sudor o el vello corporal?

—Pero a lo mejor en aquella época tenía TOC y no lo sabía…

¿Dos Auroras? ¿O solo una?

—La cuestión no es tenerlo o no tenerlo. La cuestión es que tú siempre has sido así y hubo épocas en tu vida en las que pudiste desenvolverte con normalidad porque no le dabas tanta importancia a tus pensamientos. Y en otras, por determinadas causas, sí lo hiciste. ¿Importan los motivos? No lo creo. Lo que importa es que no te afecten, que no tengas ese malestar tan grande y que sepas que tus pensamientos no te definen. Eres Aurora. Con TOC, sin TOC, rubia o morena.

—Así que… en resumen, así soy yo. No se cura.

—«Curar» no es el término correcto. Vivir sin que te afecte, sí. Y no llevarlo como si fuese algo vergonzoso, también.

—Entonces… ¿tendré que tomar pastillas para siempre?

—Un diabético de tipo 1 tendrá que pincharse toda la vida, por lo menos hasta que se descubra otra alternativa —entonces sí, medicada para siempre, pienso—, pero la salud mental tiene algo bueno —¿qué? ¿He oído bien? ¿Algo bueno? Ella continúa—: en la salud mental actuamos con tratamiento psicológico y tratamiento farmacológico, en

conjunto, pero no siempre son necesarios ambos. Atacamos por dos frentes. Tenemos más opciones.

«Más opciones»… ahora sí, sonrío abiertamente:

—Entonces aún hay esperanza.

—¿Esperanza para qué?

—Para ser normal.

Se le desfigura la cara, ahora sí que parece una peli de terror. Me da la risa. No sé si es buena cosa estar riéndome así en una consulta psicológica, pero me da igual. Yo también soy así. Si no puedo reírme de las cosas graves, no sé cómo llevarlas.

—¡Era broma, mujer! —relaja la cara algo—. Me refería a la esperanza para poder controlarlo sin ayuda externa, sin medicación. Yo sola.

Ahora sí, ella también sonríe, pero no termina de ser un gesto de alegría.

—Recuerda, Aurora, que pedir ayuda no significa fracasar. Para pedir ayuda en estos casos hay que ser muy valiente. Y fuerte, también.

Viernes, 2 de agosto 2019

Llevo seis minutos cuarenta y dos segundos y ya casi no puedo con el culo. Cuarenta y tres. Cuarenta y cuatro. Bueno, poder puedo, pero esto es taaaaaan aburrido… Ya recuerdo por qué dejé de venir al gimnasio. Tengo los cascos, pero no hay música que arregle esto. Voy a tener que traer la tablet y ponerme una serie, a ver si así. Miro a mi alrededor. Solo hay mujeres aquí en las elípticas, a mí que alguien me lo explique. Será que los estrógenos potencian el uso de la máquina. *Pues no sé por qué lo dices, Aurora, porque tú también estás aquí, perpetuando el rol.*

El rol, ¿qué rol? Solo constato un hecho. *Sí, claro, como las novelas. Novelitas románticas. Novelitas porno. Literatura femenina, ¿no?*

Piso con fuerza en la elíptica. Dos pasos me dura la fuerza. Todo el mundo está lleno de incoherencias, ¿por qué debería ser yo más dura conmigo misma que con el resto? No soy perfecta, no soy perfecta, no soy perfecta. *Eso es una excusa para no esforzarte, Aurora.* Mecagoendiós, ¡¿a que salgo de aquí y me compro el puto *Hola?!* ¡Que ya está bien, coño! Piso con fuerza de nuevo. No, si esto de enfadarme conmigo misma al final hasta me va a venir bien para el cuerpo y todo. ¿Qué me toca después de veinte minutos de cardio? No me acuerdo, tengo que mirar el papel con la tabla de ejercicios que me hizo el monitor aquel. Lo desdoblo encima de la pantalla de la máquina. Lo llevo conmigo siempre que vengo al gimnasio, porque aún no me lo sé de memoria. ¿En la tabla de los hombres aparecerá también la elíptica como cardio o los mandan a todos a la cinta de correr?

Miro el folio. Tonificación de brazos. Busco la máquina que aparece en el dibujo. ¿Cómo narices se usará? Todas tienen las instrucciones en el lateral, pero no entiendo nada. Y no debe de pasarme solo a mí, porque el primer día el monitor me hizo una visita guiada explicándome más o menos para qué servía cada una. No recuerdo nada de lo que dijo, por supuesto. Que no sabía yo que para venir al gimnasio tenía que tener un máster. Tampoco debí de atenderle mucho a la explicación. Lo atendí a él, a sus músculos, eso sí. Qué bueno está. Lo veo allí al fondo, explicándole no sé qué a una chica rubia que no tiene ninguna necesidad de gimnasio. Vamos, si yo tuviese su cuerpo, estaría todo el día en el puto sofá. *A lo mejor tiene ese cuerpo precisamente porque no está todo el día en el puto sofá, Aurora.*

Siete minutos, cincuenta y siete segundos. Cincuenta y ocho. Cincuenta y nueve. Ocho minutos. No pasa el tiempo. La tía está buenísima, ojalá yo fuese así. Y el monitor también. Hacen buena pareja. Saldrían unos hijos muy guapos con esa mezcla de ADN. Guapos e idiotas. O eso espero. Muy guapos, pero muy muy muy idiotas. No pueden ser perfectos, la vida sería demasiado injusta. Más de lo que ya lo es. El monitor está bien contento de explicarle cosas a la chica, se le nota. Sonríe todo el tiempo. A mí también me sonrió todo el tiempo y no soy tan guapa. Le deben de pagar por sonreír. Y por estar tan bueno. Supongo que un monitor feo y gordo no daría confianza. El hombre le sonríe a la chica una última vez y avanza por el gimnasio. Va a pasar cerca de mí. Miro la pantalla de la elíptica. Ocho treinta. A tomar por el culo. Paro la máquina, cojo la toalla y el papel de la tabla y alcanzo al tipo.

—Mira, perdona —él levanta la cabeza y me sonríe. Qué dientes tan blancos tiene—. ¿Podrías recordarme cómo iba esta máquina? Me toca hoy por primera vez y sé que me lo explicaste el lunes, pero…

Me callo y sonrío de forma tímida, como si me avergonzase de algo. Tengo una oposición, qué importará una puñetera máquina para tonificar los brazos. *Eres una soberbia, Aurora. ¿Te crees mejor que un monitor de gimnasio?* No, precisamente porque siempre pienso que soy peor que todo el mundo necesito decir alguna que otra barbaridad de vez en cuando.

—Tranquila, es normal si aún no la has usado nunca. Ven conmigo —le sigo. Vaya culo. Llegamos a la máquina y empieza a explicarme cosas, pero yo solo sé mirarle el culo, los labios, los ojos. Si hasta tiene los ojos azules, por favor, qué mal repartido está el mundo —. Siéntate aquí y coge esto, así.

Hago lo que me dice en modo autómata y veo cómo sus manos terminan en mi cintura. La respiración se me acelera, pero en plan bien. ¿Cuánto tiempo hacía que no me pasaba eso? ¿En plan mucho-más-que-bien?

—Para respirar de forma correcta, tienes que…

Y pone la mano derecha sobre mi estómago y yo creo que el gimnasio desaparece a mi alrededor. Le miro a la cara y creo que me pongo hasta roja, cuando eso no me pasaba ya desde hace no sé cuándo. Porque la vergüenza del ligue no es nada comparado con pensar que te has salpicado de pis en un baño público, ciertamente. Le sonrío. Creo que le sonrío, vaya, aunque estoy demasiado ocupada apretando las piernas para que no se me caigan las bragas.

—Vale, creo que ya lo he pillado… —le digo, cuando lo que quiero pillar es otra cosa.

—Menos mal que tú eres lista y no como otras…

Dice eso levantando las cejas y mirando de reojo la rubia de antes. Me siento incómoda. No es una mirada que se le escape sin querer: tiene ganas de que yo sepa a la perfección a quién se refiere. *Ya sabes lo que dicen de las rubias, Aurora.* ¡No, no, no! No quería pensar eso, pero es demasiado tarde. Me siento mal, pero pensarlo no es decirlo. Y no voy a decirlo. No voy a decirlo porque hasta al pensarlo he sentido asco.

—En fin, ya sabes lo que se dice de las rubias, ¿no? —escucho la voz del monitor.

No tengo reflejos suficientes y solo se me ocurre sonreír ante el chiste malo como una idiota, mientras pienso que el tipo debe de ser un cabrón. O no, a lo mejor ha sido un comentario desafortunado sin más, a lo mejor tiene un mal día, a lo mejor la rubia no hace más que preguntarle tonterías porque quiere ligar con él y no sabe cómo. Yo qué sé. No debería juzgar a nadie por verbalizar algo que yo he pensado primero. Él continúa hablando, al parecer le da igual que responda o no.

—¡Es que ya es la cuarta vez que me pregunta si le puedo explicar cómo se usa el banco de abdominales! ¿Quién no sabe cómo se usa un banco de abdominales?

Yo no lo sé, claro, pero mi vientre nada tiene que ver con el de la chica rubia del fondo. Ese vientre ha hecho ya miles de abdominales, más de los que haré yo en mi vida. Sonrío, pero no por su comentario, sino porque recuerdo que una persona una vez quiso ligar conmigo con la peor excusa de la historia: pedirme un pósit.

—¿Ves? A ti te lo explico una vez y no hace falta más. Ojalá más como tú.

Y sonríe. *Me* sonríe, a mí. Pordiós, dónde van las bragas ya, ¡en los tobillos!

—No sé qué te diga, a mí han debido de explicarme cómo se usa esta máquina por lo menos doscientas veces —respondo.

Me arrepiento de inmediato. ¿Por qué soy así? ¿Por qué me gusta menospreciarme?

—Pues yo es la segunda vez que te lo explico, lo que está muy por debajo de la media.

—Son muchos años de experiencia pagando el gimnasio y no viniendo, así que cada vez que lo retomo tengo que aprender todo de cero.

¡Tengo que dejar de justificarme por tonterías!

—Y, entonces, ¿cuántos años tienes?

No respondo de inmediato. No puedo evitar pensar en Brais. *¿Te*

gusta el tipo porque pregunta tonterías como el niño, Aurora? PEDERAST… Sí, claro, fue lo primero que pensé al verlo, que era igualito a Brais, no te fastidia… ¿Debería responderle? ¿O hago el chiste malo y desvío el tema? Suena a pregunta íntima. Y yo quiero intimar con este tío, definitivamente. Además, a mí nunca me ha importado decir qué edad tengo. ¿Me voy a poner con esas tonterías ahora?

—Treinta y uno.

—Has tardado en responder —sonríe más todavía, si eso es posible.

—Estaba meditando si confesar o no.

¡¿Confesar el qué?! Definitivamente, soy idiota.

—Pues no te preocupes, son los treinta y uno mejor llevados que he visto nunca.

¡Hostia! ¡¡¡Hostia, hostia, hostia!!! ¡Está ligando conmigo! Sobria es más difícil reconocer las señales, pero creo que no hay muchas dudas, ¿no? A pesar de las tonterías por segundo que suelto. ¿Y qué le digo ahora? Solo sonrío. No confío en mis capacidades oratorias en este momento.

—En fin, te dejo que hagas la tabla. Nos vemos.

La sonrisa se me borra de la cara mientras lo veo alejarse. No sé qué es peor: pensar que se ha ido porque no le he seguido el juego o creer que en ningún momento ha tenido interés en mí. En los siguientes tres cuartos de hora, intento centrarme en la puñetera tabla y hacer los ejercicios. Pongo la música a todo volumen e intento no cruzar la mirada con él. Cuando termino, recojo la toalla y el móvil y me marcho al vestuario. Nada más entrar, me encuentro a la rubia saliendo de la ducha, con una amiga, ambas envueltas en la toalla. Les suelto un educado «hola» que ellas responden de la misma forma, y antes de sacar todo de la taquilla para marcharme —odio ducharme en baños públicos, no puedo evitar pensar en si saldré de ellos más limpia o más sucia de lo que he entrado— me miro en el espejo. No me veo fea. Y eso que ahora estoy toda sudada. Soy delgada por naturaleza, bien proporcionada, eso lo he sacado de mamá. Casi no tengo arrugas. Eso es de papá. Aun así, no siempre he pensado que fuese guapa. Cuando era pequeña no lo creía, hasta que Fran quiso salir conmigo. ¿Cómo se puede saber si eres guapa? *Si fueses fea no te habrías acostado con tantos tíos en los últimos meses, Aurora*. Inspiro. Profundamente. Fea no sé, pero imbécil sí. Pero no tengo que ser tan dura conmigo misma. No soy perfecta, no lo soy. Y fea tampoco. Y si me quiero acostar con todo lo que se mueve, debería hacerlo por otras razones, no para comprobar nada ni para tener contacto físico con una persona sin sentir asco de sus fluidos. Por ejemplo, para pasármelo

bien. Por variar. Le sonrío de forma amarga a mi reflejo y suspiro.

Voy hasta mi taquilla y mientras saco las cosas escucho a la rubia y a la amiga hablar de lo bueno que está el monitor. Que si se le nota que a él también le gusta, que le va a pedir para tomar un café, que es muy cantoso si le sigue preguntando por las máquinas, que el tipo ya ha tenido que pillar a la perfección que le gusta. Recojo todo lo más rápido que puedo y me largo de allí.

Cuando estoy a punto de salir por la puerta del gimnasio, escucho su voz:

—¡Ey, espera!

Me giro y ahí está, el tío bueno. Viene directamente hacia mí. ¿No lo he soñado? ¿Me ha llamado a mí en serio?

—¿Aurora, verdad?

Ahora sí que no hay ninguna duda.

—¿Cómo sabes…?

—Lo he mirado en tu ficha, perdona.

Un momento: ¿lo ha mirado en mi…? Me debato entre sentirme adulada y una sensación extraña que empieza a instalarse en mi estómago. Parece que todos mis sentimientos se manifiestan ahí. A lo mejor es que en el cerebro no tienen sitio y buscan un lugar donde les pueda hacer más caso.

—¿En mi ficha? —solo se me ocurre repetir como una tonta.

Esto sí sería una buena historia para las novelitas. *El monitor. Secreto de gimnasio. Pasión en las duchas.* O quizás *El puto acosador*. Mira, ya sé qué me quería decir mi estómago.

—Sí… No sé, fue un impulso —levanto las cejas—. Veo que eres de las que se duchan en casa —me mira de arriba a abajo, con mis pelos sucios y las mejillas coloradas de sudar—. Yo también.

¿Y a mí qué me cuenta? Que sí, que está muy bueno, pero empieza a darme grima.

—No me gusta nada meterme ahí con todos esos tíos desnudos… Supongo que ya me entiendes —sonríe, dientes blancos por todos lados. No puedo evitar pensar que parece un conejo—. Es un TOC que tengo.

—¿Perdona?

¿Le he escuchado bien?

—Un TOC, una manía. Ya sabes.

¿Me está explicando cosas? La sensación del estómago sube a la garganta. Trago saliva. Me imagino a mí misma dándole una hostia allí mismo. Este es tonto. Tendría que habérmelo imaginado cuando me dijo lo de la ficha. La ley de protección de datos a tomar viento. Un TOC, una manía, dice. Mis santos ovarios. A este lo que le pasa es

que es imbécil. ¿Qué le digo yo ahora? Porque está buenísimo, pero abre la boca y me olvido de sus medidas perfectas. Sin embargo, no hace falta que me preocupe, ya habla él:

—Si quieres, podemos tomar algo un día.

Dudo un segundo. El mismo segundo que dudé con Enrique, el director de área, por cómo me miraba. Como si por mirarme así un tío ya le debiese algo. *A lo mejor tiene TOC de verdad, Aurora*. Pero ¿este qué va a tener? Este ha visto al puto Sheldon Cooper en *The Big Bang Theory* y ya se ha creído que era todo muy gracioso. Y, además, ¿si lo tuviese qué? ¿Creamos un grupo de obsesivos anónimos? Ojalá la rubia estuviese aquí, en mi lugar.

—No, gracias —le digo. Me sorprendo de mi tono seguro.

—¿No qué? —¿ves? Tonto del todo.

—Que no quiero tomar nada contigo.

Permanece con la boca abierta y aprovecho para girarme y caminar hacia la salida, pero él todavía no ha terminado:

—Uy, perdona, ¿eh? ¡Ni que fueses tú aquí un partidazo! ¡Vieja, que eres una vieja! ¡Que no estás ni buena!

Lo último lo grita, porque ya estoy a unos cuantos metros de la puerta. Noto que la sangre me hierve. Pero ¿este quién se ha creído? ¿Que no estoy buena? Pues seguramente no, que los treinta y pico pesan mucho, pero a ver quién le ha pedido a este imbécil su opinión. Porque yo también he opinado de él, sí, pero para mí misma. Porque esa es la diferencia entre nosotros. A ver si alguien le enseña que sus pensamientos, en general, no importan a los demás una mierda. Sobre todo a mí. Para algo tenía que servir tanto dinero invertido en psicólogos.

Me giro, sin tener claro todavía qué voy a hacer —lo de la hostia está descartado, por desgracia—. Aitor, el amigo de mi hermano que me llamó «fea» y «mala» jugando al baloncesto, aparece en mi mente. «Sí, puedo no estar buena, pero eso se arregla. La subnormalidad no, así que mi más sincero pésame.» Quizás es la vida, que me pone las segundas oportunidades delante de las narices cuando menos te lo esperas. Pero entonces la veo, justo detrás de él. La rubia con la amiga, que acaban de salir del vestuario. Y por la cara que pone, creo que ha escuchado la conversación. No sé desde qué punto, pero sí lo suficiente. Y pienso: qué me importa a mí el cretino este. No merece ni que gaste saliva en él, pero ella sí. Así que le sonrío:

—Está muy bueno, pero es un auténtico imbécil, supongo que te habrás dado cuenta. No pierdas el tiempo con él.

El monitor no entiende nada, me mira a mí, se gira, la mira a ella. Abre la boca y la cierra, boqueando como un pez. La chica asiente con

la cabeza y yo me marcho contenta. Por fin tengo una excusa para dejar de pagar la cuota del gimnasio sin sentirme culpable.

La ducha me ha sentado bien. Busco una peli para ver tumbada en el sofá con Aurin acurrucada contra mi cadera. La acaricio de forma automática. Todas las pelis de miedo que hay son una mierda, las buenas ya las he visto todas. Apago la tele. Supongo que me iré a la cama pronto, mañana toca viajar. Agarro el móvil y me pongo a mirar tonterías mientras sigo acariciando a la gata. Hasta que llego al historial de llamadas. Noto la respiración ir más rápido. ¿Debería guardar su número? Tengo que tranquilizarme. ¿A mí qué me apetece hacer? Ese es el problema, que no lo sé. No sé qué me apetece. *¿Seguro, Aurora?* Miro a Aurin, sus ojos cerrados, su confianza ciega en mí para saber que puede dormirse a mi lado sin ningún miedo. Esa confianza la tenía yo con Xoán.

Recuerdo aquel día en la cena, celebrando el doctoramiento de su compañero. Xoán, tan feliz entre sus amigos. Después de decirle que me marcho voy al primer pub que encuentro, me acerco al tipo más borracho que hay y ligo con él, cubata tras cubata. No es difícil, a pesar de que ya no recuerdo cómo se hacía. El hombre va tan mamado que le doy igual yo que cualquiera. Intenta besarme dos o tres veces. No quiero estar allí, pero me obligo. Lo invito a casa sin besarlo ni una sola vez. Lo invito a la casa que llevo compartiendo seis años largos con Xoán, mi pareja desde hace casi diez, la persona con la que la semana siguiente me voy a mudar a un nuevo piso con hipoteca a treinta. Y llevo al desconocido ese a mi habitación, a nuestra habitación. Se desnuda, dejándose solo los calzoncillos puestos, viéndose perfectamente lo excitado que está. Y me agarra, su mano en el culo, bajándome el pantalón, quitándome la camiseta, por encima del sujetador… Cuando me la mete por debajo, lo empujo y se cae en la cama. Entiende mal el gesto. No soy capaz de recordar los trazos de su cara, pero sí su sonrisa divertida, excitada. Se mete debajo de las sábanas y, una vez dentro, se saca los calzoncillos y los tira al suelo. Mis lágrimas, calientes, cayéndome de los ojos sin hacer ruido. No hay sollozos. No hay culpa, tampoco. No me siento culpable, sino sucia. Asquerosa. Y me largo al baño. No sé cuánto tiempo estoy encerrada, intentando que mis ojos se sequen, y entonces escucho el ascensor. Los pasos. Viene hacia aquí. Recuerdo su sonrisa en la cena, el sonido de sus carcajadas. Y me desnudo, salgo del baño y me meto en la cama con el borracho, que se ha quedado dormido. Y así fue como nos encontró y pensó lo que yo quise que pensara.

¿Que qué quiero hacer? Quiero confesar, decirle que jamás le puse los cuernos, que solo quería liberarlo de mí. Que todavía lo quiero.

Pero no, eso sería egoísta. Lo pasado, pasado está. Ser adulta también es eso, seguir viviendo con los errores a la espalda.

Escucho una puerta cerrarse a lo lejos. ¡Brais y Alika! Corro descalza hasta la entrada y abro mi puerta. Pero no son ellos. Es el tipo este que nunca sostiene la puerta cuando nos cruzamos en la entrada del edificio, el que huele a sudor a dos kilómetros de distancia. Y acaba de salir del piso de enfrente.

—Perdona, pero ¿tú quién eres? —le suelto.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —responde de malos modos.

Y se marcha escaleras abajo dejándome con la palabra en la boca.

Sábado, 3 de agosto 2019

Al final voy después de comer,
tengo un asunto pendiente.
Avisa a pa y ma.
09:11

ROBERTO
ok todo bien?
09:35

Nada está bien. Siento que la puerta de la antigua portería me mira de forma amenazante. No sé qué espero encontrar, la verdad. Espero que los últimos tres cuartos de hora que me he pasado viendo tutoriales de YouTube sobre gente que se deja las llaves dentro de casa sirvan de algo. Saco el trozo de plástico rectangular que he recortado de una botella y lo meto entre el marco y la hoja. No sé cuánto tiempo estoy haciendo maniobras, imitando lo que he visto en los vídeos, hasta que por fin hace ¡clac! y se abre. Un segundo de indecisión, solo uno, en el que trago saliva. Estoy desesperada. Sé que Brais no va a estar aquí, lleva días desaparecido, pero este es el único lugar en el que puedo buscar sin que me acusen de allanamiento de morada. Es su refugio. Recuerdo que hubo un momento en el que hasta dudé de que Brais fuese real. Mi cabeza me dice lo que quiere. ¿Y si…?

Entro sin pensar, no quiero pensar. Enciendo la luz. Una bombilla roñosa cuelga del techo, alumbrando lo que hay allí. Lo primero que veo son los libros. Libros por todos lados, en el suelo, en los estantes que antes debieron tener productos de limpieza. Casi todos son muy grandes y gordos. Me acerco. Enciclopedias. En el suelo, un gurruño de mantas asquerosas. ¿Sería ahí donde se cagó Aurin? Recuerdo lo que dijo Brais, eso de que le encantaba la biblioteca. Cómo miraba mis cajas llenas de libros, con esa adoración en los ojos, igual que yo de niña. «¿Por eso hay gente que tira los libros a la basura?», suena su voz en mi cabeza. Las bibliotecas no tienen sitio infinito y lo primero que tiran son las enciclopedias. Me fijo en que algunas tienen marcas, esquinas dobladas o papeles a modo de recordatorio. Hay varias abiertas, en el suelo. Me acerco a la más cercana. «Capitalismo». Vale. Pues ya sé por qué el niño define cosas como si fuese un diccionario, pero no por qué sabía que me había tirado a un negro antes de

conocernos. *¿En serio eso es lo que más te importa ahora, Aurora?* Cuando estoy nerviosa solo pienso tonterías. Todo esto no explica quién narices es el hombre que tiene la llave de su casa. Alika. Será por su… ¿trabajo? Me resisto a llamarlo así. Pero no —A*urora, piensa* —, ningún cliente tiene las llaves del piso donde vive su… *No digas «puta»*. Sigo mirando las enciclopedias del suelo, hojeándolas. Sonrío al ver que tiene marcado «saliva», también, con una hoja de periódico en forma de marcador. Pero es una hoja de periódico recortada, no un trozo elegido al azar. La miro con más detenimiento. Es de hace un par de años.

DETENIDO POR AGREDIR A SU PAREJA EN LA VÍA PÚBLICA DELANTE DE SU HIJO

Y la foto del cabrón, claro, borrosa, no vaya a ser que sepamos quién es. Aun así, la figura me resulta familiar. Hombre blanco, alto y fuerte, seguro que he visto miles así. Pero hay otra cosa que me llama la atención. Detrás de uno de los policías que se llevan al hombre detenido se ve a un niño. Un niño negro que también me suena mucho, pero con un par de años menos. Nunca se me ha dado bien esto de las edades, pero lo sé de inmediato. Los pensamientos se amontonan en mi cabeza. Mamá dice que denunciar no sirve de nada, cómo puedes saber si quieres a alguien de verdad, Brais siempre aquí escondido cuando su madre no está en casa. El golpe. El ojo negro. ¿No sería el cabrón capaz de…?

Dejo todo en el suelo y salgo corriendo, ni me molesto en cerrar la puerta. Subo hasta el tercero por las escaleras y refreno las ganas de tocar el timbre. *Piensa, Aurora, piensa*. Las paredes son de papel. ¿Habrá alguien más en casa que no debería estar? ¿Volvería él ya? Bajo de nuevo al portal y llamo al 112.

—Creo que algo malo pasa en casa de mi vecina, en la calle de la Paz, número 59, tercero izquierda —digo atropelladamente cuando me responde una chica muy correcta.

—¿Algo malo como qué? ¿Podría ser más específica, por favor?

—Hace ya varios días que no los veo salir, a Alika y a Brais, la mujer y el niño que viven ahí. Y su expareja es un maltratador y acabo de verlo entrar por la puerta.

Técnicamente lo he visto salir, pero a ver si así se dan más prisa.

—¿Sabe usted si tiene una orden de alejamiento?

—Pues no, no lo sé.

—¿Y ha escuchado ruidos extraños, gritos tal vez?

—No, está todo en silencio. Pero demasiado en silencio. Él es un cabrón, fue detenido hace un par de años por darle una paliza en la

calle, salió en el periódico y todo.

—¿Y sabe si fue condenado?

—¡Y yo qué sé! ¡Es mi vecina, no la conozco tanto!

Debería. Debería haber hablado más con ella cuando tuve la oportunidad.

—Vale. El problema aquí es que no sabemos si ese hombre está en el piso con el permiso de su vecina, y más si es el padre del niño.

—¡El padre del niño no es, que el hombre es blanco y el niño negro petróleo!

—¿Disculpe?

—Nada, déjelo. Ya veo que no van a ayudarme.

Le cuelgo. Tengo que pensar, rápido. Subo de nuevo al tercero. Pongo la oreja en la puerta del piso de Brais. No quiero imaginarme lo peor, pero estoy preparada para lo peor. Controlo la respiración como me han enseñado. Tengo la mente alerta, los sentidos agudizados. ¿Es un gemido lo que escucho al fondo? Sin pararme a reflexionar lo que voy a hacer, cojo el plástico que me metí en el bolsillo después de abrir la portería y repito el proceso con esta. ¡Clac!

Todo está en silencio. El pasillo del edificio, el piso de Brais, mi cabeza. Empujo la puerta con cuidado y entro lentamente. Está a oscuras. El pasillo central no tiene ventanas. Esa fue una de las causas por las que Xoán y yo decidimos hacer la reforma. La antigua distribución de nuestro piso —de «mi» piso, pero en este momento ese pequeño tecnicismo no es importante—, era igual que esta, pero simétrica. No creo que me cueste moverme por él.

Avanzo mirando las habitaciones que voy dejando atrás, sin hacer ruido. Parece que no hay nadie. Nadie en la cocina, nadie en el salón, nadie en el baño. Un momento. Me detengo en medio del pasillo. Acabo de escuchar un ruido. Supongo que otra persona en mi lugar se habría dado media vuelta y se habría marchado, pero yo nunca he sido de reaccionar como el resto de la gente. Con sangre fría, voy directamente a donde creo que he escuchado el sonido. No fue algo estruendoso, sino como si… como si algo se arrastrase. La habitación principal. Y allí, en el suelo, apoyados contra la cama, están Brais y Alika. Con las bocas tapadas con… ¿qué? Y las manos a la espalda, atadas. Me acerco a ellos de inmediato y les saco el bulto de la boca, calcetines. Espero que no usados. *¡¿Eso es lo que más te importa en este momento, Aurora?!*

—¡Aurora! ¿Qué haces aquí?

—¡Brais!, ¿qué ha pasado?! ¿Alika, estáis bien?

—¡Va a volver, va a volver! —la voz de ella es puro miedo—. ¡Date prisa!

Intento desatarles las manos. Están muy apretadas. Han usado los cordones de algún calzado y no lo consigo. Ya está, Brais ya está libre. Y entonces, lo siento a mis espaldas.

—Vaya, vaya…

Solo dice eso, pero es suficiente para que Brais y Alika se pongan a temblar como hojas. Yo no. El cerebro me va a mil. El corazón también. Tengo que actuar rápido. Estoy acostumbrada a situaciones así. A la ansiedad.

—La vecina curiosa… Ya me parecía a mí que era buena idea volver.

No digo nada. Observo la puerta tras él. Es demasiado corpulento para intentar escapar sin que me coja. Detrás solo tengo la ventana y aún no sé volar, por desgracia. Puedo saltar por encima de la cama, que está en el centro de la habitación, y evitar que me coja. Siento el móvil en el bolsillo, contra mi glúteo izquierdo. Tengo que pedir ayuda, esta vez sí que van a mandar a la policía, si no la han mandado ya. Pero no, le colgué a la del 112, pensará que soy una loca que llama por llamar. Aquí no va a venir nadie.

—Ni se te ocurra —dice el hombre al ver que meto la mano en el bolsillo.

Tengo solo una oportunidad. Desbloquear, marcar 112. No, eso serían tres toques en la pantalla, cuatro para entrar en el marcador del teléfono. Es mejor entrar en las llamadas recientes y darle a rellamar. Eso son dos toques solo. Si salto por encima de la cama, puedo ganar unos segundos. Inspiro hondamente. Ahora o nunca. Sé que todo pasa muy rápido, pero parece a cámara lenta. Me levanto, mientras él corre hacia mí, gritando. Grita como un animal, seguro que también pega como un animal. Salto a la cama mientras saco el móvil y meto la contraseña del bloqueo de pantalla. Desbloqueado. Ya estoy casi del otro lado del colchón. Brais y Alika intentan que el hombre no me alcance, pero Brais es solo un niño y a Alika no me ha dado tiempo de soltarle las manos, así que cuando entro en el historial e intento darle al 112, el hombre ya está encima de mí.

—¡No, déjala! —escucho a Brais gritar en medio del alboroto.

Me cubro la cara con los brazos, ya no sé dónde está el teléfono, creo que se ha caído por algún lado, no sé si he llegado a llamar, los golpes me caen en la cabeza sin parar y no puedo ponerme a buscar. Noto sangre en la boca, algo caliente bajarme por la cara, pero no, no estoy llorando, pienso en las pelis de miedo y no lloro, tiene que ser otra cosa, pero puedo pensar, a pesar de las hostias que me caen puedo pensar, y pienso, pienso, porque se me da bien pensar, y miro entre los brazos si hay algo que pueda servirme, y veo el reloj en la

mesilla de noche, uno de esos antiguos y grandes que alumbran la hora en la oscuridad, y no sé cómo hago pero consigo agarrarlo y darle al hombre con él en la cabeza, y él grita, y todavía me pega más, y entonces Brais se le cuelga de la espalda y consigo arrastrarme por encima de la cama al otro lado. El hombre rápidamente lanza al niño contra el armario, escucho a Alika gritar un «¡¡¡Brais!!!» horripilante, alguien agarra mi pierna, me giro en la cama, el hombre de nuevo, me hace daño, me hace daño, pateo, pero no sirve de nada, porque estoy lejos, no le llego con la pierna libre para golpearlo con fuerza, solo consigo hacerle cosquillas con la punta de los tenis, así que me dejo ir, dejo que me arrastre todavía más por la cama, le dejo creer que me tiene, que ya no voy a luchar más, que le tengo miedo… y cuando tengo ángulo suficiente, le suelto una patada en la cara y oigo un ¡crac!, como el de la puerta al abrirse con el plástico de la botella, pero peor, mucho peor, y salgo corriendo por el pasillo.

La puerta del piso, al fondo, está cerrada —¿cómo no lo oí entrar?—, no puedo saber si con llave, así que no es una buena opción, no puedo arriesgarme a llegar allí y fallar porque escucho sus pisadas detrás de mí, sé que me sigue muy cerca. Así que voy directa a la cocina, sé dónde está la cocina en esta casa, y cuando él atraviesa la puerta, yo ya tengo el cuchillo en las manos.

—Ni se te ocurra acercarte —le digo.

Hiperventilo, pero no del miedo, sino por el esfuerzo físico. Tengo que volver al gimnasio. A otro, pero al gimnasio. Él también está cansado, se lo noto. Un reguero de sangre le baja de la nariz, que permanece en un ángulo extraño.

—¿O si no qué? —pregunta, sonriendo—. ¿Me vas a clavar eso?

—¡Que no te acerques! —le grito.

Estoy poniéndome nerviosa y no, no puedo permitirme ese lujo. Escucho pisadas por el pasillo. Brais y Alika. Brais también tiene sangre en la ceja.

—Por favor, por favor… —suplica ella.

—¡Tú te callas, puta!

Ese «puta» no es poesía, no es poesía, no es poesía.

—¡Papá, no le hagas nada a Aurora, por favor!

Llora, está llorando. No llores Brais, por favor, no llores.

—¡Tú te callas! ¡Tú no eres mi hijo, ¿o no tienes ojos en la cara para verte?! ¡No eres más que un degenerado al que le gusta pintarse la cara como si fuese una puerta!

Ahí está la respuesta al moratón. Tengo que centrarme.

—Papá, por favor…

Brais sigue sollozando, pero el hombre vuelve la cabeza hacia mí:

—Una puta inmigrante embarazada, ¡quién me mandaría a mí! Si yo ya lo sabía, que las mujeres sois todas unas putas, pero me lió, claro, y caí en su red.

A lo mejor el problema de decir «puta» no es decirlo en sí, sino no saber decir otra cosa. Aprieto el cuchillo y no desvío la vista de él ni un centímetro. En las pelis de miedo la gente siempre muere así, por despistes:

—Y después de todo lo que he hecho por ella, ¡el divorcio! ¡Me pide el divorcio! Y llego a casa de trabajar, agotado de trabajar todo el puto día para mantenerla a ella y a un niño que no es ni mío, y sus cosas no están, ni ella, ni el niño, ¡nada! ¡Cómo se atreve! ¡¡¡Cómo cojones se atreve!!!

Le dejo que hable, mientras habla está entretenido. Y entonces, lo escucho. Pisadas, muchas. En el pasillo del edificio. Las paredes son de papel. Creo que él no lo ha oído, demasiado concentrado en gritar:

—¿Creía que se iba a escapar de mí? ¡Y una mierda! He venido por las buenas, llevo varias semanas viniendo por las buenas, pero si no quiere por las buenas, va a querer por las malas.

¿Cómo puede estar aquí ya la policía, cómo les ha dado tiempo? Escuchamos dos golpes en la puerta que hacen que eche todo el aire acumulado por la boca, no sé cuándo he dejado de respirar:

—¡Policía, abran ahora mismo!

Veo cómo el cabrón se enfada todavía más al escuchar esas palabras, y me doy cuenta de que en el tiempo que tarden en entrar, el tipo este puede hacernos de todo. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Por qué coño tienen que avisar de que han llegado? ¡¿Y el puto factor sorpresa dónde queda?! Tengo que pensar en algo, tengo que pensar en algo, hincho los pulmones, veo que el hombre da un paso hacia mí y pienso que el estómago es lo más sencillo, es lo que más le sobresale, pero también será lo que proteja primero, es diestro, ¿verdad?, creo que es diestro, así que intentará pegarme con la derecha, y si me agacho y evito el golpe puedo clavarle el cuchillo también con mi derecha, el estómago es lo más blando, el estómago, el estómago.

Y ahora sí que pasa todo muy rápido, nada de cámara lenta, porque la situación ya no depende de mí, el cerebro ya puede apagarse, ya puede delegar, ruido de puerta al abrirse de un golpe, entran en casa, son dos o tres o cuatro, los suficientes para reducir al hombre, todos con su uniforme, han debido de aprender a abrir puertas rápido en YouTube como yo, Brais me abraza, Alika me abraza, yo también los abrazo, y los lleno de besos, y no me importa compartir lágrimas con ellos, no tengo ganas de limpiarlas, de limpiarme, solo quiero salir de allí. Y no sé en qué momento cruzamos la puerta del piso, siguiendo

las indicaciones de un agente, y veo a doña Paquita en el descansillo de las escaleras del segundo, y le escucho decir:

—Veo que has encontrado a tu niño, pero he tenido que llamar a la policía porque esto no es normal, este es un edificio decente, y mira si estabais haciendo ruido que cuando llamé me dijeron que ya estaban de camino, los ha debido de llamar algún otro vecino también, porque este es un edificio decente y no se puede hacer este alboroto, no, no se puede. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¡Qué mal está la juventud de hoy en día!

Creo que le voy a dar un beso a ella también.

Epílogo

«Cierra los ojos y concéntrate en la siguiente imagen: un elefantito africano de color rosa. Tómate tu tiempo, imagina cada uno de los detalles: la cabeza con sus orejitas, sus colmillos, su cara bondadosa, el cuerpo gordito y gracioso y en la actitud que tú quieras, por ejemplo, mirándote. Mantén esta imagen durante dos o tres minutos y, a partir de ahí, ¡elimínala! ¡No pienses en ella! ¡Esfuérzate en que esa imagen no aparezca en tu cabeza! ¿Qué ha pasado? ¿Quizás el elefantito rosa aparecía en tu mente una y otra vez? Probablemente. Cuanto más te esfuerces en no tener obsesiones, más obsesiones tendrás».

JUAN SEVILLÁ Y CARMEN PASTOR (2010). *Tratamiento psicológico del trastorno obsesivo-compulsivo. Un manual de autoayuda paso a paso.* Valencia, España: Publicaciones del Centro de Terapia de Conducta.

Domingo, 1 de septiembre 2019

Las risas de Sabe, Azu y María llenan el bar. Hay eco porque estamos solas, la inauguración será en una semana. Escucho a Alika y a Brais al fondo, en la cocina. ¿Cantan? No puedo evitar sonreír. Por la anécdota que acaba de contar Sabe, en la que estoy incluida, y por la canción desafinada que llega del fondo. Dentro de hora y media estaremos todas comiendo en mi casa. Inauguración oficial. En realidad es una prueba. Meter a tanta gente en el piso y ver cómo reacciono. La psicóloga ha dado su visto bueno. Sabe, Azu, María, Alika, Brais, Rober, Patri, mamá y papá. Y Aurin y yo, claro. Sonrío de nuevo al pensar en la gata, a pesar de que no empezamos con buen pie. *¿Empezamos? Ni empezamos ni seguimos, Aurora, que la casa es de ella: llena todo de pelos, te pisa lo fregado, se sube donde le da la gana…* Sí, pero ya hace sus necesidades en el sitio correcto. *¿Y quién se las limpia, eh? Para lo que has quedado, Aurora, para recoger las cacas de una gata con una pala con ranuras.*

En este punto sí me cuesta mantener la sonrisa, pero estoy en una etapa en la que quiero ver las cosas por el lado positivo. Aurin me ha ayudado a relativizar el tema de la limpieza. He conseguido pasar 24 horas sin barrer las arenas que deja por fuera al cagar o mear, todo un logro. Hasta lo ha dicho la psicóloga. *Pues verás qué zen vas a estar dentro de una hora con toda la gente en casa ensuciándote lo desinfectado, verás.*

Inspiro hondamente. Sé que no lo voy a llevar bien del todo. Seguramente me pasaré la mitad de la comida deseando que se marchen para poder limpiar la casa y ducharme, pero estoy contenta. Siento que mi vida vuelve a ser un poco mía.

—En fin… —Azu deja de reír y me mira—. Aurora, ¿tú cómo llevas el…?

Su voz pierde fuerza. No sabe cómo llamarlo. Hay un elefante en la habitación y no sabemos cómo dirigirnos a él. Un elefante rosa, odio el rosa. Aunque me sentí aliviada contándoselo a ella y a María hace casi tres semanas, no quiero que ahora nuestras conversaciones traten todas de eso. Quiero que se olviden de que se lo he contado, pero sin olvidarlo. Ni yo misma me entiendo.

—Azu, por favor… —la reprende María.

—No, si en el fondo está bien que me pregunte, que yo nunca quiero hablar de esas cosas y seguro que vuelvo a guardarme todo

para mí sin darme cuenta —digo.

—¿Ves? ¡Hala!

Las veo sonreírse, medio picadas, medio divertidas. ¿Cómo no me he dado cuenta antes de lo que pasaba entre ellas? Lo veo tan evidente ahora. Supongo que se harán la misma pregunta conmigo.

—En fin… que si veis durante la comida que me largo corriendo al baño ya sabéis por qué es.

—¿No dijo la psicóloga que solo podías lavarte las manos al principio y al final? —pregunta Sabe.

—Mujer, pero eso es aproximado…

Nos reímos todas, aunque yo por dentro deseo que se olviden y me dejen lavarme si lo necesito.

—¡Ah! Y otra cosa, Aurora —añade Sabe—. Siempre que pienses que puedo estar enfadada contigo, antes de preguntar, piensa que hay un noventa y nueve con noventa y nueve por ciento de posibilidades de que no lo esté.

—¿A ti también te ha preguntado por «guas»? —dice María.

Ya ni recuerdo qué fue lo que me hizo subir tanto la ansiedad como para tener que comprobar que mis palabras no las habían ofendido, a ninguna de las dos. Las obsesiones van por épocas. Sudor, pelos, limpieza en general, mi amor por Xoán, sexo… Y ahora que por fin he sido sincera con mis amigas, no puedo dejar de pensar que se enfadarán conmigo, que la cagaré en algún momento, más pronto que tarde: «¿Estás enfadada? ¿Te ha parecido mal esto? ¿He hecho mal esto otro?». Sé que si sigo así, terminaremos como con Xoán. Yo, sintiéndome culpable. Ellas, cansadas de repetir siempre lo mismo. Pero cuesta. Cuesta mucho. Esta es una carrera de fondo y todavía no me he apuntado a otro gimnasio.

—¡Ey! —dice Azu—. ¡Pues a mí no me ha pedido perdón!

—¡Qué te voy a pedir yo perdón a ti! —le suelto.

Y nos reímos. Las cuatro. Casi como antes, porque antes nunca volverá. Y está bien, puedo asumirlo. La gente evoluciona. Alika se nos acerca con unos canapés fríos para darnos a probar. Están deliciosos, como todo lo que cocina. Lleva semanas haciendo pruebas antes de la inauguración del bar. Quería abrirlo hoy, pero ha recibido la notificación para el juicio y la han citado para mañana. Quince días dictamina la ley, y bastante hemos hecho consiguiéndolo en menos de un mes. De algo me ha servido al final haber estudiado Derecho y tener amigos que han estudiado Derecho, con amigos que a su vez también lo han hecho: para que el juicio rápido por violencia machista sea efectivamente rápido. Y también para que la inspección de trabajo se pasase por cierto bar donde cierto jefe explotador creía que todas

sus empleadas, que curiosamente eran mujeres inmigrantes, tenían que dar las gracias por trabajar doce horas al día, cobrando en negro y sin estar dadas de alta en la Seguridad Social a pesar de tener los papeles en regla. Ese no vuelve a abrir un bar en su vida, ya me encargaré yo, para algo tiene que servir también trabajar en el ayuntamiento. ¡Bien! ¡No he pensado «en su *puta* vida»!

Aurora, eres imbécil…

¿Cómo pude creer que Alika era…? ¿Ahora puedo decirlo? Bueno, explotada estaba. No es lo mismo, pero… El cabrón de su jefe la tenía trabajando de sol a sol en su bar de mala muerte. Ojalá pase por delante de este y vea que le ha robado toda la clientela. No, mejor: ojalá no vuelva nunca por el barrio. Cabronazo.

Me gusta cuando parece que todo se alinea y sale como tiene que salir. Me levanto y voy a hablar con Alika en un aparte:

—Me tienes que decir cuánto es.

Se encarga ella de la comida hoy, bastante hago yo ya poniendo el piso. Mi cerebro no aguantaría tanta carga mental junta. Además, me harían falta unas cuantas —muchas— clases de cocina para hacerlo tan bien como ella.

—Que no, ya te he dicho que no te iba a cobrar nada, bastante haces dejándome el dinero para abrir el bar.

—¡No puedes cocinar para diez personas y pretender no cobrar!

—Que no, que ya lo hemos hablado, que no quiero nada, que además vais a hacerme de conejillos de Indias.

—Uy, sí, como si fuese muy duro tener que comernos tus platos. Mira a esas.

Y señalo a Sabe, Azu y María, que están devorando los canapés.

—Ya me has prestado lo suficiente, Aurora —dice, sonriéndome con cariño.

Le devuelvo el gesto porque no sé qué decir, qué raro. Tampoco ha sido tanto dinero, ha hecho muy poca reforma, pero no sé si se refiere solo a eso. Me acuerdo de cuando a mí me resultaba imposible pagar sesenta euros cada quince días. Hubo un momento en las pasadas semanas en el que pensé en invertir ese dinero que tenía ahorrado para emergencias en ponerme a preparar las opos de jueza, pero no. Así estoy bien, por lo menos lo suficientemente bien. No me arrepiento de prestárselos a ella, se los merece. Y eso que no sé su historia completa. No sé si quiero. No, no creo que quiera. Escuché cosas sueltas al acompañarla a poner la denuncia y con todo el trámite del juicio. El camino hasta la costa, la patera, la petición de asilo por ser una mujer violada por sus propios familiares… Y llega aquí y se encuentra algo parecido, no sé cómo tiene ganas de levantarse para

volver a intentarlo, después de tantos palos que le ha dado la vida. No soy la única a la que le cuesta hablar de lo que lleva dentro, pero no hay ni punto de comparación. Por lo menos, quien me hace daño a mí soy yo misma. *¿Y eso es bueno, Aurora?* Sinceramente, no lo sé. Pienso en lo que dijo el… no hay palabrotas suficientes para categorizarlo: «He venido por las buenas, llevo varias semanas viniendo por las buenas». Cómo tenía que sentirse Alika para aceptar tan siquiera hablar con alguien así, una persona que le ha hecho tanto mal. *Puso en peligro a Brais*. No puedo evitar pensar en las cosas que hago sin querer, solo porque hay algo en mi cabeza que me dice que tengo que desinfectar, lavar, limpiar. No: quien puso en peligro al niño fue el cabrón ese. Alika tan siquiera se lo dejaba ver, solo le hablaba para intentar apaciguarlo, para que entendiese que tenía que dejarlos en paz, pero él, claro, no iba allí para entender nada. Él iba a la puerta de su casa y la obligaba a seguir sufriendo porque quería lo que era suyo, lo que creía que le pertenecía. Nadie puede provocar cáncer, pero en lo que respecta a la salud mental… Pienso que tengo suerte, mucha, porque yo sí puedo pagar psicólogo, y psiquiatra, y pastillas, y lo que haga falta. Qué importante es el dinero para todo, eso no te lo dicen cuando eres pequeña, no aparece en las frases de Mr. Wonderful, que para todo en esta vida se necesita dinero. Pero si hablas de dinero eres una maleducada. De pequeña le preguntaba a la gente cuánto cobraba, me interesaba mucho, para poder dedicarme de mayor a lo mismo que la persona que más dinero me dijese que ganaba. Sonrío. ¿Cuánto me parecía a Brais de niña?

—¡Auroraaaaaa, que llegamos tarde!

El susodicho sale de la cocina, donde ha estado haciendo de pinche, y viene corriendo junto a nosotras. Lleva la nariz manchada de harina. Si fuese blanco no se le notaría tanto. *¡¡¡AURORA!!!* Hay cosas que nunca cambian. Alika le limpia la mancha con la mano. Me pregunto cuánto sabrá Brais de su propia historia, cuánto le habrá contado. Hay conversaciones que de tan difíciles parecen imposibles.

—Venga, pues vamos —le digo cuando tiene la nariz limpia.

Voy hasta la mesa a recoger el bolso y miro a Sabe, Azu y María:

—Llamad al piso, que están allí mis padres, Rober y Patri.

Solo a mí se me ocurre invitarlos a dormir, para hacer del «día de la comida en casa» una auténtica prueba a vida o muerte. Encima con mamá con muletas, que me pone de los nervios dejándolas siempre por ahí. Pero en fin, mamá me pone de los nervios casi siempre, por una cosa o por otra. Y papá. Papá también. Recuerdo los experimentos culinarios de las últimas semanas, cuando estuve en su casa. Qué asco. «Por lo menos conmigo empezáis la operación bikini pronto este año»,

dijo. Ya sé de dónde hemos sacado este humor nuestro Rober y yo, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Nunca creí que papá fuese a ser un amo de casa tan bueno, aunque mamá va detrás de él con las muletas y no deja de repetirle todo lo que hace mal. ¿A qué me suena eso? Pero es mucho mejor ver la paja en el ojo ajeno. A ver, mamá, que sesenta años son muchos años para ponerse al día en tan solo un par de meses. Le vas a tener que dar un respiro. Ya se lo dije la semana pasada en la consulta, pero nada. Menos mal que está la psicóloga para mediar, pero no vuelvo a hacer una sesión doble hasta que se me olvide esta última.

—¡Venga, Aurora! —me apremia Brais desde la puerta del local.

—¡Voy!

Me despido de Alika, Sabe, Azu y María y sigo a Brais por la calle, hasta el parque. Vamos hablando de todo y de nada, hay que ver lo rápido que se recuperan los niños de las situaciones traumáticas. *No sabes si está recuperado, Aurora, que habla mucho pero no de lo importante, como tú.*

—Y entonces… ¿has perdonado ya a tus amigas? —dice.

—¿Qué? ¿Perdonarlas por qué? —no entiendo nada. ¿De qué habla?

—Porque no te ayudaron cuando lo estabas pasando mal.

Joder con el niño. Pienso en Tamara, en la comida con Carlos. Ella lo sabía. No sé si se lo contó Xoán en un momento de confianza de esos extraños que al parecer han tenido en los últimos meses o si ha llegado ella solita a la conclusión. Da igual. Lo sabía y se hizo la loca en aquella comida, limpiando su conciencia al decir que podía contarle lo que quisiera. ¿Contar exactamente qué, Tamara? ¿De verdad esa era toda la ayuda que podías ofrecerme? Luchar contra la deforestación del Amazonas es mucho más fácil que esto, ¿no?

Sabe, María y Azu…. No me gustan los conflictos, no quiero pensar en esto ahora. Seguro que yo en su lugar habría hecho lo mismo. ¿Cómo iban a ayudarme si no sabían que necesitaba ayuda? No es lo mismo que con Tamara. Tamara va de salvadora del mundo y después…

Eso es lo que pasa con las… ¿enfermedades?, ¿trastornos? mentales. La gente cree que tenemos que pedir socorro, pero no sabemos cómo se hace. ¿En serio estoy reflexionando sobre todo esto por el comentario de un niño pequeño? Es muy fácil opinar ahora, si eres un niño. Hacerse mayor es una mierda, definitivamente.

—¡Brais! ¿Qué tal estás, campeón? —se escucha la voz de Adrián.

Acabamos de llegar al parque, menos mal. Ya no tengo que seguir con esta conversación tan incómoda. En estas últimas semanas, Brais

se ha apuntado a la tradición de ir los domingos al quiosco. Adrián le cae bien, muy bien. Demasiado bien. Se ponen a hablar de no sé qué cartas coleccionables —¿aún existe eso?— y los observo en la distancia. Adrián sonríe. Me sonríe. Espero que sea mutuo y que no lo esté haciendo solo para quedar bien conmigo. No creo. Estoy pensando en invitarlo a un café. Sí, una cita, quizá. Recuerdo aquel «yo no dejaría escapar a una mujer como tú» que me soltó una vez. Uf, no sé si quiero, pero algún día tengo que volver a empezar a tener citas con gente que me importa y no sexo con gente que me tira de un pie.

—¡Tomaaaaa! —grita Brais mirando las cartas del sobre que acaba de abrir.

Está emocionado, no aparta la vista de ellas. Así debió de observarnos a mi ligue y a mí por la mirilla de la puerta aquel sábado noche, sin pestañear. Por eso sabía que era negro y no verde o azul. ¡Vaya espía está hecho! Mientras ellos hablan del pedazo de carta hiper-mega-difícil-que-es-que-te-toque que le ha tocado, miro el stand de las novelitas, esos hombres de torso desnudo, moreno y depilado. Novelitas porno, que no románticas. Cuánto más peligroso es lo segundo que lo primero. Pienso en Xoán. *Llama a Xoán, llama a Xoán, llama a Xoán.* No, no voy a hacerlo. Puedo pensarlo millones de veces, pero no lo voy a hacer. Quiero verlo de nuevo, pero no lo haré.

Tengo que dejarlo ir, lo sé de sobra, pero al momento siguiente pienso en contarle lo que realmente pasó aquella noche en la que me encontró con el tipo desnudo en la cama y pedirle una segunda oportunidad. Porque todavía le quiero. Le he querido tanto que fui capaz de romper mi propio corazón para salvarlo a él, pienso muchas veces. En fin, que vaya películas me monto, que no fue así para nada, claro. Lo hice porque soy una cobarde, punto. Y mala persona, también, pero tengo que aprender a vivir con eso, con lo que hice. Aprender a perdonarme. No puedo ser perfecta, ¿no? Por mucho que quiera.

Adrián sigue sonriéndome. Quizá deba empezar de cero, intentar algo nuevo. Pero algo que me haga sentir bien de verdad: ese calorcito en el estómago, como si acabase de tomarme una infusión. Algo diferente al peso que acostumbra a instalárseme ahí. No suena nada romántico. No hay respiraciones aceleradas ni bragas mojadas porque eso no dura, nadie puede ir por la vida hiperventilando y con las bragas empapadas las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. Le devuelvo la sonrisa a Adrián y estoy a punto de abrir la boca para tantearlo, pero Brais nos observa a los dos y se nos adelanta:

—Es que no tiene claro si te va a pedir salir o si va a seguir llorando por el ex.

—¡Brais!

Noto que me pongo colorada, las mejillas me arden. No sé dónde meterme.

—¿Qué? ¿Acaso no es verdad?

Miro a Adrián de reojo. Él también parece avergonzado.

—Hoy dame una de esas —le digo.

Y señalo las novelitas del stand rojo. Es una prueba. Si Adrián no me mira mal por comprar una, le pido salir, venga, va. El estómago no me pesa, no me pesa nada. *Eso es porque hoy has desayunado kiwi, Aurora.*

—Solo os pido que no hagáis mucho ruido si al final vais a follar, por favor. Las paredes del edificio son de papel.

—¡¡¡Brais!!!

Nota de la autora

Al final, todo aquel que ha escrito una novela sabe que contar una historia inventada es la forma más sencilla de terminar hablando de lo que más nos importa de nosotros mismos, y que cuando tratamos de decir la verdad prescindiendo de las máscaras de la literatura la dosis de mentira es siempre mucho mayor.

Berta Dávila, *El último libro de Emma Olsen*

La memoria también es una ficción.

Tamara Andrés, *Distancias.*
Ilustraciones de Marcos Viso

AGRADECIMIENTOS

Tengo treinta años, pero mi madre todavía me pregunta si he dado las gracias cuando alguien hace algo por mí o me regala cualquier cosa. En bajo, por detrás, como si estuviese pasándome droga: «Has dado las gracias, ¿sí?». Ella también hace doble comprobación: «¿Seguro?».

Y yo soy muy obediente, pero en este caso me cuesta. Me cuesta porque, si pongo nombres, sé que me voy a olvidar de alguno, y si me olvido de alguno jamás olvidaré que me he olvidado de alguno, y no pararé de darle vueltas y de sentirme culpable. Me seguís, ¿no? Pero el libro se va a la imprenta en cuatro días y esto ya es un escándalo.

Así que, sin nombres. Porque vosotros y vosotras sabéis quiénes sois.

A la familia, a toda ella, por ser imperfecta y hacérmelo pasar tan bien en las reuniones familiares.

A las amigas de Burela, que han crecido conmigo. No, yo he crecido con ellas. Espero que este libro contenga algunas respuestas y miles de explicaciones no dadas.

A las amigas de la carrera (digo amigAs, pero los amigOs también estáis incluidos). Por mostrarme que el mundo es grande, pero que al fin y al cabo lo que importa son nuestros pequeños mundos.

A las amigas que habéis leído las sucesivas versiones de la novela a medida que la escribía, la borraba, la cambiaba y la odiaba. Solo seguía porque sabía que estabais al otro lado.

A las amigas que no son de Burela, ni de la carrera, ni me han leído nada, pero que hacéis mi día a día más bonito.

A los editores y las editoras que han hecho posible *No pienses en un elefante rosa,* y que confiaron en esta historia que odio y amo a partes iguales (no, a partes iguales no: creo que la odio más de lo que la amo).

Y para terminar, algún nombre, los mínimos, porque una no se pone normas si no puede saltárselas:

A Carlota y Natàlia, por abrirme mundos cuando los míos se me quedaban pequeños. Por hacer que confiase un poco (no mucho) más en mí misma.

A Mercedes, María y Eduard, por enseñarme tantas cosas de las letras. Ha sido un placer y un honor trabajar con vosotras en el manuscrito (o en los 16878 manuscritos, he perdido la cuenta).

A Pablo, simplemente por estar ahí.

Y a mi abuela, Consuelo, a la que le dedico este libro. ¿Quién va a colocarlo ahora en la estantería de la casa de Pereiraboa con tanto amor como tú hacías?

Índice

Elemento primero: Situación disparadora

Viernes, 28 de junio, 2019
2015
Sábado, 29 de junio 2019
Verano 2001
Domingo, 30 de junio 2019
2015

Elemento segundo: Obsesión

Viernes, 5 de julio 2019
Enero 2009
Sábado, 6 de julio 2019
Enero 2009
Domingo, 7 de julio 2019
Marzo 2009

Elemento tercero: Malestar

Viernes, 12 julio 2019
2015
Sábado, 13 de julio 2019
Verano 2012
Domingo, 14 de julio 2019
2016

Elemento cuarto: Compulsión

Viernes, 19 de julio 2019
2014
Sábado, 20 de julio 2019
Febrero 2019
Domingo, 21 de julio 2019
Otoño 2004

Elemento último: Alivio

Lunes, 22 de julio 2019
Martes, 23 de julio 2019
Miércoles, 24 de julio 2019
Jueves, 1 de agosto 2019
Viernes, 2 de agosto 2019
Sábado, 3 de agosto 2019

Epílogo

Domingo, 1 de septiembre 2019

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

Edición en formato digital: 2022

Copyright © Antía Yáñez, 2022
© Contraluz (Grupo Anaya, S. A.), 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-15-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.